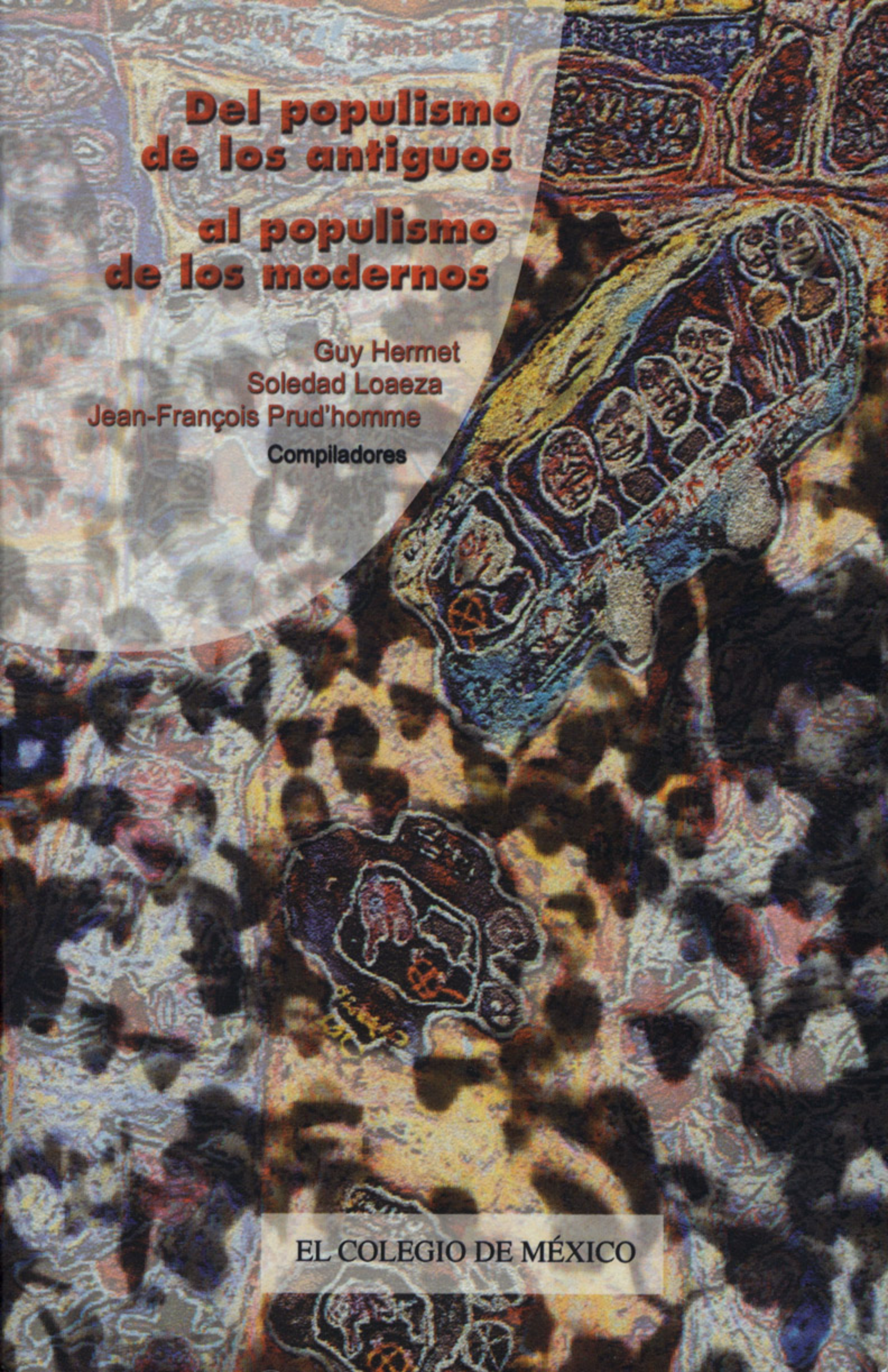


Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos

Guy Hermet
Soledad Loaeza
Jean-François Prud'homme
Compiladores

EL COLEGIO DE MÉXICO

DEL POPULISMO DE LOS ANTIGUOS AL POPULISMO DE LOS MODERNOS

DEL POPULISMO DE LOS ANTIGUOS AL POPULISMO DE LOS MODERNOS

Guy Hermet, Soledad Loaeza,
Jean-François Prud'homme
compiladores



EL COLEGIO DE MÉXICO

321.08
D331

Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos / Guy Hermet, Soledad Loaeza, Jean-François Prud'homme, compiladores. — México : El Colegio de México, Centro de Estudios Internacionales, 2001.

430 p. ; 21 cm.

ISBN 968-12-1043-3

1. Populismo. 2. Populismo — Europa. 3. Populismo — Rusia. I. Hermet, Guy, comp. II. Loaeza, Soledad, comp. III. Prud'homme, Jean-François, comp.

Open access edition funded by the National Endowment for the Humanities/Andrew W. Mellon Foundation Humanities Open Book Program.



Portada de Agustín Estrada

Primera edición, 2001

Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.E
www.colmex.mx

ISBN 968-12-1043-3

Impreso en México / *Printed in Mexico*

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

La elección de Hugo Chávez para presidente de Venezuela hizo recordar que la tradición populista no había muerto en América Latina. El discurso de campaña del ex militar golpista reprodujo muchos elementos de la retórica populista tradicional como, por ejemplo, la exaltación de la autenticidad popular y de las virtudes nacionales, la crítica a la política representativa y a sus profesionales y la sublimación del vínculo directo entre el líder y su pueblo. La espectacularidad del fenómeno Chávez le confiere un aire de excepcionalidad que lleva a olvidar la presencia de tendencias similares en la vida política actual de muchos países latinoamericanos.

El estilo de personajes públicos como el malogrado presidente Bucaram en el Ecuador, el militar golpista Lino Oviedo en el Paraguay o los recién fallecidos caudillos Max Fernández y Carlos Palenque en Bolivia encuentra una inspiración directa en las viejas prácticas de movilización de corte populista. De manera más difusa y sutil, el comportamiento de gobernantes como Alberto Fujimori en el Perú o Carlos Menem en Argentina muestra una voluntad de presentarse ante la opinión pública como si fueran a la vez *insiders* y *outsiders* de la política institucional. Algunos científicos sociales interpretan esas diversas expresiones de la vida política contemporánea latinoamericana como si estuviéramos presenciando el retorno de un estilo po-

lítico conocido, el populismo. Se trata sin lugar a duda de un tema que amerita una reflexión seria.

El fenómeno no se limita a América Latina. En Europa Oriental la instauración o restauración de sistemas políticos competitivos hizo evidente la existencia de tendencias muy similares a las que podemos observar en nuestro continente. En Rusia, cuna del populismo en el siglo XIX, políticos como Zhirinovski y Loujkov se apoyan en esa tradición de movilización. En Polonia, en algunos países bálticos y, más recientemente, en Rumania, con el repentino ascenso de Vadim Tudor en el favor popular, se observa también la vitalidad de esa manera de hacer política. Aunque surjan en contextos institucionales distintos, los movimientos populistas de Europa Oriental parecen compartir rasgos constitutivos con las organizaciones de extrema derecha de Europa Occidental que se nutren de una retórica de la antipolítica como, por ejemplo, el Frente Nacional de Le Pen en Francia o el Partido Liberal Austríaco de Haider.

La referencia al populismo en América Latina remite a un periodo histórico que abarca *grosso modo* las décadas de los años treinta y cuarenta así como una parte de los cincuenta. Aun cuando su duración y grado de consolidación varían de un país a otro, el populismo de esa época se caracterizó por el hecho de haber sido más que un movimiento político. Fue también un estilo de gobierno tal como lo muestran los casos de Cárdenas en México, Perón en Argentina y Vargas en Brasil. Ese populismo clásico está asociado habitualmente a una manera de hacer política en donde predomina el vínculo directo entre el líder y sus seguidores así como densas relaciones informales de poder. Se interpreta también como el momento de incorporación de las masas a la vida política de esos países. En lo económico coincidió con la industrialización por sustitución

de importaciones y una cierta redistribución del ingreso. A la vez se caracterizó por una politización de la racionalidad económica y el predominio de una perspectiva inmediata en cuanto al reparto de los beneficios del crecimiento. Sus efectos sobre la consolidación de los sistemas políticos varían de un caso nacional a otro. En México contribuyó, en un primer momento, a la institucionalización del sistema político. En Argentina y Brasil constituyó una fase de un largo ciclo de inestabilidad política que condujo al establecimiento de regímenes militares.

En Europa el populismo también tiene viejas raíces históricas. Basta con recordar la importancia de ese movimiento político en la Rusia de la segunda mitad del siglo XIX y de los primeros años del XX. Muchos de los regímenes autoritarios del periodo entre las dos guerras mundiales en Europa Oriental adoptaron elementos de la retórica populista en su afán de legitimación. En cuanto a los movimientos de la derecha antiparlamentaria que se nutren del discurso de la antipolítica, y que comparten muchos rasgos constitutivos con los movimientos populistas, su existencia se remonta a los inicios de los sistemas políticos representativos tal como lo ilustra, por ejemplo, el caso del *boulangisme* en Francia. Sin embargo, en Europa, a diferencia de América Latina, el populismo no logró consolidarse como estilo de gobierno.

La existencia de antecedentes históricos en ambos continentes lleva a interrogarse acerca del peso relativo de la continuidad y el cambio en las expresiones actuales del populismo: ¿qué tan nuevas son esas expresiones y a qué condiciones responden? y ¿cuáles son sus características? La búsqueda de respuestas a esas preguntas está enmarcada en una reflexión general acerca de la relación entre populismo y vida política institucio-

nal: ¿cómo pensar la relación entre populismo e instituciones de la democracia representativa?

Este libro es el producto de un seminario que fue organizado en el otoño de 1999 a iniciativa de El Colegio de México y el Institut d'Études Politiques de París en el marco de su convenio de cooperación. Además de los autores de los distintos capítulos del libro, participaron con sus comentarios Carlos Iván Degregori, Juan Gustavo Galindo, Julio Labastida, Lorenzo Meyer, José Luis Reyna, Ilán Semo y Rafael Segovia. Thalía Flandes ayudó en la organización del seminario y, con Silvia Díaz Calatayud, en las labores editoriales.

DEL POPULISMO DE LOS ANTIGUOS AL POPULISMO DE LOS MODERNOS

Guy Hermet
Instituto de Estudios Políticos de Paris

Considerar el tránsito de un populismo de los antiguos a un populismo de los modernos implica cuidarse de las clasificaciones apresuradas. Evidentemente, la referencia a Benjamin Constant y el contraste que establece entre la libertad de los antiguos y la de los modernos nos viene a la mente con este propósito. Pero, en el presente caso, no se trata realmente de eso. Cuando hace casi dos siglos el gran pensador liberal de lengua francesa opuso estos dos conceptos de libertad entendía que, al apreciar la suya en la misma medida que la de su ciudad, los atenienses del tiempo de Pericles la interpretaban como la facultad de servir al bien y de fortalecer la independencia de todo el Estado. Y Constant oponía a este concepto antiguo de la libertad el de sus contemporáneos de las primeras décadas del siglo XIX, que concebían la suya propia como la posibilidad de gozar apaciblemente de su vida privada b¿yo la protección de un Estado reducido al mínimo. La distinción operada aquí entre el populismo de los antiguos y el de los modernos no alude a este contraste entre la ciudadanía sacrificada ante el interés público y una ciudadanía liberal centrada en la primacía de los

intereses particulares. Si se retoma la metáfora es únicamente por su calidad estética.

Además, y para dejar de lado a Benjamín Constant, no hay que confundirse con lo que conviene comprender bajo las dos calificaciones temporales del populismo que se usan aquí. Éstas no corresponden al simple deseo de ilustrar por medio de una expresión distintiva su resurgimiento presente como fenómeno político de envergadura tanto en América Latina como en otras regiones del mundo. Porque lo que se observa no es una pura repetición de este fenómeno, sino la aparición de una nueva lógica populista que coexiste con la anterior a la vez que la contradice. El populismo de los modernos constituye una variedad *sui generis* que podría al fin y al cabo ser objeto de una denominación diferente. De hecho, este populismo no se confunde de ningún modo con el neopopulismo evocado con demasiada frecuencia sin inventario previo, por ejemplo, en relación con el episodio encamado por Femando Collor en Brasil. Definitivamente, para quien intenta definirlo de manera coherente, este tipo de episodios no procede del populismo. Es lo que nos esforzaremos por demostrar en primer lugar, antes de abordar la caracterización de los dos populismos, el de los antiguos y el de los modernos, tal y como los entendemos.

EL NEOPOPULISMO “LIBERAL MEDIÁTICO”

La transformación del escenario político de las democracias europeas, ocasionada por la irrupción de los partidos “antipolíticos” hostiles a la inmigración hace dos décadas, podría hacer creer que se trata del neopopulismo. Sin embargo, nada impediría etiquetar también así a las corrientes nacionalistas de orientación etnopopulista aparecidas en el este de Europa después de la implosión de los sistemas comunistas, a no ser indu-

dablemente por el hecho de que la categoría del populismo étnico existe desde hace tiempo y se revela perfectamente explícita. ¿Y por qué no habríamos de colocar, igualmente en desorden, dentro de la misma categoría otras manifestaciones populistas, esta vez extraeuropeas, yendo por ejemplo en América Latina de la tendencia bastante clásica ilustrada por Hugo Chávez en Venezuela a otra, menos conocida, encarnada por Joaquín Lavín en Chile? Conclusión provisional: quien no se resigne a colocar el término de neopopulismo bajo el signo de la confusión de los géneros, y pretenda por el contrario significar con él algo sustancial y distintivo, no podrá aplicarlo a estos fenómenos extremadamente disparatados cuya única coincidencia es cronológica. Menos por simple conveniencia que por delimitar realmente un concepto operativo, éste debe referirse sin duda alguna a un cuarto fenómeno reciente, pero que contiene también una sustancia distintiva que va más allá de su época. O sea, a las tácticas electorales que, adoptando la retórica populista como recurso de *marketing* político, permanecen sin embargo liberales y a pesar de todo fieles a la ortodoxia democrática en lo relativo a la estrategia a largo plazo de los líderes. Desde hace unos diez años, América Latina constituye el terreno por excelencia de dichas tácticas populistas puestas al servicio de estrategias que no lo son, estando claro que permanece también el teatro de otras expresiones más convencionales que no provienen de esta categoría de neopopulismo.

Desde este punto de vista, el *marketing* político de los neopopulistas apela únicamente de manera dependiente y pasajera a las aspiraciones de los más desposeídos y no responde a las motivaciones xenófobas que aseguran el éxito de la extrema derecha europea. No constituye en resumen más que el común denominador de estrategias liberales de fuerte impacto mediático, a las cuales no aporta más que un apoyo técnico. Dicho

apoyo se fundamenta principalmente en la televisión, que permite "vender" un candidato a la manera de una marca comercial. Puede asimismo personalizarse con el ingreso en la política de *vedettes*[1] del deporte o de la pantalla, o sencillamente de figuras públicas cuya notoriedad no le debe nada a la profesión política. En ambos casos, este neopopulismo se limita a cultivar una ciudadanía en busca de emociones fáciles. Alimenta a su público con recursos seductores y fotogénicos con fines que por tanto no dejan de ser estrechamente electoralistas. Apunta a modernizar el rostro de la democracia representativa haciéndola entrar en la "videósfera", pero sin cuestionarla como lo hacen los verdaderos populistas.

Repitámoslo. Aunque esta tendencia también se manifieste de manera particular en India, es principalmente en América Latina donde las estrellas de la televisión o del fútbol se cuentan, desde hace algún tiempo, entre las nuevas figuras del mercado electoral. En Bolivia el conductor de televisión Carlos Palenque, perfectamente novato en materia política, ganó las elecciones municipales de 1989 en La Paz. En Perú el animador de televisión Ricardo Belmont ganó las de Lima poco antes de que, por su parte, el novelista Mario Vargas Llosa fracasara, aunque por escaso margen, en la lucha por la presidencia en 1990, la que le correspondió finalmente a un *outsider* de otro tipo, Alberto Fujimori. En Uruguay o en Colombia la penetración del cancerólogo Tabaré Vázquez y del muy gracioso profesor Antanas Mockus y la conquista de los cargos de alcaldes de las ciudades de Montevideo y de Bogotá, respectivamente, obedecieron a este idéntico mecanismo de rechazo a los actores políticos de perfil común en beneficio de personalidades fuera de la norma. En cuanto al año de 1998, éste vio a una ex *miss* universo pretender, con buenas posibilidades de éxito al inicio,

la candidatura presidencial en Venezuela. Después vio al director de cine –y verdaderamente ex guerrillero maoista– Sergio Cabrera presentarse a las elecciones legislativas en Colombia. Y, finalmente, vio a la muy aristocrática Noemí Sanín lograr un marcador notable en las elecciones presidenciales en ese mismo país, luego de haber dejado su imagen de heredera de una gran familia conservadora para adoptar la de una heroína que lucha contra la impotencia de los partidos clásicos.

De manera general, que hayan sido artistas, periodistas, literatos, deportistas, ingenieros o todo lo que se quiera, menos profesionales de la elección; que hayan sido además políticos improvisados y, en consecuencia, no comprometidos con la imagen poco satisfactoria del juego partidista acostumbrado, los convirtió en figuras emblemáticas de un neopopulismo mediático apenas conocido en Europa.[2] Así, Alberto Fujimori, nacido en el seno de una familia de campesinos de origen japonés llegados al Perú hacia 1930, convertido a pulso en ingeniero agrónomo, animador a partir de 1988 de un exitoso programa de televisión educativo, electo senador el mismo año, fundador después de una asociación para el cambio con amigos provenientes del sector de pequeñas empresas o de sectas evangélicas, triunfó finalmente en las elecciones presidenciales al término de una escalada fulgurante que había visto pasar las intenciones del voto a su favor de 9% a principios de 1990 a 30% en abril y a 51% en mayo. Esto, en espera de que en 1992 sus compatriotas apoyaran en un plebiscito, con 75% de opiniones positivas, su golpe de Estado semilegal. Con las variaciones debidas a la personalidad de cada quien, la escalada de Fernando Collor en Brasil o de Carlos Menem en Argentina se explican en función de este mismo incentivo, ejercido por aguafiestas provenientes de otro planeta, como en el caso de Fujimori, o

capaces de imponerse como tales después de corregir su biografía personal, ortodoxa políticamente, como en los casos de Collor y de Menem.

El neopopulismo mediático rebasa sin embargo dicho artificio de promoción de candidatos que cultivan una especie de exotismo frente a sus competidores de perfil político banal. No contentos con satisfacer los deseos iconoclastas de la multitud, actúan generalmente en forma engañosa. Se alimentan de un efímero préstamo táctico de los viejos temas populistas de la defensa de los pobres o del orgullo nacional para hacer digeribles unos planes de ¿guste económico de lo más liberal y de lo más carentes de atractivo. Este procedimiento fue ilustrado de manera casi caricaturesca por Fernando Collor en Brasil, por Carlos Menem en Argentina, por Alberto Fujimori en Perú o, más recientemente, por Hugo Banzer en Bolivia. Para todos estos líderes, sin desconocer las ambiciones estrictamente personales de cada uno de ellos, se trata, como nadie lo ignora, de dorar con este medio la amarga píldora de las inevitables reformas económicas. Con esta finalidad Collor y Fujimori tomaron las recetas del antiparlamentarismo y de la denuncia de la corrupción de los partidos; Menem invocó al general Perón, tan atento a la "gente del pueblo" y a las "cabecitas negras"; y el general Banzer cambió su imagen de antiguo dictador implacable por la del gran presidente paternalista. También apuntando al mismo blanco, el presidente mexicano Salinas modernizó el populismo "objetivado" del Partido Revolucionario Institucional dominante para compensar su gestión económica ultraliberal con aumentos de subsidios para la leche, el maíz y la harina, así como con la distribución gratuita de tortillas a más de tres millones de familias. El único inconveniente para sus autores, como lo ilustra la caída de índices de popularidad edificados sobre tales bases, es que estas jugarretas no engañan mucho

tiempo al pueblo. La popularidad de Carlos Menem, por ejemplo, que alcanzaba 85% de opiniones favorables en septiembre de 1989, dos meses después de la toma de posesión, había descendido a 35.8% apenas 12 meses más tarde.

En resumen, este neopopulismo liberal mediático sólo constituye un ingrediente de campaña de los más frágiles. Definitivamente, se revela premonitorio de la deriva de una "teledemocracia" que, más que probar el surgimiento de una nueva forma de populismo suficientemente auténtico, amenaza por todos lados. Es incluso bastante extraño al exacto sentido del populismo por tres razones. La primera se refiere al hecho de que no es antipolítico,[3] debido a que no impugna el arte de la política que para los gobiernos es, desde un punto de vista bastante maquiavélico, el arte de administrar el tiempo a largo plazo frente a las expectativas inmediatas de los gobernados. Es, al contrario, completamente hipermaquiavélico en su explotación populista a corto plazo con fines políticos orientados hacia el mediano o largo plazo. La segunda de estas razones es que el presunto neopopulismo liberal mediático se caracteriza, desde una perspectiva en modo alguno contradictoria, por la acción de líderes que no se proponen desestabilizar o derribar la democracia representativa sino, al contrario, consolidarla con una terapéutica no ortodoxa, introduciendo en ella una dosis controlada y subordinada de democracia plebiscitaria. Finalmente, y siempre de una manera muy conciliatoria con las precedentes, casi obedece, apesar de las apariencias, a una ética de la responsabilidad. Ética que, aunque hipócrita y deformada, se preocupa por garantizar mejor la supervivencia de una comunidad política, económica y social nacional en virtud de este ejercicio de prestidigitación, apoyado en impulsos populares que tenderían a amenazar en el futuro si no se encontraran neutralizados

por la apertura momentánea de una válvula de escape populista.

Por su lado, los verdaderos populistas rechazan el arte de la política en la medida en que se desinteresan del largo plazo y no sólo de palabra. Además, los más agresivos entre ellos ambicionan minar del todo la democracia representativa con el fin de sustituirla por una democracia plebiscitaria o por una dictadura franca y abierta. Esto, sin olvidar que los populistas realmente homologables como tales parecen animados por una ética personal muy especial y opuesta a la de la responsabilidad; en vez de orientarse hacia un futuro incierto o insondable como lo determina la ética de la responsabilidad, obedecen a una convicción bastante especial en la mayoría de las circunstancias; sin dejar de tener un ego probablemente desmedido, actúan motivados por la emoción que provoca en el líder la adulación de las multitudes. Éstos son los rasgos realmente distintivos del populismo como categoría del análisis político, como concepto taxonómico y como forma de acción observable.

EL POPULISMO DE LOS ANTIGUOS

Ahora bien, tal como se consideran aquí, tanto el populismo de los antiguos como el populismo de los modernos revisten esos rasgos distintivos aunque éstos estén lejos de definirlos como fenómenos políticos genéricos, principalmente en lo referente a la receptividad de sus mensajes por parte del público. Este último elemento constituye un atributo suplementario del populismo, que se inscribe a la vez en la emisión y en la recepción de su mensaje. Lo que diferencia sus dos variedades, antigua y moderna, son las modalidades precisas que reviste en cada uno de ambos casos.

Jean Viard expone que, en nuestros días, la receptividad para con el populismo traduce "la reacción de los que no tienen acceso a ese nuevo mundo que se organiza tan brutalmente".[4] Convendría relativizar tanto la actualidad de sus palabras, demasiado centradas en la Europa de hoy, como la atención exclusiva que le presta a las crisis como detonantes de las manifestaciones del populismo. Antes de que se dibujara el terruño populista del presente, muchos otros universos políticos radicalmente diferentes registraron sobresaltos populistas muy distintos en sus contextos, aunque todos ellos emparentados en cuanto a uno de los reflejos que los caracteriza. En la activación de todos los populismos persiste un rasgo compartido: el rechazo o la desconfianza que, golpeando permanentemente a quienes tienen el poder, se traduce en ese desamor que afecta a los políticos y que Theodor Herzl, el padre del sionismo, asimilaba ya a los "bandoleros".[5] Para Michael Walzer, el origen de dicho fenómeno es un "radicalismo popular"[6] nutrido de la animosidad que la masa de los gobernados siente hacia lo que el Hamlet de Shakespeare llamaba "la insolencia del cargo"; es decir, el disgusto causado por la posición de superioridad de los que tienen la autoridad, incluso en virtud de los procedimientos democráticos más regulares.

Desde la Reforma protestante, la afirmación por parte de Lutero del derecho de todos los creyentes al sacerdocio ha cultivado este antagonismo. Más tarde sucedió lo mismo con el proyecto de Rousseau de fundar escuelas cuyos alumnos se convirtieran luego en maestros, con el diseño de una rotación sistemática de las responsabilidades políticas propuesto por el presidente estadounidense Jackson en los años 1820 o aun con la recomendación leninista, rápidamente desmentida, de una sociedad donde toda persona un poco instruida debería ejercer

la autoridad (Lenin declaró al respecto: "Díganles lo que quieren oír").[7] Sin duda alguna, esta animosidad permanece latente en circunstancias normales y no produce todos sus efectos mas que en momentos críticos de diversa naturaleza. Pero, en estos contextos críticos, ha contribuido a provocar las insurrecciones de la Grecia antigua tanto como las sublevaciones campesinas y la revoluciones urbanas de la Edad Media, o la revuelta popular protestante contra los potentados eclesiásticos y políticos. No fue distinto el nervio de los motines revolucionarios de la Francia de fines del siglo XVIII, de la protesta de campesinos estadounidenses a finales del siglo XIX y tampoco la de los grandes movimientos populistas de América Latina a mediados del siglo XX. Aún hoy preside tanto la expansión de las corrientes de la extrema derecha europea como el resurgimiento de los ataques populistas latinoamericanos o el desarrollo del populismo en la India. En resumen, si este tipo de hostilidad hacia los que ejercen el poder no constituye por sí solo una causa suficiente de los ataques del populismo, sigue siendo su condición necesaria y constantemente subyacente.

Sin embargo, este ingrediente común a todos los populismos naturales va a la par con la diferenciación de otros ingredientes que hacen que deba establecerse en lo sucesivo una separación entre el populismo de los antiguos y el de los modernos. El populismo de los antiguos se apoyó durante 25 siglos en la movilización episódica de los más desheredados contra la dominación de los estratos privilegiados, acusados éstos de ser la causa de la miseria y de aprovecharse de ella (era la revuelta de los pequeños contra los grandes). Dicha movilización se fundó en una voluntad de fusión popular animada por una visión maniquea rebelde a toda idea de pluralismo social o ideológico. Es así como, explotada por la buena o mala voluntad de unos agi-

tadores, la emoción populista de los pobres se casó clásicamente con un moralismo dicotomico, el cual no es sorprendente que haya tenido un origen religioso. Reproducía en efecto la intolerancia de las grandes religiones monoteístas; una intolerancia que hacía que las masas vieran al mundo entero así como a su entorno próximo desde una perspectiva dualista, como universos uniformemente divididos por un combate entre el bien y el mal o entre buenos y malos.

Con este espíritu el populismo de los antiguos opuso sin excepción el mérito engañoso del trabajo manual a la depravación de la riqueza ociosa y explotadora. Fue como si hubiera querido lavar el ultraje así infligido a la comunidad virtuosa de los trabajadores, a los *mujiks* rusos idealizados por los *narodniki*, a los *producers* estadounidenses de Tom Watson en el Peoples Party de los años 1890, a los “descamisados” del general Perón 60 años más tarde, y siempre a los obreros, artesanos o campesinos a merced de la casta aprovechada de los *koulaki*,[8] parásitos, plutócratas y otros detentadores de los medios de vivir en la abundancia sin hacer nada. En esta perspectiva, el populismo de los antiguos constituyó al principio la expresión primitiva de una izquierda campesina, obrera o más ampliamente plebeya, incluso antes de que la izquierda tal como se concibe actualmente encontrara su nombre.

Se observa que la cólera populista no ha reconocido en esta expresión primitiva otra virtud real que el trabajo manual. Asi, los jornaleros agrícolas de Andalucía, sensibles después de 1869 a la prédica de los “apóstoles” anarquistas, contrastaban la buena sociedad formada por la inmensa mayoría honesta de los “manos negras” con la vil casta minoritaria de los “manos blancas”, dentro de la cual incluían hasta a los escribanos públicos cuya tinta únicamente ensuciaba sus dedos.[9] Repudiando hasta

el uso del tabaco y del café para demostrar la pureza de sus costumbres frente a la corrupción de los poderosos, dichos campesinos sin tierra veían las ciudades como Babilonias modernas cuyos habitantes robaban su pan. Ellos se sentían, por el contrario, condenados por el destino a una acción purificadora, en el esplendor de una utopía de redención del género humano de corte milenario aunque laico.

El caso no está aislado. Durante los primeros años de la independencia de los Estados Unidos, un pequeño granjero de Nueva Inglaterra de nombre William Manning dividía ya la sociedad "entre los que trabajan para vivir y aquellos que viven sin que su cuerpo trabaje".[10] Un poco más tarde, entre 1803 y 1848, es bajo la influencia de una dicotomía análoga como las sectas protestantes disidentes del pietismo convirtieron a la mayoría de los obreros del País de Gales (contribuyendo este hecho sin lugar a dudas a explicar por qué esta región y sus corrientes religiosas proporcionaron después un gran número de líderes sindicales cuya orientación populista obedecía a esta perspectiva igualitaria y comunitaria). Es obvio que este concepto maniqueo impulsado hasta el paroxismo generó las grandes marchas milenarias que se produjeron en Brasil de fines del siglo XIX a los años treinta del XX, y que asimismo explotó el populismo más típico de América Latina, es decir, la versión, esta vez conservadora y consolidada, del "getulismo" brasileño. Lo mismo ocurrió con las manifestaciones progresistas y anticlericales de la Revolución mexicana o del peronismo.

Dentro de esta perspectiva, el viejo populismo de los granjeros de los Estados Unidos tanto como el que afectó a la inmensa mayoría de los pobres de América Latina no hicieron más que disimular esta motivación de fondo permanente que rebasaba las manipulaciones puntuales de sus líderes. Lo que pasó

sin embargo fue que este odio primordial a los poderosos se modernizó paulatinamente al enmascarar un poco su postura maniquea. Sin que éste cesara de ser subyacente, los pobres latinoamericanos, particularmente, vinieron a obedecer en una forma más consciente y explícita otro reflejo. Las masas descubrieron que su sed de movilidad social ascendente no encontraba salida, a pesar de las falsas apariencias generadas por un contexto de cambio económico, social y educativo extremadamente brutal, marcado por los inicios de una urbanización cuyo ritmo se revelaba desafortunadamente mucho más rápido que el de la industrialización. Los peones que abandonaban el campo y se dirigían hacia las ciudades sólo contemplaron la muestra de su sueño antes de percatarse de que no podían apropiársela. Al mismo tiempo, si se alegraron de ver pasar a sus hijos de la humillante situación de analfabetos a la de seminstruidos, no fue más que para descubrir que la expansión demasiado lenta de la economía urbana no permitía ofrecerles la oportunidad de saciar su deseo de incorporación al mundo moderno.

Desde ese momento, aunque ignoraban el origen real de su frustración, provocada por el desfase cronológico del crecimiento aritmético de la industria y de la explosión geométrica de la población en las grandes metrópolis, las multitudes superficialmente urbanizadas se sintieron por primera vez relacionadas con la política. Pero, privadas de toda organización y tradición de acción colectiva, denunciaron únicamente la escoria de su miseria y culparon de todos sus males a los blancos más evidentes, es decir, la clase y el sistema político establecido. O dicho en otros términos, sucumbieron al llamado de jefes populistas que les dieron la razón, conscientes de que podían beneficiarse con una actitud de negación de factores objetivos a los

que, además, no se proponían poner remedio las más de las veces.

Pero el momento populista específico de los años treinta a cincuenta apareció sin que se disipara el fondo intangible de una división mental entre los buenos y los malos. El único cambio fue que esta división se vio agravada por un factor adicional. Se convirtió por añadidura en el fruto peligroso de lo que Albert Hirschman llamó "el efecto de túnel".[11] Se nutrió de la impaciencia de poblaciones que, vislumbrando la luz anunciadora del final de su miseria secular, como la que a los pasajeros del tren les señala la salida del túnel, se percataron demasiado tarde de que aún se encontraban muy lejos. Desde ese momento culparon de alguna manera al conductor del convoy y aclamaron al viajero de la clase *pullman*, que estimulaba sus gritos con palabras tan emocionantes que éstos no habrían podido imaginar.

Hace falta volver a los orígenes para captar mejor esta dimensión a la vez redentora e intolerante del populismo de los antiguos. Ésta refleja una especie de *apartheid* inscrito en los corazones. Procede de la visión holista de una sociedad anhelante en la que toda diferencia y todo cálculo individualista se pagarían a un precio exorbitante; es decir, la negativa a pertenecer a la comunidad de los justos, que se opone a todos aquellos que podrían dañar su uniformidad absoluta, confundida ésta con la solidaridad y la igualdad perfectas. Los humildes unidos no consideraban solamente que tenían la exclusividad sobre la virtud y no es únicamente por esta razón por la que las primeras corrientes populistas se revelaron violentas con respecto a las élites del Estado. Lo que los animó no estuvo manejado por el mero sentimiento de que una casta privada de todo mérito y de toda legitimidad usurpaba el poder, sino por la

convicción de que el pueblo se encontraba desposeído de su dignidad debido a esta usurpación.

Este hecho hizo que, para quien al menos asimile sin restricción la democracia a la forma representativa dominante que adquirió en la práctica, el populismo de los antiguos fuera y siga siendo en este aspecto intrínsecamente antidemocrático. Sus adeptos no admiten ser representados a no ser por ellos mismos o por su héroe más o menos providencial. Es en función de esa actitud que conviene volver en última instancia al hecho aún más crucial que ya se observó. Lo que caracteriza al populismo de los antiguos es que se fundamenta sobre una doble negación de la política como arte del gobierno. Lo hace primero directamente, en la medida en que las carencias que denuncia se presentan a través de un prisma que dota de intenciones necesariamente perversas a los gobernantes clásicos. Además, de manera menos explícita, rechaza también la lógica política, ya que no concibe que esta pueda consistir en administrar el tiempo ni que, por esta razón, se inscriba en el largo plazo. Para los populistas a la antigua, no existe futuro de estricta obediencia. Para ellos el futuro puede convertirse en presente de un día para otro, si se pone fin a la conjura maléfica de los poderosos.

EL PASO AL POPULISMO DE LOS MODERNOS

No es el caso del populismo de los modernos. Éste responde seguramente a una frustración cuyos motores desconocen también la complejidad de la conducta de las políticas públicas a largo plazo. Pero, hoy en día, no impugna frontalmente la legitimidad de la democracia representativa y, sobre todo, ya no se fundamenta en una dicotomía que opone los pobres a los ricos o los grandes a los pequeños. La expectativa que refleja, y que

ya no es aquella de los pobres deseosos de verse reconocidos como una ciudadanía efectiva, a decir verdad no es inédita a primera vista. La frustración de la pequeña burguesía y de los antiguos combatientes asustados por el auge del comunismo, y después golpeados por la crisis de 1929, había contribuido al desarrollo de las corrientes populistas antiparlamentarias en la Europa de los años veinte y treinta. Inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial, las manifestaciones de dicho populismo semiburgués se observaron también en el "popularismo" –popolarismo– del padre Luigi Sturzo, que fue el origen de la democracia cristiana italiana. De otra manera, se encontraron también en el nacionalismo autoritario de la dictadura que el mariscal Pilsudski instaló de 1926 a 1935 en Polonia, con una perspectiva cada vez más inspirada en el modelo mussoliniano (cuando su fundador se había beneficiado al principio del apoyo de los comunistas, adeptos por su parte a un proyecto de "gobierno de obreros y campesinos"). Y caracterizaron de la misma forma el modo de difusión inicial del fascismo italiano y del nacionalsocialismo alemán; éstos se percibieron durante mucho tiempo como movimientos intermedios entre la democracia plebiscitaria y el Estado autoritario, antes de que su evolución totalitaria los alejara del populismo pequeño burgués, particularmente en el caso hitleriano.

Además, tratándose de América Latina, no cabe duda de que los regímenes populistas instaurados por Getulio Vargas, Juan Domingo Perón y algunos otros se beneficiaron de un fuerte apoyo no sólo de entre los más desposeídos, sino también de las categorías medias de la población asustadas por el espectro de una movilidad social descendente provocada por las consecuencias de la crisis de 1929.[12] Sin embargo, cualesquiera que hayan sido estas circunstancias populistas de la primera mitad

del siglo XX, continuaban inscribiéndose en una propuesta alternativa de tipo autoritario y conservaban, sobre todo, la fisonomía de un fenómeno más centrado, al menos verbalmente, en la redención de los pobres.

No pasa así con el populismo de los modernos. Incluso en la Europa del Este –donde una parte de las frustraciones de las masas se alimentan de la nostalgia del orden desaparecido de los partidos comunistas, embellecida hoy por el Partido Obrero Socialista y el Partido de los Jubilados Húngaros, o por el Partido del Socialismo Democrático, de Alemania del Este– la democracia pluralista, a la manera occidental, no está realmente impugnada. Aún más significativamente, tanto en el Este como en las viejas democracias de Europa Occidental, los movimientos populistas actuales adquieren la figura de formaciones o de estrategias individuales "atrapalotodo" de tipo pluriclasista, apuntando a responder a las frustraciones de los obreros, empleados, personal administrativo, funcionarios, profesionistas liberales, comerciantes y artesanos, de agricultores con o sin tierra, desempleados y pensionados que tienen todos en común la obsesión de ver desaparecer su universo material y cultural bajo el efecto de la mundialización y de un hundimiento concomitante de las soberanías nacionales.

En Europa Occidental, particularmente, dichas frustraciones desembocan en la xenofobia hacia los inmigrantes extraeuropeos a quienes los poderes públicos parecen no ser ya capaces de controlar. Y se manifiestan igualmente en América Latina, donde se traducen en el llamado a un poder democrático fuerte, cuyo papel ya no consistiría en asegurar prioritariamente la dignidad de los verdaderos pobres, sino más bien en restaurar el modo de vida de clases medias anteriormente protegidas por el clientelismo de Estado. En resumen, y en todos los casos, el

populismo de los modernos se define, como se anunciaba, por la reivindicación que elementos de la población, hasta entonces bastante favorecidos materialmente, hacen ante todo en su beneficio, desinteresándose de la situación de miseria permanente de grupos de toda especie.

A América Latina se le exhorta con respecto al modelo democrático y económico, al que debe someterse de manera imperativa.[13] La globalización se evoca comúnmente como factor primordial de los populismos actuales. Indiscutiblemente estos dos fenómenos hacen que la soberanía de los estados, regla de oro de la política desde hace tres siglos, parezca acercarse a su crepúsculo frente a la influencia de estructuras supranacionales, de instituciones financieras internacionales o de valores entregados "llave en mano" que la arrastran consigo. Hacen que un especulador como George Soros pueda desestabilizar una moneda –la libra esterlina– en unos días, que con mayor amplitud las decisiones de los gobiernos nacionales se vean condicionadas o anuladas por juegos de influencias, de flujos financieros, de reubicaciones industriales, de corrientes migratorias incontrolables, de circuitos de comunicación e incluso de movimientos ideológicos como el islamismo que transgreden las fronteras según una lógica posterritorial que deja frecuentemente a dichos gobiernos desamparados en el espacio donde antes ejercían su dominio. Son también estos fenómenos los que explican que los gobiernos electos de América Latina no puedan más que someterse a las exigencias de los grandes agentes financieros internacionales y de los países prestamistas, a tal punto que el proyecto humanista de una democracia mundializada hoy en día se relacione cada vez más con lo que el canciller mexicano Solana llamaba irónicamente en 1991 la "democracia comercial". Pero es más el segundo significado de

estos procesos el que aclara la penetración del populismo de los modernos.

En este segundo sentido, la globalización no acarrea solamente la disgregación de la soberanía estatal que representaba el atributo por excelencia de los gobiernos, incluso cuando la realidad de su poder, reputado como irreductible ante cualquier otro, fue exagerada, como antes de la guerra de 1914. Lo que importa en nuestros días no sólo es la soberanía de los gobiernos, sino también su otra cara, la soberanía nacional, de la cual las poblaciones obtienen su identidad, la que parece desvanecerse en el registro del mito (aunque las interpretaciones de dicho desvanecimiento no son más excesivas que aquellas que se refieren a la soberanía de los gobiernos). Y lo más grave es que, a su vez, el concepto mismo de soberanía popular sobre el que se fundamenta la democracia se ve afectado por la duda. ¿La soberanía del pueblo no habrá adquirido en nuestros días la figura de una ilusión? ¿Para qué sirve, si la voluntad mayoritaria expresada en las elecciones desemboca en prescripciones que no podrían aplicarse más que en la medida en que coincidieran con orientaciones inducidas por coacciones transnacionales soberbiamente indiferentes a los deseos de los pueblos?

La globalización no es el único factor a considerar. El Estado democrático padece en todos lados, primero en América Latina, pero también en Europa, la dificultad creciente para el cumplimiento de la principal obligación que incumbe a toda autoridad política: la que le ordena proveer de manera eficaz la seguridad de sus ciudadanos. Esta noción de seguridad debe comprenderse en el amplio sentido de la palabra. Evidentemente engloba la seguridad física de las personas o la de sus bienes, así como la garantía de derechos políticos como la libertad de expresión, principalmente. Con esto la exigencia de

seguridad se extiende a muchos otros dominios. Debido a la extensión del Estado benefactor en Europa y del Estado social-clientelista en América Latina, se vino a englobar en lo sucesivo la existencia de cada uno en todos o casi todos los aspectos. Aun ahí parece que las actuaciones de las democracias latinoamericanas recién reconstruidas no son brillantes, y que este hecho daña su legitimidad de principio. Esta debilidad de la actuación de las democracias latinoamericanas amenaza su futuro. Merma la creencia en su capacidad para responder a la seguridad más imperiosa de todas: la certidumbre de un futuro que los gobernados esperan de sus gobernantes. El público de los populistas modernos reúne a todos aquellos que han perdido esta creencia en la que se basa la cláusula central del contrato político; es decir, la que obliga a cualquier régimen a preservar la continuidad de la comunidad colocada bzyo su protección, así como el destino personal de cada uno de sus miembros y de sus descendientes.

Evaluando las posibilidades con que contaba América Latina en los años ochenta para aproximarse a una estabilidad democrática real, Adam Przeworski dio a un artículo que consagraba al respecto este título irónico: "Ama la incertidumbre y serás un demócrata".[14] Con esta formula quería expresar que los pueblos en busca permanente de las falsas certidumbres prodigadas con complacencia por sus gobernantes mostraban una inmadurez política que los ponía a merced de los líderes autoritarios que les prometían el paraíso terrenal. En resumen, los adicionados a certidumbres sobre el futuro revelaban por esta expectativa su inclinación al autoritarismo. Casi al mismo tiempo Albert Hirschman había sugerido que el desarrollo de una ciudadanía demócrata responsable requería de un estado de espíritu dispuesto a dejar de lado las promesas que ofrecían demasiada se-

guridad, mientras que la disposición contraria denotaba un temperamento inclinado a gozar de la comodidad mental generada por discursos perentorios con una connotación autoritaria.[15] Sin duda, y desafortunadamente, el problema es ahora que la necesidad de certidumbre ya no concierne más al futuro en América Latina. O, más exactamente, abarca un futuro inmediato, del día siguiente, que no se distingue del presente.

Para los latinoamericanos, la búsqueda de certidumbre se relaciona con las condiciones más elementales de la existencia, y esto vale no sólo para los pobres de siempre, sino también, casi de la misma manera, para todos aquellos que escapaban de la pobreza hace unos 15 años. Dicho de otra forma, "amar la certidumbre" no significa que no se es demócrata, y la idea de que se pueda "amar la incertidumbre" parece demasiado abstracta y finalmente inhumana para ser verdaderamente el signo del espíritu demócrata. Hugo Chávez lo comprendió en Venezuela; también otros –como Lavín en Chile o Fox en México– que zigzaguean para evitar verse confesos de populismo, y cuyo método correspondería más bien al de la "democracia delegativa" según Guillermo O'Donnell.[16] ¿Qué lección se puede sacar de todo esto? Francamente que hay que admitir con mucha pena que la expansión del populismo de los modernos en América Latina se comprende a la luz de esta falta de seguridad elemental en el desarrollo de la vida cotidiana. Grave en sí misma, esta observación incluye además un inconveniente mayor. Oscurece el problema todavía mucho más angustioso de una desigualdad social aterradora, cuya solución sigue siendo la llave de la bóveda de la consolidación de la democracia en América Latina.

Notas al pie

[1] Sin revelarse realmente significativo, este fenómeno de "vedetismo" no está, sin embargo, completamente ausente. Tratándose de Francia, se recuerda la atención prestada a los rumores de la candidatura presidencial del cantante Yves Montand, en 1983-1984 (rumores serios en comparación con la candidatura presidencial pero puramente irónica del animador Coluche).

[2] Max Weber designaba con la expresión de populismo "objetivado" su variedad referida a un mito fundador más que a un líder carismàtico (la Revolución y el partido que reivindica su monopolio en México, por ejemplo).

[3] En parte, en el sentido de Andreas Schedler (1996).

[4] Jean Viard (1998, p. 48).

[5] Citado en Alain Dieckhoff (1992, p. 69).

[6] Michael Walzer (1995, pp. 192-193).

[7] Citado en Vladimir Volkoff (1999, p. 7).

[8] *Koulaks*, campesinos enriquecidos, prestamistas o comerciantes que supuestamente vivían del sudor de los *mujiks*. Ya utilizada en el siglo XIX, la expresión fue rescatada por Lenin, que los tachaba durante el verano de 1918 de "vampiros *koulaks*" y de "bebedores de sangre" (Colas, 1998, p. 205).

[9] Díaz del Moral (1929).

[10] Michael Kazin (1995, p. 13).

[11] Albert O. Hirschman (1973).

[12] Recordamos que Gino Germani (1978) subrayó este punto.

[13] Sólo hay que pensar al respecto en el "asunto Pinochet", suscitado desde Europa en un perfecto desprecio por las circunstancias "tradicionales" de Chile.

[14] Adam Przeworski (1984).

[15] Albert O. Hirschman (1986a, pp. 41-42).

[16] Guillermo O'Donnell (1994, pp. 55-69).

UN CONCEPTO EVASIVO: EL POPULISMO EN LA CIENCIA POLÍTICA

Jean-François Prud'homme
El Colegio de México

UN EJERCICIO DE ESTILO

En la historia de las disciplinas hay ejercicios curiosos que consisten en repetir de manera cíclica, después de un periodo más o menos prolongado, experiencias inconclusas de definición analítica de un fenómeno. De manera frecuente, se trata de exponer y comparar diferentes definiciones nominales de dicho fenómeno, descartar sus elementos impropios, conservar otros más útiles y agregar observaciones recientes para producir finalmente una definición que sirva mejor a los objetivos del investigador. Es parte del proceso científico. En las ciencias sociales, por la naturaleza contingente de la relación entre teoría y experiencia, esas recurrencias no deben sorprender.

Sin embargo, hay conceptos o categorías cuya evaluación periódica nos deja con una cierta sensación de desesperación y, a veces, de vacío, por lo menos en lo que se refiere al esfuerzo de formalización. Su redefinición se asemeja más a un ejercicio de estilo que a un progreso real en la capacidad para explicar un fenómeno. Pero, a la vez, esas reevaluaciones no dejan de ser

interesantes en la medida en que aportan mucha información sobre el contexto intelectual y político (iba a decir el "espíritu de una época") en el cual tienen lugar. En la discusión de sus límites, esas categorías parecen tener por función principal, más que explicar un fenómeno, revelar lo que hay a su alrededor. En la dificultad para producir una definición positiva se manifiestan también incertidumbres en cuanto a la naturaleza de otros fenómenos cuya esencia aparenta ser menos problemática y con los cuales estas categorías están relacionadas.

La suerte del concepto de "populismo" en la ciencia política ejemplifica bien esa situación. Su historia es antigua. Podríamos encontrar huellas de sus orígenes en Cicerón y en su discurso "En defensa de Publio Sestio".[1] Pero, para hablar de tiempos más cercanos, no deja de llamar la atención cómo, de manera episódica (aproximadamente cada diez años), desde la década de los sesenta se redescubre el fenómeno y se intenta identificar sus rasgos esenciales, así como construir una categoría analítica con gran poder de explicación. Esas reevaluaciones del concepto presentan formas y estructuras similares que dejan sospechar la existencia de una especie de liturgia propia del estudio del concepto de "populismo".

El rito supone subrayar la diversidad geográfica, histórica, sociológica y política de las manifestaciones del fenómeno. Después se hace una glosa de las múltiples definiciones existentes para poner en evidencia sus respectivas inadecuaciones. El orden de esas operaciones es intercambiable. Luego se busca encontrar el mayor número de rasgos comunes a dichas definiciones para fundirlos en un nuevo concepto. Con suerte, el ejercicio sale del terreno de la abstracción y la capacidad de discriminación del nuevo concepto se somete a la prueba de la contrastación empírica. Finalmente se suele proponer una nue-

va definición del populismo.[2] Lo más aterrador de todo ello es que, en este momento, se me acaba la ironía puesto que me estoy preparando para repetir la misma liturgia.

Es cierto que el concepto de "populismo" es evasivo y suele designar una gran variedad de fenómenos políticos. Los movimientos de intelectuales que idealizaban al campesinado y sus formas de vida comunitaria en la Rusia del siglo XIX, los partidos de granjeros de los estados y provincias del centro occidente de los Estados Unidos y Canadá en las primeras décadas de este siglo, muchos gobiernos latinoamericanos de entreguerras y de la inmediata posguerra, varios movimientos de la derecha radical europea animada por una retórica de la antipolítica y, a veces, hasta las prácticas de la democracia directa suiza comparten esa denominación.[3] Cuando esas manifestaciones se estudian de manera específica, es decir en un contexto histórico y geográfico determinado, suelen dar lugar a teorías con una capacidad de explicación histórica razonable, como lo muestran las teorías intermedias desarrolladas para dar cuenta de cada una de las expresiones del fenómeno que acabo de mencionar.

La dificultad empieza cuando se buscan elementos comunes al movimiento de los granjeros estadounidenses de principios de siglo y la derecha radical europea o a los intelectuales rusos del siglo XIX y las masas urbanas movilizadas en la Argentina de la década de los cuarenta. El esfuerzo de síntesis se complica aún más cuando en los años ochenta en Europa y los noventa en América Latina se introduce el concepto de "neopopulismo" para designar dos fenómenos distintos: en el primer caso, el uso de una retórica antipolítica por parte de partidos de la extrema derecha; en el segundo, la implantación de políticas clientelistas de ayuda social en un contexto de reducción del

gasto público provocado por necesidades de reestructuración económica.[4]

Frente a ese problema de generalización de la explicación se han adoptado dos grandes tipos de estrategia metodológica. El primero, como ya lo mencioné, consistió en circunscribir el estudio a un periodo histórico y un área geográfica determinados. Es el caso de la mayoría de los estudios clásicos sobre populismo en América Latina, donde se logra relacionar dimensiones económicas, políticas y sociales para elaborar un modelo coherente de explicación de una época.[5] Para dar un alcance general a ese tipo de explicación, autores como Margaret Canovan han preferido establecer una tipología de las manifestaciones del populismo y estudiar cada tipo como si tuviera una explicación propia. En el mejor de los casos, esa genealogía de los populismos presenta coincidencias entre los diversos tipos aunque muy a menudo resalta manifestaciones opuestas del fenómeno así descrito.[6]

Otros intentaron distinguir entre una categoría central que contendría todos los elementos propios a las manifestaciones más acabadas del populismo (el peronismo, por ejemplo), como si estuvieran construyendo un tipo ideal, y categorías secundarias que abarcarían solamente algunos rasgos del fenómeno. De esta manera sería posible establecer una continuidad entre expresiones concentradas y diluidas del fenómeno: populismo y neopopulismo o peronismo y velasquismo (del ecuatoriano Velasco Ibarra), por ejemplo.[7]

En este primer grupo de estrategias metodológicas se suelen incorporar, a la definición misma del fenómeno, unas hipótesis de tipo sociológico, económico o histórico sobre las condiciones de surgimiento y consolidación del populismo: migraciones aceleradas del campo a la ciudad, modificaciones abruptas

en el sistema de valores, cambios en la economía doméstica e internacional, convergencias entre grupos sociales, etc. Esas hipótesis tienen por efecto incrementar la capacidad de explicación histórica y el asidero en la realidad de los modelos de populismo sin tener que precisar demasiado el contenido específico de la variable "populismo".

El segundo tipo de estrategias metodológicas se caracteriza por su minimalismo. Consiste en encontrar un número reducido de elementos comunes a todos los fenómenos descritos como populistas. Se inscribe en una tradición que se podría calificar de hermenéutica. En los años sesenta, Peter Worsley, retomando conclusiones del conocido sociólogo Edward Shils, identificó dos elementos centrales del discurso populista: las nociones de supremacía de la voluntad del pueblo y de relación directa entre dicho pueblo y el gobierno. El populismo en esa perspectiva es percibido como una dimensión presente en una amplia gama de culturas y estructuras políticas, como un "estilo recurrente" de política compatible con diferentes ideologías y formas de gobierno.[8]

En esa elección estratégica convergen científicos sociales provenientes de distintas escuelas de pensamiento, así como detractores y defensores del populismo.[9] En general, la adopción de este tipo de estrategia no descarta la formulación de preguntas en torno a las condiciones de aparición del fenómeno. Sin embargo, dichas condiciones no quedan incorporadas en la definición del concepto y se expresan deliberadamente de manera vaga y general: por ejemplo, afirmar que el populismo es producto de un periodo de crisis y de movilización.[10]

Este tipo de acercamiento al fenómeno parece ganar adeptos. Es el que nos permite en esta compilación abordar los neopopulismos europeos y latinoamericanos como si fueran mani-

festaciones de un mismo fenómeno. Ofrece un nivel de generalización mayor, pero debilita la capacidad discriminatoria del concepto. Casi cualquier fenómeno de la política democrática contemporánea puede ser interpretado como algo que contiene una dosis de populismo: desde los impulsos comunitaristas en las democracias viejas hasta el uso del mercadeo político electrónico en las democracias jóvenes. En este caso, aun los autores que nos entretienen largamente con glosas de definiciones y usos para precisar el concepto terminan formulando categorías explicativas blandas.[11]

Así es como, entre el particularismo histórico con gran poder de explicación y poca capacidad de generalización y el minimalismo universalista con poca fuerza para discriminar, el populismo sigue siendo una categoría evasiva. Por lo menos en esto existe un consenso.

La debilidad analítica del concepto no constituye la única razón por la cual se le califica de evasivo. En el mundo de las ideologías, el populismo tiene un serio problema de *status*. Desde la perspectiva de la filosofía política y en comparación con sistemas ideológicos cerrados, el populismo ha sido considerado como un discurso primitivo, cuando no incoherente. Hay que recordar la manera en que fue denigrado el populismo ruso en los panfletos leninistas o en la literatura liberal.[12] De manera intuitiva, Margaret Canovan resalta la incomodidad de los intelectuales ante un fenómeno político que suele serles hostil. Ella sugiere que en esa sensación reside parte de la percepción negativa del fenómeno que existe en el mundo académico.[13] Hay allí también algo más profundo y complejo que está relacionado con la cara oculta de la democracia. Me refiero a la participación de las masas que siempre linda con el terreno de la demagogia. Regresaré a este tema más adelante.

Peter Worsley expresó bien el malestar que existe ante una retórica populista que no parece apoyarse en la conciencia ni en la racionalidad: "…muchos movimientos que otros denominaron 'populistas' nunca usaron esa etiqueta para describirse a sí mismos. Nunca fueron conscientes de que otros movimientos similares –por lo menos desde nuestra perspectiva– hayan existido; ni tuvieron contactos organizativos con ellos. El populismo, pues, no es parte de una tradición compartida e inclusiva de pensamiento, y más todavía cuando se considera la orientación subjetiva de los actores".[14]

La inexistencia de un discurso consciente y articulado que pueda guiar la acción de los actores abre el terreno a la manipulación y la irracionalidad. Los movimientos populistas no parecen apelar a sujetos reflexivos. Esto explica (y justifica) el malestar de muchos intelectuales frente a la retórica populista. El malestar persiste aun en los esfuerzos de recuperación positiva del concepto. Pienso, por ejemplo, en los rodeos que dio el marxista argentino Laclau para otorgar un título nobiliario a lo "popular-democrático". Escribía que se trataba de una "materia prima ideológica" y de una "forma peculiar de articulación de interpelaciones populares y democráticas", pero en ningún momento parecía dispuesto a concederle el rango de ideología positiva.[15] La falta de *status* del populismo como ideología parece producir una vez más un acuerdo en torno a una definición negativa: se sabe bien lo que no es el populismo pero muy poco acerca de lo que es.

Recientemente, puesto que el rigor ideológico ya no es condición de supervivencia política, se ha intentado revalorar el *status* del concepto denunciando sus usos peyorativos así como las interpretaciones que le confieren un carácter anómalo, hasta patológico.[16] Parte de esa revaloración se apoya en el paren-

tesco que existe entre populismo y democracia, vía la reivindicación de la soberanía popular y la participación política, ambas condiciones necesarias a la vida democrática. Sin embargo, esa revaloración se da paradójicamente mediante una merma en la categoría del populismo: se vuelve un "estilo" y un "estado de ánimo" (*mood*). Se trata de algo más ligero que pertenece al universo de la forma y del sentimiento pero que, como ya se mencionó, no ayuda mucho a la clarificación conceptual.

Ante esta situación, no puedo sino aceptar la opinión de la mayoría de los científicos sociales acerca de la definición teórica del populismo: se trata efectivamente de un concepto evasivo. Sin embargo, como ya lo mencioné al inicio del texto, su trayectoria en las ciencias sociales contemporáneas dice mucho acerca de lo que había y hay en sus alrededores. Así, en las ciencias sociales latinoamericanas hubo una época en la que reflexionar sobre el populismo era reflexionar sobre desarrollo y modernización, de la misma manera que hacerlo hoy es interrogarse acerca de las condiciones de ejercicio de la vida democrática.

Por esa razón haré una breve revisión de las principales corrientes de interpretación del fenómeno en América Latina y reflexionaré sobre las recurrencias del tema en la ciencia política, especialmente en términos de esa curiosa filiación entre populismo y neopopulismo. Luego, retomando el "espíritu de la época", reflexionaré sobre la relación entre populismo y democracia.

EXPLORANDO LOS ALREDEDORES

Las ciencias sociales latinoamericanas se apropiaron durante años del estudio del populismo. Es normal puesto que aquí se presentaron las formas más acabadas del fenómeno. Mientras

que en otros lados los politólogos se preguntaban si el término era aplicable a un movimiento, una ideología, un gobierno o una forma de Estado, en América Latina el populismo estaba en todos lados: en el movimiento, en la ideología, en el gobierno y en el Estado.[17] Por esta razón, de la reflexión sobre el tema nacieron interesantes teorías de alcance medio que buscaban dar una explicación a lo que sucedía en el conjunto de la sociedad. En uno más de los intentos recientes de clasificación de las perspectivas de estudio del populismo se hace referencia a esas teorías como la perspectiva "histórico-sociológica".[18]

¿De qué nos hablaban esas teorías? Las de Gino Germani, Torcuato S. di Telia y Octavio Ianni hablaban de modernización y, frente a ellas, aunque no necesariamente en una posición antagónica, las de Fernando Henrique Cardoso, Enzo Faletto y Francisco Weffort hablaban de desarrollo.[19]

En sus estudios sobre el peronismo en Argentina, Germani se interesaba en el paso de una sociedad tradicional a una moderna y, especialmente, en el rápido proceso de cambio estructural. Observaba intensos fenómenos de migración del campo a la ciudad estimulados por un proceso de industrialización incipiente, clases sociales (media y obrera) en vías de consolidación y un proceso de movilidad social acelerada. Los valores también se estaban transformando. Las pautas tradicionales de comportamiento de los sectores desplazados se desvanecían sin ser reemplazadas por valores modernos. Ese desfase hacía que amplios segmentos de la población fueran receptivos a promesas heterodoxas de orden social. De manera general, el contexto de transición así descrito se prestaba al incremento de la movilización y participación política. Claro está que el carácter precipitado del cambio no preparaba a los sectores nuevamente

movilizados a actuar en la política de manera racional y consciente.

Di Telia trató también el tema de la modernización pero desde la perspectiva de la transmisión de ideas y valores. Su argumento era el siguiente: con el desarrollo de los medios de comunicación, crecían las expectativas de las masas que buscaban aprovechar los beneficios del progreso y tener un acceso amplio a bienes de consumo.

Hasta aquí las teorías de ambos sociólogos explicaban el proceso de transición de la tradición a la modernidad en sociedades como la argentina, pero daban muy pocas indicaciones en torno a la naturaleza misma del populismo. De hecho no trataban directamente el tema de la democracia, si bien en sus primeros escritos el fenómeno populista aparecía como una expresión anómala de la modernidad, puesto que en principio modernidad y democracia iban aparejadas.

En la construcción de sus argumentos, sólo después del análisis del cambio sociológico intervenían dimensiones tales como la existencia de una élite anti *statu quo,* el funcionamiento deficiente de las instituciones de representación política, la existencia de una ideología de movilización y la relación directa, en el borde de la manipulación, entre un líder carismàtico y unas masas disponibles. El "nacionalpopulismo" o el "populismo" *tout court* aparecían como una expresión política propia de una fase de transición. El concepto servía así para describir un tipo particular de modernización social y política. A manera de precisión, a lo que regresaré después, cabe mencionar que en esa tradición de interpretación resaltaban los rasgos autoritarios de ese tipo de movilización política. El populismo tenía una connotación negativa, aun cuando, en sus últimos escritos,

Germani reconocía la existencia de un vínculo ambiguo entre populismo y democracia.

En las teorías de Cardoso, Faletto y otros, la categoría "populismo" desempeñó también el papel de revelador de otro gran tema que marcó el "espíritu de una época". En este caso, el gran tema era el desarrollo. Llama la atención que de entrada esos autores especificaran que el populismo correspondía también a una época de transición.

Los procesos económicos y la relación entre clases sociales ocupaban un lugar central en esa explicación. El argumento es conocido. Modificaciones en los flujos de comercio internacional de los países latinoamericanos ocasionadas por la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial crearon condiciones favorables a una virtual autarquía económica que permitió, a su vez, la consolidación de los mercados internos del subcontinente a través de la industrialización sustitutiva de importaciones. Dicho proceso alentó el despliegue de la actividad industrial y una redistribución del ingreso a favor de grupos sociales subalternos. En muchos países esta situación favoreció una convergencia –explícita o implícita– de intereses entre clases medias urbanas, clase obrera naciente y empresarios industriales. En función de la capacidad de acción autónoma mostrada por cada uno de esos grupos sociales, las instituciones políticas (el Estado) asumieron un papel más o menos importante en la protección del mercado interno, el fomento del crecimiento económico y la redistribución del ingreso. En esa perspectiva se hablaba mucho de los problemas del desarrollo económico y muy poco del populismo en sí o, mejor, del "nacionalpopulismo" como se decía en ese entonces.

En justicia, hay que reconocer que sí se mencionaban algunos elementos que contribuían a caracterizar la especificidad

política del fenómeno aunque fuera de manera indirecta. Primero, había una insistencia en definir el populismo como resultado de la coalición de intereses de varios grupos sociales: de allí la insistencia en el uso de la expresión "alianza de clases". Luego se suponía que en esa alianza participaban grupos previamente excluidos de la vida política institucional. Había en esa tradición de interpretación una insistencia en el acceso a la participación y representación política que hacía eco a las observaciones de Germani sobre la irrupción de las masas en la vida política. Autores como Francisco Weffort sugerían que se trataba de una etapa importante en la conquista de derechos ciudadanos.[20] Sin embargo, poco se decía acerca de la naturaleza específicamente política del fenómeno, y menos aún de su relación con el ejercicio de la vida política democrática.

Desde luego en esa perspectiva, que hacía hincapié en el desarrollo, la fase nacional populista era descrita de manera positiva. En lo económico había permitido la autonomía nacional, el crecimiento y la redistribución del ingreso por más pasteras que fueran esas tendencias. En lo político, aunque la reflexión sobre el tema no llegó muy lejos, había permitido la conquista (u otorgamiento) de algunos derechos cívicos. Este balance explica por qué en varios círculos políticos e intelectuales latinoamericanos la noción de "populismo" no esté acompañada de una connotación negativa.

Después de un eclipse de algunas décadas, el concepto volvió a aparecer en la ciencia política contemporánea pero esta vez precedido del prefijo "neo". En este caso el neopopulismo sirvió para poner en evidencia las incongruencias de otro neofenómeno, el neoliberalismo.[21] El argumento es sencillo: en oposición a lo que ellos mismos proclamaban, gobiernos que buscaban corregir los excesos de las políticas económicas populistas

del pasado recurrían a ese mismo tipo de estrategias en la aplicación de políticas sociales dirigidas hacia grupos específicos de la población. La incongruencia no se limitaba al campo de la economía. En lugar de ser guiada por puros criterios técnicos, la implantación de dichas políticas tendía a reproducir rasgos de la vieja política populista: relación directa entre el líder y las masas beneficiadas, manipulación clientelista y, en algunos casos, presencia de una retórica de la antipolítica.

En un artículo de síntesis que representa bien esa corriente de interpretación, Kurt Weyland reproduce el recorrido de las coincidencias entre reformadores neoliberales y políticos populistas. Tanto los primeros como los segundos tienen interés en la modificación del *statu quo* y en el combate a los grupos intermedios organizados: los primeros para llevar a cabo sus reformas económicas de mercado, los segundos para adquirir mayor margen de maniobra para asentar su poder. Ambos grupos buscan mantener una gran distancia con respecto a los partidos políticos establecidos. Es una de las razones por las cuales tienen el mismo adversario, "la clase política". Los políticos populistas prefieren asentar su poder en los sectores no organizados de la sociedad. En conjunción con los tecnócratas neoliberales, tienden a favorecer una concentración del poder en manos del Ejecutivo, llegando hasta la disolución del Parlamento cuando éste constituye un obstáculo a la realización de sus propósitos. Por último, su retórica apela principalmente, mediante la televisión, a individuos aislados –seres ideales de mercado– para establecer una relación personal e inmediata entre líder y seguidores.[22] Claro está que este cúmulo de coincidencias entre tecnócratas neoliberales y políticos populistas dura el tiempo de unas reformas: luego, a mediano y largo plazos, sus intereses y esencias los llevan a oponerse los unos a los otros.

Lo curioso de los trabaos que vinculan "neopopulismo" y "neoliberalismo" es que reflexionan poco sobre la naturaleza misma del componente populista. Hablan más bien de las incongruencias de la retórica neoliberal. Sin embargo, si el fenómeno que describen es realmente lo que afirman que es, ayudan a deshacer el vínculo obligado entre los tipos específicos de política macroeconómica y práctica política en que se sostenían las interpretaciones del populismo clásico. A la vez obligan a formular preguntas, que ellos mismos no plantean, en torno a los motivos de la supervivencia o regreso del populismo. La respuesta parece pasar por las estrategias mínimas de definición del concepto a las cuales aludí en el apartado anterior.

Es por ello por lo que Weyland define el populismo como una estrategia política caracterizada por la presencia de un líder que apela a grupos heterogéneos de excluidos disponibles para ser movilizados y con los cuales busca establecer vínculos directos.[23]

Pareciera que, si se quiere mantener el uso del término "populismo", hay que limitarlo al campo de la política y aceptar que tiene una capacidad de explicación modesta, y que sirve para poner en evidencia aspectos de fenómenos relacionados de mayor amplitud como la modernización, el desarrollo y eventualmente la democracia. Esto implica, desgraciadamente quizás, un regreso a nociones blandas como las de estilo o de estados de ánimos para explicar el fenómeno.

En una evaluación de la vigencia del concepto, motivada en parte por el uso reciente y copioso del prefijo "neo", Alan Knight llega a la conclusión de que el populismo es un estilo de política que involucra una relación proclamada con el "pueblo", una mentalidad dicotómica que se apoya en identidades prima-

rias (“ellos y nosotros”), así como (a veces) un periodo de crisis y movilización.[24] Nada más.

No estamos muy lejos de las conclusiones que hace 30 años formulaba Peter Worsley retomando a su vez los resultados de un estudio que Edward Shils había publicado diez años antes sobre el populismo estadounidense. Según Shils, el populismo era un estilo de participación política que suponía: la supremacía de la voluntad del pueblo sobre los estándares de las instituciones tradicionales; la deseabilidad de una relación directa entre dicho pueblo y el liderazgo sin mediación institucional; la exaltación de las virtudes del hombre común en contraste con las taras del hombre sofisticado, sobreeducado y complejo; un cierto resentimiento frente a los que ejercen el monopolio de la vida económica, política y cultural; y una búsqueda de justicia sustantiva.[25]

Llama la atención constatar que en los intentos por aislar los componentes del populismo en su dimensión política reaparezcan constantemente las nociones de soberanía y participación popular. Esto nos indica que una vez más habría que usar el concepto para hablar de otro fenómeno más grande: la democracia. De hecho es la dirección que parecen tomar las recientes contribuciones al estudio del tema. Nos informan sobre las dificultades que acompañan a la práctica de la vida democrática en diversas latitudes.

POPULISMO Y DEMOCRACIA

Primero, una referencia poco contemporánea. En la defensa que hace de su amigo Publio Sestio, Cicerón define dos estilos de hombres políticos, los “populares” y los “optimates”: “Los que pretendían que sus acciones y palabras fueran gratas a las multitudes eran considerados populares; ‘optimates’, en cam-

bio, los que se conducían de tal forma que sus decisiones recibían la aprobación de los mejores."[26] Todo el alegato jurídico de Cicerón está construido para poner en evidencia el riesgo que representaban los "populares" para la salud de la república: la noción de soberanía popular podía tener efectos nefastos sobre la práctica política. Sin embargo el alegato terminaba de manera positiva. Al final el pueblo sabía reconocer que sus verdaderos intereses eran mejor defendidos por los que no temían tomar decisiones impopulares: "Estáis viendo, por tanto, que el propio pueblo –por así decir– ya no es tan 'popular', puesto que rechaza tan violentamente lo que se considera 'popular'…"[27]

La advertencia de Cicerón, que recuerda otra formulada por Aristóteles siglos antes, encontró eco en los escritos de varios pensadores del siglo XIX que pudieron observar directamente la irrupción de las masas en la vida política. Llama la atención cómo, por ejemplo, Moisei Ostrogorski, en su conocido estudio sobre los partidos políticos, denunciaba, reaccionando a la extensión del sufragio y la consecuente ampliación de la participación política, la capacidad de manipulación de la opinión de las masas apáticas por parte de los políticos profesionales, así como la pérdida de sustancia de los debates democráticos.[28] Según él, la masificación de la política abría paso al dominio de las emociones y de las adhesiones mecánicas. Ostrogorski reaccionaba de manera visceral y erraba en su diagnóstico cuando culpaba de la situación a la clase política de la época. Sin embargo, su testimonio permitió identificar algunos dilemas de las grandes democracias representativas: número contra calidad, técnica contra sustancia, emotividad contra realismo y predeterminación de las opiniones contra raciocinio. Todo ello porque la democracia representativa se apoya en la noción de soberanía popular y en el principio de la mayoría. Tocqueville an-

tes, Sartori y Dahl después han reflexionado ampliamente acerca de la presencia de esa tensión en la vida democrática.[29]

Max Weber planteó bien el problema en su estudio sobre los partidos políticos y la vida electoral. El problema de la democracia de masas no reside solamente en el gran número de sus participantes y en una consecuente tendencia a la mediocridad. Tiene que ver también con la manera en que funciona dicha democracia. ¿Qué es lo que lleva a los miembros de una comunidad democrática a movilizarse y a invertir en la actividad política? Una respuesta liberal clásica haría hincapié en el interés. Sin embargo, el interés en sí no es suficiente para asegurar la movilización de las mayorías.

Para Weber, una de las particularidades de la democracia de masas es que funciona con base en una curiosa combinación de carisma y de racionalidad. Una empresa política eficiente requiere de ordenamientos racionales para organizar el apoyo de la mayoría. Pero también, y sobre todo, requiere de líderes carismáticos –los jefes más capaces– para movilizar dicho apoyo en las contiendas electorales. "Democratización y demagogia van juntos", escribe Max Weber.[30] La representación es en parte posible porque el carisma permite la delegación del voto, el depósito de la confianza de un grupo de individuos en una o varias personas que encarnan valores y opciones políticas, y a quienes los primeros están dispuestos a entregar su destino político por la duración de un mandato. Ese fenómeno de traslación está presente en diversos grados en todos los actos electorales. Por esa razón las técnicas de fabricación de imagen política han adquirido tanta importancia en la vida de las democracias consolidadas.

Weber, consciente de los riesgos que para la supervivencia de la democracia puede traer la movilización de los afectos,

oponía a ello la solidez de las instituciones y organizaciones democráticas. Escribía acerca del caso inglés: "La firme organización de los partidos y, ante todo, la obligación por parte del conductor de masas de formarse y acreditarse mediante participación en los trabajos de las comisiones parlamentarias de acuerdo con las reglas convencionales de aquéllos, ofrece cierta garantía de que dichos hombres cesarísticos de confianza de masas se adapten a las firmes formas jurídicas del Estado…"[31] Las organizaciones de tipo racional legal tienen que frenar y encauzar la movilización que provoca el carisma.

El populismo y la democracia se alimentan de los mismos ingredientes. La noción de soberanía popular supone que para legitimarse los gobernantes tienen que hacer llamados periódicos al pueblo y que el mismo pueblo tiene derecho a participar y hacer oír su voz. Por ello es difícil pensar en que pueda existir el populismo sin que reine un principio legitimador de soberanía popular. La expresión de esa soberanía popular se puede dar mediante la participación directa de todos, sin intermediarios, lo que en sí se presta a manipulaciones y efusiones colectivas. Se puede dar también mediante la delegación de la voz de los miembros del pueblo en representantes. Sin embargo, la representación no se apoya solamente en el cálculo utilitarista del representado. Supone también la realización de una operación mágica de transferencia de la voz del representado hacia el representante que suele efectuarse con el apoyo del carisma. Así que, cualquiera que sea la perspectiva privilegiada en la concepción de la democracia, directa o representativa, se puede apreciar cómo nociones tales como el llamado al pueblo o el predominio de una relación inmediata entre representante y representado constituyen elementos que están también presentes en el populismo. La distinción es un asunto de dosis y lími-

tes, tal como ha sido ampliamente debatido en la teoría democrática moderna.

La existencia de esos vínculos de parentesco está en la base de intentos recientes de revertir la connotación negativa asociada al populismo. En un esfuerzo de reconciliación del populismo con la democracia, Margaret Canovan recupera y utiliza dos estilos de prácticas políticas que el filósofo inglés Michael Oakeshott identifica como la "política de la fe" y la "política del escepticismo": la primera promovería la salvación en este mundo vía la movilización del entusiasmo popular; la segunda desconfiaría tanto del poder como del entusiasmo para defender más bien el derecho y las instituciones.

Para Canovan, esos dos estilos, que ella rebautiza bajo las denominaciones de "política de la redención" y "política del pragmatismo", constituirían dos caras interrelacionadas pero a veces opuestas de la vida democrática moderna. La política de la redención fija los horizontes lejanos de lo esperable y se presenta como instrumento de salvación frente a los problemas de este mundo. La política del pragmatismo administra el mundo de lo posible y se presenta como una manera de hacer frente pacíficamente a los conflictos. La primera se apoya en la noción de poder popular mientras que la segunda se define más como una forma de gobierno. De allí viene la presencia de fuertes impulsos antiinstitucionales en la política de la redención, mientras que la política del pragmatismo requiere justamente de instituciones para encauzar y hacer efectivo el poder.

La tensa complementariedad de ambos estilos de política se puede apreciar en el funcionamiento de la vida democrática. Según Canovan, el pragmatismo sin el impulso de la política redentora llevaría a la corrupción y a la falta de responsabilidad de los gobiernos. La política de la redención lubricaría la ma-

quinaria de la democracia pragmática aportando a sus instituciones la legitimidad necesaria a su funcionamiento eficaz. Sin embargo, el sesgo antiinstitucional de la primera favorecería la personalización de la vida política y la concentración del poder en manos de un individuo y, por tanto, requeriría de instituciones para poner freno a esa tendencia. Además, de hacerse predominante, llevaría a un ciclo de política de la sobreoferta en el cual las promesas no encontrarían manera de cumplirse.

En este contexto los brotes populistas en los sistemas democráticos podrían ser interpretados como mecanismos de autocorrección que "explotan la brecha entre las promesas y el desempeño de la democracia".[32] De manera romántica, esos brotes apelan a los ingredientes de la democracia asociados a los sentimientos y a las creencias. Canovan establece un paralelo entre el funcionamiento de los sistemas políticos democráticos y el de las iglesias tal como los analiza Max Weber: "…las instituciones democráticas necesitan brotes ocasionales de fe como medio de renovación".[33]

El problema con esta propuesta es que no sólo los movimientos populistas adoptan un estilo político basado en la idea de redención. Cualquier partido político en campaña hace promesas de redención: ¿esto los transforma automáticamente en partidos populistas? Lo dudo. Debe de haber algo más que permita establecer una distinción; de lo contrario, se corre el riesgo de que el "estilo" y el "estado de ánimo" populistas permeen al conjunto de los actores e instituciones de la vida democrática.

Canovan reconoce que la idea de representación directa sin instituciones mediadoras va en contra de las aspiraciones democráticas y favorece la concentración del poder en manos de un individuo. Por tanto el discurso antiinstitucional del popu-

lismo tiene un corto alcance puesto que la democracia no puede funcionar sin instituciones emyenadoras y *expertise* profesional. Parece que el límite que vuelve aceptable al populismo está en la existencia de instituciones políticas plurales que actúan como freno y barrera de contención. Llama la atención que los intentos teóricos de rehabilitación del populismo tienden a darse en el contexto de una sólida institucionalidad democrática;[34] es decir, donde los movimientos de corte populista no se presentan como alternativas reales al dominio de otros actores políticos de la vida democrática.

El caso es distinto en países donde el populismo fue y, en algunos casos, sigue siendo una forma de gobierno. Cuando párrafos antes expuse los argumentos de los politólogos que utilizan el termino de neopopulismo para designar un estilo de gobierno en democracias nuevas o restauradas que se enfrentan a la necesidad de reformar sus estructuras económicas, mencioné que esos politólogos se quedaban cortos en su exploración de la relación entre populismo y democracia. En sus explicaciones, el recurso a estrategias populistas era posible porque en situaciones específicas, como las de hiperinflación, se manifestaban la ineficacia de las instituciones democráticas tradicionales y un consecuente desencanto de la población frente a estas últimas. Ese contexto abría el campo para el despliegue de las ambiciones de políticos con un estilo populista. Dicho campo se encontraba todavía más abierto cuando no existían organizaciones e instituciones suficientemente sólidas para frenar las aspiraciones de políticos ambiciosos.[35]

El problema con este tipo de interpretación es que no se formulan preguntas acerca de las condiciones que hacen que los artificios del populismo encuentren un terreno fértil en sectores mayoritarios del electorado. En general esas expresiones

del estilo populista de gobernar no son producto de una generación espontánea. Tienden a estar bien ancladas en la historia de la representación política de las sociedades en las cuales se manifiestan.

Cuando se habla de democracia representativa se piensa en mecanismos que permiten la delegación, a través del voto, de las voces de una mayoría de individuos en uno o varios representantes que, a su vez, están constreñidos en su mandato por una serie de disposiciones institucionales.[36] Las instituciones políticas democráticas tienen por función reflejar esa voluntad mayoritaria reconstruida mediante la agregación de las voces individuales a la vez que orientan las pautas de comportamiento político de los individuos. No obstante ello, la legitimidad de la representación no se construye solamente por la agregación mayoritaria de voluntades individuales. El principio vale en sociedades altamente individualizadas, donde las instituciones políticas garantizan de manera estable el funcionamiento de los mecanismos de formación de mayorías: las poliarquías clásicas de Robert Dahl.

En otras sociedades la representación opera literalmente como reflejo de las relaciones que se establecen entre los miembros de la comunidad. La vida política se construye sobre la base de relaciones sociales en las cuales el individuo, en su sentido moderno, está apenas constituido. Las personas están adscritas a un conjunto de redes sociales que difícilmente dejan emerger a ese individuo que es portador de la ciudadanía liberal.[37] Esas redes se expresan mediante las obligaciones de reciprocidad del parentesco, del clientelismo o de la solidaridad corporatista. En este caso es muy difícil pensar que las prácticas ancladas en la vida social no se expresen en la forma de hacer política. Por ello una parte sustancial de los rasgos del estilo

político neopopulista está constituida por elementos que están presentes –y que siempre estuvieron presentes– en la vida social de los países en que se manifiestan. Los recursos que utilizan los políticos neopopulistas no son artificios creados espontáneamente por mentes ávidas de poder sino que en la mayoría de los casos corresponden a prácticas sociales totalmente aceptadas que, traducidas al mundo de la política, se prestan al particularismo y a la manipulación de los sentimientos colectivos.[38]

O'Donnell ha llamado la atención sobre el caso de las nuevas poliarquías que detrás de una aparente fragilidad institucional esconden una sutil y ambigua mezcla de arreglos formales e informales. Las prácticas informales como el clientelismo y el particularismo, resultado de una profunda sedimentación histórica, suelen ostentar un alto grado de institucionalización: un número importante de jugadores sabe reconocer a qué se juega y las reglas que se aplican aun si son implícitas.[39] Según O'Donnell, la presencia de esa red de instituciones informales puede contribuir a la consolidación de los sistemas democráticos nuevos o restaurados. Los vínculos informales palian muchas veces la ausencia o las fallas de las instituciones políticas formales y permiten mantener aspectos fundamentales de la vida democrática. Sin embargo, la presencia de una alta dosis de informalidad en las relaciones políticas se da en detrimento del establecimiento de contrapesos institucionales (*horizontal accountability*) y favorece la distribución arbitraria de los bienes políticos. Sobra decir que tenemos aquí un campo propicio para el desempeño de estilos populistas de hacer política.

A la sólida implantación de prácticas políticas informales se agrega una larga tradición de acceso desigual a los derechos ciudadanos y a los bienes públicos. El particularismo al cual se

refiere O'Donnell no opera solamente como criterio de juicio que permite el uso del libre albedrío en circunstancias especiales. El particularismo tiene una historia que se refleja en la consolidación de la ciudadanía en muchos países. El modelo secuencial de conquista y otorgamiento de la ciudadanía desarrollado por T.H. Marshall, pensando en el caso inglés, no se aplica a la historia de muchos países. La secuencia de obtención de los derechos dista mucho de ser la misma. Además el principio de universalidad de los derechos enfrentó serios problemas de aplicación.[40]

En general el orden liberal del siglo XIX marginó a importantes sectores de la población en América Latina, como en los casos de México y Brasil, o no resistió los embates de las crisis económicas, como en el caso de Argentina. En los dos primeros casos es también un orden que se construyó sobre un tejido de relaciones sociales tradicionales.[41] Luego los gobiernos y regímenes populistas que presidieron en los años treinta la incorporación de sectores de las masas a la vida política lo hicieron sobre una base selectiva. Los miembros de las corporaciones afiliadas al pacto populista gozaron de un acceso privilegiado a ciertos derechos políticos, civiles y sociales que seguían siendo denegados a otros sectores. Un examen de los regímenes de protección social en países como México, Argentina o Brasil muestra el carácter heteróclito del acceso a los derechos sociales, por dar un solo ejemplo. Finalmente los regímenes militares que en algunos países vinieron a desarticular el arreglo populista restringieron, cuando no eliminaron, la práctica de los derechos ciudadanos. En síntesis, el acceso a derechos civiles, sociales y políticos en varios países produjo una ciudadanía abigarrada en donde queda mucho por negociar y ofrecer sobre la base de intercambios particulares entre políticos y potencia-

les clientelas. Esta situación, que no es nueva, favorece la supervivencia de relaciones políticas de corte populista.

A esto hay que agregar un dato sociológico muy visible. En general los países en que se asientan prácticas *neopopulistas* son países marcados por profundas desigualdades socioeconómicas. Esas desigualdades no se expresan solamente en términos de riqueza personal de los individuos (o ingresos privados) sino también en términos de acceso a los bienes públicos. La privación o falta de acceso a servicios colectivos por parte de amplios sectores de la población abre un campo inmenso para que los que tienen la posibilidad de controlar ese acceso –es decir, los políticos en el poder– lo usen para establecer relaciones de intercambio político de corte clientelar. Cabe mencionar que en muchos casos esa relación de intercambio clientelar se apoya en una cultura política pragmática que va más allá de la manipulación y funciona en la medida en que haya "entrega de la mercancía".[42]

El predominio de relaciones sociales basadas en el intercambio y la reciprocidad a lo largo de redes interpersonales extensas, la constitución de un universo ciudadano en el cual los derechos se distribuyen de manera heteróclita y la desigualdad socioeconómica que se refleja en el también desigual acceso a los servicios colectivos no bastan en sí mismos para explicar la supervivencia del populismo. Tal como se ha venido discutiendo en los últimos años en la ciencia política que estudia las democracias nuevas o restauradas, las instituciones políticas también cuentan.[43]

Cuentan en por lo menos dos dimensiones. La primera está asociada al tipo de régimen y a la manera en que se establecen las relaciones entre los distintos poderes: el Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial. Hay politólogos que han acuñado el concep-

to de *horizontal accountability* para referirse al funcionamiento de los mecanismos de pesos y contrapesos en los regímenes democráticos. La falta de *horizontal accountability* favorecería la concentración del poder en la instancia ejecutiva. Huelga decir que los regímenes presidencialistas son más propicios a ese tipo de concentración del poder.[44] La concentración del poder en manos de un presidente que tiene que dar cuenta de su gestión solamente al electorado cada determinado tiempo alienta el uso de un estilo político de corte populista. Esa hipertrofia del Poder Ejecutivo no solamente refleja la debilidad de los poderes Legislativo y Judicial sino que puede ser resultado de la dificultad para establecer relaciones de cooperación entre poderes: es el esquema que se dio en Brasil con el presidente Collor de Mello, en Perú con el presidente Fujimori y ahora en Venezuela con el presidente Chávez.

Las instituciones cuentan también por la manera en que sirven para canalizar las relaciones entre el sistema político y la sociedad. En estudios recientes sobre América Latina se ha argumentado que los sistemas de partidos poco institucionalizados crean condiciones propicias para el cultivo del personalismo político.[45] Es cierto que las organizaciones políticas de poca densidad facilitan el ascenso de políticos ambiciosos que no tienen que someterse a un patrón de carrera rígido ni dar cuenta de sus acciones a correligionarios. De manera inversa, sistemas partidistas demasiado institucionalizados pueden llevar a la parálisis, pérdida de eficiencia en sus funciones de intermediación política y aparición de *outsiders* redentores.[46] Es el caso de Venezuela antes de la toma de poder por Hugo Chávez. En la evaluación de la relación entre democracia y populismo es importante tomar en consideración el tipo de instituciones políticas existentes y, sobre todo, su capacidad de producir pautas

de comportamiento que garantizan la consolidación de un sistema democrático. Esto con más razón todavía cuando la historia de la representación política, los patrones de relaciones sociales y la existencia de fuertes desigualdades socioeconómicas dificultan la consolidación de prácticas democráticas.

Ahora vale la pena regresar a la discusión del vínculo entre democracia y populismo. Podemos aceptar el argumento de que el populismo y la democracia representativa tienen elementos en común, entre otras cosas las nociones de soberanía y participación popular. Aun en las interpretaciones que ponían énfasis en la manipulación presente en la relación líder-masas se reconocía un eventual potencial democratizador en ese tipo de participación popular. Gino Germani en sus últimos escritos sobre el tema advertía que para la clases populares la experiencia de participación es también una experiencia de libertad que "ayuda a la concreción de una orientación positiva hacia el cambio".[47] De hecho esa forma de movilización, cuando es compatible con el marco institucional de la democracia representativa, constituye una manera de darle expresión real a los ideales de dicha democrada. Hay además dimensiones de la vida democrática de masas que alientan el recurso a los artificios de la demagogia. La tecnología vuelve más fácil la comunicación directa y casi inmediata entre los políticos y su auditorio. De esta manera se ha encontrado una solución para superar el obstáculo del tamaño en sociedades complejas, lo que fue tradicionalmente un argumento en contra de la aplicabilidad de una democracia directa a la Jean-Jacques Rousseau. Además las técnicas modernas de fabricación de imágenes y de comunicación política exacerban el elemento carismàtico y el juego con los afectos en la competencia electoral.

Pero, sobre todo, el vigor de los movimientos de corte populista está asociado de una manera u otra a problemas de las instituciones representativas: ineficiencia de las mismas y marginación o exclusión de ciertos sectores de la población. Por ello es sospechoso que se haya vuelto a comentar tanto el tema del populismo en los últimos años: en realidad se está hablando de la salud de la democracia. Es aquí donde se crea un sólido vínculo entre democracia representativa y populismo, vínculo que no obstante parece reforzar la hipótesis de que es la manifestación de una patología.

Aquí también se impone un *caveat*. No hay garantía de que experiencias o regímenes populistas lleven automáticamente a la democracia plural. La historia muestra cómo muchas experiencias de movilización populista condujeron directa o indirectamente al autoritarismo. El populismo en el poder no suele distinguir ni tolerar al adversario. La movilización organizada desde arriba no es necesariamente la mejor escuela de educación cívica.

En esas condiciones se puede aceptar el intento de rehabilitación del populismo en la medida en que cumple con funciones necesarias a la buena marcha de la vida democrática. Sin embargo esto limita mucho su alcance como movimiento, "estilo político" o "estado de ánimo". Lo condena a ocupar un lugar subordinado y minoritario en la vida institucional de los sistemas políticos democráticos. A lo mejor se le puede conferir una función terapéutica y restauradora. El problema es que a veces se trata de un remedio que tiene altas posibilidades de agravar la enfermedad. Sigue llamándome la atención el hecho de que la valoración del fenómeno depende mucho de la perspectiva desde la cual se le examina: es mucho más fácil encontrarle dimensiones positivas cuando se sabe que no hay riesgos de que

se vuelva la única manera de hacer política. La apreciación de sus riesgos es distinta cuando existe la posibilidad de que sea gobierno: en este caso las aristas autoritarias que se asoman de vez en cuando preocupan.

Notas al pie

[1] M. Tulio Cicerón (1984, pp. 283-388).

[2] A manera de ejemplo se podrían comparar tres intentos de definición del concepto, seleccionados al azar, que fueron elaborados en tres décadas distintas, y eso sin poner a discusión la calidad y el contenido de cada uno de ellos. Pienso en el texto clásico de Peter Worsley (1969), en el intento de recuperación marxista de la categoría por parte de Ernesto Laclau (1977) y en la contribución más reciente de Pierre-André TaguiefF (1995).

[3] Véase, al respecto, Margaret Canovan (1981).

[4] Sobre el primer caso se puede consultar a Taguieff (1995), así como a Hans-Georg Betz y Stefan Immerfall (1998), y sobre el segundo, a Kenneth M. Roberts (1995) y a Kurt Weyland (1999).

[5] Estudios clásicos que optan por esa solución, aunque desde distintas perspectivas teóricas, serían: Gino Germani (1965) o Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto (1974). Los trabajos de Octavio Ianni y Francisco Weffort entrarían también en esta categoría.

[6] Véase Margaret Canovan (1982, p. 298). La autora primero distingue entre populismo político y agrario, y luego introduce subtipos históricos que responden a una lógica propia y que son, "frecuentemente, cosas distintas no directamente comparables".

[7] Véase Kenneth M. Roberts (1995, p. 88).

[8] Peter Worsley (1969, p. 248).

[9] Incluyo en esta categoría trabajos tan dispares como los de Ernesto Laclau (1977), Pierre-André TaguiefF (1995), Margaret Canovan (1999) y Alan Knight (1998).

[10] Véase Alan Knight (1998).

[11] Pienso, por ejemplo, en Pierre-André Taguieff (1995).

[12] El comentario comprensivo de Isaiah Berlín sobre los populistas rusos constituye una interesante excepción. Berlín (1979, pp. 391-429).

[13] Margaret Canovan (1999, pp. 11-12).

[14] Peter Worsley (1969, p. 218).

[15] Ernesto Laclau (1977, pp. 172-173).

[16] Margaret Canovan (1999, p. 2) y Pierre-André Taguieff (1995, p. 9).

[17] Véase por ejemplo la introducción a la compilación ya citada de Ghita Ionescu y Ernest Gellner (1969, pp. 3-4).

[18] Kenneth M. Roberts (1995, pp. 84-85).

[19] Me refiero al trabajo ya citado de Gino Germani (1965) y a una elaboración más completa de su interpretación publicada años después: Gino Germani (1978). Las tesis de Torcuato di Tella están bien expuestas en Torcuato S. di Tella (1973) y las de Octavio Ianni en O. Ianni (1975). Ya cité el conocido trabajo de Cardoso y Faletto. Una muestra de las primeras reflexiones de Francisco Weffort acerca del tema se encuentra en Francisco Weffort (1967).

[20] Véase Francisco Weffort (1967).

[21] Se publicaron numerosos estudios sobre el tema. A manera de ejemplo véanse Kenneth M. Roberts (1995), Kurt Weyland (1999), Bruce H. Kay (1996), Vicente Palermo (1998) y Denise Dresser (1991).

[22] Kurt Weyland (1999, pp. 383-393).

[23] Kurt Weyland (1999, p. 381).

[24] Alan Knight (1998).

[25] Edward Shils (1956), citado por Peter Worsley (1969).

[26] M. Tulio Cicerón (1984, p. 350).

[27] M. Tulio Cicerón (1984, p. 363).

[28] Moisei Ostrogorski y Seymour Martin Lipset (1982).

[29] Alexis de Tocqueville (1957), Giovanni Sartori (1973) y Robert Dahl (1971).

[30] Max Weber (1982; pp. 139-160).

[31] Max Weber (1982, p. 159).

[32] Margaret Canovan (1999, p. 12).

[33] Margaret Canovan (1999, p. 14).

[34] Margaret Canovan (1999, p. 2).

[35] Kurt Weyland (1999, p. 394).

[36] Hannah Pitkin (1967).

[37] Véase, al respecto, Fernando Escalante (1991).

[38] Encontramos expresiones similares en las reivindicaciones de los movimientos populistas en las democracias altamente individualizadas, con la diferencia de que en este caso se trata más de un anhelo nostálgico de comunidad que de un reflejo de prácticas sociales cotidianas.

[39] Guillermo O'Donnell (1996, pp. 34 y ss).

[40] Véanse, al respecto, José Murilo de Carvalho (1995) y Guilherme dos Santos Wanderley (1979).

[41] François-Xavier Guerra (1985).

[42] Véanse al respecto Jonathan Fox (1994) y Susan Stokes (2000).

[43] Con toda justicia los estudiosos del *neopopulismo* en América Latina dan un lugar importante a las instituciones políticas. Por ejemplo Kurt Weyland (1999).

[44] Guillermo O'Donnell (1994).

[45] Scott Mainwaring (1999).

[46] Para una discusión del grado de institucionalización de los sistemas partidistas véase Andreas Schedler (1995).

[47] Gino Germani (1978, p. 117).

EL NACIONAL POPULISMO EN EUROPA OCCIDENTAL: UN FENÓMENO AMBIVALENTE

Ioannis Papadopoulos
Universidad de Lausana

INTRODUCCIÓN: DE LA PATOLOGÍA POPULISTA A LA OPERACIONALIZACIÓN EMPÍRICA

El éxito obtenido por los partidos identificados con el populismo en Europa Occidental durante las últimas dos décadas, sobre todo en países como Austria (el Freiheitliche Partei Österreichs, FPÖ, dicho sea de paso, es un partido pequeño bien establecido), Francia (Le Front National, FN) y Suiza (principalmente el Schweizerische Volkspartei, SVP, que sigue siendo el compañero menor de la coalición gubernamental federal), o en algunas partes de otras naciones, como fue el caso del partido regionalista de la Liga del Norte en Italia o del Vlaams Blök (VB) en Bélgica[1] ha llamado la atención de comentaristas y especialistas.

Sin embargo el populismo no es de ninguna manera un fenómeno nuevo: sus raíces históricas son profundas,[2] ha te nido varias manifestaciones nacionales en el pasado[3] e incluso alguna vez gozó del favor de la opinión internacional.[4] En los Balcanes y en la “semiperiferia” de América del Sur los principales

movimientos populistas llegaron a ser los vehículos de una protesta antioligárquica, e incluso en repetidas ocasiones tuvieron acceso al gobierno por medios democráticos.[5] Más recientemente, Adam Przeworski[6] ilustró algunos paralelos más provocativos relacionados con un patrón común de políticas populistas en la fase posterior de transición hacia la democracia, tanto en Latinoamérica como en Europa Oriental.[7]

El populismo es poco apreciado. La conocida metáfora marxista, de que un espectro ronda las democracias occidentales, puede ser aplicada en forma apropiada a este caso, incluso entre quienes piensan que no se trata sólo de denunciarlo. La noción de "populismo", por más que aspire a adquirir el estatus de concepto científico, es parcial y en la actualidad se ha convertido en tema central de polémicas retóricas. Asimilado a una patología, el populismo está cargado de connotaciones negativas, por lo que el uso de este término con propósitos analíticos se vuelve muy delicado. Por lo general representa una forma de enfermedad: lejos de referirse sólo a un fenómeno social, está asociado también a un problema político y moral.[8] Sin embargo es interesante observar que, en un estudio, conducido por Sofres (Société Française D'Études Statistiques) en Francia en el mes de febrero de 1995, 49% de los entrevistados expresó una opinión negativa sobre el populismo (probablemente porque, para la mayoría de ellos, sólo refleja el estado de un debate político),[9] 16% expresó sentimientos positivos (probablemente considerándolo una de las armas verbales de sus adversarios), y el 35% restante no tuvo opinión alguna, en particular aquellos que votaron por el FN, donde la cifra alcanzó 43%.[10] Para este último grupo "el populismo" no es una categoría política significativa. Además, lo que no sorprendió a nadie es que, aunque los empleados le atribuyen una conducta populista a líderes co-

mo Jean-Marie Le Pen o Bernard Tapie, para los obreros Edouard Balladur, entonces primer ministro, era mucho más populista que Le Pen o que Robert Hue, el líder del Partido Comunista.[11] ¡Como si referirse al populismo permitiera en principio estigmatizar a los oponentes, sin importar quiénes sean![12]

Como las acusaciones de populismo son cosa de todos los días entre los partidos políticos, el estudio del populismo indudablemente requiere un mayor esfuerzo para alcanzar la distancia sociológica y la objetividad científica necesarias. Ésta parece ser una condición mínima para eliminar etiquetas, sin importar si las utilizan los partidos en su lucha, los periodistas en las columnas políticas o los ensayistas "ilustrados" en escritos académicos. Incluso después de la eliminación, los analistas tendrían que enfrentar otra faceta de la noción de populismo, además de su connotación polémica: su polisemia. Cualquier definición de populismo carece de consenso científico.[13] Es cierto que otros conceptos y atributos políticos importantes son igualmente vagos y multidimensionales; basta pensar en democracia y democrático, liberalismo y liberal, socialismo y socialista…

Pero a estos conceptos podemos concederle el mérito de poseer un estatus nominalístico: los movimientos y los partidos dicen compartir algunas de estas propiedades, en cambio, el populismo se utiliza sobre todo de manera negativa para atacar al adversario político. Por lo que sé, la única organización que se ha identificado abiertamente con un perfil populista pertenece a un pasado remoto:[14] los *narodniki* (populistas) rusos de los años 1870, un grupo de ortodoxos e intelectuales eslavófilos que se opusieron a la occidentalización y abogaron por un regreso a las virtudes agrarias tradicionales.[15]

Las teorías del populismo no concuerdan con las características de una ideología populista ni con sus condiciones de emergencia ni con sus bases sociales. Por esta razón Peter Wiles (1969) presentó el populismo como un “síndrome”. Aunque la propuesta pudiera resultar conveniente, refleja una resignación intelectual ante la complejidad del tema bajo escrutinio. Por tanto, confrontados con sus ambigüedades teóricas, como requisito para utilizar el “populismo” como herramienta analítica, debemos desterrarlo de la terminología científica, o bien tratar de encontrar algunos denominadores comunes en las diversas formas del populismo, para poder esclarecerlo conceptualmente. Habiendo optado por este difícil camino, sugiero que tratemos de identificar tres dimensiones principales de populismo, lo cual redituará en información importante sobre esta ambivalencia esencial.

¿ACASO LA IDEOLOGÍA POPULISTA NOS DICE ALGO SOBRE LA AMBIVALENCIA DEL POPULISMO?

Permítaseme comenzar con algo que con toda probabilidad podríamos particularizar con mayor facilidad, por ejemplo, algunos rasgos ideológicos comunes del marco populista, ya sea que se encuentren en los relatos de la gente común[16] o en las doctrinas más elaboradas y orientadas estratégicamente de las organizaciones políticas. Los agravios que dieron origen a protestas organizadas de naturaleza populista aparecen periódicamente, aunque emanan de grupos sociales cambiantes. Esto facilita la tarea de identificar algunas características comunes de lo que llamamos el “código” populista. Con este propósito sugiero que regresemos a la conceptualización de Ernesto Laclau.[17] No tenemos que estar de acuerdo con las preferencias ideológicas de Laclau (quien está convencido de las virtudes del

socialismo como la más noble forma del populismo) para sentirnos a gusto con su jerga marxista, inspirada en el oscuro discurso de Louis Althusser, o para estar satisfechos con su análisis absolutamente abstracto de inspiración estructuralista. Sin embargo, resulta interesante el argumento de la especificidad de la llamada "interpelación demócrata-popular", de acuerdo con la cual el (en apariencia uniforme) "pueblo" —cuyas contradicciones se acallan por obvias razones de movilización—[18] se opone al "bloque en el poder", sea cual sea la composición de este último.[19] Laclau se contenta con el poder emancipatorio de esta retórica: la relaciona con divisiones sociales objetivas e intenta convencer a los lectores de que sería conveniente a los grupos dominados recurrir a ella. Aquí éste no es el problema; no obstante Laclau está en lo correcto al señalar el rasgo principal que define el marco populista, sea cual sea su relación (adecuada o no) con hechos sociales "reales" (por ejemplo, no importa si existe o no una "ideología dominante", ya que ésta se construye simbólicamente como tal mediante discursos populistas).

De este modo Laclau identifica una interesante *combinación* típica del marco populista: la búsqueda de una participación vinculada a una concepción antagónica con respecto a las élites, cualesquiera que éstas sean (políticas, económicas, culturales, etc.). Comparte este marco con la teoría democrática: la mayoría de las variantes participativas de esta última[20] considera importante esta cuestión y sigue una argumentación muy similar a la populista. Estoy por completo de acuerdo con un artículo de Margaret Canovan[21] en el que menciona que "… muchos de los temas del populismo son misteriosamente familiares para cualquier teórico de política contemporánea […a] las teorías de la democracia participativa que surgieron de los mo-

vimientos radicales de los años sesenta y que desde entonces predominan en las discusiones filosóficas sobre el tema".[22] Sin embargo, los teóricos participativos "prestan poca o ninguna atención a los intentos populistas por movilizar a las masas",[23] probablemente porque están poco familiarizados con la política empírica, o bien porque no simpatizan con la causa del populismo.

La definición de Laclau de ideología populista permite establecer una distinción entre los movimientos populistas y otras fuerzas que apelan al pueblo. Aunque en varios lenguajes políticos las referencias al "pueblo" son comunes, no siempre se le vincula con la denuncia del poder ilegítimo de una pequeña camarilla. Dado que el populismo puede ser una estrategia perfectamente racional para aumentar el número de votos a favor de un partido que se dice a sí mismo representante del "pueblo", nuestras democracias registran una proliferación de partidos "atrapalotodo" (a los cuales a menudo se les etiqueta como "partidos del pueblo"), un concepto elaborado por Otto Kirchheimer.[24] Aunque sus conclusiones fueron elaboradas bajo la influencia de la tesis del "fin de las ideologías", muy en boga en los años sesenta, el concepto de Kirchheimer también podría desarrollarse con el apoyo de enfoques de la elección racional que acentúan la necesidad de los partidos de atraer al elector moderado.[25] Entre tanto la mayoría de los partidos "atrapalotodo" se transforman cada vez más en partidos de "cártel",[26] que logran captar recursos estatales gracias a estancias prolongadas en el poder, y consolidar lealtades electorales mediante la asignación clientelar de bienes públicos a los electores.[27] Ahora bien, el objetivo de la autodescripción de los partidos de "cártel" o de los "atrapalotodo" como organizaciones de consenso es asegurar una audiencia interclasista. De suerte que son más

moderados y tienen una base electoral más amplia que los populistas.[28] En cambio estos últimos llegan a tener éxito cuando los partidos de "cártel" empiezan a perder sus propiedades universales y son percibidos como cárteles particulares que sacrifican el bien común por la búsqueda de una renta exclusiva.

Por supuesto que identificar una matriz ideológica mínima común a todos los populismos no es suficiente, principalmente porque acarrea el riesgo de reunir fenómenos muy diferentes. Es bien conocido que el populismo puede ubicarse en varios puntos del eje derecha-izquierda. Por ejemplo, Pierre Birnbaum[29] mostró que los discursos contra la dominación por parte de "les gros" (los influyentes) en Francia era un lugar común de la izquierda comunista y de la extrema derecha nacionalista. A partir de este punto me enfocaré en los marcos ideológicos centrales de las fuerzas populistas que actualmente tienen más éxito en Europa, los de la tradicional ala derecha,[30] también llamados nacionalpopulistas. Su discurso no sólo es antielitista, o está mezclado con xenofobia y moralismo, como podría parecer a primera vista. Su principal característica es el exceso de promesas[31] en dos ámbitos: una oferta de democratización y una de seguridad, cada una de ellas dividida a su vez en dos dimensiones. El exceso de promesas es típico de una "cultura de oposición" y difícilmente es compatible con el ejercicio del poder que a menudo requiere pragmatismo, ya sea debido a la escasez de recursos disponibles o a los compromisos inevitables en la construcción de una coalición. Por supuesto que el exceso de promesas no es exclusivo de los populistas: recordemos que la literatura sobre la crisis de gobernabilidad,[32] causada por una sobrecarga gubernamental, atribuía las disfunciones de nuestras democracias a los actos irresponsables de los partidos que buscaban obtener siempre más votos. Se consideró que esa

misma causa estaba en el origen del establecimiento de un circuito representativo neocorporatista paralelo, en el que a los líderes de los grupos de interés incluyente y vertical ya no les interesaban las opciones de voz y salida de la gente común, y por consiguiente tenían mayor libertad para alcanzar compromisos pragmáticos.[33] Sin embargo, puede esperarse que las instituciones de inspiración populista, como la democracia directa o la democracia por referéndum, agraven las consecuencias de un exceso de promesas, ya sea poniendo barreras o habilitando a los electores para vetar los arreglos de la élite.[34] No es sorprendente que para los populistas sea difícil aceptar las limitantes de un gobierno responsable. Cuando las enfrentan corren el peligro de perder mucho de su *glamour* y se ven forzados a considerar estrategias alternativas para compensar la pérdida de legitimidad y asegurar que su poder se convierta en rutina. Esta es una explicación plausible de por qué los autoproclamados populistas anticlientelares, al entrar en funciones, se convierten a su vez en patrones.

El exceso de promesas tiene que ver primero con el excedente de democracia que el populismo busca ofrecer.[35] Esto me permite desarrollar más la idea de una "interpelación democrática popular" de Laclau, que fundamenta de hecho, primero, en un diagnóstico de síntomas y, posteriormente, en un programa que contiene los remedios.[36]

Primero el diagnóstico: los populistas no estarían en desacuerdo con la tesis de Katz y Mair sobre el proceso de formación de cárteles políticos, que aspira a un rancio abolengo en la teoría política, pues muestra mucha similitud con antiguos argumentos de "la denuncia de la élite" (aunque de una manera menos sistemática y más pasional), como la denuncia de Roberto Michels de las oligarquías de los partidos o la tesis de Moisei

Ostrogorski sobre la captación de agendas por parte de partidos "ómnibus". Aunque es interesante el argumento de la transformación de algunos partidos en una especie de agentes de Estado, sigue siendo difícil hacerlo operativo.[37] Pero, una vez más, lo que importa aquí no es el hecho de si realmente tienen lugar "transacciones"[38] entre élites deseosas de compartir el pastel a expensas de otros partidos, aunque muchos asuntos difundidos ampliamente por los medios y escándalos de corrupción hayan contribuido en gran medida a incrementar la credibilidad de dichos argumentos. Los populistas construyen un "espectáculo político"[39] en donde las virtudes de la gente común (sabiduría, honestidad…) se oponen a los vicios de quienes detentan el poder (en el peor de los casos, egoísmo o arrogancia, y, en el mejor, incompetencia).

El remedio es, lógicamente, la abolición de cualquier mediación entre la ciudadanía y los gobernantes, una noción de democracia que también está bien arraigada en la teoría política. Los populistas mantienen que un gobierno creíble para la gente sólo puede ser un gobierno por el pueblo; un gobierno profundamente receloso de cualquier representación. Los populistas hacen suyo el adagio francés "on n'est jamais mieux servi que par soi-même" (nunca se está mejor servido que cuando es uno mismo quien se sirve) y sustituyen el control con la falta de confianza. Luhmann[40] considera el control y la confianza como equivalentes funcionales,[41] y como estamos viviendo en un periodo en el que se han detectado cada vez más sentimientos de "alienación", la desconfianza parece ser la regla: los partidos establecidos, las instituciones y las élites son consideradas cada vez menos confiables como un todo. Esta forma de pensar no está tan distante del pensamiento económico en cuanto a los problemas de "agente y principar", o en cuanto a la teoría del

"desplazamiento de objetivos" de una sociología organizacional. Sin embargo, actualmente los populistas tienen, además, una solución prevista: más transparencia para impedir una asimetría informativa o, mucho mejor, "una limpieza" –como lo expone Taguieff[42] en cuanto al discurso de Le Pen–que implica "limpiar" a las sociedades de sus élites corruptas o incompetentes.

Llegamos a la oferta de la seguridad, típica de los movimientos nacionalistas y tradicionalistas, que no tiene mucho en común con la interpelación demócrata-popular de Laclau, aunque sigue teniendo que ver con el *carácter incluyente* del proyecto populista. Este último promete un regreso a una especie de comunidad (*Gemeinschaft*): de acuerdo con la visión nostálgica de un grupo excluyente purificado, la tensión y los conflictos generados por la vida moderna (por ejemplo, en nuestros días, por el posfordismo o la globalización, que requieren de las más altas habilidades tecnológicas y de mayores conocimientos que realmente están distribuidos de manera muy desigual, y son, sin embargo, sólo las variaciones más recientes de la devastadora modernización) desaparecerán en comunidades idealizadas que pueden ser culturalmente homogéneas y por consiguiente respetuosas de sus tradiciones. Al menos en algunas de estas manifestaciones –como en el "lepenismo de izquierda" francés, aunque más bien a diferencia de muchas versiones individualistas del nacional populismo en Austria (FPÖ) y en Suiza (SVP) –el populismo *combina* la solidaridad dentro del "grupo excluyente" con la exclusión de los parias, ya sean éstos inmigrantes u otras categorías sociales de las cuales se sospeche que son por naturaleza descarriadas (por ejemplo los italianos del sur o en Bélgica los valones "parásitos", en el caso de los partidos regionales, o bien los consumidores de droga, los homose-

xuales, etcétera). Por muy buenas razones, algunos segmentos sociales no tienen derecho a ninguna protección; no sólo que se considere que su contribución al bienestar colectivo es insuficiente (mediante abastecimiento de mano de obra, pago de impuestos, etc.), sino también porque obtienen beneficios y desvían medidas de protección social con propósitos estrictamente particulares. El populismo se vuelve entonces una denuncia de privilegios de los que algunos individuos disfrutan indebidamente. No importa si estos últimos pertenecen a las élites, son burócratas, extranjeros o drogadictos, *no están donde deberían estar*, pues reciben más que el común de la gente, cuando deberían recibir menos.

La oferta de formas exclusivistas de protección solidaria es la primera consolidación del *Gemeinschaft*. Esto está bien ilustrado en el concepto de "chovinismo de bienestar público" de Herbert Kitschelt,[43] que merece aquí alguna discusión. Kitschelt divide la derecha radical en Europa Occidental en tres tipos:

a) La nueva derecha radical (en Francia, Dinamarca, Noruega y Bélgica), caracterizada por una combinación de creencias neoliberales, xenófobas y socialmente conservadoras. Esta parte del fenómeno populista se describe como una reacción a la llegada de movimientos libertadores de izquierda, los cuales defienden los logros individuales mediante mecanismos de participación en las sociedades multiculturales que han llegado a ser igualitarias en virtud de la redistribución.[44]

b) El populismo antiestatal (austríaco y el de la Liga del Norte de Italia), en donde las creencias neoliberales siguen presentes, pero no están acompañadas por creencias social o xenofóbicamente conservadoras.

c) Opuesto al tipo anterior, el populismo chovinista de bienestar social (principalmente el del partido Republikaner alemán), en el que el conservadurismo social y la xenofobia están unidos en la defensa de un Estado de bienestar que funciona de acuerdo con la máxima de la preferencia nacional.

Ahora bien, esta tipología sobreestima la dimensión neoliberal del populismo a expensas de su componente chovinista de bienestar social. Curiosamente el chovinismo de bienestar social se muestra como una categoría residual, típica sólo de un partido, que además se cuenta entre los menos exitosos, aunque éste es uno de los aspectos más interesantes en el análisis de Kitschelt. La fórmula de Kitschelt para el éxito populista es de alguna manera la combinación un tanto peculiar del liberalismo económico y del autoritarismo cultural. Las concepciones del bienestar y la justicia social también son ingredientes de esta fórmula,[45] aunque yo no defendería la postura según la cual el bienestar es siempre positivo en el discurso populista. Existen diferencias importantes entre los partidos o incluso dentro de los partidos, entre las corrientes, entre partes del electorado, etc. Sin embargo, el nacionalpopulismo implica por lo menos una definición *negativa* de la solidaridad y del poder que incluye al círculo de aquellos que son designados para recibir beneficios sociales porque los *merecen*. Creo que éste es un común denominador de los partidos nacionalpopulistas, incluso donde el tan individualista "chacun pour soi" ("cada quién para sí mismo") y la negación de cualquier responsabilidad social, que se suma al antiestatismo y a una visión crítica de la burocracia "parásita", están presentes en los discursos negativos en los límites de la solidaridad.[46]

Como acertadamente expone Fritz W. Scharpf[47] acerca de la Unión Europea, la solidaridad y la empatia dependen de la con-

fianza, y esta última "parece tener más probabilidades de surgir de una creencia de 'nuestra' identidad esencial, el *Gemeinschaftsglaube* [Max Weber] que surge del conjunto preexistente de una historia, de un lenguzye, de una cultura y de una etnia en común. Cuando esta creencia dentro de una identidad colectiva 'amplia' puede darse por sentada, el predominio de la mayoría puede efectivamente perder su carácter amenazador,[48] y puede también acompañarse de medidas legitimadas de redistribución interregional e interpersonal que no podrían aceptarse de otra manera". Pero las observaciones de Scharpf son erróneas, meramente académicas, cuando se refiere a "estados-nación establecidos en donde las condiciones socioculturales de una identidad colectiva de algún modo se dan por hecho": tanto la dualidad como la fragmentación y el multiculturalismo, todos ellos, obstaculizan paulatinamente las condiciones para la solidaridad.

La ilustración de Kitschel se basa en una observación general y apresurada de las actitudes de los electorados populistas de principios de los años noventa y no en un estudio de los manifiestos de los partidos.[49] Hacia finales de la década de los noventa algunos factores indican que el chovinismo de bienestar, por ejemplo el antiliberalismo combinado con la xenofobia, ya no es más un fenómeno marginal en los medios populistas.[50] Betz observa que existe una retórica proteccionista creciente en los partidos populistas a expensas de las creencias neoliberales: Le Pen fustiga "el mundialismo" y Haider el "rambo-capitalismo".[51] Esto puede deberse a una tendencia hacia la proletarización del voto populista: el FN se vuelve en 1997 por elección parlamentaria el partido más grande de la clase trabajadora francesa, el FPÖ está apoyado en la actualidad por un poco más de la mitad de los votos obreros, y en la Liga del Norte o en la

derecha radical en Dinamarca y en Noruega se han detectado algunos desarrollos similares. Por ejemplo el desarrollo del lepenismo de izquierda, relacionado de hecho con un voto creciente de la clase trabajadora,[52] aparta al grupo de populistas neoliberales del FN, y lo mismo se aplica al cambio "social" del típicamente derechista VB en Flandes.[53] Por otra parte la xenofobia ha llegado a ser visible en el FPÖ (en relación con Europa, contra los inmigrantes del este europeo o contra las personas que buscan asilo) y también en la Liga del Norte (en relación con los *extra-communitarii*, ¡para no hablar de la gente del *Mezzogiorno*, que no merecen llegar a ser ciudadanos de Padania!). Así pues, las primeras dos clases de la tipología se parecen cada vez más a la tercera: probablemente exista una homogeneización del marco populista en Europa Occidental, visible en la retórica de "la preferencia nacional (o regional)". FN: "les français d'abord" (primero los franceses) ; VB: "Eigen volk eerst" (nuestro pueblo primero); FPÖ: "Österreich zuerst" (primero Austria).[54] Incluso las propuestas para reducir los gobiernos grandes, por considerárseles como estructuras osificadas, están animadas principalmente por un deseo de luchar en contra de las *desigualdades* provocadas por lo que los líderes como Haider o Bossi consideran un desarrollo parasitario de naturaleza clientelar, que conduce a otorgar prebendas a un grupo de burócratas ociosos (pero hostiles) y sus dóciles incondicionales.[55]

Los desarrollos transnacionales e internacionales tienden a aglutinar alrededor de partidos populistas a una heterogénea coalición de grupos perjudicados por la modernización.[56] Reúnen gente que pertenece tanto al segmento de la producción (el sector de pequeños negocios, tenderos, campesinos) como al de la mano de obra (obreros, trabajadores no calificados, desempleados). Esta dimensión sociológica la detallaré posteriormen-

te; es suficiente mencionar aquí que el componente *popular* de los movimientos populistas en este contexto favorece la incorporación de las demandas tanto de bienestar social como de protección contra amenazas externas. En suma, la popularización de los nacionalpopulistas podría hacerlos mucho más adeptos al bienestar, de la misma manera que la apertura al exterior los haría mucho más chovinistas.[57] Es precisamente esta combinación de solidaridad interna y protección respecto de la competencia externa lo que permite dar seguridad dentro del *Gemeinschaft*. Finalmente es preciso retener la muy peculiar relación que los populistas tienen con la exclusión. Por lo general protestan contra su propia exclusión, abogando por políticos más participativos y honrados, y por políticas menos particularistas y clientelares, pero de manera simultánea señalan quiénes deben ser objeto de la exclusión: aquellos que por alguna razón no contribuyen lo suficiente al bienestar de la comunidad y, por ello, violan la norma tácita de reciprocidad, constitutiva de la confianza de una comunidad.

Así llegamos a otra dimensión de la ideología nacionalpopulista en su relación con la oferta de seguridad y de *Gemeinschaft*: la rigidez moralizante como respuesta a la desorientación y a las exigencias libertarias para la autorrealización, como lo enfatizan Kitschelt e Ignazi.[58] Ésta es una característica típica del arsenal tradicionalista conservador, generalmente traducida en la negación de las diferencias en cuanto a normas de comportamiento, las diferencias de las élites o de los grupos "*deviant*" que se distinguen de la generalidad. La solidaridad, como cimiento del *Gemeinschaft*, tiene que ser complementada con la represión de cualquier desviación para alcanzar la uniformidad tan valorada por la gente "común". Este componente de homogeneización no sólo está presente en las promesas de "ley y orden" sino

también en los conceptos de solidaridad, que además tiene que ser merecida. La dimensión popular de los movimientos populistas alienta un marco represivo; las actitudes autoritarias se extienden entre la tradicional pequeña burguesía y la clase trabajadora con un nivel educacional bajo. Este es otro indicador de la relación ambivalente del populismo con la democracia: como el deseo de tomar el poder es selectivo, dado que se limita al "grupo excluyente", también resulta acotado por el autoritarismo con respecto a los parias.

La identificación, como primer paso analítico, de las principales características de la ideología populista arroja luz sobre la innegable relación entre el populismo y los asuntos de la democracia, aun si se trata de una relación poco clara, a pesar de las pretensiones populistas. El exceso de promesas de los populistas aparece primero en una oferta democrática dirigida a los segmentos de la población que se sienten desposeídos, frente a las ganancias de una élite. El remedio aquí es un gobierno directo y limpio, calificativos propios del pensamiento político crítico de la democracia representativa. Hasta el momento se ha señalado que la oferta populista, que incorpora promesas de retorno a una comunidad segura, también contiene algunos conceptos de solidaridad, si bien de una naturaleza muy peculiar: selectiva y exclusivista, limitada al grupo exclusivo de quienes se han hecho merecedores de esa pertenencia porque contribuyen con el todo. Por último la rigidez moralizante, notable en relación con las élites (acusadas de corrupción) y los parias (responsables de su propio destino), reduce el potencial democrático del populismo, porque le infunde un tono autoritario que confirma el estudio de los modos populistas de organización.

Esta aproximación al marco populista indica que su contenido no puede disociarse de la naturaleza *popular* de sus clientelas. El populismo no puede definirse únicamente sobre bases ideológicas. El análisis de la ideología populista debe ser complementado por un estudio de sus bases sociales y de los modos de organización populistas, como lo sugirió en su estudio clásico Torcuato di Telia.[59] Esto nos será de gran ayuda para continuar con nuestro esclarecimiento conceptual y para formular otras observaciones en cuanto a la relación entre populismo y democracia.

¿QUÉ NOS DICEN LAS BASES SOCIALES DEL POPULISMO ACERCA DE LA AMBIVALENCIA DEL MISMO?

Margaret Canovan acepta en su influyente libro de 1981 la importancia de los criterios de Laclau como el mínimo común denominador de la ideología populista, pero le niega cualquier unidad sociológica al fenómeno del populismo. Estoy completamente de acuerdo con su punto de vista, pues definir el populismo con base en sus clientelas electorales es una tarea mucho más ardua que definirlo a partir de sus bases ideológicas. Así lo demuestra la oscilación de los estudios sociológicos del populismo entre dos polos opuestos.

Por una parte, encontramos que movimientos simples se definen adecuadamente como populistas: el peronismo argentino, que reclutaba principalmente a sus seguidores entre el proletariado urbano, los "descamisados", emigrados recientes a las grandes ciudades del país; los pequeño burgueses franceses del poujadismo, y así sucesivamente. Una enumeración ecléctica no nos permite alcanzar un alto nivel de abstracción, como tampoco nos permite elaborar ninguna teoría sobre las bases sociales del populismo. Así pues el riesgo consiste en terminar

en la fragmentación conceptual extrema. Esta falta de unidad conceptual es patente incluso en el trabajo de Margaret Canovan, a pesar de su esfuerzo por elaborar una tipología de los populismos. Curiosamente Canovan[60] opuso los populismos políticos a los agrarios, siendo estos últimos bien definidos de acuerdo con sus orígenes sociales, mientras que los primeros se definían con base en líneas ideológicas (antielitismo y culto del "pueblo"). Estas clasificaciones no parecen satisfacer los criterios de exclusividad mutua, y es muy difícil compararlas entre sí.

En el otro extremo encontramos multiplicidad de definiciones del populismo cuyo defecto es de alcance universal: se denomina populistas a movimientos que no obtienen apoyo por parte de ninguna categoría social en particular, o que están integrados por "parias", sea cual sea el grupo social al que pertenezcan, etc. En nuestras sociedades la clientela de los movimientos populistas está compuesta ampliamente por grupos que han sufrido por la modernización. Sin embargo, estos últimos de ninguna manera constituyen el único segmento que apoya a los partidos populistas. Tómese como ejemplo el FN, en el cual parte de los electores tiene un perfil similar al de los electores de partidos establecidos de derecha,[61] o el SVP, cuyo ultraliberalismo atrae a segmentos cada vez mayores del electorado burgués tradicional. Además la heterogeneidad de la coalición de quienes han perdido con la modernización es tal, que es poco lo que se puede saber de las bases sociales del populismo, en tanto no se reúnen con más detalle las variables sociológicas que afectan el voto populista.

Por ejemplo, en Dinamarca y en Noruega, el Partido del Progreso está muy presente en el segmento de los votantes hombres de la clase obrera; sin embargo, estos últimos "decidida-

mente no son marginados", según Esping-Andersen.[62] También es interesante observar lo que Nonna Mayer[63] señala para el FN, que es débil entre los campesinos, un grupo cohesivo que ha mantenido sus sólidos vínculos con el gaullismo y su sensibilidad a la influencia moderada del catolicismo. Variaciones internacionales son asimismo notables: cierto, el FN moviliza a un sector que piensa que la situación económica de Francia empeorará (27%), a quienes su futuro profesional y personal provoca ansiedad (19%), a aquellos que se autodefinen como pertenecientes a los menos privilegiados (26%).[64] De manera similar, en Alemania, 21% de los desempleados estaba dispuesto a votar por la extrema derecha, una proporción cuatro veces superior al promedio de la población.[65] El perfil del SVP está más diferenciado. Aunque este partido está bien arraigado en particular entre los marginados de Suiza, en los cantones protestantes en los que se habla tradicionalmente alemán y en donde la democracia cristiana está ausente,[66] Christoph Blocher, su político más carismàtico y populista, goza de muchas simpatías entre la gente satisfecha con su situación económica personal. Y mientras que en 1995 44% de los desempleados o aquellos que tienen algún desempleado en la familia votaron por los socialistas, ninguno de ellos votó por el SVP. Entre aquellos que le temen particularmente al desempleo, 41% votó por los socialistas y no más de 11% por el SVP.[67] Una encuesta de opinión pública más reciente, realizada por el instituto GFS inmediatamente después de la última elección federal, en octubre de 1999, mostró que el SVP obtuvo sus mejores resultados entre grupos de muy bajos ingresos pero también entre los de muy altos ingresos. Esto puede estar relacionado con el hecho de que el SVP aparentemente sería capaz de reunir, tanto en el ámbito sociológico como en el ideológico, las dos corrientes principales señaladas

por Gentile y Kriese,[68] parte constitutiva de la nueva derecha suiza, el "nacionalismo liberal" y el "nacionalismo social". En cuanto a la regionalista Liga del Norte, en Italia, su "recurso a una retórica antiestatal atrae a un nutrido electorado en el que ningún grupo ocupacional está sobrerrepresentado".[69] Esping-Andersen va mucho más allá cuando argumenta que la Liga "puede articular una 'política de la ira', pero ésta es la ira de la gente acomodada, no de un nuevo 'lumpenproletariado'".[70] En cierto modo puede hacerse una descripción similar del FPÖ. La corporativización de la vida pública en Austria por las principales organizaciones partidistas y grupos de interés, y el consiguiente control clientelar sobre la distribución de recursos han estimulado el éxito del FPÖ, que pudo presentarse como el abogado del pueblo excluido de este sistema.[71] Patrick Moreau observa que, aunque el chovinismo de bienestar no está ausente del electorado de la clase trabajadora del FPÖ, de extracción socialista, prevalece con fuerza en los valores del electorado del FPÖ, y en el discurso de éste, la idea de que uno es responsable de su propio destino y de que "no hay que esperar que nos caiga nada del cielo" (de hecho en dos sentidos: inmoral y no realista). Finalmente Betz[72] reta el punto de vista del sentido común de que las habilidades educativas de los votantes populistas son muy deficientes.

Por esta razón no sólo es difícil identificar algunas bases sociológicas comunes al populismo, sino también encontrar bases homogéneas dentro de los partidos populistas considerados por separado. Así pues, hay que evitar cualquier generalización y concluir de manera prudente con respecto a este asunto, como lo hace Kriesi[73] acerca del apoyo a los partidos xenófobos de derecha, basándose en datos del Eurobarómetro de 1990: "Por lo general quienes apoyan a la derecha radical son menos

educados que la población en su conjunto, proceden con más frecuencia de clases medias en declive o bien de clases trabajadoras sin mucha educación, a menudo desempleados; consideran que su situación personal empeorará, y claramente se inclinan más hacia la derecha que los promedios nacionales […] los sentimientos xenófobos están particularmente extendidos entre los menos educados en todos los países de la Comunidad Europea, a excepción de Portugal y Grecia." En definitiva, la relación entre las dimensiones social y política de la protesta populista no es clara.[74] Cuando elaboró su concepto de *fonction tribunitien* para describir la integración de la protesta en los sistemas políticos, Georges Lavau[75] se refirió al sentimiento de marginación cultural, política y socioeconómica de algunos grupos sociales. Pero esto tiene que calificarse: la carencia de sólo uno de los tipos de "capital" (Bourdieu) puede ser suficiente para impulsar la protesta. Quizá resulte mucho más importante el hecho de que el populismo parezca gobernar a individuos que, aunque pertenecen a diferentes segmentos de la población, comparten el sentimiento de exclusión –desde su punto de vista– de diferentes tipos de retribuciones legítimas. Esta percepción alimenta un resentimiento común con respecto a la gente asociada con el ejercicio del poder.

Aunque es posible identificar en Europa Occidental un perfil ideológico distinto del nacional populismo, la tarea es más difícil cuando se trata de sus raíces sociales. El éxito populista aparece como una consecuencia del hecho de que las democracias capitalistas no han podido cumplir con eficiencia sus funciones distributivas:[76] de acuerdo con los populistas, perdieron el objetivo apropiado. Pero, como se mencionó antes, las reacciones populistas a la exclusividad de la democracia capitalista no adoptan la forma de un programa ampliamente incluyente y

universal de derechos sociales. Quienes votan a favor de los populistas porque se sienten perjudicados por la modernización, tienden a exhibir más bien disposiciones egoístas, incluso cuando se consideran a sí mismos como víctimas del sistema. El estudio sociológico del populismo señala una tendencia al debilitamiento paulatino de la cohesión social en las democracias liberales, sin importar lo que el populismo prometa acerca del advenimiento de una comunidad no conflictiva. Esta perspectiva también confirma el debate entre diversos grupos sociales en torno a diferentes concepciones del bienestar colectivo; un debate que es testimonio de visiones utilitarias estrechas, típicas de la decadencia de la solidaridad que afecta a las sociedades occidentales,[77] aunque haya sido generado por el descontento relacionado con la inequitativa repartición de los recursos en las democracias capitalistas. Los populistas critican la falta de virtud cívica de los funcionarios, pero su propia concepción de virtud cívica es muy pobre. Esta ambivalencia en la crítica populista del modo egoísta de hacer política se duplica con una ambivalencia en la crítica populista de la organización democrática. Me gustaría retomar este punto.

¿QUÉ NOS DICE LA ORGANIZACIÓN POPULISTA ACERCA DE LA AMBIVALENCIA DEL POPULISMO?

Resulta bastante curioso que no se le haya prestado mucha atención al estudio de la organización populista, la tercera dimensión a la que Di Telia se refiere, en la que probablemente encontremos uno de los aspectos más distintivos de los movimientos populistas. Ni Canovan ni Laclau consideran con detalle la dimensión organizacional. Aquí las experiencias latinoamericanas pueden ser de alguna ayuda; en cambio, la investigación sobre el populismo en Europa no está muy familiarizada

con ello (sin embargo éste no es el caso de Canovan ni de Laclau). Lo que Guy Hermet[78] llamó en una nota sobre el tema la "latinoamericanización" del concepto resulta útil. De hecho hay diferencias considerables entre el populismo latinoamericano y el europeo. El contexto económico y la estructura social difieren mucho entre grupos de países con niveles desiguales de desarrollo. La situación política tampoco es comparable; por un lado están los sistemas políticos que podrían oscilar del autoritarismo a episodios democráticos y, por el otro, las democracias estables a largo plazo. Además, a diferencia del populismo de Europa Occidental, que se limita a protestar (con excepción de los países mediterráneos), el populismo de América Latina también es gubernamental, como lo atestiguan las experiencias en Perú, Brasil y Argentina, o la que Venezuela muestra hoy en día.

En primer lugar, algunas connotaciones progresistas están vinculadas al populismo en la literatura de Latinoamérica, la cual generalmente le reconoce objetivos antioligárquicos y reformistas. Esto no debe ser considerado necesariamente como un valor representativo, pero nos recuerda la naturaleza controvertida del concepto y sugiere evitar considerarlo como la patología a la cual me referí en la parte introductoria. Quizá resulte más importante el hecho de saber que los episodios populistas en Latinoamérica estaban contaminados con frecuencia por tentaciones autoritarias. Como podremos explicarlo más adelante, nada similar puede detectarse hoy en día en Europa; pero un punto en común con el caso latinoamericano es la estructura interna autoritaria de los movimientos populistas.

Los populistas exhortan a una democracia más participativa y transparente, pero están lejos de cumplir esta promesa en su propia organización. Mouzelis señala tres formas principales

de incorporación de la masa en la política: a través de redes clientelares, de movimientos populistas o de organizaciones de masas.[79] La incorporación populista parece estar más en línea con una concepción moderna de la política que con una incorporación clientelar, en el sentido de que está más centralizada y, en principio, no se basa en favores patrimonialistas. No obstante lo anterior, no tiene mucho en común con la incorporación a través de organizaciones de clase, como serían los sindicatos. Este argumento carga con una imagen un tanto idealizada de la política sindical. Mouzelis probablemente tiene en mente el modelo británico, un movimiento sindical descentralizado y con una pronunciada orientación de clase, mientras que la representación a través de sindicatos neocorporativistas está mucho más organizada a lo largo de las líneas monopólicas, en estructuras verticales no competitivas y centralizadas. Sin embargo, Mouzelis tiene razón cuando pone énfasis en las peculiaridades de la organización populista: una estructura paternalista y autoritaria que facilita la incorporación vertical de las masas bsgo un liderazgo carismàtico que utiliza métodos plebiscitarios.[80]

Las funciones del liderazgo carismático merecen más atención; no debemos olvidarnos de las principales lecciones de Max Weber sobre el tema en su obra clásica *Wirtschaft und Gesellschaft*. Según Weber, el carisma no es una cualidad inherente a un individuo particularmente dotado (¡acaso no está en el arte de la comunicación política!); no hay esencialismo alguno. El carisma es típicamente un resultado de la interacción social de los líderes y aquellos que se sienten lo suficientemente en línea con su mensaje para llegar a ser sus seguidores. Acentuando los aspectos “situacionales” de la eficiencia carismàtica, Michel Dobry[81] habla de mecanismos sociales de la certificación de la

calificación carismàtica. La clave es la creencia de los seguidores en las habilidades del líder para comunicar de una manera apropiada sus exigencias: éste es el significado subjetivo que grupos sociales específicos le atribuyen al carisma. Finalmente el carisma es una autoridad reconocida por sus seguidores, y como tal es una forma particular de dominación legítima, en donde las normas y la organización formal son innecesarias para lograr el consenso. Sólo después del declive del momento carismàtico surge la necesidad de "rutinización".

Estas consideraciones son muy importantes para el estudio del populismo. Sin embargo, de manera estratégica, Weber no dice mucho acerca de las bases sociales del liderazgo carismàtico, y sólo menciona la naturaleza de la transición de las sociedades en las que el carisma tiene éxito, a diferencia de Karl Marx, por ejemplo, quien capta bastante bien en el 18 *Brumario* las razones por las cuales los campesinos franceses estaban tan apegados a la personalidad de Luis Napoleón. En el caso del populismo el carisma puede servir de instrumento en varios aspectos: tiene más probabilidades de aglutinar una base social heterogénea[82] y de este modo contribuir a limitar problemas de acción colectiva mediante el liderazgo político, o puede llegar a ser un sustituto de las instituciones cuando estas últimas se han visto debilitadas por la desconfianza.

Sería una equivocación pensar que este estilo organizacional particular del populismo se limita al "caudillismo" de América Latina. También se presenta en los partidos populistas más exitosos de Europa, ya sea que pertenezcan al FN bajo Jean-Marie Le Pen (un estilo que se encuentra en los orígenes de su reciente escisión), al FPÖ de Jörg Haider, al SVP (cuyo líder principal no es el miembro moderado del gobierno federal, aislado cada vez más en su partido, sino el popular diputado Christoph Blo-

cher), a la Liga del Norte bajo Umberto Bossi[83] o hace algunos años (en otra parte del espectro ideológico) al PSOE de España con Felipe González, e incluso al PASOK de Grecia con Andreas Papandreou. Después de todo, ésta es una construcción lógica, dado el contenido de las creencias populistas para las que sólo cuenta la voluntad popular, que personifica el líder. A partir de aquí cualquier estructura intermedia resulta superflua: la relación del líder con la gente sólo puede ser honesta si no hay mediación entre el liderazgo y las bases. Dentro de la organización populista este modelo de democracia plebiscitaria toma la forma de un poder personalista. Como el líder carismàtico sabe lo que tiene que hacer, no tolera la institucionalización de estructura alguna de toma de decisiones entre las masas y él.

Por consiguiente, el populismo se caracteriza por una profunda desconfianza con respecto a las instituciones representativas, no sólo en el ámbito de la política sino también en el de la organización interna. Las instituciones pueden ser fuentes de rigidez[84] y contrarrestar los deseos del líder, los únicos que pueden ser legitimados. El populismo no se siente constreñido por reglas o constituciones formales, que a menudo considera obstáculos deliberados cuyo objetivo es contrarrestar la voluntad popular, que expresan de manera incontestable las palabras del líder. Hace algunos años, cuando algunos partidos objetaron a Andreas Papandreou que una de las reformas que proponía era incompatible con la Constitución, respondió tranquilamente que sólo importaba lo que la gente deseaba (de hecho él mismo). Una de las primeras tareas del recién electo presidente populista de Venezuela, Hugo Chávez, fue esbozar un nuevo proyecto constitucional y asegurarse de que la Asamblea le fuera lo suficientemente leal para aprobarlo sin mayores enmiendas. Por lo que toca a los procedimientos de organización in-

terna, el presidente del partido suizo Lega dei Ticinesi respondió así a la pregunta de un periodista: "¡Nuestro Congreso lo llevaremos a cabo en las plazas de la ciudad!"

Puede objetarse a este argumento que el papel de personalidades políticas no se limita de ninguna manera a los partidos populistas. La personalización de campañas puede ser una estrategia racional característica de la política moderna, cuando es difícil tomar decisiones entre competidores que persiguen más o menos los mismos objetivos programáticos, entre los cuales no hay grandes diferencias en cuanto a sus preferencias políticas. En su artículo fundamental, Otto Kirchheimer[85] observa que el liderazgo de los partidos se fortalece con respecto a los militantes, dado que los partidos "atrapalotodo" –partidos de votantes– necesitan ser más flexibles para poder operar cambios ideológicos que les permitan atraer clientelas electorales nuevas. La organización en su aspecto formal aparecía aquí como una fuente de rigidez. Guy Hermet,[86] por su parte, argumentaba que la dimensión carismàtica está actualmente diluida en una personalización más general de la política, a la cual los medios de comunicación han contribuido de manera significativa. El hecho es que la personalización sigue siendo más elevada en los movimientos populistas, y que está combinada con una débil institucionalización de la organización.

Incluso en Europa Occidental, donde los movimientos populistas no son un serio desafío a las formas de la democracia liberal, su estructura interna sigue siendo autoritaria. Observamos así una contradicción clara entre las pretensiones populistas de más participación y prácticas internas plebiscitarias que se sitúan en el lado contrario de los principios democráticos. De manera similar a la solidaridad comunitaria, que se convierte en una exclusión, la democracia plebiscitaria se vuelve un

autoritarismo personalizado. Una objetivación organizacional débil es la consecuencia de la desconfianza populista ante cualquier forma de institucionalización, que es vista como la base de una rigidez indeseable.[87] En resumen: el autoritarismo, el personalismo, el estilo plebiscitario y la débil institucionalización componen la mezcla organizacional del populismo que constituye un aspecto importante de este fenómeno, junto con sus dimensiones sociales e ideológicas. De aquí que existan tres antinomias principales que permean el nacional populismo: el antielitismo va a la par con el autoritarismo, la solidaridad comunitaria está nutrida por la exclusión, y las clientelas heterogéneas comparten sentimientos de desposesión e ideas egoístas acerca de los remedios a sus carencias.

Todo lo anterior permite llegar a ciertas conclusiones generales, primero, acerca del contexto del surgimiento del nacionalpopulismo en las democracias modernas, luego acerca de sus límites, para restar dramatismo a las formas que ha adoptado el populismo actualmente en Europa Occidental.

EL POPULISMO Y SU AMBIENTE POLÍTICO Y SOCIAL

En primer lugar necesitamos regresar a las definiciones ambiguas relacionadas con el populismo. Sabemos que es una noción más bien vaga, y que las coaliciones sociales que apoyan los movimientos populistas tienen pocos rasgos en común. Una vez más los analistas europeos podrían encontrar útil ver más de cerca la literatura latinoamericana que consideraba al populismo, hace algunas décadas, como un fenómeno de transición. Por ejemplo, el populismo en Europa Occidental también puede estar estimulado por nuevas formas de gobierno –redes políticas, mezcla de recursos públicos y privados, integración europea, toma de decisiones en múltiples ámbitos, agencias regu-

ladoras, etc.–, que siguen en proceso de formación, poco acopladas al sistema representativo, débilmente consolidadas y que por tanto no gozan de suficiente legitimidad.[88] Aunque hasta el momento esta hipótesis no se ha comprobado, el populismo también puede ser transitorio en Europa, porque está vinculado con la incertidumbre causada por algunos cambios en el arte de gobernar. Si se enfatiza el aspecto transitorio del populismo, hay que hacerlo con precaución, dados los límites de los enfoques evolutivos que son más útiles para identificar el punto de partida de los procesos de cambio que hacia dónde conducen.

El populismo en sus formas tradicionalistas y nacionalistas en Europa Occidental es un rechazo al multiculturalismo nacional y también a la globalización internacional. No hay duda de que además está relacionado con las crisis de representación y con una creciente desconfianza en las élites políticas y en las fuerzas establecidas. Considerar el populismo como un mero resultado de las crisis, como ocurre a menudo, no es suficiente. No sólo es frecuente que el discurso sobre las crisis y sus efectos sea muy vago o simplista, sino que comporta el riesgo de caer en una explicación tautológica.[89] Tómese por ejemplo el enfoque de Laclau, que considera el populismo un producto de la crisis de hegemonía de un discurso dominante. La etiología no es nada clara, pues el populismo podría ser también un síntoma o una dimensión de esa misma crisis.[90] Además este enfoque estrictamente sociológico carga con un mecanicismo excesivo, en el que el populismo es visto como la respuesta política a algunos estímulos sociales. De este modo pasa por alto la mediación de variables político-institucionales que también tienen que ver con el éxito populista. Permítaseme dar algunos ejemplos de instituciones que importan a este respecto, reco-

nociendo que la dirección de su impacto no siempre puede predeterminarse:

–el sistema electoral, con una representación proporcional que es mucho más favorable a los partidos populistas relativamente pequeños, pero que, en sistemas de mayoría, le da más credibilidad a la autopresentación populista como "víctima" del sistema;

–la democracia directa o por referéndum es una exigencia primordial del populismo y puede llegar a ser un vehículo de oposición; sin embargo, en Suiza (en donde está más profundamente enraizada) con toda probabilidad ha contribuido por un largo tiempo a una baja volatilidad electoral, en comparación con el ámbito internacional, pues ha servido para protestar y ha ayudado a integrar oposiciones, promoviendo un modelo de democracia negociada en lugar de confrontacional;[91]

–en una época tan temprana como es el final del siglo XVIII en los Estados Unidos, los antifederalistas pudieron demostrar que la democracia populista requería de una toma de decisiones descentralizada; sin embargo, en los sistemas federales, un gobierno de múltiples niveles induce a una fragmentación de la agenda política entre diversas unidades y, por consiguiente, a una diseminación de los riesgos políticos. Por ello las oportunidades para los populistas pueden variar de manera considerable ante las barreras derivadas de subunidades nacionales que obstaculizan la formación de movimientos en el ámbito nacional.

Además, considerando los factores propiamente políticos, y como lo propone Anthony Downs[92] en su metáfora económica, cínica pero reveladora, un tratamiento adecuado del populismo implica entender la lógica particular de los partidos políticos competitivos. En los sistemas de partidos competitivos las or-

ganizaciones populistas toman su fuerza de la debilidad de sus adversarios. De aquí que de hecho puedan existir, como argumenta Laclau, discursos dominantes de la crisis de credibilidad; para el crecimiento del populismo probablemente sea más importante la pérdida de credibilidad de quienes afirman representar segmentos dominantes de la sociedad. De manera por demás interesante, Ignazi[93] desafía la observación de Kitschelt[94] en el sentido de que el éxito populista en Europa estuvo precedido de la duda que nació de la convergencia entre los partidos establecidos. Subraya, en cambio, que la radicalización de los partidos moderados de derecha pudo haber facilitado el trabajo a los populistas, pues estos partidos ponían en la agenda temas que antes eran tabú (por ejemplo la inmigración). Sin embargo, cuando llegaban al poder no podían mantener esos temas en la agenda y dejaban libres a los populistas para explotarlos. Ignazi quizá subestima el hecho de que los grandes partidos socialdemócratas se mantuvieron moderados, dejando de este modo a los populistas otro vacío que llenar. En suma, la radicalización de la derecha pudo haber dado argumentos a los populistas, mientras que la moderación de la izquierda les proporcionó electores adicionales. Una comparación entre cantones suizos[95] arroja resultados interesantes al respecto: el nacional populismo penetró en la clase trabajadora originalmente protestante (pero que ahora muestra pluralismo religioso) de los cantones de habla alemana, donde los conflictos de clase se resolvían gracias a la presencia de un partido socialista más bien fuerte e integrado. El populismo nacional también penetra de manera creciente los cantones católicos, donde en el pasado los conflictos de clase fueron controlados bajo la bandera de una democracia cristiana interclasista hoy en declive. El populismo es menos exitoso en los cantones de habla francesa originalmente protestantes, donde la lucha de clases democrática sigue viva

bajo la presión de partidos fuertes y de sindicatos, en su mayoría afiliados al Partido Socialista.

El populismo es también una estrategia, que depende de su capacidad para destacar en el mercado de la política, ante la homogeneización de todos los demás competidores. El populismo es típicamente una estrategia de oposición, pues cuando comparten las responsabilidades del poder es mucho más difícil construir un espectáculo político simplificador.[96]

Como el populismo transmite una imagen de pureza, que tiene mayor credibilidad cuando el poder está concentrado, sus críticas al sistema de toma de decisiones en nuestras democracias tiende a tomarse en serio. Los populistas condenan cualquier intento por sustraer del control popular los organismos de toma de decisión. La ignorancia de las demandas ciudadanas expone a las autoridades a la crítica, y los populistas pueden condenarlas como una élite desinteresada de tales demandas y ocupada en la promoción de sus propios intereses egoístas. Las políticas públicas también están sujetas a la crítica: para los populistas es fácil denunciar a los gobiernos que no cumplen sus promesas, en particular cuando la competencia electoral exagera estas fallas; en cambio, la acción gubernamental implica comprometerse y enfrentar las tareas de gobierno con recursos escasos. Al permanecer en la oposición, los nacionalpopulistas pueden ofrecer soluciones simples basadas en la externalización de los costos hacia grupos estigmatizados socialmente, o sea, en cualquiera de los extremos de la escala social, hacia quienes no merecen sus "privilegios": los ricos o los inmigrantes. Probablemente no se ha señalado lo suficiente que el éxito de los populistas se debe a efectos combinados de la crítica a la recepción de insumos y a la elaboración de productos. Las promesas excesivas –una característica estructural de la compe-

tencia partidista, así como de la publicidad comercial– causan desilusión y estimulan la protesta, abriendo un nicho de mercado a los populistas. Así, el populismo aparece como un resultado de las crisis de elaboración de productos políticos. El remedio elitista al exceso de promesas es el desajuste de la política electoral competitiva y de las redes de toma de decisiones basadas en la cooperación.[97] Sin embargo, la representación monopólica y la opacidad –que son instrumentales, en cuanto a lo que aquí respecta– merman la capacidad de respuesta gubernamental y limitan la rendición de cuentas, fortaleciendo de este modo los sentimientos de desamparo: el populismo es también un resultado de la crisis de recepción de los insumos políticos.[98]

Finalmente, una valoración equilibrada del lugar que ocupa el populismo en las democracias modernas tiene que considerar no sólo su potencial sino también sus límites.

LOS LÍMITES DEL POPULISMO EN LOS SISTEMAS DEMOCRÁTICOS DE EUROPA OCCIDENTAL

Sin importar la retórica alarmista de los medios de comunicación, el desempeño actual de los movimientos populistas nacionales en Europa Occidental muestra algunos límites claros. Dichos límites están relacionados con las características particulares del populismo y con la política y la determinación de políticas o normas en sociedades complejas.

No hay duda de que, como recién llegados a la escena política, los nuevos populistas también se benefician (si no es que son los únicos que sacan provecho) del declive de lo que los sociólogos electorales llaman el voto "normal". Aunque variables sociológicas como la tradición familiar hubieran podido generar en el pasado una adhesión ideológica fuerte, y vincular a votantes que ostentan algunas características comunes con par-

tidos específicos, la mayor parte de la literatura reciente sobre el comportamiento político señala cambios importantes, aunque con discrepancias respecto a su dimensión.[99] Las encuestas indican que en la actualidad las lealtades y los compromisos ideológicos se han disipado,[100] y que los candidatos a cargos de elección son juzgados por sus promesas concretas y por su desempeño; en consecuencia, las decisiones de los votantes no obedecen a un comportamiento predeterminado. Los partidos que compiten con organizaciones establecidas les disputan el electorado libre de ataduras ideológicas. Esta mayor volatilidad favorece a los populistas.

Sin embargo, la volatilidad puede ser un arma de dos filos: los movimientos populistas parecen convertirse en sus víctimas después de haberse beneficiado de ella. Dadas las características principales de la ideología populista, principalmente su antielitismo, el voto para los populistas puede estar animado por consideraciones más bien negativas que positivas: como un castigo para el bloque en el poder. La simplicidad de los programas populistas es sin duda atractiva, pero su debilidad, combinada con la inestabilidad inherente a un manejo muy personal de la política,[101] vuelve sus éxitos esporádicos (esto no disminuye la importancia política del resurgimiento periódico de olas populistas).

Nonna Mayer y Pascal Perrineau[102] observan que Jean-Marie Le Pen perdió dos millones de electores en unas cuantas semanas entre la elección presidencial y la elección parlamentaria subsecuente de 1988. ¡El FN ganó más de 2500000 electores entre la elección europea de 1994 y las elecciones presidenciales de 1995! Hoy en día experimentamos un retroceso moderado más que un franco éxito populista.[103]

Esto no significa que los populistas estén destinados a ser permanentemente electores volátiles, dada la hipótesis de una consolidación gradual de sus fidelidades que también hay que considerar. Del electorado del FN, en 1995 la mayoría (46%) declaró que había votado por el candidato de su elección, mientras que sólo 38% dijo que su voto por el FN era principalmente un castigo para otros partidos. Mayer[104] observa que el voto por el FN sigue teniendo un componente muy negativo en comparación con el voto por otros partidos, pero está en vías de normalización, derivada de la creciente identificación positiva entre votantes y FN.

Así como los populistas pueden ser víctimas de la volatilidad que les fue útil en el pasado, puede argumentarse lo mismo con respecto a los efectos del exceso de promesas. Aunque sea fácil criticar la conducta egoísta, que contrasta con sus promesas generosas, tampoco son inmunes al exceso de promesas. Mientras permanezcan en la oposición este tipo de crítica es necesario, en vista de su estrategia destinada a distinguirse de otros partidos; pero no será lo mismo cuando accedan a posiciones de poder y se les asignen recursos. Aunque los populistas siguen siendo marginales en la escena nacional, a veces logran tener acceso a posiciones ejecutivas locales, de manera que sus votantes pueden poner a prueba su verdadero desempeño. En este punto los populistas tienen que arreglárselas con recursos escasos, al igual que sus contrapartes, y tienen también que tomar decisiones difíciles entre opciones irreconciliables.

Observamos antes que la mayoría de los partidos populistas moviliza más bien un electorado heterogéneo. Este último está compuesto de segmentos sociales diversos cuyos intereses no siempre coinciden. Es el caso del FN y su electorado dividido por la "fractura social", como observan Mayer y Perrineau en la

introducción de su libro. Lo mismo se aplica al SVP cuyo electorado está compuesto tanto por *yuppies* como por sectores marginados. Aunque el SVP pudo encubrir lo que ahora es su perfil ultraliberal (discerniόle en las políticas que apoya con la coalición gubernamental federal), para la clase trabajadora, considerando grupos específicos (inmigrantes y burócratas nacionales), esas políticas son responsables de las desigualdades y de la pobreza. Así pues, no hay que descartar la posibilidad de que estas contradicciones algún día se vuelvan evidentes, mientras los partidos de izquierda tratan de asir esa oportunidad y concentrarse en ella, porque el llamado de los populistas apela a su electorado tradicional.

Finalmente, a diferencia tanto de las fuerzas antiparlamentarias como de las democracias debilitadas durante el periodo de entre guerras, los movimientos populistas nacionales contemporáneos en Europa Occidental no pueden considerarse como un peligro real para los regímenes democráticos. Esto es diferente en Latinoamérica o en Europa del Este, en donde los populistas llegan al poder a través de elecciones competitivas (el último caso fue Venezuela). En Europa Occidental las democracias están consolidadas y la adopción de los discursos populistas es también testimonio de dicha consolidación. Contrariamente al periodo de entre guerras, los populistas no se oponen a las instituciones parlamentarias, sólo a quienes ocupan cargos políticos. Utilizando los términos de David Easton, se podría argumentar que los populistas nacionales son muy críticos respecto a las autoridades, pero el régimen se mantiene inmune a su crítica, y es incluso considerado positivamente. Esta evaluación se apoya en actitudes sociales documentadas en trabajos de investigación en los que políticos y partidos obtienen juicios más negativos que los parlamentos, mientras que otras instituciones, o la democracia como tal, en conjunto alcanzan mejores

resultados.[105] Los partidos populistas quizá no aprecien las tecnologías institucionales que sustraen la toma de decisiones del poder del pueblo, pero se mantienen fíeles a la Constitución.[106] Incluso si el populismo se presentara de manera precisa como un desafío para los partidos (aunque con los límites mencionados anteriormente), con toda seguridad sería exagerado describirlo como una amenaza para las democracias establecidas.

Notas al pie

[1] Con algunos predecesores en el norte de Europa, como los antiestatistas (antifiscales y antiburócratas) Partidos del Progreso en Dinamarca y en Noruega, que tuvieron mucho éxito a principios de los años setenta. En la elección de 1997 el noruego llegó a ser el segundo partido más grande, con más de 15% de los votos (Hans-George Betz, 1999).

[2] Margaret Canovan (1981).

[3] Ghita Ionescu y Ernest Gellner (1969).

[4] A finales del siglo pasado los populistas estadounidenses tomaron como ejemplo a sus contrapartes suizas para efectuar reformas institucionales en varios estados (Ioannis Papadopoulos, 1998, pp. 33-36).

[5] Nicos P. Mouzelis (1986); por ejemplo, existe un acuerdo amplio entre especialistas (véase Christos Lyrintzis, 1987, o Ioannis Papadopoulos, 1989) a propósito de las características populistas del Movimiento Socialista Panhelénico en Grecia, un partido en el poder casi sin interrupción desde 1981, miembro también de la Internacional Socialista. Sólo un nuevo liderazgo, después de la muerte de su líder carismàtico, y la necesidad urgente de cumplir con los criterios de Maastricht impusieron un cambio de orientación; este movimiento generó deserción electoral y una fuerte oposición dentro del partido. Es interesante observar que la mayoría de los expertos (incluyendo al autor de este capítulo) se sentirían más bien incómodos con los rasgos populistas de la conducta de los socialistas en Grecia (toma de decisiones autoritaria y plebiscitaria, menosprecio de las instituciones, etc.), que no encaja con su modelo de una izquierda moderna, quizá de algún modo idealizada.

[6] Adam Przeworski (1995, p. 191).

[7] Olvidemos la geografía por un momento y pongamos a Polonia en el lugar de Argentina, a Hungría en el lugar de Uruguay. Se verán "…movimientos populistas de compromiso indudable para con las instituciones democráticas…" El populismo es pues una pequeña parte dentro de una larga lista de abusos contra la democracia que, de acuerdo con el autor, infestan a dichos países.

[8] Margaret Canovan (1981, p. 300) y Margaret Canovan (1999, p. 2).

[9] "L'opinion publique n'existe pas", es una de las declaraciones favoritas de Pierre Bourdieu.

[10] Gérard Grunberg (1998, p. 122).

[11] Gérard Grunberg (1998, p. 124).

[12] El autor del estudio concluye de la siguiente manera: "Al igual que antes, una gran parte de los electores de derecha no se identifican (en este caso como de derecha) a partir de una clasificación izquierda-derecha que la misma izquierda les imponía; hoy en día los electores que comparten opiniones 'populistas-antipopulistas' no se consideran dentro de esta clasificación. Para algunos de ellos, los 'demagogos' y los 'vendedores de promesas falsas' son aquellos que gobiernan sin responder a sus preocupaciones" (Gérard Grunberg, 1998, p. 126).

[13] Margaret Canovan (1981, p. 175).

[14] "Populista" y no "popular", que, de hecho, sigue siendo una etiqueta muy común: Parti Populaire, Partito Popolare, Volkspartei… El Partido del Pueblo Americano podría no obstante encajar en mi definición de populismo; véase más adelante.

[15] Guy Hermet (1997b, p. 37).

[16] Véase el interesante análisis del grupo de Uli Windisch sobre el antielitismo del discurso tradicionalista y xenófobo en Suiza (1985).

[17] Ernesto Laclau (1977).

[18] Una estrategia de demarcación familiar a los populistas es describirse ellos mismos como un movimiento unificado, y criticar el papel divisionista de los partidos.

[19] "…Lo que transforma un discurso ideológico en uno populista es la forma peculiar en que se manejan las interpelaciones demócrata-populares. Nuestra tesis sostiene que el populismo consiste en la presentación de interpelaciones demócrata-populares como un complejo sintético-antagonista con respecto a la ideología dominante" (Ernesto Laclau, 1977, pp. 172-173).

[20] Por ejemplo Benjamin Barber (1990) y Keith Graham (1986).

[21] Margaret Canovan (1999, p. 15).

[22] La siguiente cita, de Benjamin Barber (1990, p. 145), uno de los pensadores más importantes de la escuela participativa, es elocuente: "La representación es incompatible con la libertad dado que delega y por tanto enajena la voluntad política a costa de un autogobierno genuino y de la autonomía."

[23] Margaret Canovan (1999, p. 2).

[24] Otto Kirchheimer (1966).

[25] Anthony Downs (1957).

[26] Richard S. Katz y Peter Mair (1995).

[27] Esto es para aclarar que las prebendas no son un fenómeno premoderno, sino una parte integral de la política contemporánea "*entzaubert*". Aunque se encuentren

pocos estudios empíricos (en comparación con la gran cantidad de casos de corrupción), véanse los interesantes datos sobre Austria proporcionados por Wolfang Müller (1988).

[28] Esto puede estar relacionado con las diferencias en cuanto a quién está incluido en el vocablo "pueblo": la "nación" como un todo o sólo los "de abajo" (Margaret Canovan, 1984); la primera definición es congruente con el concepto "atrapalotodo", la segunda lo es con el concepto populista. Por sorprendente que parezca, Margaret Canovan (1981, p. 236, y 1984, p. 322) tendía a amalgamar de algún modo los partidos populistas con los "atrapalotodo".

[29] Pierre Birnbaum (1979).

[30] Sin embargo, es interesante observar que, en su estudio sobre comportamiento político en Suiza en los años sesenta, Ronald Inglehart y Dusan Sidjanski (1976, pp. 236 y ss) encontraron que los populistas nacionales podían ubicarse en el espectro ideológico de la extrema derecha. Su electorado se percibía a sí mismo como centrista y, mucho más importante, se mantenía a distancia de cualquier otro partido en un segundo eje. Al utilizar técnicas de escalas multidimensionales para analizar las recomendaciones del voto de los partidos en referendos federales, Hug (1994, pp. 62-68) llega a conclusiones muy similares en cuanto a Suiza durante el periodo 1970-1987.

[31] Le debo la formulación original de esta idea a Silvia Kobi. Véase Silvia Kobi y Ioannis Papadopoulos (1997).

[32] Michel Crozier *et al.* (1975).

[33] Gerhard Lehmbruch (1977).

[34] Ioannis Papadopoulos (1995).

[35] Un exceso que tiende a omitirse cuando se considera el nacional-populismo tomando en cuenta sólo su rigor moral y su reacción al advenimiento de los movimientos libertadores de izquierda. Herbert Kitschelt y Anthony J. McGann (1995).

[36] William A. Gamson (1988).

[37] Se aplicó el mismo argumento a grupos de interés incorporados a una lógica estatal que, a cambio, obtenían un reconocimiento como colaboradores oficiales en las negociaciones de algunos asuntos políticos. Claus Offe (1981).

[38] Michel Dobry (1986).

[39] Murray Jacob Edelmann (1988).

[40] Niklas Luhmann (1979).

[41] Como lo confirma la vida cotidiana (baste pensar en la interacción diferente que se tiene con el plomero o con el cónyuge).

[42] Pierre-André Taguieff (1996, p. 222).

[43] Herbert Kitschelt y Anthony J. McGann (1995).

[44] Los liberales de izquierda franceses estaban marginados cuando el Front National obtuvo sus primeros éxitos electorales en la década de los ochenta; y en Alemania el poderoso movimiento de los "Verdes" no generaba ninguna oposición populista importante (Stefan Immerfall, 1998, p. 256).

[45] Stefan Immerfall (1998, p. 255).

[46] En su tesis sobre la "revuelta" de los ciudadanos en Suiza, Silvia Kobi (1998) utiliza técnicas de análisis del discurso para demostrar que las creencias populistas están estructuradas alrededor de la idea de que los ciudadanos comunes, al perder en sus intercambios con el Estado y al verse perjudicados por las medidas del sistema de bienestar a favor de grupos que, en su opinión, no merecen recibir sus beneficios, consideran a éstos responsables de su suerte.

[47] Fritz W. Scharpf (1999, pp. 8-9).

[48] Regresaremos a este punto posteriormente; se examinarán las controversias referentes a los riesgos de mayoriteo en las sociedades fragmentadas. El respeto al multiculturalismo implica, pues, el desarrollo de varias tecnologías para la protección de las minorías. Véase Will Kymlicka (1996).

[49] Roger Karapin (1998, p. 219).

[50] Y, al acercarnos a la década de los noventa, vemos que tampoco los electores del Partido del Progreso danés apoyaron el Estado de bienestar, y esto fue evidente también en la conducta de la bancada parlamentaria del partido. Roger Karapin (1998, p. 220).

[51] Hans-George Betz (1999, pp. 11-16).

[52] Uno de los más destacados expertos en el Front National afirmó en una entrevista reciente: "El FN no es sólo un asunto que la derecha le plantee a la izquierda; se trata también de una cuestión social ligada a la izquierda." Pascal Perrineau (1998a, p. 30). El FN llega de manera gradual a reestablecer su discurso liberal al referirse a la necesidad de la "nacionalización" de las políticas sociales como un remedio al "mundialismo" (Guy Birenbaum, 1996, pp. 363-364). El electorado popular del FN permaneció leal a valores izquierdistas, y sus aspiraciones en materia de política socioeconómica se acercan a las de los partidos de izquierda (por ejemplo 35 horas de trabajo a la semana). Véase Nonna Mayer (1997, pp. 441-443). Además las bases sociales divergentes pueden explicar el cambio reciente del FN. Nonna Mayer (1999).

[53] Hans de Witte y Peer Scheepers (1998).

[54] Aunque la tesis de Betz sobre proletarización puede contradecir aparentemente la descripción más matizada de los electores populistas proporcionada aquí, los partidos populistas tendrían cada vez más un perfil sociológico popular; esto sería en definitiva un argumento a su favor.

[55] Patrick Hassenteufel (1999).

[56] Hans Peter Kriesi (1999).

[57] No obstante, esta correlación entre popularización y proteccionismo de bienestar sigue sin ser validada por un estudio sistemático de electores y discursos partidistas; la relación causa-efecto también está por elucidarse.

[58] Herbert Kitschelt y Anthony J. McGann (1995) y Piero Ignazi (1999).

[59] Torcuato di Telia (1965) y Paul A. Taggart (1995) se refieren también a estas tres dimensiones en el estudio del populismo.

[60] Margaret Canovan (1981, pp. 113-116).

[61] Nonna Mayer (1997).

[62] Gosta Esping-Andersen (1999, pp. 312-313).

[63] Nonna Mayer (1997, p. 440).

[64] Nonna Mayer (1997, p. 441).

[65] Gosta Esping-Andersen (1999, p. 313).

[66] En el cantón urbano de Zurich, 58% de los obreros no calificados votaron en la elección federal de 1995 por el SVP y por partidos de extrema derecha más pequeños. Hans Peter Kriesi (1998, p. 180).

[67] Daniel Schloeth (1998, pp. 232-233).

[68] Pierre Gentile y Hans Peter Kriese (1998).

[69] Roger Karapin (1998, p. 221).

[70] Gosta Esping-Andersen (1999, p. 314). Debido a la proximidad geográfica y lingüística, el Lega dei Ticinesi suizo, en el cantón Tessin, se asimiló a la Liga del Norte, sin tomar en cuenta el hecho de que el primero es resultado de protestas por parte de la periferia económica, mientras que el último es el resultado de las protestas del centro económico.

[71] Patrick Hassenteufel (1991 y 1999); Hans Peter Kriesi (1999, p. 420).

[72] Hans-George Betz (1999, p. 13).

[73] Hans Peter Kriesi (1999, p. 408).

[74] "La ecuación banal entre marginalización socioeconómica y alienación política [...] existe; sin embargo dista mucho de dar cuenta de la totalidad del fenómeno". Piero Ignazi (1999).

[75] Georges Lavau (1969).

[76] Como se argumentó con anterioridad, esta tesis parece ser lo más razonable si los partidos populistas se encuentran en el camino de la prole talización.

[77] Claus Offe (1987).

[78] Guy Hermet (1992, p. 6).

[79] Nicos P. Mouzelis (1986).

[80] Véanse también los últimos desarrollos en Latinoamérica. Kurt Weyland (1999).

[81] Michel Dobry (1986, pp. 236-237).

[82] Jan Suter (1993, p. 4).

[83] Véase Hans-George Betz (1999, p. 8), quien considera un fuerte liderazgo como la clave para el éxito populista; contrástense dichos casos, y el de Noruega con el de Alemania.

[84] Contrariamente a las creencias populistas, las instituciones pueden considerarse como factores de "requisito de rigidez" (inspirándose en la ley sistèmica de variedad de requisitos); véase Philippe C. Schmitter (1988), que se refiere al trabajo de Claus Offe en lo que a este tema respecta.

[85] Otto Kirchheimer (1966).

[86] Guy Hermet (1992).

[87] Debe recordarse que una contradicción similar entre los principios y la práctica fue discernible en los partidos comunistas; por ejemplo, el famoso "centralismo democrático", que encubría el poder absoluto sobre una dócil mayoría. Sin embargo, el grado de formalización de las organizaciones comunistas era mucho mayor.

[88] Ioannis Papadopoulos (1999).

[89] Para una crítica de tendencias de investigación sobre los orígenes de las crisis políticas, véase Michel Dobry (1986).

[90] "…el surgimiento del populismo está vinculado históricamente a la crisis del discurso ideológico dominante que es a su vez centro de una crisis social más general" (Ernesto Laclau, 1977, p. 175). De acuerdo con el autor, en los orígenes de esta crisis puede presentarse tanto una "fractura en el bloque en el poder" como un déficit en el control de los sectores dominados. Sin embargo, la explicación sigue siendo demasiado abstracta para ser realmente útil para propósitos empíricos.

[91] Esto dista de ser una ley de hierro, como lo muestra la investigación comparativa (Ioannis Papadopoulos, 1998, pp. 37-81). Sin embargo, en Suiza los principales efectos de las instituciones populistas de la democracia directa se ven anulados por los sofisticados procedimientos de las negociaciones de las élites. El sistema político suizo combina los principios populista y elitista, el mayoritario y el consensual (Ioannis Papadopoulos, 1997, pp. 157-172). Es más bien engañoso tratarlo como "el caso principal de la democracia populista". Margaret Canovan (1981, p. 198).

[92] Anthony Downs (1957).

[93] Piero Ignazi (1999).

[94] Herbert Kitschelt y Anthony J. McGann (1995, p. 42).

[95] Pierre Gentile y Hans Peter Kriesi (1998).

[96] Murray Jacob Edelman (1988).

[97] Esto no quiere decir que el conflicto esté ausente de esta etapa, sino que debería ser, en principio, civilizado; la "cooperación antagónica" (Bernard Marin, 1990) parece apropiada, aunque a manera de oxímoron, una definición de interacciones dentro de redes.

[98] Ioannis Papadopoulos (1999). Las crisis de productos políticos son comparables a la crisis de racionalidad de Jürgen Habermas (1976); y las crisis de insumos a su

crisis motivacional; ambos tipos resultan ser, según su punto de vista, crisis de legitimación.

[99] Stefano Bartolini y Peter Mair (1990).

[100] Esto no deberá confundirse con un deseo subjetivo de emancipación individual, en particular muy vigoroso entre los libertarios de izquierda que se localizan en la antípoda del nacional populismo.

[101] Hans-George Betz (1998, p. 9); Stefan Immerfall (1998, p. 258).

[102] Pascal Perrineau (1997, p. 388).

[103] Piero Ignazi (1999).

[104] Nonna Mayer (1997, pp. 446-447).

[105] Piero Ignazi (1999).

[106] A excepción, relativamente, del Front National que propone avanzar hacia la "VI República". Pero el FN no desafía la forma democrática del Estado, y los partidos franceses se sienten con mayor libertad de acción (aunque en general de manera retórica) y de respeto a las reglas del juego que sus contrapartes en otros países. Antes de llegar a la presidencia, François Mitterrand se refirió al régimen de la V República como "el golpe de Estado permanente".

LOS CAMPEONES DE LAS EXTREMAS DERECHAS EUROPEAS

Nonna Mayer
Instituto de Estudios Políticos de París

El ascenso electoral del Frente Nacional (FN) suscitó en Francia una masa impresionante de obras y de análisis; sin embargo, la comparación entre este fenómeno y movimientos similares que se desarrollan hoy en Europa es casi inexistente.[1] Las investigaciones se han hecho más allá de nuestras fronteras; en los últimos diez años han aparecido más de un centenar de libros, esencialmente en inglés o alemán, sobre las extremas derechas europeas. Éste es un buen punto de partida para examinar las diferencias y las afinidades entre el voto por el FN y el que reciben sus homólogos europeos.

UNA FAMILIA POLÍTICA CONTROVERTIDA

La comparación en ciencias sociales es indispensable; desempeña el papel de la experimentación en las ciencias de la naturaleza. Es "como formar un camino de doble sentido", que permite a la vez "generalizar a partir de casos particulares" y "explicar mejor un caso particular a partir de investigaciones comparativas".[2] No obstante, presenta dificultades derivadas de la singularidad de las historias nacionales y de la relatividad de

los conceptos utilizados para comprenderlas. Los autores que han estudiado las "extremas derechas" en el ámbito europeo, y a veces planetario, están en desacuerdo en cuanto a la definición del término y por consiguiente en cuanto a cuáles son los movimientos que las integran. Mudde, un investigador holandés, ha enumerado no menos de 28 definiciones diferentes de la extrema derecha contemporánea, según 58 dimensiones ideológicas distintas.[3] Algunos ejemplos bastan para ilustrar la amplitud de las divergencias.

El alemán Jürgen Falter, en la inmensidad de los trabajos de la escuela de Berkeley sobre *La personalidad autoritaria* (1950), define el extremismo de derecha como la combinación de diez rasgos ideológicos –hipernacionalismo, etnocentrismo, anticomunismo, antiparlamentarismo, antipluralismo, militarismo, expectativas de seguridad, de ejercicio de un poder fuerte, antiamericanismo y pesimismo cultural.[4] Otros, como el holandés Meindert Fennema, unicamente definen a la extrema derecha como la xenofobia distintiva de los partidos "racistas" o "antiinmigrantes".[5]

El italiano Piero Ignazi sugiere tener en cuenta al mismo tiempo la posición de los partidos en un eje izquierda/derecha, y, en el plano ideológico, su proximidad con el fascismo, una ideología revolucionaria cuyo núcleo sería un ultranacionalismo populista y "palingenésico", empeñado en la destrucción del orden establecido y en la creación del hombre nuevo. Frente a la "vieja extrema derecha tradicional", fiel a la herencia fascista, plantea una "nueva extrema derecha posindustrial", que no es fascista sino "antidemocrática" o "antisistema". En la primera categoría se encuentran partidos tales como el Movimiento Social Italiano (MSI), el Partido Nacional Democrático Alemán (NP), el Partido Nacional Británico (BNP) o el Partido del Centro ho-

landés (CP86). En la segunda coloca al Partido Liberal Austríaco (FPÖ), al Frente Nacional francés (FN), a los Partidos del Progreso danés y noruego (FP), al Vlaams Blok flamenco (VB), al Frente Nacional Belga (FNB), a los Republicanos (REP) alemanes y al Centro Demócrata (CD) holandés.[6]

Por su parte Herbert Kitschelt opone a los partidos fascistas, que han conservado sus lazos de organización o ideológicos con los de los años treinta, las "nuevas derechas" aparecidas desde finales de los sesenta, y las clasifica en tres categorías. La "nueva derecha radical", encarnada por movimientos como el FN, los FRP, el VB y el Partido de los Automovilistas de Suiza, la que combina la defensa del libre mercado con una visión autoritaria del mundo y de la sociedad. Los partidos del "chovinismo del Estado benefactor", como los REP, que son intervencionistas pero partidarios de que los subsidios y ayudas sociales estén reservados a los nacionales. Y los partidos populistas antiestatistas, más moderados (el FPÖ, la Liga del Norte lombarda), que desean esencialmente disminuir el sector público y pagar menos impuestos.[7]

Finalmente Hans-George Betz diagnostica el nacimiento de un "neopopulismo de derecha radical", presente en todas las democracias occidentales. Para él, dichos partidos son radicales porque desafían el "consenso socialdemócrata" de la posguerra y principalmente a las instituciones del Estado benefactor. Son populistas por el estilo de su líder, su retórica, su estrategia y su ideología. Obtienen el apoyo de los medios populares, del ciudadano medio al que proponen una visión simplificadora del mundo y de la sociedad, y movilizan el resentimiento contra chivos expiatorios, las élites, los inmigrantes o los refugiados.[8] Esta categorización reúne lo esencial de los partidos citados, a excepción de los neofascistas, así como del Partido de la Refor-

ma canadiense; del partido australiano Una Nación, creado por Pauline Hanson en 1997, que encabeza la cruzada contra los aborígenes y la inmigración asiática; del Partido Nacionalista indio (BJP), o de la Derecha Cristiana Fundamentalista estadounidense.

La mayoría de estas definiciones son sin embargo difíciles de aplicar en la práctica. Los criterios de distinción son vagos, trátese del racismo, del populismo, del carácter "antidemocrático" o "antisistema" y, sobre todo, del "fascismo", que es el contrapunto de estas "nuevas" derechas. A pesar de los innumerables intentos por definir los rasgos de un fascismo "mínimo" o "genérico", persisten importantes desacuerdos entre los historiadores en cuanto a lo que constituiría un tipo ideal de la extrema derecha, e incluso en cuanto al parentesco ideológico entre el fascismo italiano y el nazismo hitleriano.[9] Pero suponiendo que dichos criterios fueran inequívocos, los partidos son clasificados *a priori*, con base en rasgos ideológicos que frecuentemente se les atribuye sin antes haber examinado en forma sistemática sus programas o el discurso de sus dirigentes. La clasificación tampoco considera el doble lenguaje que utilizan, en el que emplean propósitos respetables para el gran público mientras que reservan para sus militantes un lenguaje mucho más directo. Siguiendo el consejo de Cas Mudde, al final de su inventario de definiciones de las extremas derechas europeas, "en lugar de consagrar demasiado esfuerzo a la definición del objeto de estudio *a priori*, con base en una vaga noción de continuidad histórica, creemos que sería más útil estudiar primero el objeto para tratar de definirlo después".[10]

EL *HIT-PARADE* DE LAS EXTREMAS DERECHAS EUROPEAS

Nuestro estudio se limita a Europa Occidental. La comparación entre los diferentes partidos políticos en esta área se justifica porque todos ellos comparten una base histórica común, a partir de las mismas fracturas sociales y religiosas provocadas por la Reforma y la Contrarreforma, por el surgimiento del estado-nación, la industrialización y la Revolución bolchevique de 1917.[11] En el conjunto heteróclito de las derechas europeas "radicales", "populistas" o "extremas", utilizamos como elementos de comparación tres formaciones cuyos resultados electorales son comparables o superiores a los del FN, y dos que, por el contrario, no han logrado tener una presencia electoral duradera. Se trata, por una parte, del FPÖ, la Alianza Nacional italiana (AN) y el VB, y por la otra, del FNB y de los REP.

El FPÖ es una derivación de la corriente nacional liberal, cuya postura está comprometida por su vinculación con la ocupación alemana durante el nazismo. Esta última reapareció en 1949, con la autorización de los aliados,[12] como Liga de los Independientes (Verband der Unabhängigen o Vdu), que en 1956 fue sustituida por el FPÖ. Atrapado entre los dos grandes partidos, el socialista SPÖ y el socialcristiano ÖVP (Partido Popular Austríaco), sólo por excepción sus resultados rebasaban el 5%. Sin embargo, sale de su gueto político, se adhiere a la Internacional Liberal y participa en el gobierno dirigido por el SPÖ bajo la égida de Bruno Kreisky de 1983 a 1986. Todo cambia en 1986 con la elección a la cabeza del partido de un joven y brillante abogado, Jörg Haider, presidente de la Federación de Carintia, quien posee una imagen de nacionalista radical. Al día siguiente de su elección, la revista *Profil* publica una caricatura suya, en camisa café y brazalete con la cruz gamada, estrangulando a su predecesor.[13] Pero con su nuevo líder el FPÖ pasa de 9.7% del sufragio en las elecciones federales de 1986 a 16.6 en

las de 1990 y a 22.5 en las de 1994. Con esta proporción de votos obtiene 42 de 183 plazas en el Consejo Nacional. En las elecciones europeas de 1996 el partido alcanza 27.6% de votos (véase el cuadro 1).

CUADRO 1
Presencia de las extremas derechas europeas

	FPÖ	*MSI/AN*	*FN*	*VB***	*REP*	*FNB***
Creación	1956	1946	1972	1978	1983	1985
Primera elección	9.7%*	2%	0.2%	2.1%	2.15	0.45
Primer éxito	1990	1994	1984	1991	1989	1991
electoral	16.6%	13.5%	11.4%	10.3%	7.1%	4.2%
Últimas						
elecciones	1996	1994	1994	1994	1994	1994
europeas	27.5%	12.5%	10.5%	12.6%	3.9%	7.9%
Última						
elección	1995	1996	1997	1995	1998	1995
nacional	21.9%	15.7%	15.3%	12.3%	1.8%	5.5%

* Desde la elección de Jörg Haider como líder.

** Resultados respectivos calculados en el colegio neerlandófono y francófono. Para 1991, los del FNB se refieren al único distrito Bruselas-Halle-Vilvorde.

En Italia, el *MSI* fue fundado el 26 de diciembre de 1946 por nostálgicos del fascismo y de la República de Salò, con la declarada intención de perpetuar el ideal pero por la vía parlamentaria.[14] Desde entonces, presentó candidatos en todas las elecciones y hasta los años noventa obtuvo resultados muy superiores a los de las demás extremas derechas europeas, esto es, de 5 a 7% en promedio, y notablemente más elevados en el sur de Italia donde está mejor implantado. Pero su auge estuvo limitado por el ostracismo que le imponían todas las formaciones políticas antifascistas, con excepción de los monárquicos. El desmoronamiento del sistema político y partidista italiano en 1993 y la alianza electoral acordada con el fundador de Forza Italia, Silvio Berlusconi, para las elecciones legislativas de 1994, le

permiten reconstruir su legitimidad. Con la etiqueta de Alianza Nacional, sus candidatos obtuvieron 13.5% de los sufragios y por primera vez, desde el fin de la guerra, el MSI fue invitado a participar en el gobierno, en el equipo dirigido por Berlusconi. Paralelamente, el partido cambió de nombre y se distanció del fascismo en el Congreso de Fiuggi, del 25 al 29 de enero de 1995, bsyo el impulso de su joven y dinámico secretario, Gianfranco Fini. Este viraje fue aprobado por una aplastante mayoría. Sólo una minoría de opositores dirigidos por Pino Rauti se escindió del partido para fundar un grupúsculo ligado al fascismo histórico, Flama Tricolor. El éxito del nuevo partido en las elecciones europeas de 1994 y en las legislativas de 1995 consagró su transformación (véase el cuadro 1).

El VB es heredero de una corriente nacionalista radical, nacido después de la proclamación de la independencia de Bélgica en 1830, para defender la especificidad lingüística y cultural del pueblo flamenco. Entre las dos guerras, esta corriente viró a la extrema derecha; sus dos principales derivados, el Verdinaso (Verbond van Dietse national-Solidaristen), creado en 1931, y el VNV (Vlaams-National Verbond), de 1933, sufrieron enorme descrédito por su colaboracionismo con el ocupante alemán. En 1954 el VB renació en una versión moderada y progresista, la Volksunie (VU), pero en 1977 los ultranacionalistas se separaron de esta formación cuando la VU se adhirió al compromiso institucional representado por el pacto de Egmont. El VB nació al año siguiente de la fusión de la disidencia de la VU, el VVP (Vlaams Volkspartij) y el VNP (Vlaams-Nationale Partij) creado por Karel Dillen.[15] En un principio el VB no obtenía más de 2% de los sufragios en el colegio flamenco; sin embargo, en las elecciones europeas de 1989 alcanza cerca de 7% del voto y supera en 1991 el 10% en las de la Cámara de Representantes. Desde

entonces sus resultados rebasan el 12%, y son aún más espectaculares en el cantón de Amberes. En las elecciones nacionales de 1988 obtuvo 10% del voto y el doble de ese porcentaje en las europeas del año siguiente; en las comunales de 1994 obtiene 28% de los sufragios y más de 200 candidatos electos.[16]

El FN francés no es pues la única formación de extrema derecha en Europa que ha emergido en el plano electoral. Si bien es el primero en ver incrementarse sus votos al principio de los años ochenta, es superado por el FPÖ austriaco tanto en las elecciones nacionales como en las europeas. La Alianza Nacional italiana obtuvo resultados comparables a los del FN en las elecciones legislativas de 1998, al igual que el VB. Si se analiza el voto por el FN francés dentro del conjunto de este grupo de partidos que han "tenido éxito", entonces adquiere otra dimensión. Por el contrario, la comparación de este grupo con otros movimientos que no han alcanzado un nivel tan elevado debería permitir comprender mejor los factores de su éxito.

En Alemania, el REP fue creado en 1983 por dos antiguos miembros de la CSU, el partido demócrata cristiano bávaro. Dos años después Franz Schonhuber, un popular conductor de la radio y la televisión bávaras, antiguo voluntario de la Waffen SS, quedó a la cabeza del movimiento; hizo de la reunificación el eje de su propaganda y, después de la caída del muro, orientó sus baterías hacia el derecho de asilo y los refugiados. En 1989 obtuvo su primer éxito de envergadura en las elecciones de la Cámara de Diputados del Parlamento de Berlín, donde ingresa con 7.5% de los sufragios. Después recibió 7.1% en las elecciones europeas del mismo año y 14.6% en su feudo bávaro. Pero en las elecciones federales de 1990 cayó a 2.1% y en las de 1994 a 1.9%. Sin embargo continúa teniendo éxito en el ámbito local,

principalmente en el Baden-Württemberg (10.9% en las regionales de 1993 y 9.1 en las de 1996).[17]

Finalmente, en la Bélgica francófona el partido dominante de extrema derecha es hoy el Frente Nacional, fundado en septiembre de 1985 por Daniel Féret, un médico de Tournai, antiguo activista del movimiento nacionalista Joven Europa. Es el gemelo del FN francés, del cual retomó las siglas, el emblema y el tema antiinmigrante. Adquirió influencia primero en Bruselas (3.3% del voto y dos diputados electos en los comicios regionales de 1989) y después se extendió a las provincias valonas. En las elecciones europeas de 1994 obtuvo un resultado notable, 7%, alcanzando el doble en Bruselas, y se estableció en 5.5% en las elecciones nacionales de 1995. Pero se debilitó por las numerosas escisiones, principalmente la de su diputada bruselense Marguerite Bastien, quien creó el Frente Nuevo de Bélgica en 1995, y la de su rival Juan Lemmens, quien creó el Partido Social Demócrata (PSD), así como por la competencia de otras pequeñas formaciones, como Agir en la región liejesa o la Alianza Radical en Bruselas.

Estos cinco partidos representan el abanico de las derechas europeas tenidas por extremistas, radicales o populistas. Pero, sobre todo, son sus electores los que nos interesan. Así pues, compararemos los orígenes del voto a su favor, como lo hicimos para el FN, formulándonos las mismas preguntas. ¿Los perciben sus electores como partidos de extrema derecha? ¿En qué medida su apoyo está ligado a la posición de estos últimos en la escala izquierda/derecha? ¿En qué medios reclutan a sus electores y cuáles son sus orientaciones ideológicas distintivas?

VOTOS DE "EXTREMA DERECHA"

Las encuestas periódicas realizadas con muestras representativas de la población de los estados miembros de la Unión Europea, los eurobarómetros, constituyen un preciado instrumento de comparación de las actitudes y de los comportamientos políticos en el continente. La encuesta realizada después de las elecciones europeas de 1994 principalmente pedía a los encuestados clasificar los partidos de su respectivo país en una escala de izquierda a derecha que iba de 1 en el extremo izquierdo a 10 en el extremo derecho.[18] Las formaciones que hemos citado son, sin excepción, las que los electores clasifican más a la derecha. El promedio obtenido en esta escala para el VB de los electores flamencos es de 8.6, mientras que el de los electores belgas en su conjunto es de 5.2. El FN obtuvo 9.1 (frente a 4.9 para el electorado francés). El de AI fue de 8.7 (frente a 5.4 para el electorado italiano). El FN belga obtuvo 9.6 (frente a 5.2) y los REP alemanes 9.2 (frente a 5.3). En cuanto a Austria, que en esa fecha no formaba aún parte de la Unión Europea, una encuesta realizada después de las elecciones continentales que tuvieron lugar en 1996 mostró que el FPÖ, en la escala de izquierda a derecha graduada de 1 "muy a la izquierda" a 5 "muy a la derecha", obtuvo un promedio de 4.0 (frente a 2.9 para el electorado austríaco), mientras que en 1986 se situaba aún a la izquierda del Partido Católico Conservador, ÖVP.[19] Estos partidos, así como el FN francés, están hoy claramente situados en la extrema derecha del tablero político, aunque traten de negarlo, incluyendo aquellos que, como los REP o el FPÖ, provienen de la derecha parlamentaria. Además todos están clasificados a clara distancia de las otras formaciones de derecha. En Austria el resultado del ÖVP en la misma escala es de 3.4 sobre 5. En Italia el movimiento de Berlusconi, Forza Italia, obtuvo 7.53 sobre 10 y la Liga del Norte, 6. En Francia el resultado del RPR es inferior a 8. En Alemania, la CDU/CSU obtuvo 7. Y en Bélgica la Volksunie Nationa-

liste (VU) y los liberales de la VLD (Vlaamse Liberalen en Democraten) obtuvieron 7.6 y los del PRF-EF, 7.8.

Ahora, si se relaciona la posición de los electores en esta misma escala y su propensión a apoyar a estos partidos, la probabilidad de un voto a su favor aumenta regularmente a medida que se acercan al polo derecho de la escala izquierda/derecha. Y como lo habíamos comprobado en nuestras encuestas sobre el FN francés, esta probabilidad culmina siempre en los que se colocan en la extrema derecha. Según se sitúe el elector en la primera o en la última casilla de la escala, la probabilidad de votar por dichos partidos extremistas varía de 1.5 a 6.4 en Francia, de 2.2 a 8.1 en Italia y de 1.9 a 2.9 en Alemania.[20] Bélgica fue la excepción a la re gla: la probabilidad de votar por el VB flamenco crece a medida que el elector se acerca al polo derecho pero aumenta ligeramente en las dos primeras casillas de la izquierda.[21] Este fenómeno, confirmado por la encuesta poselectoral de 1995, se explicaría porque en Flandes las nociones de izquierda y derecha tienen un sentido particular, como lo muestran las respuestas de los encuestados a la pregunta abierta acerca del significado que atribuyen a dichos términos. Sobre todo para los electores de mayor edad, el término "derecha" está a veces asociado a "católico", "bien", "buen lado", mientras que vinculan izquierda con "no católico", "mal", "revolución", "impugnación". El hecho de que ciertos electores del VB se consideren de extrema izquierda indicaría *a contrario* la dimensión anticatólica y *antiestablishment* de su elección.[22]

Como lo habíamos observado para el FN francés, el apoyo a dichos partidos puede analizarse como voto "de extrema derecha", tanto porque los electores los colocan en la extrema derecha del espectro político como porque es mayor la frecuencia del voto a su favor cuando el elector se sitúa él mismo más a la

derecha. Por consiguiente, estos votos tienen una orientación ideológica y política claramente "derechista", aunque tengan también, como se verá, una dimensión de protesta y antipartidista, y reciban asimismo el voto de electores sin partido ni referencias políticas particulares o propensos al abstencionismo.

En Italia, en cambio, el voto por la Liga del Norte, frecuentemente asimilada al campo de las derechas extremas o radicales, escapa a esta lógica. Este movimiento, fundado por Umberto Bossi a principios de los años ochenta, rechaza la tutela administrativa del Estado italiano y lucha por la creación de una República del Norte independiente, "Padania", liberada de la carga que, a sus ojos, representa el *Mezzogiorno*. En primer lugar la mayoría de los italianos no identifican la Liga con la extrema derecha; la sitúan ligeramente a la izquierda del movimiento dirigido por el empresario Silvio Berlusconi, Forza Italia.[23] Luego estos electores no se sitúan ellos mismos a la derecha, sino en el centro, o bien rechazan elegir entre la derecha y la izquierda, a imagen y semejanza de los electores "ninistas" del FN.[24] Como si en Italia, dada la marcada oposición social, económica y política entre el norte y el sur, dos partidos distintos compartieran el papel que en otros países representa uno solo. La Liga del Norte atrae más bien el voto populista de protesta, que no es de derecha ni de izquierda; mientras que el MSI recibe el voto de extrema derecha más ideológico, y todavía falta por ver si su reciente transformación modificará su imagen extremista.

SEMEJANZAS ENTRE LOS ELECTORES

Si el voto por el FPÖ, la AN, el VB, los REP y el FNB es calificado respectivamente como un voto extremista, al igual que el que recibe el FN, entonces hay que preguntarse si acaso este voto se

explica por los mismos factores. Los electores de estos partidos muestran muchas semejanzas sorprendentes: en primer lugar su relativa juventud. Los partidos citados tienen más éxito entre las nuevas generaciones, cuyas convicciones políticas no están todavía formadas, sobre todo en un contexto general de crisis de la representación política que deslegitima a las élites existentes. Al igual que en Francia, cuentan con el respaldo de los hombres. La diferencia de los sexos está particularmente marcada en Alemania, quizás debido a la imagen de violencia asociada a la extrema derecha, por la multiplicación de los atentados mortales contra los refugiados y los trabajadores inmigrantes a principios de los años noventa. Cualquiera que sea el tipo de escrutinio, la proporción de los electores que apoyan a los REP es dos o tres veces más elevada que la de las electoras.[25] En el electorado del FPÖ, del MSI/Alianza Nacional y del FN belga, las diferencias son del mismo orden que en Francia, esto es, entre siete y diez puntos.[26] El único caso divergente es el de Flandes. En 1991 el nivel del voto de las electoras del VB era sólo dos puntos inferior al de los electores. En 1995 esta diferencia aumentó a seis puntos; sin embargo, el análisis detallado de los diferentes parámetros del voto para el VB en esta elección muestra que el sexo no tiene prácticamente ninguna influencia si se consideran otras variables como la edad, el nivel de estudios, la profesión y la religión. Dicho de otra forma, en Flandes las mujeres no son particularmente reticentes, en cuanto que mujeres, a la violencia del discurso extremista. Si en general el voto femenino por el VB es menor, esto se explica esencialmente porque acumulan, como en otros lugares, factores que frenan su expansión: tienen más edad, son más religiosas, no desempeñan un trabajo manual y su nivel educativo es inferior al de los hombres. Esto significa que la mayor reticencia que, en cambio, las mujeres manifiestan en Francia hacia el FN no es necesaria-

mente inmutable y que puede debilitarse, como ha ocurrido con las obreras. No obstante, las mujeres representan todavía uno de los más serios obstáculos para la expansión de dichos partidos,[27] precisamente porque, en todos los países considerados, reúnen características como las que frenan la atracción por el FN, además de que constituyen más de la mitad del padrón electoral.

En los países mencionados, al igual que en Francia, el nivel de escolaridad es una variable determinante del voto. El simplismo de los discursos extremistas y populistas, articulados en tomo a chivos expiatorios –los inmigrantes, la clase política corrompida–, es más aceptado entre los electores sin estudios o que han recibido un estrechamiento técnico o profesional corto. A este respecto, el voto por el MSI/Alianza Nacional en Italia es otra vez la excepción. En las elecciones legislativas de 1996 fue el partido que obtuvo menos votos de electores que únicamente concluyeron la educación elemental (12%, frente a 16% de los electores de Rifondazione Comunista y más de 20% para todos los demás). Por el contrario, en el MSI/Alianza Nacional los estudiantes universitarios están mejor representados (15%, al igual que en Rifondazione Comunista). Este resultado revela el carácter más ideológico del voto para este partido, tal y como había ocurrido en las elecciones de marzo de 1994.[28] La Liga del Norte en 1996 fue la formación que obtuvo menos votos entre estudiantes universitarios (7%) y, con Forza Italia, cuenta con la mayor cantidad de electores que poseen sólo estudios primarios (23%).

Si, como el FN, dichos partidos tienen una base electoral diversificada e interclasista, sus principales simpatizantes son, por un lado, los pequeños comerciantes y artesanos independientes y, por el otro, los obreros. En Austria el avance del FPÖ

dentro de esta categoría del electorado es espectacular. En las elecciones federales de 1986, 10% de los obreros votó por el partido de Haider. En 1990 esta proporción se duplicó y en 1994 se triplicó. En 1995 el FPÖ obtuvo un tercio de los sufragios obreros y en las elecciones europeas de 1996 la mitad; con esta cantidad superó al partido socialdemócrata y se convirtió en el primer partido obrero de Austria.[29] Como el FN francés, dichos partidos absorben un electorado popular que en el pasado era la clientela privilegiada de los partidos de izquierda. Este cambio se explica porque estos fueron los grupos más afectados por las reestructuraciones industriales y por el desempleo, y ya no se reconocen en los partidos de izquierda que dieron un giro socialdemócrata y abandonaron el tono radical de sus discursos. Este electorado popular representa un potencial considerable para las extremas derechas europeas.

El MSI es la excepción a la regla. En las elecciones parlamentarias de 1996 este partido contaba con pocos obreros (9%), mientras que la Liga del Norte encuentra un mayor apoyo en ese medio (20%).[30] Este contraste se había manifestado en las elecciones anteriores, incluso antes de la transformación del MSI en Alianza Nacional. Ello refleja en parte la desigual industrialización del país; el hecho de que los obreros son más numerosos en el norte, en tanto que los bastiones tradicionales del MSI, los del sur, son más rurales. Pero el populismo de la Liga y del líder Umberto Bossi parece acercarse más a las aspiraciones de un electorado desfavorecido y poco instruido que el estilo intelectual de Fini.

Finalmente, al igual que el FN, estos partidos parecen atraer principalmente a electores desligados de la religión, que no son creyentes o que han dejado de serlo y que no frecuentan la iglesia. Al igual que en Francia, la religión es un muro de conten-

ción a ideas extremistas, aun cuando esos mismos partidos atribuyen a la religión, a los valores y a la moral tradicional una posición central en su discurso. La tendencia es particularmente fuerte en países como Austria o Bélgica, donde el universo político respectivo se apoyaba en "pilares". En Austria este universo estuvo mucho tiempo estructurado y compartido por la oposición de dos subculturas o "pilares", una laica y socialista, la otra católica y conservadora, sostenidas por una densa red de asociaciones, mutualidades y sindicatos que encuadraban a los individuos desde su nacimiento hasta su muerte. La pertenencia a alguno de dichos bloques condicionaba la afiliación partidista y el voto. Este sistema se ha visto erosionado por la urbanización, la movilidad social y geográfica, el ascenso del individualismo, la elevación del nivel de estudios y el desarrollo de los medios.[31] Esta erosión de los pilares deja a los electores listos para adquirir nuevos compromisos políticos, y la desafiliación religiosa no es más que un aspecto de un proceso más amplio de desintegración de los lazos sociales que favorece al voto extremista.

El análisis de las orientaciones ideológicas de los electores de los partidos de extrema derecha revela también semejanzas sorprendentes. Como es de esperarse, la inmigración y la criminalidad están a la cabeza de sus preocupaciones, ya se trate de una pregunta abierta o de la elección en una lista de temas. Un rasgo distintivo es el etnocentrismo, pero entendido más como rechazo a "otros", por ser extranjeros, que como tendencia a engrandecer el grupo de preferencia. El blanco de sus ataques varía de un país a otro; en Alemania son los turcos, en Francia los magrebinos y para los nacionalistas flamencos los valones. Aquí otra vez aparece la excepción italiana. Piero Ignazi señala que "cuando el problema de la inmigración se mani-

fiesta por primera vez en la opinión pública, entre los años ochenta y los noventa, el MSI se niega categóricamente a adoptar una posición xenófoba en nombre de un tercermundismo populista y anticapitalista y de una imagen endulzada, no racista, del colonialismo fascista". Es más bien la Liga "la que transmite un discurso político con dejo xenófobo, que mezcla la hostilidad hacia los inmigrantes provenientes del *Mezzogiorno* con la hostilidad hacia los inmigrantes que provienen del exterior de la Comunidad Europea".[32] Los trabaos de Gilíes Ivaldi sobre la xenofobia y el racismo en la Unión Europea confirman que los electores del MSI se distinguen claramente de los del FN francés, del VB flamenco, del FPÖ austríaco y de los REP porque son menos hostiles hacia los extranjeros.[33] Y, como en el caso de los electores del FN, este etnocentrismo va aparejado con una visión autoritaria y jerárquica de las relaciones interpersonales y la mayor demanda de orden y de represión.

La segunda dimensión común a todos los votantes de estos partidos es el rechazo a los partidos y las élites. En todas partes el voto extremista se nutre del desafecto hacia ellos, particularmente en Austria. Allí los electores que se identifican con un partido político pasaron de 75% en 1969 a 60% en 1986, y el grupo de los "sin partido", es decir, más de 30% de los electores, se convirtió en 1995 en el primer "partido" austríaco. El mismo fenómeno de erosión de los pilares del universo político se observa en Bélgica, donde había tres de estos pilares. "El mundo católico, el mundo socialista y en menor medida el mundo liberal, rodearon a sus respectivos partidos de toda suerte de organizaciones de la misma tendencia ideológica que acompañaba a los miembros del grupo de la cuna a la tumba. Escuelas con una determinada orientación ideológica, movimientos juveniles, asociaciones de formación técnica y profesional, sindicatos,

mutualistas, cafés, centros vacacionales, organizaciones femeninas, asociaciones de jubilados, aseguradoras, bancos, todo ello para responder a las necesidades de personas que comparten la misma tendencia política”.[34]

En Alemania se acuñó un término especial para referirse el hartazgo político que surge a principios de los años noventa y que será exacerbado por la reunificación: “Politik verdrossenheit”. En 1992 sólo uno de cada cinco ex alemanes del oeste estimaba que los partidos políticos son dignos de confianza. En 1993 casi la mitad se dicen muy preocupados porque temen que los políticos no sean capaces de resolver los problemas urgentes, y 54% se dicen satisfechos con el funcionamiento de la democracia (41% en el este), frente a más de 70% en los años ochenta.[35] En Bélgica la imagen de la clase política se vio muy afectada desde mediados de los noventa, con el apogeo del caso Dutroux por una rápida sucesión de revelaciones y de escándalos, que también ponen al descubierto graves disfunciones del sistema político y judicial.[36] En Italia las revelaciones de la investiga ción “Maní pulite” sobre la corrupción política tocan a todos los partidos en el gobierno, y por contraste el MSI aparece como el único “limpio”.[37]

De este rápido balance de las semejanzas entre los electores de las extremas derechas pueden sacarse dos conclusiones. La primera es que la mayoría de los rasgos característicos del voto por el FN francés –autoritarismo, etnocentrismo, simplismo, antielitismo o aun el ascenso del obrero-lepenismono son exclusivas de este partido. Más bien se trata de características que se presentan en diferentes grados en este tipo de voto, pese a la diversidad de sus historias y culturas políticas. La segunda es que los votantes de las extremas derechas que se impusieron en el escenario electoral, como el FN, el FPÖ, el MSI o el VB, poseen

exactamente las mismas características que los votantes de partidos que han fracasado, tienen el mismo perfil, las mismas demandas. De todo esto se desprende que las características de los votantes no explican el destino electoral de estos partidos; habría que buscar la respuesta en los recursos políticos que han sabido movilizar y en el contexto histórico específico de su país, así como en las reacciones de sus adversarios.

LOS FACTORES DEL ÉXITO

El primer rasgo común a las cuatro formaciones que comparten el primer lugar del *hit-parade* de las extremas derechas europeas son los líderes populares, los profesionales de la comunicación política, hábiles en el uso de los medios.[38] Para muchos el carisma de Le Pen, sus talentos de tribuno y su presencia en la televisión son determinantes del éxito electoral del FN. Lo mismo sucede con el FPÖ austríaco. Patrick Moreau, quien entrevistó a Jörg Haider, lo describe así: "un estilo muy (demasiado) elaborado (ropa de firma, peinado, sonriente, bronceado), así como un machismo exacerbado tipo deportista de altos vuelos que busca sin cesar llamar la atención de los medios con actividades de riesgo (maratón, alpinismo, Bungy Jumping…). Todo ello ha sido profesionalmente dispuesto por una cohorte de comunicólogos que se empeña en presentar a un hombre casi cincuentón como si se tratara de un joven lobo y al FPÖ como un partido a imagen de su jefe: joven, sano y dinámico". Moreau reconoce sin embargo que "Haider fascina por su inteligencia, una evidente cultura y su carisma personal, y por su capacidad para sentir a las multitudes y a sus interlocutores".[39] Gianfranco Fini, el secretario de la Alianza Nacional, por su parte, "ha trabajado su imagen. Esbelto, elegante, su gran estatura (un metro noventa) le da un aire muy británico, alejado del

estereotipo latino. Los anteojos de firma, de fino armazón, le prestan aspecto de intelectual [...] A sus anchas en los estudios de televisión, medio que domina perfectamente, Gianfranco Fini, lejos de dar miedo, parece más bien un yerno ideal".[40] En el VB la personalidad de Philip Dewinter, uno de los miembros del triunvirato que sucedió a su fundador Karel Dillen, ha sido decisiva para la renovación del partido y para su éxito en las elecciones federales de 1991, fecha calificada por sus adversarios de "domingo negro".[41] En cambio, la salida de Franz Schonhuber, como resultado de rivalidades internas, quien fue reemplazado por la personalidad gris de Rolf Schlierer en la dirección de los REP, fue un golpe fatal para la imagen de este partido alemán.[42] Una de las principales desventajas del FN belga es precisamente la ausencia de dirigentes de envergadura y las incesantes querellas internas por el liderazgo.[43]

La implantación partidaria es el segundo factor de éxito de nuestras cuatro formaciones. Para que un movimiento dure es necesario que esté presente y sea visible en todo el país; debe reclutar militantes, formar dirigentes, penetrar los diferentes medios profesionales e imponer su sello. El FN francés supo pasar del estado de grupúsculo al de partido político, se forró de militantes y dirigentes formados en escuelas del partido y extendió su influencia a través de una red de asociaciones y de círculos. El FPÖ austríaco contaba en 1996 con un poco más de 44000 miembros, con 215 puntos de apoyo, 1217 grupos locales y una amplia red de organizaciones satélites: juveniles, femeninas, estudiantiles, empresariales, de pensionados, etc. También fundó en 1998, tal como hizo el FN francés, un agrupamiento de sindicatos independientes cuyos candidatos obtuvieron buenos resultados, por ejemplo, en las elecciones en el ámbito médico y en el de los transportes.[44] El VB flamenco pasó de

834 adherentes en 1979 a más de 10000 en 1996, la tercera parte de ellos en Amberes. Es una formación estructurada y profesionalizada. Cuenta con un servicio jurídico, un centro de estudios, un instituto de formación y un servicio audiovisual; además se apoya en numerosas redes paralelas, principalmente en una poderosa organización juvenil.[45] La implantación electoral del partido sigue la huella de sus redes. El caso del MSI, cuya implantación es muy anterior a la de los demás partidos aquí tratados, es aún más impresionante, ya que en el momento de su refundación, en 1994, afirmaba tener 250000 militantes inscritos repartidos en 8412 secciones, 20000 miembros y 40000 simpatizantes en sus clubes fundadores. Alianza Nacional tenía 30 000 miembros en el Frente Joven y 4000 más en el Frente Universitario AN.[46] En cambio los REP no lograron jamás implantarse en toda Alemania y, si en 1989 tenían 25000 miembros, no lograron que les fueran fieles.[47] El FNB tampoco superó la condición de grupo minoritario, debilitado por las querellas internas y las escisiones.[48] Daniel Féret, su líder, anunciaba que en 1989 había 250 personas en regla por cuanto a sus cotizaciones, y 1000 en 1995.[49]

El tercer elemento decisivo para la penetración electoral de los partidos de extrema derecha es su legitimidad, misma que remite a la cultura y a las tradiciones políticas del país de referencia. El punto en común de las formaciones aquí analizadas es que, en grados diversos, todas están asociadas al pasado deslegitimante de la Segunda Guerra Mundial. El MSI es el heredero directo del fascismo mussoliniano y Gianfranco Fini, aún en 1987, hablaba de "construir el fascismo del año 2000" y afirmaba que Mussolini había sido un hombre que había marcado el siglo.[50] El FN cuenta entre sus miembros fundadores a antiguos directivos del FFP (Partido Popular Francés), el partido fascista

creado por Jacques Doriot. Se trata principalmente de Victor Barthélémy, André Dufraisse y Paul Malguti, este último implicado en 1944 en el asesinato de ocho miembros de la Resistencia en la villa Montfleury, cuartel general de la Gestapo en Cannes. Entre los miembros del FN se cuentan también antiguos militantes del RNP (Rassemblement National Populaire) de Marcel Déat, como Roland Gaucher.[51] Los traspiés de Le Pen a propósito de este periodo son frecuentes, trátese de las cámaras de gas que calificó de "detalle" de la historia de la Segunda Guerra Mundial o del juego de palabras sobre "Durafourcrematorio" (*four*, homo). Jörg Haider fue educado en un medio nacionalsocialista ferviente. Ha cometido varias imprudencias; por ejemplo, durante una sesión del Parlamento de Carintia, el 13 de junio de 1991, dirigiéndose a un representante socialista afirmó: "El Tercer Reich practicó una política de empleo normal, que es mucho más de lo que hoy en día puede hacer su gobierno en Viena". Una torpeza mayor fue saludar a veteranos de la Segunda Guerra Mundial, principalmente antiguos miembros de la SS, como ejemplo para la juventud; este mensaje fue filmado por un aficionado y transmitido en la televisión alemana tres días antes de las elecciones de 1996.[52] El líder de los REP, Franz Schonhuber, es un antiguo Waffen SS que se justificó por ello en un exitoso libro, *Ich war dabei* (*Yo estuve ahí*, 1981), cuya publicación le hizo perder su empleo en la Bayerische Rundfunk.[53] El VB, por su parte, se inscribe en una filiación directa con los movimientos nacionalistas flamencos que colaboraron con los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial.

Ahora bien, a excepción del MSI, como lo subraya Pierre Matin, el rasgo común a los movimientos de extrema derecha que logran una implantación electoral está directamente relacionado con este pasado: "Esta geografía (Austria, Francia, Bélgica)

evoca la de la colaboración administrativa oficial con el nazismo en Europa Occidental durante la Segunda Guerra Mundial.”[54] Matin considera que dicho pasado colaboracionista no ha sido debidamente asumido, sino que se ha atribuido toda la responsabilidad a los alemanes. El *affaire* Waldheim en Austria, las controversias en torno al proceso de Klaus Barbie en Francia y las condenas contra milicianos (Paul Touvier) o contra los responsables de la política de colaboración, como Mauricio Papón en Francia, o los debates en Flandes suscitados por el proyecto de decreto que preveía una pensión para los antiguos colaboracionistas, que fue votado por el Parlamento en junio de 1998,[55] demuestran que el problema no está resuelto. Es revelador que, en 1999, 57% de los electores del FN juzgaran “inútil” el proceso Papón, frente a 46% de los simpatizantes de la derecha clásica y 30% de los de izquierda y de los verdes.[56] A este respecto Italia constituye todavía un caso especial. El fascismo es percibido a veces como una ideología menos condenable que el nazismo, porque no tuvo la misma dimensión racista y genocida. Como lo subraya Piero Ignazi, los trabajos de historiadores como Renzo de Felice contribuyeron a dar una imagen menos negativa, y en el sur de Italia, donde la Alianza Nacional está mejor implantada, el fascismo no tuvo “el rostro sanguinario y violento” que tuvo en el norte, devastado por una guerra civil sin piedad entre partisanos y fascistas.[57]

En Alemania no ocurre lo mismo. El recuerdo de la “solución final” hace dudar a los electores a la hora de apoyar a un partido de extrema derecha, cualquiera que éste sea. Los procesos de Nuremberg contra los criminales de guerra nazis establecieron claramente sus responsabilidades. Disposiciones particulares fueron consignadas en la Constitución para evitar la repetición de tales dislates. Por último, el caso belga ilustra el

papel que desempeñan las continuidades o discontinuidades históricas. Hans de Witte y Georgi Verbeeck subrayan que en la Bélgica francófona el colaboracionismo fue marginal y totalmente deslegitimado al término de la guerra. No hay ninguna relación entre las extremas derechas que se desarrollan hoy en día en Valona o alrededor de Bruselas y las de la Segunda Guerra Mundial. El FNB no se refiere al rexismo, la principal corriente de extrema derecha francófona de los años treinta, que dirigía Léon Degrelle. Tuvo que partir prácticamente de cero para implantar su organización, de ahí sus dificultades. En Flandes, donde el movimiento nacionalista germanofilo era poderoso y estaba bien organizado, las redes se reconstituyeron inmediatamente después de la guerra, y le proporcionaron al VB un vivero de militantes y dirigentes experimentados, así como referencias ideológicas.[58] Estos fenómenos de continuidad son fundamentales para comprender el desigual desarrollo de estas derechas. Al respecto el FN se valió de recursos de una tradición aún más antigua, ya que se remonta a la Contrarrevolución. El historiador Michel Winock ha descrito con claridad "este capital de rechazos y de emociones siempre listo para fructificar. Durante los periodos de calma, es un consuelo para los guardianes de su lámpara votiva, que cultivan, solitarios y sin alegría, la nostalgia y la fidelidad en un mundo que aborrecen. Durante los periodos de crisis, de inseguridad, de inestabilidad, se renueva el patrimonio de prejuicios y de odios recalentados".[59]

Los OTROS PARTIDOS FRENTE A LA EXTREMA DERECHA

Por último, el éxito de los partidos de extrema derecha depende en gran medida de las estrategias de sus adversarios. En primer lugar, las relaciones entre ellos. En su análisis de las

condiciones favorables para la expansión de las extremas derechas en Europa, el politologo Herbert Kitschelt ha insistido mucho en la posición relativa que ocupan los partidos en el campo político. Su hipótesis central es que el desplazamiento hacia el centro de los partidos de izquierda y de derecha moderada genera un espacio electoral tanto para las nuevas izquierdas que encarnan los partidos "verdes" como para las nuevas derechas radicales.[60] Efectivamente, en Francia en las elecciones europeas de 1984 la lista única de la derecha representada por la personalidad moderada de Simone Veil benefició a la lista de Jean-Marie Le Pen. De suerte que éste logra reunir votos de la UDF y del RPR, radicalizados por la llegada de la izquierda al poder, en una elección sin consecuencia para la política interna francesa. Desde una perspectiva más amplia se observa que los contextos italiano, austríaco, belga y en menor medida el francés tienen en común diversas formas de acercamiento entre los grandes partidos, de manera que las líneas de fractura política pierden precisión. En Austria y en Bélgica el contexto adquiere la forma de gobiernos de coalición que asocian a los partidos católicos conservadores y a los socialdemócratas. En Austria el sistema de la *proporz* va más allá, pues prevé la repartición de los cargos públicos entre los dos grandes partidos y sus respectivas clientelas, de manera proporcional a su peso electoral.[61] En Bélgica también se ha politizado el proceso de reclutamiento y promoción de personal en el sector público y en el Poder Judicial, con "una tendencia a la concertación y al reparto proporcional de las nominaciones entre los partidos de la mayoría".[62] Finalmente Italia ha sido vista como el modelo mismo de la partidocracia y del clien-telismo.[63] Mientras que Pascal Perrineau subraya en Francia "los efectos perversos del consenso de la cohabitación".[64] Los sucesivos episodios de cohabitación

entre un presidente de izquierda y un gobierno de derecha (1986-1988 y 1993-1995), y después de 1997 entre un presidente de derecha y un primer ministro de izquierda, llevan agua al molino del FN que denuncia la connivencia de "la banda de los cuatro".

En ocasiones, los partidos de derecha moderada también adoptan, en relación con estas derechas extremas, estrategias de exclusión o de alianza. Alemania es el país donde es más pronunciado el rechazo a este tipo de partidos, por las razones históricas ya evocadas. La Corte Constitucional Federal puede prohibir la existencia de partidos que atenten contra el orden democrático, en nombre de un "derecho de defensa" de la democracia. El hecho de que en 1992 los REP hayan sido puestos bajo vigilancia, y de que después, en marzo de 1995, hayan sido declarados "extremistas de derecha" contribuyó innegablemente a acelerar su decadencia electoral. En Bélgica existe una versión atenuada de este tipo de restricciones; la Seguridad del Estado considera que el VB es "una organización subversiva", en virtud de lo cual la policía está autorizada a vigilar al partido y a sus dirigentes.[65] En cambio, en Austria, Italia y Francia no existen mecanismos comparables.

En adición a estos mecanismos, los sistemas políticos cuentan con reglas electorales más o menos restrictivas para los *outsiders*. En Alemania, para evitar el acceso de pequeños partidos extremistas al Bundestag, se ha elevado el número de votos necesario para tener representación. En 1953 bastaba con obtener 5% de los sufragios en un *Land*, ahora es necesario obtener 5% del total de votos federales o, en su defecto, tres triunfos electorales por mayoría.[66] En Inglaterra el modo de escrutinio mayoritario de una vuelta, *first past the post*, que es despiadado para los pequeños partidos, así como la ausencia de una tradi-

ción de extrema derecha consecuente, ha impedido el desarrollo de formaciones como el antiguo Frente Nacional y el actual Partido Nacional Británico.[67] A la inversa, la reforma electoral que introdujo la izquierda francesa en las elecciones legislativas de 1986, que reemplazó el escrutinio mayoritario de dos vueltas con la representación proporcional, ha permitido al FN obtener 35 escaños y atraer a sus listas a numerosos notables de la derecha clásica. En las elecciones legislativas de 1988 el regreso al escrutinio mayoritario redujo a uno el número de sus elegidos, a pesar de que había obtenido un resultado idéntico (9.7% de los sufragios emitidos en territorio metropolitano frente a 9.9% dos años antes). Con 12.2% en las elecciones de 1998 para la Cámara de Diputados, el VB flamenco alcanzó nueve escaños. En las elecciones legislativas de 1993 el FN obtuvo 12.7% del voto y sólo un representante que posteriormente fue invalidado. Las leyes electorales nunca tienen un efecto mecánico sobre la decisión de los votantes. Actualmente en Francia el escrutinio mayoritario es un cerrojo eficaz al desarrollo electoral del FN, porque lo priva de representación parlamentaria, un factor de legitimación importante. Para que fuera de otra forma el FN tendría que ser visto como un socio posible; este tema plantea el problema de las alianzas entre los partidos clásicos y la extrema derecha.

Generalmente estos partidos son mantenidos al margen. El único que hasta ahora ha logrado salir del aislamiento político es el de Gianfranco Fini, la AN, que ocupó cuatro carteras en la coalición gubernamental que formó Silvio Berlusconi en 1994. Pero el líder de la nueva AN ha puesto distancia en relación con el fascismo públicamente. El programa de la AN sostiene que "el antifascismo" fue uno de los momentos históricamente importantes para reestablecer en Italia las libertades que el fascismo

había suprimido".[68] Yes una nueva historia la que se inicia para el partido de Fini, el cual no es precisamente de extrema derecha, aun cuando su imagen lleve algunas huellas de ese pasado.

Este reconocimiento de la derecha parlamentaria le falta aún al FN. Si hasta ahora se ha beneficiado de esta corriente ha sido paso a paso. La alianza electoral de septiembre de 1983, entre el UDF-RPR, de Jean Hieaux, y el FN, encabezado por su secretario general Jean-Pierre Stirbois, fue decisiva para el despegue electoral del partido lepenista. En el ámbito local, particularmente en el Mediodía, como lo afirma Jean Viard, la alianza entre la derecha y el FN fue un poderoso factor de legitimación para este último, ya que, "aquí, ostenta posiciones desde 1986. De ese año a 1992 llevó al poder a notables regionales gracias a la cogestión con la derecha, mismos que se convirtieron en alcaldes en 1995".[69] Las alianzas establecidas con la UDF en el momento de las elecciones regionales, y de la elección de cuatro presidentes de región gracias a los votos del FN, demuestran que no había que excluir la posibilidad de un acuerdo a mayor escala. Las palabras pronunciadas por Alain Peyrefitte al día siguiente de las elecciones regionales lo confirman: "Mientras el señor Le Pen permanezca a la cabeza del FN, ninguna 'alianza' de la derecha parlamentaria con este partido parece aceptable ni para ella ni para él. [...] Llegará el día en que los electores, que [Le Pen] con su incontestable talento de tribuno supo reunir, pedirán algo más que una estrategia de destrucción, por más divertido que sea. Hay que estar preparado para entonces".[70]

Notas al pie

[1] Para las excepciones a la regla, véase Duranton-Crabol (1991), así como el muy completo inventario editado bajo la dirección de Jean-Yves Camus (1996). Señalemos también la revista *Pouvoirs*, núm. 87, 1998, consagrada al tema.

[2] André-Paul Frognier (1996, p. 569).

[3] Cas Mudde (1996, p. 229).

[4] Jürgen Falter (1988, p. 101, y 1994). Para una aproximación similar, véase Lauri Karvonen (1997, pp. 91-110).

[5] Frank Elbers y Meindert Fennema (1993) y Meindert Fennema (1996).

[6] Piero Ignazi (1997).

[7] Herbert Kitschelt (1997, p. 90).

[8] Hans-Georg Betz (1998, pp. 3-4).

[9] El autor se apoya esencialmente en los análisis de Roger Griffin (1993) y en los de Zeev Sternhell (1989).

[10] Cas Mudde (1996, p. 244).

[11] Seymour Martin Lipset (1967).

[12] Que ocupan Austria de 1945 a 1955.

[13] Max Riedlspergern (1998, p. 27).

[14] Piero Ignazi (1998, pp. 83-93, y 1994, pp. 1014-1033).

[15] Hans de Witte y Peer Scheepers (1998).

[16] Hans de Witte y Peer Scheepers (1998, p. 104).

[17] Jürgen R. Winkler y Siegfried Schumann (1998, p. 98).

[18] *European Election Study 1994*, encuesta poselectoral de muestras nacionales aleatorias de 1000 personas en edad de votar (2000 en Alemania: 1000 en el este y 1000 en el oeste), efectuada durante la segunda quincena de junio de 1994. Datos disponibles en el Archivo Central de Colonia. Agradezco muy particularmente a Hermann Schmitt el haber puesto estos resultados a mi disposición.

[19] Véase *Fessel* + GFK, 1996, *Politische Indikatoren (1976-1996)*, citado en Patrick Moreau (1998, p. 71).

[20] Las respuestas políticas iban de 1: votar por ese partido no era "nada probable" a 10: era "muy probable". Este progreso del voto de extrema derecha o derecha radical en función de la escala izquierda/derecha ya ha sido observado por Jürgen Falter en eurobarómetros anteriores, en 1992. La tendencia es mucho más fuerte en Francia con respecto al FN; la intención de votar por él pasa de 0 en las dos primeras casillas a 52% en las dos últimas; en Italia, el MSI pasa de 1 a 34%, y en la ex Alemania del Este, la DVU (partido de extrema derecha dirigido por Gerhard Frei) y los REP, juntos, de 1 a 63%, comparados con la ex Alemania Occidental: de 6 a 27%; Dinamarca, Partido del Progreso, de 2 a 10%, y Bélgica, el VB, de 1 a 15%. Véase "The Mass Basis of the Extreme Right in Europe in a Comparative Perspective", comunicación en el congreso anual de la APSA, 2-5 de septiembre de 1993, Washington.

[21] En Flandes la probabilidad de votar por el VB en 1994 era de 4.6 en las dos primeras casillas (N=27 y 32), cayó a 2.3 en la tercera y a partir de ahí se eleva regularmente hasta llegar a 5 (28) en la décima. Este fenómeno se encuentra también, aun-

que muy atenuado, en Valonia, donde la probabilidad de votar por FNB es de 3.5 (22), 3.3 (23) y 3.2 (50) en las tres primeras casillas, cae a 2.2 en la cuarta y de ahí se eleva hasta 7.4 (13) en la décima. Se notará sin embargo que los efectivos de las casillas extremas (entre paréntesis) son muy débiles.

[22] Es la interpretación que propone Jaak Billiett, fundándose en las respuestas a las preguntas abiertas de la encuesta precedente (1991). Según los datos que él y Marc Swyngedow me proporcionaron, el voto para el VB en las elecciones federales de 1995 evolucionaba también en función de la posición del elector en la escala de 0 (izquierda) a 10 (derecha): 10% (0), 5.5% (1), 3.7% (2), 6.3% (3), 5.5% (4), 11.9% (5), 15.6% (6), 12.1% (7), 23.5% (8), 9.7% (9) y 34.5% (10) (datos ponderados). Roland Beerten *et al.* (1997).

[23] En el Eurobarómetro de 1994, en la escala izquierda/derecha en diez posiciones, el resultado promedio de la Liga del Norte es de 7, contra 8 para Forza Italia y 9 para la Alianza Nacional.

[24] Hans-Georg Betz (1998, p. 53) toma el análisis de Renato Mannheimer (1996).

[25]Jürgen R. Winkler y Siegfried Schumann (1998, pp. 103-104).

[26] Patrick Moreau (1998, p. 74).

[27] Jürgen R. Winkler y Siegfried Schumann (1998, pp. 103-104).

[28] Es un electorado masculino muy joven, cuyo resultado alcanza 20% entre los estudiantes (contra 13.5% en el conjunto del electorado). Piero Ignazi (1992, p.132) (Sondeo de salida de las urnas, CIRM-BVA).

[29] Patrick Moreau (1998, p. 77).

[30] Datos de sondeo de salida de las urnas, 12 de abril de 1996, Sofres Abacus.

[31] Kurt Richard Luther (1998, pp. 121-158).

[32] Piero Ignazi (1998, pp. 86-87).

[33] Gilles Ivaldi (1995).

[34] Marc Swyngedow (1998, p. 53).

[35] Hans-Georg Betz (1994, pp. 55-59).

[36] El arresto de Marc Dutroux en agosto de 1996, implicado en asuntos de raptos y asesinatos de niñas, arrastraría una cascada de revelaciones y marcaría el punto de partida de una gran movilización, el "movimiento blanco", que toma progresivamente un giro político. Véase principalmente Benoit Rihoux y Stefaan Walgrave (1997).

[37] Piero Ignazi (1998, p. 89).

[38] Hans-Georg Betz (1998, p. 2) ve en esta nueva raza de "empresarios políticos", en su "radicalismo verbal" y su arte del "*marketing* político" uno de los principales triunfos de las nuevas derechas populistas que se desarrollan en Europa.

[39] Patrick Moreau (1998, p. 63).

[40] *L'Express*, 18 de abril de 1996.

[41] Sus actuales dirigentes son Philip Dewinter, Franz Vanhecke y Gerolf Annemans. Véase Pascal Delwit *et al*. (1998, pp. 74 y 79).

[42] Jürgen R. Winkler y Siegfried Schumann (1998, p. 101).

[43] Mateo Alaluf (1998, pp. 109-111 y 117).

[44] Patrick Moreau (1998, p. 63).

[45] Pascal Delwit *et al*. (1998, p. 78).

[46] *Le Monde* 31 de enero de 1995.

[47] Jürgen R. Winkler y Siegfried Schumann (1998, p. 99).

[48] Mateo Alaluf (1998, pp. 115-117).

[49] Pascal Delwit *et al*. (1998, p. 67).

[50] Entrevista con Gianfranco Fini, *L'évènement du jeudi*, 23-29 de abril de 1998.

[51] Guy Konopnicki (1996).

[52] Patrick Moreau (1998, p. 66).

[53] Jürgen R. Winkler y Siegfried Schumann (1998, p. 101).

[54] Nota de la Fundación Saint-Simon, octubre-noviembre de 1996, p. 26.

[55] Pascal Delwit *et al*. (1998, p. 26).

[56] Jérôme Jaffré (1999).

[57] Piero Ignazi (1994, p. 1029).

[58] Hans de Witte y Georgi Verbeeck (1998, pp. 68-88).

[59] Michel Winock (1993, p. 14).

[60] Herbert Kitschelt y Anthony J. McGann (1995, p. VII).

[61] Kurt Richard Luther (1998, pp. 128-129).

[62] Kris Deschower y Lieven de Winter (1998, p. 143).

[63] Stefano Guzzini (1994, pp. 979-1013), principalmente su análisis del "clientelismo consociativo", p. 982.

[64] Pascal Perrineau (1998b, p. 39).

[65] Hans de Witte y Peer Scheepers (1998, p. 110).

[66] Jürgen W. Falter y Jürgen R. Winkler (1998, p. 48).

[67] Roger Eatwell (1998, pp. 143-156).

[68] Entrevista con Gianfranco Fini, *L'évènement dujeudi*, p. 64.

[69] Jean Viard (1998, p. 279).

[70] Tribune *Le Figaro*, 26 de mayo de 1997.

POPULISMO Y SISTEMAS DE PARTIDOS EN EUROPA[1]

Yves Surel

Instituto de Estudios Políticos de París

Como conclusión de una conferencia que tuvo lugar en la London School of Economics en 1967, "To Define Populism",[2] parte de cuyas contribuciones nutrió el volumen colectivo dirigido por Ernest Gellner y Ghita Ionescu, *Populism* (Gellner y Ionescu, 1969), sir Isaiah Berlin resumía los problemas clásicos que plantean a la ciencia política los fenómenos populistas y el propio concepto de populismo, hablando de un "complejo de Cenicienta": "por el cual entiendo lo siguiente: hay un zapato –la palabra 'populismo'– para el cual, en alguna parte, hay un pie. Hay todo tipo de pies que casi se adaptan a él, pero no debemos caer en la trampa de dichos pies aproximativos. El príncipe se pasea siempre con el zapato y nosotros sentimos con firmeza que en algún lugar nos espera algo que se llama populismo puro. Es el núcleo del populismo, su esencia".[3] Algunos años más tarde, después de haber intentado demostrar la inutilidad de la conducta esencialista de carácter deductivo propuesta por Berlin, Margaret Canovan defendió un enfoque empírico, inductivo y tipológico, hasta llegar a poner un poco de orden en el magma conceptual y las múltiples declinaciones que parecían típicas del populismo.[4]

El populismo es todavía hoy un objeto difícilmente comprensible para la ciencia política,[5] aun cuando los fenómenos etiquetados de "populistas" parecen conocer un nuevo periodo de popularidad en el marco de una "nueva generación".[6] Desde hace algunos años los partidos populistas en Europa parecen haberse beneficiado de un aumento de la audiencia electoral, al grado de convertirse a veces en fuerzas de apoyo de nuevas coaliciones gubernamentales. El último ejemplo de este proceso nos lo proporcionaron las elecciones legislativas austríacas de octubre de 1999, en las cuales los buenos resultados del Partido Liberal Austríaco (Freiheitliche Partei Österreichs, FPÖ), 26.9% de los votos, le permitieron poner en duda el equilibrio político del país y formar una alianza gubernamental con el partido conservador. Anteriormente, los relativos éxitos electorales de la Liga del Norte en Italia o del Frente Nacional (FN) en Francia, desde fines de los años ochenta, habían permitido a estos dos partidos conquistar cargos en el gobierno local, e incluso la Liga pudo participar en la coalición gubernamental del Polo de la Libertad. En otros países también surgieron partidos de protesta calificados como "populistas", principalmente en Bélgica, donde apareció el Vlaams Blok (VB) flamenco, o más recientemente España con la creación de un partido populista a iniciativa del controvertido personaje que es Jesús Gil y Gil.

Todos estos partidos comparten algunos de los rasgos característicos de los partidos populistas. En primer lugar son el vector de una protesta política dirigida contra las élites tradicionales, acusadas de haber despojado al pueblo de la soberanía real. Así la mayoría de los líderes populistas se presentan frecuentemente como los verdaderos representantes del pueblo. Durante un discurso pronunciado en 1996, Jean-Marie Le Pen, líder del FN, afirmaba: "Es conveniente recordar que en la repú-

blica no hay más que una sola legitimidad: la que deriva del sufragio de los ciudadanos, y que corresponde únicamente a los representantes electos por el pueblo expresar la voluntad popular. El deber del político con un mandato en el marco de las instituciones es hablar para decir su verdad, no la verdad del poder. Decir la verdad del poder es propio de las dictaduras."[7] La traición de las élites políticas, económicas y culturales tradicionales exige entonces una regeneración que debe asegurar el regreso a los "verdaderos" valores y el reestablecimiento de los derechos del pueblo. Analizando las competencias clásicas del populismo, Jean Leca muestra perfectamente que sus fuerzas políticas están convencidas de que "la autenticidad presupone que *nada está para negociarse, nada está para aprenderse, todo está para recuperarse*".[8] El último rasgo constante de las fuerzas populistas es que la existencia de un líder carismàtico, encarnación del pueblo, garantiza el éxito del proceso de regeneración. Todos los partidos populistas europeos disponen de un jefe, vector de las adhesiones y demagogo confirmado, que desempeña un papel importante para los éxitos electorales: Jean-Marie Le Pen para el FN, Jörg Haider para el FPÖ e incluso Umberto Bossi para la Liga del Norte. Todos tienen en común que son oradores carismáticos, a cuyo alrededor se estructuraron progresivamente dichos partidos.

Esta nueva generación de populismo constituye, de cierta forma, la reactivación de una patología recurrente de la democracia europea y, por lo mismo, la actualización de un viejo reto de investigación para la ciencia política, que se dificulta aún más debido a la atadura de dichos partidos a la extrema derecha de los sistemas nacionales, lo que confiere a este fenómeno una connotación fuertemente peyorativa, en contraste con

acepciones menos estigmatizadas en otras épocas o en otros lugares.[9]

Para intentar responder a este reto, en el marco de un estudio comparativo de los populismos contemporáneos en Europa,[10] hemos tratado de encontrar un nexo entre investigación esencialista "al estilo Berlín" y conducta inductiva "al estilo Canovan",[11] poniendo el análisis b¿yo diversas facetas. Dicho de otra forma, decidimos comprenderlo con referencia a dinámicas, a objetos o a interrogantes más tradicionales y mejor señalados en la ciencia política. En este marco general, este artículo se concentrará esencialmente en el interrogante del fenómeno populista con referencia a la noción clásica de sistemas de partidos.

Dos hipótesis parecen determinantes y complementarias. La primera se fundamenta en la idea de que las recientes transformaciones de las fracturas sociopolíticas tradicionales en Europa han abierto un espacio a actores políticos que se apoyan en programas, en herramientas retóricas o en organizaciones de tipo populista. Dentro de este marco el populismo parece estar en el centro de ciertas mutaciones "externas" de los sistemas de partidos, ligadas esencialmente a la renovación de las fracturas sociopolíticas. Trabajos recientes[12] demuestran que la estructura de las fracturas puestas en evidencia por Lipset y Rokkan en los años sesenta,[13] y que habían formado parte del principio mismo de constitución de los sistemas de partidos en Europa, así como de su permanencia, amenazan hoy con "descongelarse". Desde este punto de vista la recomposición de las fracturas sociopolíticas permitiría explicar en parte el resurgimiento de actores políticos de carácter populista, de suerte que la ideología populista puede parecer lo suficientemente vaga como para

reunir individuos cuyos reflejos de identidad tradicionales han sido suprimidos.

A esta primera hipótesis se suma una segunda serie de argumentos basados en la convicción de que los trastornos "internos" de los sistemas de partidos, en el sentido en que éstos recobran dinámicas y factores propiamente políticos, han tenido un papel decisivo en el significativo resurgimiento y consolidación de partidos, de vocablos o de instrumentos populistas (principalmente retóricos) en los diferentes países europeos. Una de las ideas esenciales de este argumento está ligada al hecho de que los partidos populistas gozan de una posición particular en los sistemas de partidos, en vista de las "funciones" que cumplen. Por consiguiente, el origen de esta nueva generación populista en Europa es la ausencia o la crisis de actores políticos tradicionales.

Aquí se impone una última precisión. La distinción propuesta entre variables exógenas y variables endógenas de los sistemas de partidos es solamente analítica, y nos permite remitirnos a objetos y problemas particulares, a las fracturas sociopolíticas por un lado y a las lógicas de funcionamiento de los sistemas de partidos por otro, que son clásicas y fáciles de manejar en una investigación comparativa como la nuestra. Está claro que estos dos conjuntos de dinámicas interactúan constantemente, se nutren el uno del otro. Si la transformación de las fracturas es probada empíricamente, podría constituir un poderoso factor explicativo de la crisis de los partidos tradicionales, cuya emergencia y permanencia estuvieron indisociablemente ligadas al "congelamiento" de las fracturas reveladas por Lipset y Rokkan. Por el contrario, las transformaciones internas en los sistemas de partidos, principalmente la "banalización" de la alternancia política, han podido suscitar una signifi-

cativa evolución de las modalidades de la competencia política, en el sentido de un desacoplamiento creciente entre la esfera de la competencia electoral y la estructura de las posturas o de las esperanzas de los ciudadanos. Hay muchos elementos capaces de haber alimentado la desaparición de las fracturas tradicionales y que facilitan los mecanismos de "desalineación" y "realineación".

EL POPULISMO Y LAS FRACTURAS SOCIOPOLÍTICAS

La noción de fracturas sociopolíticas es una herramienta clásica que permite a la sociología política considerar el campo político en relación con dinámicas sociales más vastas. Tradicionalmente se definen como principios de división de comportamientos políticos, fundados en la estructura de los intereses o de las orientaciones normativas opositoras, entre grupos identificados por referencia a criterios socioeconómicos, políticos o culturales. Apegándose a una operación adecuada de la noción, Stefano Bartolini y Peter Mair expusieron, por ejemplo, la necesidad de utilizar conjuntamente tres criterios para probar la existencia de fracturas sociopolíticas:[14]

–Rasgos particulares de los individuos pertenecientes a un grupo (posición socioeconómica, raza, religión, idioma…).

–Actitudes a las que los miembros del grupo se adhieren y se ajustan más frecuentemente.

–Acciones colectivas de un grupo dado bajo la forma de movilizaciones diversificadas, que pueden incluso adoptar los rasgos de una organización duradera (el partido político es el ejemplo típico de tal organización).

El estudio dirigido por Lipset y Rokkan en los años sesenta se fundamentaba esencialmente en la primera serie de varia-

bles, pero también había demostrado que los países europeos, como resultado de lo que ellos calificaron de "revoluciones" sucesivas, habían visto estructurarse progresivamente líneas de fractura sociopolítica que determinaban en gran medida la estructura de las oposiciones partidistas y las fuerzas políticas.[15] Dichas "revoluciones", ligadas esencialmente a la Revolución industrial y a la aparición del hecho nacional del siglo XIX, habían nutrido varias líneas de fractura, principalmente alrededor de los conflictos de clase, de las divisiones religiosas, de la oposición urbano/rural, incluso alrededor de la tensión entre cultura y etnia.

El análisis de los diferentes sistemas de partidos nacionales de Occidente comprobaba en la práctica el predominio de las fracturas de clase, causantes de las divisiones derecha/izquierda en la mayoría de los regímenes democráticos, con arreglos o especificaciones nacionales ligadas a la presencia más o menos importante de otras líneas de fractura que obedecían a razones históricas y culturales. Por ejemplo, en Italia, las fracturas religiosas eran vistas, a partir de la referencia central de la democracia cristiana, como una de las dinámicas más influyentes en la constitución del sistema de partidos y de las organizaciones políticas. Más aún, la extraordinaria permanencia de las fracturas sociales, reforzada por dinámicas de reproducción ligadas a la actividad de los mismos actores políticos, justificaba que se hablara de una estructura de fracturas "congelada" alrededor de las características heredadas de las "revoluciones" del siglo XIX.

Esta construcción fundamental de la sociología política (sin duda una de las obras más influyentes jamás escritas) parece resquebrajarse actualmente por el efecto de nuevas dinámicas aparecidas a fines de los años setenta y principios de los ochenta. Ciertos trabajos subrayaron en primer lugar la multiplica-

ción de comportamientos atípicos en el seno de los diferentes electorados europeos. Aquí el fenómeno central está ligado a la comprobación de una creciente volatilidad del electorado, que se traduce en una reconducción cada vez más aleatoria de los comportamientos electorales de un comicio a otro. Aun si es a veces controvertida,[16] principalmente porque dificulta toda validación empírica, esta idea de una volatilidad creciente es de particular importancia en relación con el populismo. En el caso del FN francés, por ejemplo, numerosos trabajos han demostrado que las transferencias de votos en beneficio del partido de extrema derecha seguían lógicas profundamente atípicas. Así las nociones de "gaucho-lepenismo"[17] o de obrero-lepenismo[18] se fundan, ambas, en la prueba de que una no despreciable proporción de votos a favor del FN proviene de electores que "pertenecían" anteriormente a la izquierda clásica, particularmente al Partido Comunista. Numerosos análisis del voto por el FPÓ de Haider mostraron también que la proporción de electores obreros era importante, lo que prueba la pérdida de control del Partido Social Demócrata sobre una franja de su base tradicional de apoyo.[19]

Paralelamente a estos estudios centrados estrictamente en el comportamiento electoral, ciertos trabaos han formulado sobre todo la hipótesis de que a partir de los años setenta se produjo un cambio significativo en las orientaciones normativas dominantes, fenómeno ligado a importantes transformaciones en las estructuras sociales, como son los modos de movilización y de participación política. Desde este punto de vista el estudio o, mejor dicho, la serie de estudios más célebre es indudablemente la de Ronald Inglehart sobre el advenimiento de orientaciones ideológicas calificadas de posmaterialistas, en el sentido de que contribuyeron a la valorización de temas tales como la eco-

logía, el individualismo o el respeto a las minorías culturales, sociales, sexuales.[20] Difundiéndose progresivamente a la esfera política, principalmente por la promoción de nuevas posturas en la agenda política (contaminación, adecuación del horario de trabajo, disposiciones legales de "discriminación positiva"…), estas nuevas normas generales legítimas pudieron generar la relatividad de los ejes tradicionales de conflicto de la oposición en beneficio de otras líneas de fractura.

Desde entonces estos análisis permitieron desarrollar la idea de la aparición de nuevos partidos políticos o de nuevas formas de movilización y participación directamente ligadas a dichas transformaciones globales de las sociedades occidentales. La expresión genérica "new politics"[21] parecía resumir hasta hace poco los cambios registrados en el campo político por el efecto de esta transformación de los valores sociales legítimos. Más precisamente dicha noción, así como las dinámicas a ella asociadas, fue aplicada a la caracterización de la emergencia de los partidos ecologistas por toda Europa, cuyos éxitos variables fueron interpretados como el fruto de estas nuevas tendencias ideológicas confrontadas con las lógicas y los actores de los sistemas de partidos tradicionales. Los "verdes" en Alemania se convirtieron rápidamente en una fuerza política significativa, integrando los gobiernos locales de las *Länder* antes de convertirse en una de las partes de la coalición gubernamental, dirigida por Gerhard Schröder después de haber obtenido 6.7% de los votos en las elecciones legislativas de 1998.

Pero si la hipótesis de esta traslación de nuevos valores sociales legítimos en el campo político es interesante para nuestro propósito, lo es sobre todo porque puede explicar en parte la emergencia del populismo contemporáneo. En reacción a lo que Inglehart llamaba la "revolución silenciosa", Piero Ignazi

introdujo la idea de que el resurgimiento del populismo y de temas de extrema derecha podría estar ligado a la emergencia o a la reactivación de orientaciones normativas de carácter reaccionario y autoritario.[22]

Desde entonces todas estas evoluciones cuestionan las conclusiones a que Lipset y Rokkan llegaron en los años sesenta. Tomando los mismos términos empleados por estos autores, se asistiría a la evolución o a los efectos inducidos de nuevas "revoluciones" que han modificado profundamente las estructuras de las fracturas heredadas del siglo XIX. Lo que se designa como la "revolución posindustrial" para calificar la evolución económica y tecnológica reciente, como la disolución progresiva de los estados-naciones, constituye otros tantos procesos que ponen directamente en duda las dinámicas propias generadas por las revoluciones industrial y nacional del último siglo. Desde este momento las oposiciones de clase, los conflictos religiosos o aun la oposición urbano/rural tienden a encontrarse relativamente desvalorizados en comparación con otras líneas de fractura, como las diferenciaciones sectoriales (la informática y el sector financiero son por ejemplo sectores valorizados), la pertenencia a entidades étnicas o sexuales, o incluso la oposición entre actores que razonan de manera trasnacional y aquellos que mantienen los vínculos tradicionales.

En una obra consagrada al análisis de la nueva derecha radical en Europa, Herbert Kitschelt ha intentado sintetizar estos diferentes elementos para establecer los modos de traslación de dichas transformaciones socioeconómicas en el campo político.[23] Para él el capitalismo posindustrial es la causa de una nueva línea de fractura sociopolítica, caracterizada de un lado por una polarización alrededor de una izquierda libertaria y favorable a la redistribución, y de otro, por una derecha liberal y

autoritaria. Según Kitschelt, estas dinámicas de polarización, que parecen paradójicas y contradictorias en relación con las fracturas experimentadas, se explican por la conjunción de dos series de factores determinantes. Se trata de la situación profesional del individuo, principalmente en cuanto a la exposición que ésta implica con respecto a la globalización y a las relaciones trasnacionales, y que tiende a sustituir a las viejas líneas de fractura organizadas en torno a la pertenencia de clase, cuyas fronteras resultan cada vez más vagas. El segundo factor determinante está ligado a la orientación cultural del individuo, fundamentada en el grado de exposición a las dinámicas de comunicación. Aquí la polarización se efectúa, por un lado, entre orientaciones universalistas e igualitarias que se deben a una fuerte exposición a las dinámicas de comunicación y, por otro, a orientaciones particularistas y autoritarias. Encontramos en esta dicotomía la mayoría de las dimensiones normativas aisladas por Inglehart e Ignazi, sobre el posmaterialismo de los años setenta y la contrarrevolución silenciosa que es el territorio del populismo de extrema derecha contemporáneo.

Tomando en cuenta el conjunto de estos elementos, Kitschelt propone el siguiente esquema (figura 1), organizado alrededor de las dos líneas de polarización precitadas:

FIGURA 1
Estructura de las fracturas contemporáneas

Kitschelt diseñó este eje de polarización conservando la línea de fractura dominante según los trabajos de Lipset y Rokkan, que figura aquí en un plano horizontal. Pero, según él, el cambio consiste en que se agregó una nueva línea de polarización fundamental, la oposición entre tendencias libertarias y autoritarias; dicho de otra forma, entre partidos ecologistas y partidos populistas, misma que figura aquí en un plano vertical. Mientras que los sistemas de partidos se organizaban burdamente alrededor de una elipse siguiendo un plano horizontal, hoy en día están más frecuentemente estructurados alrededor de una elipse diagonal. De cierta forma el eje de estructuración de los sistemas de partidos en Europa se ha desplazado, y hoy resulta de dinámicas más complejas que la oposición derecha-izquierda organizada alrededor de los conflictos de clase. Se presume que la derecha debe evolucionar hacia posiciones más sistemáticamente autoritarias, como parece probarlo en la actualidad la división del Rassemblement pour la République (RPR) en Francia entre una tendencia liberal y eurófila y una tendencia estatista/nacional, que desembocó en 1999 en la creación de un nuevo partido, el Rassemblement pour la France (RPF), a iniciativa del ex ministro del Interior Charles Pasqua.

Kitschelt agrega a este esquema general una corrección importante.[24] Más allá del desplazamiento mecánico de las fuerzas políticas a lo largo del eje que domina la estructura del sistema de partidos, lo que le sorprende es el acercamiento de los partidos de gobierno y consecuentemente el espacio creado para nuevas fuerzas políticas al margen del sistema. Transportada al esquema inicial, esta constatación implica que los partidos de gobierno se acercan a la intersección de las dos líneas de fractura, liberando así un espacio para las franjas de la previsible constelación de organizaciones políticas. La "normalización"

de algunos sistemas de partidos anteriormente muy conflictivos, como en Francia o en Italia, "normalización" que adquiere principalmente la forma de una multiplicación de alternancias en estos dos países y de un acercamiento de programas de gobierno, crea efectivamente un espacio disponible en el tablero político para nuevas fuerzas defensoras de normas aparecidas recientemente y que pueden impugnar las fuerzas políticas establecidas. En esta rotación del eje de los sistemas de partidos europeos, Kitschelt ve el principal factor explicativo de la emergencia de nuevos partidos de extrema derecha con un fuerte carácter populista. Como resultado de estas transformaciones globales, Kitschelt aísla cuatro formas posibles de nueva derecha radical en diferentes puntos de los sistemas de partidos europeos (figura 2).

FIGURA 2
Las derechas radicales y el populismo contemporáneo

Chovinismo de bienestar

Populismo

Derecha radical

Fascismo

Las cuatro formas posibles de derecha radical identificadas son las siguientes:

–El fascismo en su forma más tradicional,[25] es decir, una tendencia o formación política que dispone de una amplia base social (de ahí su situación privilegiada hacia la izquierda del espectro formado por los sistemas de partidos), y que se caracteriza además por un llamado socialista y autoritario. Como lo muestra el esquema de Kitschelt, esta modalidad no se conside-

ra pertinente en el caso de los sistemas de partidos europeos contemporáneos debido al desplazamiento del eje de polarización. Consecuentemente los partidos que invocan siempre un fascismo tradicional están destinados al fracaso y a la marginación (es el caso de los diferentes grupúsculos nazis en Alemania).

–Tomando una categoría propuesta por Hans-Georg Betz,[26] Kitschelt establece la posible existencia de partidos populistas de un tipo particular, en la medida en que están dedicados a preservar el Estado providencia pero que ofrecen, como solución a los problemas clásicos de las políticas sociales, el retiro de los subsidios acordados para los no nacionales. Este tipo de reivindicaciones, promovidas principalmente en los países escandinavos por los diversos Partidos del Progreso,[27] se dirigen a una base electoral más bien obrera, con llamados socialistas y autoritarios pero esta vez concentrados en algunos temas específicos de los dispositivos de *welfare*. Según Kischelt, pese a todo, este tipo de movilizaciones y reivindicaciones se mantienen al margen o son simplemente efímeras. Pueden constituir una dimensión entre otras, frecuentemente poco significativa, de los partidos populistas contemporáneos, como lo sugiere por ejemplo Pascal Perrineau o Nonna Mayer al hablar del "obrerolepenismo" en el caso francés.

–Los partidos de derecha radical, calificación más adecuada según Kitschelt a la situación contemporánea, recuperan formaciones caracterizadas por una base electoral mixta, con una orientación normativa de tipo capitalista autoritario. Desde esta perspectiva, se trata incontestablemente de la forma más característica de la nueva extrema derecha, cuyos ejemplos más claros serían el FN en Francia o el VB en Bélgica. Estos partidos son efectivamente populistas en el sentido de que impugnan la

legitimidad de los líderes y de los sistemas políticos existentes, lo que les permite drenar apoyos electorales muy amplios. Pero su originalidad, por ejemplo en relación con el fascismo tradicional, deriva de que reivindican dinámicas económicas más equilibradas o tradicionales, lo que contrasta con la crítica de la economía capitalista sostenida por la ideología fascista.

–La última forma de nuevos partidos señalada por Kitschelt agrupa a los llamados "populistas antiestatistas" que, por razones propias de cada sistema político nacional, son esencialmente antisistema. Es característica electoral suya un apoyo mucho más concentrado en la pequeña burguesía, incluso en ciertas franjas de las élites económicas, como es el caso de la Liga del Norte en Italia. La orientación normativa de dichos partidos valora llamados de tipo capitalista autoritario, determinados muy frecuentemente por la impugnación del sistema económico en función, y los miembros de estos partidos se sienten marginados (actores económicos del norte de Italia que denuncian el apoyo tradicional del Estado en beneficio del sur; élites flamencas en contra de un Estado belga que supuestamente sirve a intereses de la comunidad valona).

El populismo contemporáneo en Europa, en contraste con el fascismo, parece recuperar las tres últimas categorías de la derecha radical y movilizar temas populistas. Si tomamos los principales partidos populistas actuales, se podrá considerar al FN francés como una síntesis de las tres formas. Al reivindicar la prioridad de los nacionales para los emple os y las prestaciones sociales, el FN se muestra también favorable a una economía de mercado convencional, construida en tomo a pequeños comerciantes y artesanos, mientras que las élites políticas y administrativas son vistas como traidoras a la causa del pueblo. Blanco tradicional de los partidos populistas, los banqueros y los gran-

des industriales se convierten, por ejemplo, en uno de los apoyos de la globalización económica. Jean-Marie Le Pen podría así adoptar el argumento de los movimientos populistas originales para estigmatizar a sus enemigos. "Los mismos intereses egoístas, los del capital anónimo y vagabundo del siglo XIX, minas y fábricas de verdaderos infiernos y que aún hoy en el Tercer Mundo reducen a decenas de millones de niños a la esclavitud y a centenares de millones a la pobreza, los intereses financieros, de la especulación, de las grandes multinacionales cuyo fin es acumular un beneficio ilimitado, y por tanto ilícito, han establecido e impuesto en los espíritus como salida inevitable los elementos de un complot: el mundialismo."[28] Los partidos populistas encontraron la fuente de adhesiones electorales que les permitieron conquistar el electorado de que disponen desde hace algunos años, acumulando los atributos y las posiciones heredadas de esta transformación de los sistemas de partidos en Europa.

Sin embargo, este modelo de análisis presenta muchas limitaciones. Desde nuestro punto de vista el primer defecto importante está en el carácter esencialmente monocausal de este enfoque. Aunque Kitschelt lo defiende en un artículo posterior,[29] su modelo está fundamentado en la idea de que el sistema político reacciona directamente a las dinámicas externas. Los sistemas de partidos se caracterizan entonces por una heteronomía relativa en relación con las presiones alimentadas por factores socioeconómicos. Ahora bien, los sistemas de partidos funcionan igualmente alrededor de reglas del juego político, de tradiciones ideológicas y de comportamientos conformistas que con frecuencia los vuelven impermeables o, al menos, difícilmente influenciables por transformaciones socioeconómicas más o menos sustanciales.

Ciertos autores han demostrado que los análisis de Kitschelt insistían excesivamente en la crisis de los referentes tradicionales, algunos de los cuales continúan ejerciendo una influencia determinante sobre la estructuración de las fracturas sociopolíticas. Hans Peter Kriesi estima que las fracturas aisladas por Lipset y Rokkan permanecen vigentes para la mayoría de ellos.[30] En algunos países las líneas de fractura religiosas, culturales o étnicas que estructuraban tradicionalmente el sistema nacional de partidos continúan operando de manera significativa. Por ejemplo, en el caso de Suiza, Kriesi llega a demostrar que la "crisis" de ciertas fracturas no impide la prosecución de otros modos tradicionales de identificar y estructurar los comportamientos políticos.

El último defecto o crítica que podemos dirigir al modelo de Kitschelt es que su análisis macrosociológico desconoce frecuentemente las trayectorias nacionales y la evolución histórica de los sistemas de partidos, cuando tantos factores han podido ser determinantes en la formación de las líneas de fractura nacionales. En lo que se refiere más directamente al populismo y a los partidos estudiados por Kitschelt, esta falta de profundidad histórica soslaya las fases, para algunos decisivas, por las cuales pasaron las formaciones asimilables al populismo contemporáneo. En el caso del FN, su posicionamiento en el sistema de partidos, definido por Kitschelt, ha variado considerablemente de un periodo a otro. Lejos de limitarse a la categoría de la derecha radical, el FN posee también rasgos propios de otros tipos aislados, principalmente el chovinismo de bienestar y el populismo antiestatal. Además la firme herencia pouj adista –Le Pen fue electo diputado al lado de Pierre Poujade en 1956– pudo constituir un recurso movilizado en ciertos momentos por el FN, en función de cuestiones y dinámicas propias del sis-

tema de partidos francés. Otros casos concretos son aún más problemáticos. La clasificación de la Liga del Norte parece abusiva por varios aspectos: la estructura de su electorado resulta relativamente atípica en relación con los marcos de análisis adoptados por Kitschelt, en la medida en que su base de apoyo proviene no solamente de las pequeñas burguesías amenazadas, sino también de elementos de otras clases sociales así como de ciertos intelectuales. Estos rasgos particulares se explican en parte por la formalización extrema, por primera vez en el seno del sistema de partidos italiano, de las fracturas norte-sur y de la construcción de una identidad territorial completamente ficticia alrededor de Padania. Todos estos elementos han permitido al movimiento de Umberto Bossi en Italia determinar las líneas tradicionales de fractura.

Por último, el análisis de Kitschelt presenta el gran defecto, común a una buena parte de la literatura principalmente de origen anglosajón, de fundamentarse en la concordancia más o menos explícita entre el populismo y la nueva generación de extrema derecha. La permanencia de la fractura izquierda-derecha, construida sobre la fractura de clase, obliga inevitablemente a clasificar el populismo como una de las principales dimensiones de la extrema derecha contemporánea. Ahora bien, desde nuestro punto de vista, el populismo rebasa sin duda esta dicotomía para alimentar dinámicas transversales. Como tensión recurrente de las democracias representativas occidentales, constituye un recurso del juego político entre otros, diversamente movilizado por los actores políticos en contextos precisos. Esto conduce a la actual interrogante acerca de las dinámicas propiamente políticas en la estructuración de los sistemas de partidos y en el análisis del populismo contemporáneo.

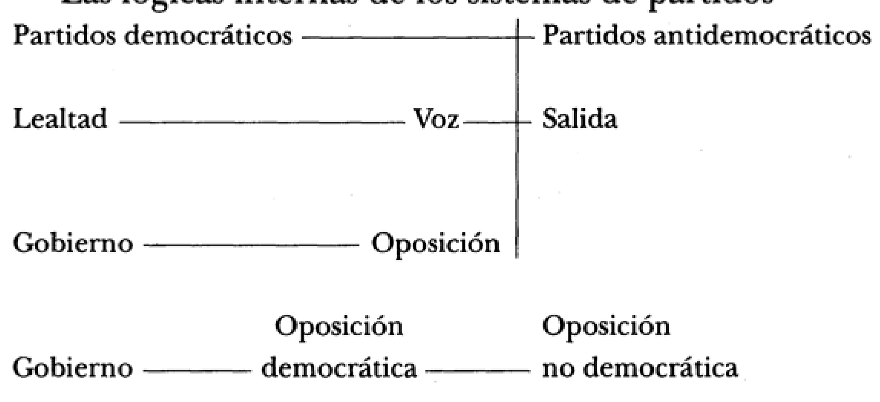
LAS “FUNCIONES” POLÍTICAS DEL POPULISMO CONTEMPORÁNEO

Los siguientes elementos no deben ser vistos como un sustituto de los análisis propuestos por Kitschelt, sino más bien como una serie de variables complementarias, esta vez endógenas, de los sistemas políticos, con las que podría esclarecerse más adecuadamente las características de los movimientos populistas contemporáneos. Una de las principales ideas era revisar la literatura centrada en las dinámicas propias de los sistemas de partidos, en los factores del juego político y en las reglas tradicionales del funcionamiento de dichos sistemas en Europa.

Este tipo de enfoque se caracteriza por su rechazo a la dicotomía derecha/izquierda como eje de determinación de las lógicas de funcionamiento de los sistemas de partidos. Otras formas de polarización son consideradas como influyentes o bien como determinantes, y se definen muchas veces en relación con las características propias de los regímenes representativos. La siguiente figura ofrece una idea de algunas de las líneas de fractura más comúnmente empleadas en la literatura (figura 3).

FIGURA 3

Las lógicas internas de los sistemas de partidos



Estas diferentes líneas de polarización se derivan de los trabajos de Giovanni Sartori,[31] Albert O. Hirschman,[32] Niklas Luhmann[33] y Andreas Schedler,[34] respectivamente. Todas se organizan de manera desigual alrededor de tres principales categorías de actores políticos. En primer lugar los partidos democráticos en el poder, los que en un momento dado conforman el gobierno solos o en coalición. Las dinámicas que determinan ordinariamente sus acciones son el ejercicio del poder y la voluntad de conservarlo. La segunda categoría de actores reúne a los partidos democráticos en la oposición. Se trata en este caso de organizaciones que pertenecen a los "partidos de gobierno", en el sentido de que disponen de la legitimidad y de los medios necesarios para a su vez asumir el poder. Nutren y movilizan las diversas oposiciones democráticas al gobierno, en cuanto su reconocimiento de las reglas del juego se reviste de una crítica a los actuales titulares del poder y a la definición de una alternativa verosímil en el seno del sistema. Estas dos primeras categorías se confunden en la polarización definida por Sartori como de los partidos democráticos. Una tercera categoría de

actores, los partidos antidemocráticos según la terminología de Sartori, se sitúa frente al sistema propiamente dicho, en una posición fuera de las reglas del juego (de ahí la analogía con la opción de salida tomada de los trabajos de Albert O. Hirschman sobre la acción colectiva). Dichas organizaciones se caracterizan entonces por su virulenta crítica al sistema, es decir, a la democracia representativa tradicional en los países occidentales, sistema al que quieren introducir otros modos y otras instituciones de legitimación y de ejercicio del poder. Hoy en día, en la mayoría de los países europeos, donde los principios democráticos son comúnmente aceptados, esta tercera categoría aglutina esencialmente partidos u organizaciones nazis o de extrema izquierda, optando casi siempre por la impugnación violenta (con métodos terroristas) de los regímenes democráticos.

En relación con los esquemas generales, debemos a Andreas Schedler el haber sugerido una posición particular para los partidos populistas, situándolos al extremo del sistema, entre la impugnación violenta y la impugnación "legitimista" del sistema existente.[35] Tomando las categorías empleadas para establecer la configuración de los sistemas de partidos, Schedler estima que la característica definitoria de los populistas contemporáneos es una impugnación de los partidos del gobierno y, más generalmente, de quienes ocupan las posiciones de poder en diferentes campos sociales, sin por ello poner en duda los ideales y las instituciones democráticas. Llega así a definir el populismo contemporáneo como el conjunto de organizaciones que se determinan en función de una oposición a las élites (*anti-political-establishment-opposition*), distinguiéndose de partidos antisistema por su capacidad para insertarse en las lógicas políticas tradicionales y participar en la competencia electoral.

Desde este punto de vista el caso del FN es sintomático.[36] El FN es en efecto un partido que se distingue esencialmente por su crítica con respecto a los partidos tradicionales, pero se propone legitimar su acción participando en las consultas electorales, nacionales y locales. Uno de los temas centrales del discurso frentista ha sido siempre denunciar a la "banda de los cuatro", aludiendo a la estructuración del sistema de partidos francés a finales de los años setenta y principios de los ochenta alrededor del RPR y de la Union pour la Démocratie Française (UDF) de derecha, mientras que la izquierda se organizaba en torno al Partido Socialista (PS) y al Partido Comunista (PC). Esta estructuración, que parecía corresponder a una "normalización" del juego político, fundamentada no sólo en las fracturas sociopolíticas tradicionales de Francia, sino también en las reglas del juego político instituidas por la Constitución de la V República (principalmente las exigencias del escrutinio uninominal de dos vueltas electorales), debía finalmente desgastarse poco a poco bajo la presión de nuevas fuerzas políticas que impugnaban tal sistema de partidos oligopolítico: los "verdes" y el FN. Todo el discurso de oposición a *l'établissement,* según la expresión consagrada, tendía a presentarse como marginal al margen del sistema de partidos, y a éste como corrupto y desviacionista en relación con los ideales democráticos; el FN ofrecía una alternativa que debía seguir las lógicas "normales" de la competencia democrática.

La situación de Austria es estructuralmente similar, aunque las modalidades de las organizaciones populistas siguen caminos particulares. De ahí el carácter corporativista de la representación social y política denunciado por el FPÖ. Si la democracia no es condenada como tal, Haider le reconoce al FPÖ una suerte de superioridad moral desde este punto de vista; según

él, la manera en que la democracia ha sido interpretada y debilitada en Austria plantea un problema que articula la reivindicación populista contra las élites usurpadoras en el poder. El líder austríaco podía proclamar desde 1990 que "Austria necesita la supresión del Estado no democrático de las cámaras y la tutela permanente de uno de los innumerables órganos de concertación social. […] Nuestro populismo significa simplemente representar lo que beneficie a los ciudadanos y no a los funcionarios rojos y negros."[37]

Schedler piensa que hoy en día la posición de los partidos populistas de Europa está determinada por dinámicas que se pueden representar bajo la forma de un triángulo (figura 4).

FIGURA 4
El triángulo "antidemocrático" según Schedler

Clase política
(gobierno y oposición democrática)

Ciudadanos
Pueblo

Organizaciones
anti-establishment

Desde esta perspectiva, el populismo se fundamenta en dos dinámicas conexas:

–Según un punto de vista clásico, el populismo es principalmente una manera de recordar en todo momento el carácter determinante del pueblo en las lógicas políticas. El pueblo es, en cuanto soberano, el único titular de la legitimidad en una comunidad política que se basa en principios democráticos. En estos términos lo reinvindican las organizaciones populistas.

Así el líder de la Liga del Norte, Umberto Bossi, típicamente afirma: "Soy un demócrata convencido, siempre he luchado para que la voluntad del pueblo sea respetada."[38] De la misma forma este pensamiento político populista de Bruno Mégret, delegado general del FN, aparentemente no se despoja de un convencimiento visceral de la primacía de lo popular: "Del pueblo, por el pueblo, para el pueblo; en Francia, el pueblo es soberano. De él procede el poder, él decide su destino y para él actúan los gobernantes."[39]

–Además, y es lo que distingue a los populistas de los partidos antisistema, esta valorización del pueblo se acompaña de una crítica de la supremacía de las élites que supuestamente han traicionado los ideales y los modos de legitimación y de organización de la comunidad política.

En el sentido más clásico de los sistemas de partidos, los populistas tienen pues una doble función: recordar constantemente los fundamentos democráticos del sistema y señalar las desviaciones respecto de los ideales originales provocadas por la actuación de los titulares del poder y principalmente de los partidos en el gobierno. De cierta forma, los partidos populistas se caracterizan por ser parte del sistema y denunciar sus desviaciones; porque recuerdan la primacía del pueblo contra las élites en función y se presentan como las únicas organizaciones "auténticamente" representativas.

Tal esquema de análisis pone en evidencia numerosos problemas ligados a su postulado sistemático. No volveremos a un debate ya superado, salvo para recordar dos defectos clásicos que parecen particularmente problemáticos en relación con nuestro estudio del populismo contemporáneo. La primera gran limitación que presenta ese modelo deriva de la excesiva autonomía concedida aquí al campo político. Al contrario del

esquema precedente, la utilización exclusiva de variables propiamente políticas se basa más o menos explícitamente en la idea de que el funcionamiento endógeno de los sistemas de partidos determina cualquier otro factor. Se vio anteriormente que tal hipótesis debe completarse atendiendo el papel que desempeñan variables exógenas –derivadas de las divisiones sociopolíticas pertinentes–, relativo a la traducción en el espacio político de dinámicas socioeconómicas. Además tal perspectiva de investigación, útil para un análisis comparativo, padece de un defecto idéntico al del modelo anterior: su elevado grado de generalización y de abstracción, que tiende a menoscabar el carácter específico de los casos estudiados. Identificar desde este punto de vista lógicas de posicionamiento de peso, comunes al conjunto de los sistemas de partidos estudiados, constituye un verdadero desafío ante las trayectorias históricas nacionales por estudiar.

Este análisis endógeno de los sistemas de partidos nos parece sin embargo extremadamente útil, sobre todo si se trata de asociar los dos esquemas precitados y de elaborar hipótesis relativas al populismo contemporáneo que combinen las dos series de variables. Puede considerarse que el desplazamiento del eje de la estructuración de los sistemas de partidos, ligado a las transformaciones socioeconómicas recientes, ha conducido a una relativa marginación de ciertos grupos sociales. Los pequeños artesanos o comerciantes se ven cada vez más afectados por la evolución de los circuitos de distribución, contra la que no pueden luchar y a la que tampoco pueden adaptarse. Como lo muestra una serie de análisis,[40] dichos estratos socioeconómicos figuran entre los apoyos más tempranos y duraderos de las organizaciones clasificadas como populistas. Se podrían cruzar los dos conjuntos de factores para proponer la idea de

que la marginación de estratos sociales, producto de una evolución socioeconómica reciente, ha permitido la renovación de partidos populistas, cuya "función" es precisamente conservar en el interior (o al margen) del sistema de partidos a individuos o grupos que tienden a adoptar una actitud pasiva (de ahí el aumento del abstencionismo) o, al contrario, una actitud de impugnación que puede ir hasta la expresión violenta de un descontento contra el conjunto del sistema social y político. De alguna manera la movilización de este electorado, que se encuentra más o menos excluido social y políticamente (tanto de la clase obrera como de ciertas fracciones de la clase media, incluso de la pequeña burguesía), sería resultado de la reconstitución de una oferta política adaptada a una nueva demanda generada por el desplazamiento del eje de estructuración social de los sistemas de partidos. De ahí el interés por el empleo de dinámicas aisladas de Albert O. Hirschman, en relación con las características de la acción colectiva. Colocándose al margen de los sistemas de partidos, a la vez legalistas y contestatarios, los partidos populistas se caracterizan por modos de movilización, por reivindicaciones y por formas de organizarse que provienen tanto de una participación política clásica (participación en los diferentes comicios, reafirmación constante de un pensamiento político democrático, entre otros) como de una impugnación generalizada del sistema o, más precisamente, de los actores identificados como dominantes en su seno.

Esta hipótesis relativa al populismo en los sistemas de partidos europeos, que a su vez adopta hipótesis generales del populismo como fenómeno híbrido, característica de ciertas tensiones propias de los sistemas democráticos, parece verdadera en determinados casos. La originalidad del FN ha consistido siempre en mantener cierta ambigüedad en sus posiciones, sus objetivos y sus métodos. A veces legalista en exceso, denunciando a

las élites por la corrupción del sistema político francés, el FN también ha "jugado" frecuentemente en los planos alternativos, sin excluir la acción violenta. La existencia de estructuras paramilitares, de organizaciones juveniles o, más aún, la ambivalencia que siempre ha rodeado sus relaciones con grupúsculos violentos, principalmente los *skinheads* que reivindican una herencia nazi, es muestra de su posición híbrida en el campo político. Ni partido de gobierno ni partido antidemocrático, el FN se apoya en individuos y grupos marginados o más frecuentemente en proceso de marginación, mientras que anteriormente podía encarnar los valores y los principios de la sociedad en vías de desaparición. Además es posible ver en la crisis reciente del FN, que ha precipitado su escisión en dos movimientos opositores, el efecto de una crisis de liderazgo íntimamente ligada a las opciones estratégicas para sacar al partido de los márgenes del sistema y hacer así desaparecer algunas de las ambigüedades que pesan sobre su desarrollo.

Esta hibridación de las organizaciones populistas está también muy difundida en otros países. En Austria, por ejemplo, los motores de la movilización del electorado, las tomas de posición y los modos de organización del FPÖ se fundan en dinámicas del mismo tipo. Deseando mostrarse como una posible fuerza de gobierno, por medio de su líder Jörg Haider el FPÖ reivindica también cierta filiación con el régimen hitleriano. En Italia los mismos procesos determinan la evolución de la postura de la Liga del Norte. Participando regularmente en las elecciones locales y nacionales, al grado de haber servido de fuerza de apoyo en la coalición conservadora dirigida por Silvio Berlusconi, el movimiento dirigido por Bossi no descarta (al menos en los discursos) la posibilidad de una secesión, incluyendo los medios violentos.[41]

El populismo contemporáneo recuperaría así de cierta forma algunas funciones clásicas en el seno de los sistemas de partidos. Es esencialmente el caso de la función tribunicia, que en los años sesenta Georges Lavau desarrolló en relación con el PC.[42] Según él, el PC de la época tendía a desempeñar, dentro del sistema francés de partidos, un papel que apuntaba a "organizar y defender categorías sociales plebeyas (es decir, excluidas o que se sentían excluidas de los procesos de participación del sistema político, así como de los beneficios del sistema económico y del sistema cultural) para transmitirles un sentimiento de fuerza y de confianza [...] El programa político propuesto y la acción política realizada significaban para estos plebeyos que su cólera estaría oficialmente representada por portavoces que los agrupaban y hablaban su idioma, pero bajo una forma política articulada".[43]

Como el PC francés en esa época, los partidos populistas se desempeñan en un registro particular, defendiendo los intereses de ciertas fracciones del pueblo que se sienten amenazadas. Cuando se percibe al pueblo en su acepción socioeconómica, las capas sociales amenazadas por la evolución reciente forman "el ejército de reserva" electoral y el fundamento de ciertas reivindicaciones. La percepción del pueblo-nación determina discursos, posturas y organizaciones que valoran la dimensión de la identidad, ya sea basada efectivamente en una atadura nacional, como en el caso del FN, o en una regional, como en el de la Liga o el VB. Estas dos acepciones del término pueblo, convertido en movilizable por la evolución de las divisiones sociopolíticas, se articulan definitivamente con la tercera acepción, característica de las lógicas de funcionamiento endógenas de los sistemas de partido, donde el populismo consiste en la promoción del pueblo soberano, y se convierte en el recordatorio de los

fundamentos de la legitimidad democrática contra las perversiones y traiciones de las élites en el poder.

Aun cuando nos parezca que esta hipótesis aclara de manera satisfactoria las características del populismo contemporáneo en los sistemas de partidos europeos, sigue siendo complicada. En primer lugar, carece todavía de fundamento empírico, principalmente en lo que se refiere a la transformación de las fracturas sociopolíticas, evolución que, como se vio anteriormente, continúa siendo difícil de analizar. Además es aún demasiado general y abstracta, y tiende a dar poca importancia o a ignorar ciertas características específicas nacionales. Falta indagar de manera más concreta el peso de la historia para intentar explicar cómo aparecieron los movimientos populistas y analizar sus modos de estructura ción y las lógicas de su arraigo en los sistemas de partidos. Lo que sorprende a este respecto, en el caso de Francia por ejemplo, es la persistencia de una tradición política de extrema derecha a lo largo del siglo, con la excepción notable de los primeros años de la IV República. Volviendo a ciertas categorías de análisis propuestas por historiadores como Henry Rousso,[44] se podría entonces considerar que la emergencia o la reactivación de ciertos movimientos de extrema derecha podría ser el fruto de algunos "reflujos de la memoria", la marca de una huella siempre viva de líneas de fractura y de tradiciones políticas propias de Francia.

Finalmente sería necesario insistir más en la incidencia de la construcción europea sobre las tensiones que alimenta en relación con el "pueblo" en sus diferentes acepciones. Al impugnar el predominio de las comunidades políticas nacionales en el diseño de las políticas públicas, la construcción europea entremezcla las señales de identidad tradicionales sin constituir una verdadera alternativa. Además ha sido vista frecuentemente co-

mo uno de los vectores de transmisión o de adaptación a las nuevas lógicas socioeconómicas, que refuerza quizás las nuevas líneas de fractura. Estos diferentes factores están ligados también al problema clásico del "déficit democrático" europeo; los actores comunitarios actúan en su mayor parte sin la legitimidad propia de los regímenes democráticos, fundamentados en la legitimidad popular. Son muchos los elementos que dificultan aún la superación del "complejo de Cenicienta" del cual nos habla sir Isaiah Berlin.

Notas al pie

[1] Este artículo fue objeto de una presentación conjunta por parte del autor y de Yves Mény, durante el Congreso de la Asociación Francesa de Ciencia Política de Rennes (del 28 de septiembre al primero de octubre de 1999), en la mesa redonda número 5, "Le national-populisme en Europe", cuyo coordinador fue Pascal Perrineau. Agradezco a Jean-François Prud'homme sus observaciones a la primera version del mismo.

[2] La reseña de la conferencia "To Define Populism" figura en *Government and Opposition*, vol. 3, núm. 2, primavera de 1968, pp. 137-179.

[3] Citado en Margaret Canovan (1981, p. 7).

[4] Margaret Canovan (1981, 1982).

[5] Pierre-André Taguieff (1997).

[6] Hans-Georg Betz (1994); Paul A. Taggart (1996).

[7] Discurso de Jean-Marie Le Pen, fiesta de los "Bleu-Blanc-Rouge", 29 de septiembre de 1996, sitio internet del FN, www.front-nat.fr.

[8]Jean Leca (1996, pp. 226-227). Subrayado del autor.

[9] El empleo del término parece frecuentemente mucho más neutro, y a veces incluso relevante, en el contexto americano. Margaret Canovan (1981) y Michael Kazin (1995).

[10] Yves Mény e Yves Surel (2000).

[11] Estas dos aproximaciones se presentan en un artículo de Margaret Canovan (1982). En un artículo reciente, Margaret Canovan parece inclinarse ahora por una aproximación intermedia bastante cercana a la nuestra: Margaret Canovan (1999).

[12] En particular Peter Mair (1993) y aun Hans Peter Kriesi (1998).

[13] Seymour Martin Lipset y Stein Rokkan (1967).

[14] Stefano Bartolini y Peter Mair (1990).

[15] Seymour Martin Lipset y Stein Rokkan (1967).

[16] Véase principalmente los trabajos de Bartolini y de Mair, que establecen la notable permanencia del electorado de los principales partidos europeos a lo largo del siglo XX; Stefano Bartolini y Peter Mair (1990).

[17] Pascal Perrineau (1998).

[18] Nonna Mayer (1999).

[19] Wolfang Müller (2000).

[20] Ronald Inglehart (1997). Véase el análisis de Étienne Schweisguth (1997).

[21] Principalmente Russell J. Dalton y Manfred Kuechler (1990).

[22] Piero Ignazi (1992).

[23] Herbert Kitschelt y Anthony J. McGann (1995).

[24] Herbert Kitschelt (1997).

[25] Roger Eatwell (1992); Cas Mudde (1996).

[26] Hans-Georg Betz (1994).

[27] Principalmente J. Andersen (1992).

[28] Discurso de Jean-Marie Le Pen, 1º de mayo de 1997, disponible en el sitio internet del FN.

[29] Herbert Kitschelt (1997).

[30] Pierre Gentile y Hans Peter Kriesi (1998).

[31] Giovanni Sartori (1976).

[32] Albert O. Hirschman (1995a).

[33] Niklas Luhmann y Stephen Holmes (1982).

[34] Andreas Schedler (1996).

[35] Andreas Schedler (1996); también Thomas Poguntke (1996) y Piero Ignazi (1996).

[36] Guy Birenbaum (1992).

[37] Entrevista de Jörg Haider, *Profil*, núm. 32, 6 de agosto de 1990, citado en Patrick Hassenteufel (1990). En este caso el rojo es el color de los socialistas, el negro el de los demócrata-cristianos, los dos principales partidos que se repartieron el poder desde 1950.

[38] Umberto Bossi (1995, p. 206).

[39] Bruno Mégret (1997; capítulo 3).

[40] Véanse principalmente los estudios de Pascal Perrineau y Nonna Mayer sobre el electorado del FN.

[41] Aun si esta hipótesis de hibridación se aplica principalmente a los partidos de extrema derecha, recordaremos que podría muy bien ser utilizada para otros movi-

mientos u otros actores políticos recientes. La efímera carrera política de Bernard Tapie en Francia puede ser analizada bajo este aspecto, como también los primeros años de existencia de Forza Italia. Otros autores ya han sugerido que tal análisis, o al menos algunos de sus elementos, podía explicar la emergencia y la evolución de los partidos ecologistas en los diversos sistemas de partidos europeos.

[42] Georges Lavau (1981).

[43] Georges Lavau (1969).

[44] Henry Rousso (1990).

EL POPULISMO DE LOS MODERNOS Y SUS FUENTES ESCANDINAVAS

Christian Popescu
Instituto de Estudios Políticos de París

Al proponer una tipología del populismo, Guy Hermet desprende tres diferencias necesarias. En primer lugar populismo de izquierda frente a populismo de derecha; después populismo de los antiguos contra populismo de los modernos; y finalmente el populismo de ruptura -que desea desestabilizar al sistema político en función-, el populismo instrumental -que asegura una mejor posición en el seno del sistema- y el populismo de contribución- que parece salvaguardar el sistema adoptando, según su necesidad, las recetas de los adversarios.[1] Lejos de excluirse entre sí estas líneas de partición construyen conjuntamente una red de lectura del fenómeno que nos ocupa.

De modo que los nuevos movimientos populistas europeos serían esencial pero no exclusivamente populismos de derecha, modernos, de ruptura. Tal es el caso de las formaciones populistas escandinavas que analizaremos de una manera específica: los dos Partidos del Progreso, el danés FP-D (Fremskridtpartiet) y el noruego FP-N (*Fremskrittspartiet*); la Nueva Democracia sueca (NYD-Ny Demokrati), y el Partido Danés del Pueblo (D-Dansk Folkeparti). Esta observación nos conduce a formular nuestra hipótesis de trabajo: el estudio de las formaciones populistas

escandinavas posee un valor heurístico para un análisis de conjunto de los nuevos movimientos populistas europeos. Nuestra hipótesis se fundamenta en las tres siguientes hipótesis auxiliares que se verificarán una por una. ¿Es el éxito del populismo moderno igual a una mutación de la realidad y del imaginario socio-político en Europa Occidental? ¿Puede analizarse su mensaje en varios niveles? Finalmente, ¿comprende su trayectoria histórica dos grandes momentos teóricos? A lo largo de este itinerario pondremos de relieve al mismo tiempo la especificidad de las formaciones populistas escandinavas y su representatividad respecto a los nuevos movimientos populistas europeos.[2]

El recurso del método comparativo nos es doblemente indispensable. En primer lugar será necesario construir un objeto coherente con la etiqueta común de "formaciones populistas escandinavas", separando tanto los rasgos compartidos como las particularidades de las cuatro formaciones observadas. En segundo lugar será preciso confrontar el objeto específico así construido (las formaciones populistas escandinavas) con el objeto genérico que debe conservarse presente en el espíritu (los nuevos movimientos populistas europeos); esto por supuesto con el fin de resaltar el valor ejemplar que el primero puede tener para el segundo. También debe notarse que nuestro objeto específico responde a tres exigencias del "método de los contrastes dramáticos":[3] el contraste entre los populismos escandinavos no es grande y relaciona sociedades culturalmente cercanas, lo que permite una aproximación puntual; además el número de uni dades de observación es suficiente para hacer surgir las variables explicativas que rinden cuentas de las diferencias presentes entre ellas; y finalmente el contraste conduce

a un objeto político preciso, generando la posibilidad de profundizar bastante en la explicación.

Para terminar estas consideraciones preliminares, subrayemos nuevamente el valor ejemplar del caso escandinavo. Si las sociedades escandinavas se colocan entre las democracias europeas más estables desde el punto de vista político, y las más desarrolladas desde el punto de vista social, esto no les ha ahorrado el brote populista; por el contrario algunas de las mayores victorias obtenidas por el populismo moderno han tenido lugar en Escandinavia, es más, sus primeras victorias. De este modo la postura del caso escandinavo es doble: por un lado el populismo en Europa fue reactivado por los escandinavos a principios de los años setenta y, por el otro, el populismo escandinavo ilustra de una manera ejemplar las dos grandes variedades del populismo moderno y el tránsito de una a otra.

LAS MUTACIONES DE LA SOCIEDAD ESCANDINAVA

Primera pregunta: ¿la emergencia y el éxito del populismo moderno se explican con respecto a una mutación de la realidad y del imaginario sociopolítico en Europa Occidental? La trayectoria histórica de las democracias europeas después de la Segunda Guerra Mundial (y los países escandinavos serán excelentes ejemplos de este proceso) puede dividirse en dos grandes periodos. Hasta el fin de años sesenta, dichos países se caracterizaron por el crecimiento económico, por el progreso social y por la estabilidad política. La oleada de protesta de fines de los años sesenta, que minó los cimientos de la estabilidad social, así como las crisis del petróleo de los años setenta, que pusieron fin a un largo periodo de crecimiento económico ininterrumpido, tuvieron desde entonces y en contraste implicaciones políticas considerables. Es en este momento, a principios

de los años setenta, cuando aparecen los primeros representantes de una nueva generación de movimientos políticos, los Partidos del Progreso (danés y noruego), en las tierras de elección del Estado providencia, precisamente ahí donde su expansión cada vez más fuerte hizo visible una crisis de crecimiento cada vez más aguda.

En los años ochenta la decadencia de las grandes ideologías de la modernidad, el deterioro del medio ambiente y la explosión demográfica en los países del Tercer Mundo contribuyeron a reforzar dichas tendencias desestabilizadoras. Es el periodo de las protestas masivas, de la fragmentación política y la volatilidad electoral, de la desilusión y la profunda desconfianza hacia las principales instituciones sociales y políticas. Y, en los años noventa, la mutación de la realidad y del imaginario social se vuelve cada vez más rápida. Esta mutación interviene en cuatro ejes: a) el tránsito de la sociedad industrial a una sociedad posindustrial, con una aceleración general de la modernización económica, social y cultural, teniendo como consecuencia la emergencia de una "sociedad de dos velocidades", donde los desposeídos y los desfavorecidos son ampliamente sacrificados; b) la severidad de la crisis económica, la recesión persistente y el desempleo masivo que provocan una profunda insatisfacción por parte de la población hacia los gobernantes; c) el advenimiento de una economía global que genera la creciente incapacidad de los gobiernos nacionales para controlar la economía en un ambiente internacional cuya imprevisión es también creciente; d) finalmente la inmigración, con la multitud de "peijuicios" que supuestamente acarrea, haciendo de los recién llegados "los objetos preeminentes de la política del resentimiento durante los años ochenta y de la política de la oscuridad durante los años noventa".[4]

Se entra así en una época de rápido y profundo cambio tanto en el plano interno como en el internacional, en una época de "confusión". La inercia de las instituciones y su incapacidad para manejar la crisis, para salvaguardar un sistema socioeconómico que había garantizado la seguridad y la prosperidad generales adaptándolo a un mundo en mutación, producen un malestar general en su contra. Es así como el populismo moderno, vector de la doble revuelta de los "medianos" contra los "pequeños" y de los "autóctonos" contra los "extranjeros", acompaña tácitamente, como un buitre que vigila a su presa, la evolución y la crisis de las democracias escandinavas durante el último cuarto de siglo.

Sin temor a sobrecargar la demostración, diremos que dicha crisis se detecta en cuatro niveles: el de los gobernados, el de los gobernantes, el intermedio y el supranacional. En el primero se nota un incremento significativo del nivel educativo, de información, de competencia y de interés por la política por parte del ciudadano medio, lo que le permite sustituir con su propio análisis político el de los partidos. Más individualista y móvil, prefiere dar su voto en asuntos puntuales; más activo a partir de los años sesenta, hasta el punto de sugerir la idea de una "explosión de la participación", favorece las "maneras no convencionales" de participación. Pero este modelo de análisis se revela incapaz de explicar por qué la clientela de las formaciones populistas se volvió progresivamente cada vez menos educada y por qué su voto no siempre es sólo un voto de protesta sino también un voto de convicción. Otro modelo, por el contrario, apela a las dificultades objetivas y subjetivas a las que la población se enfrenta: la incorregible recesión, el creciente desempleo, el déficit presupuestario, la pobreza en expansión y los "flujos migratorios", que revisten en el imaginario social cuatro amenazas mayores (la criminalidad, el desempleo, el

agotamiento del Estado providencia y la subversión de la identidad nacional y cultural). La crisis del Estado providencia y el incremento de la inmigración en un segundo momentó proporcionaron sus dos principales blancos a las formaciones populistas escandinavas. A fin de cuentas dichas dificultades conducen a la revuelta de los "medianos" contra los "pequeños" y al derrocamiento de la lógica de la "solidaridad" con favor de la de la "reciprocidad".[5]

En el segundo nivel del análisis (el nivel de los gobernantes) tropezamos con su manifiesta incapacidad para resolver los problemas económicos, sociales y financieros existentes, incrementada por una falta de transparencia, que se corresponde con una tendencia similar por parte de los gobernados: es así como un gobierno que se vuelve más "técnico", que dirige asuntos políticos más imbricados y complejos, se encuentra confrontado a una población cada vez más fragmentada, heterogénea, volátil e imprevisible.

El tercer nivel engloba dos componentes principales: los partidos políticos y los grupos de interés. A las faltas de los partidos en funciones (la asignación de los recursos para la preparación de las campañas electorales en peijuicio de la actividad de investigación y de formulación de las políticas públicas, la insuficiente circulación de las élites, la dificultad de los líderes para mantener su popularidad personal y las divisiones internas) se agrega la competencia desde el exterior, que cada vez es más rigurosa. Dicha competencia proviene, por un lado, de los grupos de interés que se desprendieron de su antigua tutela y que empezaron a reemplazar a los partidos como intermediarios entre los gobernados y los gobernantes, al mismo tiempo, en los aspectos de la movilización, de la representación y de la legitimación. Al respecto pueden citarse los elocuentes ejem-

plos de Noruega (donde las negociaciones anuales sobre la política económica entre el gobierno, el empresariado, los sindicatos y las representaciones de los agricultores, de los pequeños propietarios y de los pescadores superan en importancia a las elecciones legislativas) y de Suecia (cuyo intento de aplicar el modelo británico consensual de consulta y de negociación con todos los grupos interesados generó la "cacofonía" y la "esclerosis institucional"). Por el otro lado, la competencia proviene de los nuevos partidos, generalmente "monotemáticos", que, en un medio socioeconómico y sociocultural marcado por rápidas mutaciones, monopolizan un asunto puntual urgente abandonado por los otros partidos y encuentran así un "nicho en el nuevo espacio de la política posindustrial".[6]

Las dificultades identificables con el cuarto nivel (el supranational) se relacionan con la transferencia progresiva de las competencias hacia las estructuras europeas y a la técnica y con la falta de transparencia de las decisiones de la Comisión, con los casos de corrupción, con las diferencias que aparecen entre las decisiones comunitarias y los intereses de la población, con el débil contrapeso que llega a ejercer el Parlamento Europeo y, como consecuencia, a su percepción como partido constitutivo de dicha superestructura "alienada", distante de las esperanzas y de las aspiraciones de aquellos a los que debería servir. Además puede identificarse un nivel de relaciones entre gobernantes y gobernados donde el fenómeno dominante es el tránsito del "recelo" a la "desconfianza".[7] La pérdida de legitimidad de la "fórmula política" democrática[8] en operación se relaciona con causas estructurales, tales como la reacia diferencia entre los gobernantes y los gobernados y el latente recelo del que han sido siempre objeto los políticos profesionales. Obedece también a causas coyunturales, como las "transacciones colusivas" entre

las élites[9] y la omnipotencia del Estado providencia, que despierta más temor que gratitud. Estos factores estructurales y coyunturales se entrelazan para provocar la "*crisis de la legitimidad política* que afecta al conjunto del sistema de representación", que es "la condición de emergencia de una movilización populista".[10]

En el ámbito de las relaciones entre los partidos y los gobernantes, debido al elevado nivel de su imbricación y la intensidad de sus "transacciones colusivas", la crisis de las relaciones entre los gobernados y los gobernantes desemboca en una crisis de las relaciones entre los primeros y los partidos políticos en operación, acusados de haber traicionado su papel de mediador y haberse unido a los gobernantes. Después la "corrupción personal" y la "corrupción política", calificaciones otorgadas a los representantes de los partidos (es el caso ejemplar del "corporativismo" sueco, con su estrecha cooperación entre los partidos, el empresariado y los sindicatos), contribuyen a disminuir la identificación de los electores con los partidos, al abstencionismo, a la "volatilidad" de las preferencias de los electores (por ejemplo en Dinamarca en 1973 y 1977, en Noruega en 1973, 1977, 1987 y 1997, en Suecia en 1991 y 1998), a la apatía política más allá de las elecciones, a la disminución general de los efectivos de los partidos y, de una manera general, a la disminución de la confianza depositada en estos últimos y en la clase política. Contribuyen también a la erosión de la base de clase tradicional. ¡En las elecciones legislativas danesas de 1987 el Partido Socialdemócrata (PSD) no obtuvo más que 38% de los votos de los trabajadores, y en las elecciones legislativas suecas de 1991 los votos de los trabajadores representaron 52% del total de los recibidos por el PSD, frente al 74% que obtuvo en 1956!

También conviene abordar los tres planos de las relaciones que el nivel supranacional mantiene con los goberna dos, los gobernantes y los partidos políticos. En relación con el primer plano debe observarse la aprensión por los atentados a la soberanía nacional (un tema que todas las formaciones populistas escandinavas, con la notable excepción de la NYD, no han dejado de explotar…), la denuncia del "déficit democrático" de las instituciones de la Unión Europea (UE), la amenaza que representa para algunos sectores económicos la competencia internacional como resultado de la apertura de los mercados, la débil y decreciente participación popular en las elecciones europeas y la ausencia de una conciencia europea en los estados miembros de la UE. En el segundo plano debe ponerse de relieve la sanción internacional que pesa sobre las decisiones de los gobiernos nacionales, la desregulación y la reducción del gasto público impuestas a los gobernantes en peijuicio de las demandas de la población. Este elemento parece confinar la soberanía nacional y la soberanía popular en el registro del mito, en un contexto de pérdida de espíritu comunitario entre las élites nacionales. Finalmente en el tercer plano debe considerarse el impacto de la "primera experiencia exitosa de la democracia transnacional en el mundo",[11] realizada a través de las elecciones directas para el Parlamento Europeo. Pero el sistema de partidos europeos permanece "sesgado": no se dirige realmente a un electorado continental y subordina los asuntos europeos al feudo de las políticas nacionales. El único medio de protesta en las elecciones europeas sigue siendo el voto para los partidos de extrema derecha o populistas, que son generalmente hostiles a la Unión.

El populismo registra sus éxitos en los periodos de crisis. Si en el presente la realidad de la crisis no plantea ninguna duda,

con las “fantásticas mutaciones del imaginario político y cultural”[12] del que es portadora, sigue, sin embargo, correspondiendo a cada uno el establecer quiénes son sus amigos, quiénes son sus enemigos y lo que queda por hacer. El discurso populista se encarga de elucidar todos estos puntos, colocándose en el espacio existente entre la realidad y la representación, tratando de presentar la realidad como una representación y la representación como una realidad -modificándolas con el mismo tiro. Hay que admitir que, si los populistas no son “artífices” del “desconcierto actual de la democracia”, quedan todavía los “aprovechados”.[13]

EL MENSAJE POPULISTA

Considerar el mensaje populista obliga a distinguir por un lado a su emisor (las formaciones populistas y su jefe), por el otro a su receptor (su blanco y su clientela), en tercer lugar su propagación (su contenido y su forma) y finalmente sus efectos (electorales y políticos). En lo que se refiere al primer punto, tropezamos enseguida con una paradoja. Al culto del pueblo, en el plano del discurso, se empareja un “devastador culto al jefe” y un “recelo casi ostensible del pueblo real” en el plano de la realidad. La estructura de organización de las formaciones populistas, más autoritaria y menos institucional que la de los otros partidos, se funda en la integración vertical de las masas bajo una dirección carismàtica. El discurso del partido hace frecuentemente un *one-man-show*, como fue el caso del FP-D bajo la dirección de Mogens Glistrup. Las formaciones populistas nacen gracias a su líder y generalmente continúan viviendo gracias a él. Como los ejemplos escandinavos lo muestran elocuentemente, privados de su líder carismàtico tienden a desorganizarse e incluso a disgregarse. Es el caso del FP-D después del

encarcelamiento de Mogens Glistrup, del FP-N después de la muerte de Anders Lange y de la NyD después de la renuncia de Ian Wachtmeister.

El carisma del líder es personal o "situacional".[14] Éste pretende parecerse al pueblo y se presenta como un *outsider,* un extraño para la clase política. En lo que se refiere a los fundadores de las formaciones populistas escandinavas, Mogens Glistrup era abogado, Anders Lange era editor de revistas y propietario de un criadero de perros, Ian Wachtmeister era empresario y escritor, mientras que Bert Karlsson era director de una célebre casa de discos. Pero si son "líderes instantáneos", es decir figuras políticas casi desconocidas el día anterior a su ascenso, ya eran sin embargo personalidades de los medios. Su proeza consiste muy frecuentemente en transferir su celebridad hacia el dominio político. Además el líder no se coloca únicamente fuera de la clase política, sino que se coloca también contra ella: es un demagogo que manipula los resentimientos del pueblo que él pretende encarnar.

En lo que se refiere al blanco del discurso populista, su carácter cambiante proviene en primer lugar de la ambigüedad territorial de la noción de "pueblo", *demos / populus:* el pueblo al que los populistas apelan será un "pueblo-nación" pero también un "pueblo-plebe",[15] el conjunto de "pueblo auténtico". El discurso populista pone en juego al mismo tiempo los orígenes de la unidad mítica del pueblo y de su dualidad práctica (los no élite se levantan contra las élites). Lo más interesante es que si el populismo sigue en general una estrategia "atrapalotodo" *(catch-all),* no se dirige en realidad más que a un público más o menos entendedor pero que es siempre parte del blanco. El populismo cultiva verdaderamente en el seno de la opinión pública un potencial de protesta, incluso si éste alcanza cada vez más

grupos cambiantes. Pero es necesario insistir más aún en el uso de un "populismo a la carta", que escoge cultivar principalmente grupos restringidos, "pueblos" cuya participación crucial para el acceso al poder compensa la debilidad estadística.[16]

En cuanto a la clientela de las formaciones populistas (modernas, de derecha, de ruptura) ésta proviene sobre todo de miembros de las clases medias *tradicionales*, amenazadas por la movilidad social descendente, y de los habitantes de los barrios de alto riesgo. De una manera más específica, en primer lugar son más los hombres que las mujeres (el ejemplo de la NYD es revelador: 62% de electores varones en 1991). Después son más los jóvenes que la gente de edad -es el caso por excelencia de la NYD y del FP-N. A pesar de la excepción de los años ochenta y noventa (durante su brote xenófobo), la FP-D se inscribe generalmente dentro de la misma tendencia. También son más los empleados del sector privado que los del sector público (con excepción de la policía y el ejército) y más la gente con una educación primaria o media que los estudiantes universitarios (y aquí se debe notar la "proletarización presionada" de la clientela de los partidos populistas a lo largo de los años ochenta y noventa). Finalmente debe observarse también la heterogeneidad constante, así como las variaciones incesantes de dicha clientela, y concluir que la práctica de un "populismo de todas direcciones"[17] es en verdad incompatible con el objetivo populista de conquista y después conservación de la fidelidad de una clientela estable más allá de las elecciones.

Hay tres rasgos sobresalientes de la clientela de los partidos populistas que quisiéramos poner de relieve. En primer lugar puede observarse su *cinismo*,[18] tomando como ejemplo electores del FP-D que en 1973 pensaban que el gobierno danés permitía el acceso a los servicios del Estado providencia a una mu-

chedumbre que no tenía realmente necesidad de ello, lo que gravaba de manera suplementaria una economía en dificultades. También puede notarse su *autoritarismo* (difundido sobre todo entre los electores que pertenecían a las clases inferiores, abiertamente hostiles a los inmigrantes y muy preocupados por el reestablecimiento del orden y de la ley) y su *antinomismo* (los electores del FP-N y de la NyD, por ejemplo, muestran una tolerancia superior al promedio en relación con el aborto, la pornografía y el consumo de alcohol).

El contenido del mensaje populista participa por su lado en tres registros, el de la axiología, el de lo polémico y el de lo instrumental. Viene en primer lugar lo que el populismo *defiende:* el "tesoro de autenticidad" del pueblo, la herencia nacional, "el ideal democrático", el gobierno para y por el pueblo, la realización individual, el orden y la ley. Viene después lo que el populismo *denuncia* en su lógica maniquea: las élites políticas y frecuentemente intelectuales, "extrañas al espíritu del pueblo" y que trabajan para su esclavitud; el "complot" de las fuerzas supranacionales (sobre todo la UE), con las cuales las élites han pactado; la inmigración indeseable; el Estado invasor, tecnócrata; "la seudodemocracia de los partidos". Finalmente lo que *propone:* recetas "milagrosas", "soluciones a la vez excesivas con respecto a los recursos del sistema político y simplistas con respecto a sus coacciones".[19] El populismo se esfuerza en dar a su discurso una apariencia que no sea ideológica sino pragmática y que es en realidad puramente emocional. El "mecanismo en espejo" que Guy Hermet describe muestra cómo el populismo "se limita a repercutir, independientemente de lo real, el prejuicio que su público tiene de la realidad", seleccionando también en dicho prejuicio los elementos susceptibles de favorecer su interés coyuntural específico.[20]

En cuanto al registro axiológico puede citarse la alocución de Mogens Glistrup, futuro fundador del FP-D, en la televisión nacional danesa del 30 de enero de 1971; según su testimonio, "las personas que practican la evasión fiscal son verdaderos héroes, comparables a los que se enrolaron en la Resistencia contra la ocupación alemana durante la Segunda Guerra Mundial". Forman parte del registro polémico las denuncias de la "zona musulmana libre" en que amenaza transformarse Dinamarca (posición de un parlamentario del FP-D, 1990), de las "hordas de terroristas" musulmanes inmigrantes (posición de un representante del FP-D, 1987) y de los inmigrantes en general que se multiplican "como conejos" y "como ratas" (Pia Kjaersgaard, líder del FP-D, 1990, y otros representantes del mismo, 1979 y 1987). Forma parte de ese registro la solemne advertencia de Cari Hagen, líder del FP-N, basada en una carta apócrifa de un inmigrante musulmán: "en muy poco tiempo, Noruega se convertirá en un país islámico, la cruz desaparecerá del estandarte nacional y las mezquitas estarán tan diseminadas como antes las iglesias". Finalmente, en relación con el registro instrumental, no está de más recordar la solución a los problemas sociales que el FP-N proponía en 1997: la asignación íntegra de los beneficios provenientes de las exportaciones petroleras noruegas del Mar del Norte a favor de los pensionados y de los hospitales, sin ninguna preocupación por las inversiones estratégicas destinadas a garantizar el porvenir económico del país. Recordemos también dos propuestas oficiales del FP-D, de 1973, que tenían como objetivo aligerar el presupuesto nacional: la primera era subastar los territorios daneses de ultramar (Groenlandia y las islas Faroe); la segunda era reemplazar al ministro de la Defensa por una contestadora (telefónica) cuyo menssye (en ruso) sería el siguiente: "capitulamos". Que el FP-D y el FP-N hayan obtenido respectivamente en 1973 y 1997 sus mejores re-

sultados electorales (15.9 y 15.3%), sin comparación con los otros partidos populistas escandinavos, es parte de otra historia.

Tratándose de los medios empleados por los reformistas populares, debe notarse en primer lugar su pretensión de tener contacto directo con los electores y su rechazo a las mediaciones, juzgadas inútiles y nocivas. También debe notarse el lenguaje tan accesible de sus líderes (Mogens Glistrup, Anders Lange, Ian Wachtmeister…), el arma del humor a la que recurren con frecuencia y finalmente sus sentencias cortantes y exageradas, a veces memorables, siempre maniqueas. Notemos también los temas "generalmente humanos" que les gusta abordar en sus discursos: para Mogens Glistrup su pasión por el mazapán y su piscina privada, para Anders Lange el precio del café que se puede tomar en la cafetería del Parlamento noruego, así como toda una serie de experiencias personales. Después vienen los modos convencionales de persuasión partidista (las intervenciones en los medios, las manifestaciones, las marchas, los carteles, los periódicos, los *gadgets*, los eslóganes), que las formaciones populistas modifican frecuentemente de una manera no convencional. Tal fue el caso de la "estrategia de mercado tan elaborada" de la NyD durante la campaña electoral de 1991 (comprendía la grabación de su programa político en contestadoras telefónicas, la distribución de boletos de estacionamiento falsos y el eslogan oficial "¡Vivamos más y felices!"). Tal fue también el caso de la espada con la que Anders Lange, líder del futuro FP-N, colgada del cinturón, se presentó en 1973 en un debate transmitido por la televisión nacional noruega. A veces dichos artificios no convencionales esconden la debilidad organizativa del partido que acaba de nacer: es el caso de la NyD en 1991 o del FP-N en 1973, cuyo programa legislativo, en países de grandes programas, tenía una sola página y se limitaba a

enunciar las diez cosas que el partido detestaba y las diez cosas que el partido pedía.

En cuanto a los efectos de su trabajo de persuasión, las formaciones populistas llegan a obtener buenos resultados electorales y a ocupar posiciones muy honorables en la jerarquía de los partidos. Es sobre todo el caso del FP-D, clasificado en segundo lugar al final de las elecciones legislativas danesas de 1997. Incluso si los partidos populistas no llegan al poder, esto no les impide, salvo raras excepciones (Italia a Austria), desempeñar un decisivo papel de contrapeso y equilibrio entre la izquierda y la derecha cuando no hay mayoría parlamentaria estable, papel que las formaciones populistas escandinavas fueron llamadas a representar en diversas ocasiones.

Paralelamente, en relación con las consecuencias políticas del populismo, parece notable observar que, elevándose sobre una oleada de protestas, logra reducirla y hacer que lo lleve, dentro del propio juego partidista, a los electores que desilusionados por el sistema de partidos se habían refugiado en la apatía política. El FP-N, por ejemplo, desempeñó muy bien su papel, legitimando nuevamente a los ojos de sus electores y reforzando incluso los procesos de la democracia.[21] Silvia Kobi y Ioannis Papadopoulos distinguieron de esta manera la "función manifiesta" del populismo, la de "protesta antisistema", de su "función latente", que es "contribuir a la longevidad del sistema en operación".[22] Desde esta perspectiva el populismo constituye una "válvula de seguridad" para la democracia, al alertar a las élites políticas sobre el importante problema social cuyo tratamiento habían desatendido, y darles una oportunidad de actuar antes de que la desconfianza se haga oír y se transforme en recelo hacia el régimen en su conjunto. Por su lado las formaciones populistas, en el momento en que consideran la posibilidad

de participar en el gobierno, tienden a moderar sus discursos, como fue el caso del FP-D en 1993.

DOS MODELOS DE POPULISMO

Abordaremos ahora de una manera más directa las formaciones populistas escandinavas, en primer lugar con el fin de delimitar su emergencia desde el punto de vista de la evolución reciente de la sociedad escandinava. Después consideraremos sus dos grandes modelos[23] y el tránsito de uno al otro. Finalmente se destacarán sus nuevas tendencias.

Es posible hablar de "sociedad escandinava" en la medida en que las trayectorias históricas de los países considerados encierren más similitudes que diferencias. En los países escandinavos se constituye de manera similar el sistema de partidos, por una división inicial entre liberales, conservadores y socialdemócratas; por una división de los liberales, cuyo efecto es la emergencia de un partido liberal urbano y de otro rural, y finalmente por la constitución de un partido comunista. Pero no sólo son similares los partidos políticos, sino también las leyes electorales. Desde los años veinte Dinamarca, Noruega y Suecia poseen un sistema político muy estable; los tres países se caracterizan por una hegemonía indiscutible del PSD y, en consecuencia, por un desarrollo sin igual del Estado providencia. Lo más interesante es que, bajo la égida del PSD, la ideología consensual marcó progresos muy claros en los países escandinavos, al punto que cuando los de centro-derecha llegan al poder se encuentran atrapados en la lógica del sistema que, lejos de atacar al Estado providencia, lo refuerzan más de lo que lo hubieran hecho los mismos socialdemócratas.

El Estado providencia es el aval de una avalancha de ventajas sociales. Pero es también el autor de una doble perversión: una

perversión económica, en primer lugar, más visible; porque un Estado providencia en constante desarrollo se basa en impuestos cada vez más elevados y progresivos, lo que estimula la evasión fiscal y la participación en la actividad económica subterránea. El resultado es que los más ricos buscan el medio de escapar de los impuestos. Y la migración de sus capitales, que obstaculiza la reactivación de la competitividad económica nacional, contribuye a asfixiar al Estado providencia y a hacer necesarios impuestos todavía más elevados. Desde ese momento dichos impuestos constituyen a los ojos de los ricos un estímulo aún más fuerte que antes para la evasión fiscal. La lógica del Estado providencia revela ser viciosa.

Pero esta lógica se vuelve intolerable cuando se descubre que impuestos cada vez más elevados afectan no sólo a los ricos sino a todo el mundo. Y si los ricos encuentran numerosas posibilidades de escapar de ellos, los pequeños contribuyentes, en cambio, necesariamente deben pagar los suyos. Si es verdad que la lógica del modelo nórdico tiende a ayudar a los ciudadanos educados, informados y conscientes de sus derechos, hay que decir también que una consecuencia importante del desarrollo del Estado providencia es la transferencia de los recursos de los pobres hacia los más ricos y el aumento de la desigualdad social.[24] Esta doble perversión, económica y social, del Estado providencia ha constituido el blanco principal del discurso populista durante su primer periodo; ha inspirado su modelo neoliberal y ha creado su recurso electoral.

Si la percepción popular de una perversión del Estado providencia, que conduce a una cierta pérdida de legitimidad por parte del PSD y de su alternativa "burguesa", constituye la causa principal del "terremoto" danés y noruego de 1973 (formación y gran progreso de una serie de nuevos partidos, de los cuales

el FP-D y el FP-N representan el reverso de los partidos tradicionales), hay otros factores que también desempeñaron su papel. La primera crisis del petróleo provocó, en ese preciso momento, la disminución de los salarios y el crecimiento del déficit público, de la inflación, del desempleo (sobre todo del desempleo de los jóvenes) y, en consecuencia, el aumento considerable de usuarios de los servicios del Estado providencia. La oposición a la expansión del Estado providencia y al aumento continuo de los impuestos descontados de los ingresos se ve estimulada. En Dinamarca, el hecho de que su programa social sea el más generoso del mundo no constituyó a los ojos de los electores un argumento a favor de la burocracia del Estado providencia y de la clase política que lo había creado, sino que más bien resultó lo contrario. Por ejemplo en 1973, según los sondeos de opinión, 91% de los daneses pensaba que los políticos son demasiado generosos con el dinero de los contribuyentes, mientras que 78% pensaba que los mismos políticos no estaban realmente interesados en la opinión de los electores. Además otro factor de crisis intervino en los referendos sobre la adhesión a la UE, que concluyeron con un resultado favorable para Dinamarca, pero no para Noruega. En Noruega el referéndum comprometió al PSD, que había sostenido la adhesión, y provocó divisiones en el seno de los partidos políticos.

En 1973 los dos FP, al igual que la NYD 18 años más tarde, representan la respuesta más radical a la transformación de la sociedad escandinava en un momento en el que el individualismo y el productivismo se convierten en fuertes corrientes sociales. Los FP estarán entre los primeros partidos del mundo en haber adoptado un programa neoliberal, y los elementos de dicho programa fueron dominantes en sus discursos hasta fines de los años ochenta. Su blanco principal en este periodo fue el Estado providencia con su perversión económica y social. Si "el

esfuerzo productivo se vuelve inútil e incluso está penado por los impuestos progresivos" (como lo afirma el programa del FP-N de 1989) y si, siempre según el FP-N, son los pobres los que pagan en lugar de los ricos, debe decirse que el Estado providencia, en su forma exacerbada, no justifica su existencia. Vale más (ante los ojos de los populistas) reemplazarlo por un sistema socioeconómico dominado por los valores de la libertad, la iniciativa, la propiedad privada, la familia, el mercado, la competencia, la eficacia económica y gubernamental, el espíritu de empresa y de la selectividad. Las formaciones populistas escandinavas proponen una serie de medidas radicales para promover dichos valores y para desplazar al Estado providencia y a su burocracia, en la que ven las amenazas potenciales más serias contra los individuos y la democracia. En primer lugar la abolición del impuesto sobre la renta y su sustitución por un impuesto sobre el consumo (es la propuesta del FP-D y del FP-N; la NYD, por su lado, promete la reducción de los impuestos de 57 a 47% del PNB en cinco años). Enseguida la renuncia a los monopolios públicos, la privatización y la desregulación de la economía. También la suspensión de subsidios a las industriéis y a la agricultura, la supresión de los privilegios de los sindicatos, la disminución del gasto público, la reducción del número de funcionarios públicos y toda una serie de ajustes presupuestarios.

El discurso populista no registra éxitos en Suecia, donde el PSD se perpetúa en el poder hasta 1976, es decir, durante el periodo del crecimiento más acelerado del Estado providencia (lo que mantiene la legitimidad de su alternativa "burguesa"). Después, medidas económicas sagaces y una coyuntura internacional favorable ayudaron a reactivar la competitividad de la economía sueca y a desactivar un posible brote populista -hasta el "hundimiento" del Estado providencia a principios de los noventa. Así también en Dinamarca y en Noruega; la restauración

de la economía, asegurada gracias a las medidas gubernamentales anticrisis y al enderezamiento internacional en los años ochenta, lleva a una constante pérdida de ritmo en los FP. El término fijado al crecimiento indefinido del Estado providencia, aunado a la competencia acerba de los otros partidos "burgueses" en el plano de la retórica neoliberal, condujo a los FP a un cierto estancamiento. Mogens Glistrup, en la búsqueda de una temática renovada, juega la carta de la retórica antiinmigrante, que no hizo más que acelerar la caída electoral de su partido. El FP-D perdió de un solo golpe a la mayoría de sus electores más educados. Si antes de este momento el nivel de educación de su electorado era uno de los más elevados entre los partidos daneses, se convertiría en adelante en uno de los más bajos. El FP-D entró en un periodo sombrío, marcado por el encarcelamiento de Mogens Glistrup (por fraude fiscal al final del "proceso más largo de la historia danesa") y por sus divisiones internas que desembocarían en 1990 en la expulsión del grupo parlamentario y en 1991 en su exclusión del partido y la escisión que le siguió. EL FP-D repitió así, a mayor escala, la experiencia del FP-N, que a la muerte de Anders Lange había quedado desorganizado y profundamente dividido.

Hasta finales de los años ochenta, la larga serie de gobiernos daneses y noruegos habían logrado reactivar en buena medida el crecimiento económico y reestablecer la confianza de la población. Pero, en ese momento, un nuevo y mayor problema social vio la luz: la inmigración, que hizo progresos muy claros en el conjunto de los países de Europa Occidental. Los países escandinavos no fueron la excepción, lo que llevó a un fuerte brote xenófobo por parte de sus habitantes. Si la percepción de los perjuicios producidos por los inmigrantes era en gran parte exagerada, el "problema" de la inmigración no lo era menos, considerado por los ciudadanos de los países escandinavos y de

los otros países de Europa Occidental como uno de los problemas más importantes y de más urgente solución que se habían planteado a la clase política. El número y la presencia de los inmigrantes produjeron una oleada xenófoba. Porque si, en los años sesenta, los inmigrantes de origen europeo representaban aún la gran mayoría, en los años ochenta esta tendencia se invirtió claramente. Inmigrantes del Tercer Mundo y, después de la caída de los regímenes comunistas en sus países, inmigrantes de Europa del Este afloraron en gran cantidad. La población escandinava supuso entonces que los motivos políticos que invocaban en realidad eran económicos.

A partir de ese momento los inmigrantes ya no fueron considerados como constructores de la prosperidad económica, que ayudaban a poblaciones autóctonas que sufrían de una crónica falta de fuerza de trabajo, como era el caso en los años cincuenta y sesenta. Más bien fueron percibidos como parásitos que, debido a su cantidad, amenazaban con agotar los recursos del Estado providencia. En un giro paradójico el FP-D y el FP-N hicieron de la xenofobia inmigrante y del "chovinismo del Estado providencia" las principales bases de su discurso. La aguda crisis del Estado providencia en Suecia explica que la NYD haya podido adoptar siempre una retórica ampliamente neoliberal. Pero, en Dinamarca y en Noruega, las formaciones populistas manifestaron sus posiciones violentas contra los inmigrantes, sobre todo musulmanes, que a los ojos del público habían reemplazado al comunismo como la principal amenaza de Europa Occidental; manifestaron asimismo sus propuestas a favor de una legislación y de prácticas contra los inmigrantes y la integración.

Esta retórica, que dio el éxito al FP-D en 1988 y al FP-N en 1989, y que contribuyó al de la NYD en 1991, fue teniendo paulatina-

mente un efecto menor a lo largo de los años noventa. A su desgaste se agregó la reactivación de la economía y, en una medida aún mayor, las escisiones de sus defensores: en 1993, la segunda escisión del FP-N (la primera fue en 1974); en 1994, la de la NYD; en 1995 (después de la de 1991), la escisión del FP-D, que dio nacimiento al Partido Danés del Pueblo (DF), que lo reemplazaría en las elecciones de 1998. La superación del modelo xenófobo ocurre a partir de 1997, año en que el FP-N logra una penetración electoral significativa centrándose en asuntos sociales. Pero queda aún por observar y analizar esta tendencia, que podría proporcionar la materia de un nuevo modelo populista.

Evidentemente, las formaciones escandinavas ofrecen al observador casos ejemplares para el análisis de la articulación del movimiento populista -en proporciones variables y específicas-, en dos modelos. Uno es el modelo antifiscal o neoliberal, que toma como valores al individuo y la producción, a los que ve amenazados por el Estado providencia. El otro es el modelo xenófobo o "nacional-populista", que pretende defender la identidad nacional ante la amenaza de una inmigración destructiva. Los populismos escandinavos proporcionan además una idea no menos ejemplar de la transición general de un modelo a otro (y de una amenaza a otra) a fines de los años ochenta, y de la interpretación de esta transición en términos de desilusión gradual de los electores y de búsqueda de un nuevo asunto susceptible de cautivar clientelas proletarizadas y xenófobas.

SOBREVIVIR A LAS ESCICIONES

El juego de los partidos populistas escandinavos es triple. Primeros entre los partidos populistas modernos, para los que

constituyen sus grandes modelos, los escandinavos ilustran finalmente muy bien la tendencia a la escisión que les es propia. En nuestra conclusión nos centraremos en las razones de dicha tendencia. Una explicación, sin duda ingeniosa y justa, apela a un razonamiento en términos de *recursos*. Para conservar a sus dirigentes, el líder populista debe necesariamente otorgarles satisfacciones, distribuirles recursos específicos, *id est* asegurarles posiciones en las sucesivas elecciones. Pero dichos recursos específicos, fundamentados en el apoyo de los electores, el líder sólo puede obtenerlos *banalizando* el discurso. En términos de Guy Hermet diríamos que en este punto se pasa de un "populismo de ruptura", que rechaza al sistema político en su conjunto, a un populismo de "ingreso por fractura" en el sistema político, que apela al pueblo para adquirir una mejor posición en el seno del sistema y ya no para cambiarlo desde sus cimientos (una tendencia también característica de las formaciones populistas escandinavas que, habiendo empezado todas como "populismos de ruptura", después se deslizaron más o menos, con muchas dudas y giros, en la dirección de los populismos de "entrada por fractura" en el sistema político; es así como llegaron a moderar su discurso y por principio a no rechazar más la idea de una eventual participación en el gobierno, en el marco de una coalición). Sin embargo no todos los dirigentes del partido pueden aceptar dicha *banalización* -y así emerge un potencial de disensiones y, finalmente, de escisión. Quizás sin traicionar demasiado el espíritu de esta interpretación, diríamos que el conflicto no se ubica necesariamente en el ámbito de las convicciones, ni apela a la colisión entre una "ética de la convicción" y una "ética de la responsabilidad". Sencillamente, los jefes de las dos tendencias rivales pueden situarse, ambos, en el plano de una ética de la responsabilidad (y con frecuencia se sitúan efectivamente en ella). Si, según Max Weber, "hay dos formas de

hacer política", es posible (es únicamente una hipótesis, pero puede abrir nuestro trabajo hacia futuras investigaciones) que notables dirigentes del partido que están en competencia (latente o declarada) por una posición de liderazgo en el seno del mismo apelen a lógicas paralelas a fin de conservar fieles a los otros dirigentes. Unos, los moderados, apelarán al interés personal de sus hombres y a sus dos formas de satisfacción, "la retribución material y el honor social", o más bien la retribución material regular que proviene de cargos de elección dotados también de honor social. Los otros, los radicales, ofrecerán recompensas psicológicas, apelarán a la buena conciencia del militante recto que rechaza sacrificar sus principios por *bagatelles*, esto es, por cargos secundarios de elección o en la administración central, *como los otros partidos lo harían*. En conclusión los moderados apelan a aquellos que viven de la política, los radicales a aquellos que viven para la política.[25]

Nuestra hipótesis es que si los jefes rivales pueden muy bien apelar a dos racionalidades distintas por parte de sus adeptos (una conducta "racional con arreglo a valores" para los militantes radicales y, del otro lado, una conducta "racional con arreglo a fines" para los militantes moderados),[26] no se desprende de ahí necesariamente que sean a su vez portadores de dichas racionalidades. Si nuestra hipótesis es correcta, todo jefe "radical" o todo jefe "moderado" podría indiferentemente encontrarse en un campo o en el otro, en función únicamente de un simple cálculo de oportunidad. Esta hipótesis permite explicar el cambio de actitud de Pia Kjaersgaard, jefa de los moderados, con respecto a Mogens Glistrup, líder moderado del FP-D, después del despojo de este último, despojada a su vez por los radicales cuatro años más tarde y que, a la cabeza de un nuevo partido, el DF, juega la carta del radicalismo puro y duro en las elec-

ciones de 1998 y domina así a su antiguo partido. Nuestra hipótesis (que vendría a ser un análisis más profundo para verificar o rechazar) permite considerar también la elección entre los grandes modelos del populismo escandinavo (y del populismo moderno) en términos de un simple cálculo de oportunidad.

Hay todavía un punto que deseamos agregar aquí, un punto que, encontrándose en correlación con el precedente, es sin embargo distinto. Para dar cuenta de la inclinación (a veces suicida) a la escisión que es propia del populismo de los modernos y, de una manera del todo ejemplar, en sus variantes escandinavas, es posible razonar ya no o no únicamente en términos de *obtención*, sino de *distribución* de los recursos necesarios. Es la estructura autoritaria de las formaciones populistas escandinavas (y europeas en general), el monopolio que la dirección central y, más aún, el líder ejerce sobre el partido, lo que permite explicar los conflictos. Dichos conflictos, que desembocan frecuentemente en defecciones individuales o en escisiones, provendrían así de una competencia dentro del partido, una competencia inherente que, no encontrando su vía normal de regulación, explota inevitablemente y se propaga hacia el exterior bajo la forma del conflicto abierto. Este razonamiento puede apoyarse en el ejemplo de cualquiera de las formaciones populistas escandinavas, ya que todas comparten la centralización estricta de las decisiones en el comité directivo, que en ocasiones es a su vez controlado parcialmente pero más frecuentemente por entero por el mismo líder del partido. Los descontentos no tienen más que abandonarlo, siguiendo el ejemplo dado en 1974 por Cari Hagen (futuro líder del FP-N, quien debió dejar en ese momento el partido debido a profundas divergencias entre sus puntos de vista sobre la organización que a éste convendría y los de Anders Lange, entonces el líder en funcio-

nes); o siguiendo, igualmente, el ejemplo de los cuatro parlamentarios reformistas del FP-N que, 20 años más tarde, abandonaron también el partido (ahora bajo el mando de Cari Hagen), después de que el comité ejecutivo nacional pidiera respetar una disciplina de voto conforme al programa del partido. La competencia por el poder en el seno de las formaciones populistas se salda así con la exclusión de uno u otro de los grupos competidores. Cuando el líder llega a perder el control de su comité se encuentra a su vez rápidamente excluido del juego con sus fieles -y se pueden dar fácilmente casos como el de la expulsión de Mogens Glistrup o las dimisiones forzadas de Pia Kjaersgaard y de Ian Wachtmeister.

Para concluir debe notarse que estas dos explicaciones de la tendencia a la escisión propia del populismo de los modernos, en términos de *obtención y distribución* de los recursos, no son contradictorias sino complementarias. También debemos notar que las dos son explicaciones *ex parte principis,* en referencia a las decisiones de los jefes rivales que compiten por la supremacía en el seno del partido (decisiones de los jefes de banalizar o de radicalizar su discurso, de defender o de impugnar la estructura de la organización). Esta observación nos permite adelantar nuestra hipótesis final que sostiene que existe una diferencia irreductible entre el discurso populista y la realidad que éste pretende describir: en los términos de Norberto Bobbio, cuando los populistas sostienen que se colocan *ex parte populi*, se colocan más bien *ex parte principis*.[27] No solamente la tendencia a la escisión sino, más aún, múltiples aspectos del populismo de los modernos podrían explicarse de esta manera. Más específicamente diríamos que, pretendiendo restaurar la identificación entre gobiernos y gobernados, que era característica de la democracia ateniense y que en nuestras democracias representa-

tivas es más un ideal que una realidad, los populistas participan efectivamente en el control de la diferencia radical e irreductible. Pero esta hipótesis requiere ya de otra investigación.

* * *

PRESENTACIÓN DE LAS FORMACIONES POPULISTAS ESCANDINAVAS

1. El populismo danés: el FP-Dy sus disidencias

El Partido del Progreso danés es el más antiguo de los partidos populistas modernos. Fundado en 1972 por Mogens Glistrup, abogado millonario, el FP-D se define esencialmente como un partido antifiscal, antiburocrático y antisistema. Al gran éxito electoral de sus inicios le sigue un largo periodo de regresión, una derrota vergonzosa en 1987, una relativa reactivación ulterior y un fracaso mucho más vergonzoso aún en las últimas elecciones. El FP-D parece ligado al destino de su fundador y carismàtico líder, quien le imprime sus dos direcciones: antifiscal y neoliberal en los años setenta, antiinmigrante y xenófobo hacia finales de los años ochenta. Las querellas intestinas y las defecciones debidas a la fuerte influencia que Mogens Glistrup ejercía sobre su partido se agravaron considerablemente después del encarcelamiento de este último por fraude fiscal en 1983. La oposición conducida por Pia Kjaersgaard, quien representa la corriente moderada en el seno del FP-D y la voluntad de cooperación con los otros partidos no socialistas, gana terreno paulatinamente. Después de su expulsión a finales de 1991, Mogens Glistrup funda un nuevo partido populista (el Partido del Crecimiento-Vaektsparti), que no llega a tener ningún éxito notable. Enfrentada también a una oposición interior cada vez más fuerte, Pia Kjaersgaard abandona el FP-D en 1995

para fundar a su vez un nuevo partido, el DF. Jugando la carta de una retórica antiinmigración estridente, el DF se impone en las elecciones de 1998 en perjuicio del FP-D. Habiendo obtenido, juntos, 9.8% de los votos de esas elecciones, los "hermanos enemigos", el DF y del FP-D, confirman la continuidad de la presencia populista en Dinamarca.

2. El populismo noruego: una consagración tardía

El Partido del Progreso noruego fue fundado en 1973 por Anders Lange, propietario de un criadero de perros y editor de revistas, bajo el nombre de "Partido de Anders Lange a favor de una reducción importante de los impuestos y del intervencionismo estatal" (nombre que resume su programa). Conoce el éxito electoral ese mismo año, aunque en un grado menor que el FP-D. Al año siguiente la escisión organizada por Cari Hagen -quien, rechazado por el autoritarismo de Anders Lange, funda un nuevo partido, el Partido de la Reforma-, y poco después la muerte de este último, preparan la ruina electoral del partido en las elecciones de 1977. De regreso y a la cabeza del mismo, Hagen le cambia el nombre por el de Partido del Progreso, al que reorganiza a la manera de los partidos tradicionales (Anders Lange y Mogens Glistrup preferían una estructura mucho más laxa). Hagen no ve venir su éxito real sino hasta las elecciones de 1989, luego de una campaña antiinmigración que exalta los valores del orden y el respeto a la ley. Después de una severa derrota en 1993, y a pesar de las fuertes tensiones internas y la defección de cuatro de los diez parlamentarios que le quedaban, el FP-N, jugando la doble carta de la xenofobia y del refuerzo de la protección social, se convierte en los comicios de 1997 en el segundo partido de país. Es hoy el principal representante del populismo escandinavo.

3. El populismo sueco: una corta historia

Fundado en 1991 por Ian Wachtmeister, empresario y autor de una sátira en la que denuncia a los políticos, y por Bert Karlsson, director de una casa disquera, la Nueva Democracia conoce el éxito en las elecciones legislativas del mismo año, que marcan el fin de los 50 años de hegemonía incontestada del PSD. La NYD, que se define esencialmente como un partido *antiestablishment,* aprovecha el estancamiento en que se encuentra el PSD para pedir una reducción general de los impuestos y de la ayuda acordada a los inmigrantes y a los refugiados. Puesta a un lado por los otros partidos, enfrentada al centralismo y al autoritarismo de su jefe, Ian Wachtmeister, la NYD no obtiene en las elecciones más que 1.2% de los votos frente al 6.7% que ganó anteriormente. Recuerda la situación del Imperio Romano en el momento de la muerte de Nerón: a lo largo del mismo año se suceden a la cabeza del partido Ian Wachtmeister, Harriet Colliander, Vivianne Franzen, Gunilla Aastrup-Persson, nuevamente Vivianne Franze… Después la NYD cae progresivamente en el olvido, y en las elecciones legislativas de 1998 sus resultados son del todo insignificantes. El Nuevo Partido (Nypartest) fundado en 1998 por Ian Wachtmeister tampoco tiene éxito.

Notas al pie

[1] Guy Hermet (1998, p. 48).

[2] La legitimidad se deriva del hecho de que la "la oleada actual de movimientos y de partidos populistas de la derecha radical representa un fenómeno transnacional", dotado de "rasgos comunes". Hans-George Betz (1994, p. 23).

[3] Bertrand Badie y Guy Hermet (1990, pp. 73-74).

[4] Hans-George Betz (1994, p. 173).

[5] Guy Hermet (1998, pp. 128 y 138-139).

[6] Hans-George Betz (1994, p. 35).

[7] Guy Hermet (1998, pp. 149-151).

[8] Gaetano Mosca (1936, pp, 321 y ss.).

[9] Michel Dobry (1986, pp. 282-283).

[10] Pierre-André Taguieff (1997, p. 10).

[11] Vernon Bogdanor (1996, pp. 101-120).

[12] Michel Wieviorka (1993, p. 93).

[13]Guy Hermet (1998, p. 16).

[14] Basado, en este último caso, en "mecanismos sociales de confirmación de la calificación carismàtica". Michel Dobry (1986, pp. 236 y ss.).

[15] Pierre-André Taguieff (1997, p. 12).

[16] Guy Hermet (1998, pp. 52-53).

[17] Guy Hermet (1998, p. 51).

[18] J. Rusk y O. Borre (1976, pp. 137-162).

[19] Sylvia Kobi y Ioannis Papadopoulos (1997, pp. 13-44).

[20] Guy Hermet (1998, p. 19).

[21] Arthur H. Miller y Ola Listhaug (1990, pp. 357-386).

[22] Sylvia Kobi y Ioannis Papadopoulos (1997, p. 37).

[23] Para una serie de informaciones instructivas sobre estos dos modelos, véase Hans George Betz (1994).

[24] Para las consecuencias perversas del Estado providencia, véase Hans-George Betz (1994, pp. 110-111).

[25] "Diremos pues que aquel que ve en la política una fuente permanente de ingresos 'vive de la política' y que, en el caso contrario, vive 'para ella'. En el último caso, esta actividad le permite encontrar su equilibrio interno y experimentar su valor personal poniéndose al servicio de una 'causa' que da sentido a su vida." Max Weber (1971, pp. 123-124).

[26] Max Weber (1971, pp. 55-57).

[27] La distinción entre las dos perspectivas sería decisiva en la historia de las ideas políticas (Norberto Bobbio, 1998, pp. 200-202).

¿SE PUEDE HABLAR HOY DE POPULISMO EN RUSIA?

Jean Meyer
Centro de Investigación y Docencia Económicas

Si "pueden ser definidas como populistas aquellas fórmulas políticas por las cuales el pueblo, considerado como conjunto social homogéneo y como depositario exclusivo de valores positivos, específicos y permanentes, es fuente principal de inspiración y objeto constante de referencia", entonces Rusia conoció en la segunda mitad del siglo XIX corrientes populistas y las vuelve a tener, en menor medida, a fines del siglo XX. Con la reserva de que no se trata de la misma Rusia, ni de los mismos populismos.

LOS POPULISMOS RUSOS EN EL SIGLO XIX

Los organizadores del presente coloquio subrayan la continuidad y el cambio en las manifestaciones de dicho fenómeno, "el cual tiene viejas raíces históricas en Rusia". Sí y no. Sí, cuando vemos a los mejores autores calificar como populistas a los *diggers y levellers* de la Revolución inglesa, a los populistas estadounidenses, a los social-revolucionarios, a Gandhi, al Sinn Fein, a la Guardia de Hierro rumana, al cardenismo pero también al sinarquismo (en México), a los canadienses del Crédit

Social, a la APRA peruana, al peronismo. No, cuando se sigue la clasificación[1] de los movimientos populistas en cinco grupos que implican la existencia de partidos políticos, ausentes en la Rusia zarista anterior a 1900. No, cuando se sigue al pie de la letra el texto introductorio de los organizadores del coloquio: si bien está presente la exaltación de la autenticidad popular –aunque menos la de las virtudes nacionales–, no hay crítica a la política representativa, ni a los partidos, ni a los políticos, sencillamente porque no existen. La sublimación del contacto directo entre el líder y el pueblo se dio solamente entre los movimientos de extrema derecha (Unión del Pueblo Ruso, Centurias Negras) después de 1905; el líder era un zar a quien querían reestablecer bajo el lema trinitario de "autocracia, pueblo (la palabra es *narodnos* y no tiene equivalente; viene de *narod*, pueblo, y se traduce oficialmente como 'nacionalidad, pueblo, carácter nacional'), ortodoxia". Esa sublimación se volvió a dar en tiempo de Stalin, el autócrata todopoderoso, encarnación del pueblo y guardián de la ortodoxia.

Históricamente se puede decir que el uso inicial de la palabra "populismo, populista" fue ruso. En 1861 Alexander Herzen, desde su exilio londinense, llamó a los estudiantes: "id al pueblo, adentro del pueblo". Fue escuchado en esa hora de la abolición de la servidumbre que afectaba a más de la mitad del campesinado ruso, el cual constituía más de 80% de la población y era el pueblo por excelencia.

En una primera etapa ese populismo, como deseo de "ir al pueblo", fue un acto de "rusoísmo" colectivo[2] que se topó con la desconfianza y el rechazo radical por parte del "pueblo" idealizado. Esos primeros populistas, los *narodniki* de R Lavrov, el editor de *V'period*! (¡Adelante!), no tienen nada que ver con los que nos interesan hoy. Los diccionarios rusos llaman *narodni-*

chestvo a su movimiento efímero y no violento. Se le puede aplicar el juicio que Rostopshin formuló para los golpistas de diciembre de 1825: "Hasta ahora las revoluciones habían sido hechas por zapateros deseosos de llegar a nobles; ahora eran nobles que intentaban revolucionar para volverse zapateros."[3] Esos jóvenes querían establecer, mediante su sacrififcio personal, un puente entre la élite progresista y las masas campesinas, allende el Estado absolutista y contra él.

En el populismo siguiente se vuelve a encontrar al personaje del "noble arrepentido", sensible a su posición social como a un pecado original, pero ya no está solo y, lo que es más importante, abraza la violencia, no sólo como medio sino como fin: la violencia purificadora. Esos populistas son los del *narodovolchestvo*, de los movimientos "Tierra y Libertad" (1876), "Reparto Negro" (1879) y "Voluntad del Pueblo" (Narodnaya Volia); esta última organización le dio su nombre a la corriente "populista" (*narodovolchestvo*) y a los militantes "populistas" (*narodovoltsi*) que se ilustraron en el terrorismo de los años ochenta y noventa en Rusia. Esos populistas salen de la *intelligentsia* que se declara con el derecho de conducir al pueblo hacia la felicidad, contra un Estado al que le declara la guerra a muerte, no sólo al Estado absoluto, sino también y con más inquina al Estado en vías de reformarse, al liberalismo que lo apoya y a toda forma de reformismo entre las clases cultas.

Existe finalmente una definición mucho más amplia de populismo que incluye, en un sentido cultural, a Dostoyevski y Tolstoi, así como a ciertos ideólogos de la derecha. Esto no sirve sino para confundirnos, ya que Dostoyevski fue de los más severos críticos del terrorismo populista, como puede verse en su novela *Los demonios*. Vale más quedarnos con la definición de Franco Venturi: "la asimilación ideológica de las tendencias

más radicales y más agitadas de la sociedad europea, por intermediación de una capa relativamente delgada de intelectuales revolucionarios que consideran a su patria como una jaula que hay que transformar”.[4] Esos “populistas” nunca se ganaron a las masas populares. Vale la pena notar, en conclusión, que hoy en día los rusos usan la palabra *populizm* para traducir nuestro “populismo”; es una palabra importada, a diferencia de los sustantivos derivados de la palabra *narod* (pueblo), que corresponde a un concepto nuevo, ligado, quizá, a una realidad nueva. Los “populistas” actuales no tienen nada que ver con los *narodniki* ni con los *narodovoltsi* del siglo pasado.

¿SE PUEDE HABLAR DE POPULISMO SOVIÉTICO?

La relación entre populismo, industrialización, urbanización, desarraigo de las masas campesinas es un lugar común (válido) de la sociología política. Por tanto no es sorprendente encontrar rasgos populistas en los movimientos políticos o prepolíticos en Rusia entre 1905 y 1914, especialmente a la extrema derecha. Incluso algunos historiadores soviéticos han intentado una recuperación de las tristemente célebres Centurias Negras y otras uniones del Archiestratega San Miguel, en la forma siguiente: (parafraseo) los pogromos contra los judíos de esa etapa y que regresan después de la Revolución de 1905, fueron el resultado de la liberalización de la sociedad, de cierta descentralización, y el signo de que existía un elemento de democratización que afectaba tanto al Estado como al pueblo. La autocracia había perdido el poder absoluto y tenía la tentación, contra los liberales y los revolucionarios, de compartirlo con la base popular. La sangre es la idea más concreta, la más fácil de entender para la masa, para la *mob*. En los años de Brezhnev algunos analistas consideraban que cualquier cambio político en

Rusia podría provocar un cataclismo y conducir al "nacional-fascismo ruso, a la idea de Centuria Negra moderna"; concluían que la URSS seguía necesitando un Estado fuerte, totalmente insustituible en la vida nacional.

Stalin supo, qué duda cabe, integrar sovietismo, nacionalismo y antisemitismo –incluso la religión ortodoxa– en una fuerte amalgama que culminó en el culto a la personalidad, identificación del poder con una persona (el poderoso *Vozhd*) y de esa persona con la nación y el pueblo. A diferencia de Stalin, el plebeyo Nikita Jrushchov no pudo ser populista: fue, sin quererlo, sin saberlo, liberal y por lo mismo impopular en la URSS, en comparación con la popularidad de que gozaba en Occidente.

El "homo sovieticus" bien podía refunfuñar contra sus dirigentes, pero se encontraba, *grosso modo,* satisfecho con el sistema –lo que hoy explica la nostalgia entre las viejas generaciones para con los tiempos de la edad de oro–, quizá con la sola excepción de las minorías étnicas y de los disidentes.

Más que de "populismo", para dicha época convendría hablar de estilo populista, porque la hipótesis de un populismo como protesta contra el mal funcionamiento de las instituciones democráticas no se aplica al sistema soviético, por razones obvias.

LA CRISIS PERMANENTE Y GLOBAL (1986-1999)

El 25 de diciembre de 1991 el diario *Izvestia* publicó en primera plana: "En este día Rusia dejó de ser soviética y socialista." Dejó efectivamente de ser internacional-socialista. Ocho años después algunos se preguntan si Rusia no será algún día nacional-socialista y señalan con preocupación la existencia de numerosos grupos calificados de neonazis. Algunos otros que tie-

nen la misma preocupación ven con asombro a los antiguos y a los neocomunistas contaminados por el elemento nacionalista, así como el surgimiento de extrañas coaliciones de nuevas derechas y viejas izquierdas: unión, bloque "nacional-patriótico", "nacional-popular", "popular-patriótico", "nacional-bolchevique". La misma confusión evolutiva de las palabras señala la importancia y la duración de la crisis de identidad rusa. ¿Qué es Rusia? ¿Qué significa ser ruso? Rusia era un imperio, ¿quiere y puede ser una nación? Esas preguntas no surgen en tiempo de bonanza sino en momentos de crisis, cuando en las sociedades modernas el recurso al nacionalismo ha sido general. Raoul Girardet, especialista en el nacionalismo francés, lo diagnosticó para la Francia derrotada y mutilada en 1870-1871: "El nacionalismo es antes que nada un movimiento de defensa, de repliegue, de concentración en sí mismo de un cuerpo herido. Lo que quiere primero es levantar un dique, una muralla. Frente a la presión o las infiltraciones bárbaras, las fortificaciones no serán nunca lo suficientemente altas. Tiende a cuajar, endurecerse [...] multiplica las exclusiones."[5]

Para el observador externo es difícil comprender lo que han vivido, lo que viven los rusos. Para muchos se trata de úna derrota (Francia 1871, Alemania 1945, Japón 1945), pero una derrota incomparable e incomprensible porque no hubo una sola batalla, el edificio se derrumbó solo, desde dentro. Para muchos más es una quiebra; quiebra imperial, económica, social. Rusia no tenía un imperio, como lo tuvieron Francia o Inglaterra: Rusia era un imperio. Ese problema, en cierta manera, lo sufrieron austríacos y turcos (y húngaros) en 1918, pero sin la dimensión ideológica comunista, y después del desastre militar. La crisis que culminó en diciembre de 1991 –hoy resulta fácil decirlo– fue la conclusión de viejos desequilibrios que no se to-

maron en consideración. Para hablar como el difunto Andrei Siniavski, también conocido como Abraham Tertz, fue el error del "totalitarismo de la pretensión". Desde la muerte de Stalin (1953) hasta 1991 se habló siempre de la "disfunción del régimen", nunca de la crisis del *sistema*. Por eso el acontecimiento tomó por sorpresa a los soviéticos que de pronto se despertaron rusos, ucranianos, bielorrusos en el vacío. Frente a un inmenso e incomprensible acontecer, muchos abrazaron la teoría del complot para tener un elemento de racionalidad y, con él, resucitaron los viejos fantasmas rusos. Rusia la fortaleza sitiada, el castillo de la pureza amenazado por los católicos, los polacos, los judíos, los caucasianos, los mongoles, los masones.

Por otra parte, la crisis de identidad es muy anterior al derrumbe de la Torre de Babel soviética. Ligada a la crisis del sistema soviético, remitía a la vez a una historia mucho más antigua, tan vieja como la Rusia, la historia de un ciclo de crecimiento periódicamente cancelado por un brutal derrumbe del Estado. Así Rusia, hasta 1991, no ha conocido una historia acumulativa, "progresiva" como Europa Occidental o los Estados Unidos, sino un proceso de cambios radicales ligados a un modelo importado, seguidos por una etapa de estancamiento, liquidada a su vez por una ruptura violenta: la derrota engendra siempre la revolución brutal desde arriba.

Hoy los rusos deben moverse entre los enormes escombros de las estructuras políticas, socioeconómicas y mentales del antiguo régimen. Viven una revolución (una más) encabezada por los mandos del sistema difunto, lo que no deja de ser una paradoja. Apenas ahora empieza a surgir una generación de hombres nuevos pero no le toca aún la dirección real del Estado.

Abuso de la palabra "crisis"; sin embargo, sería más correcto hablar de "búsqueda" de una identidad. Esa búsqueda empezó

en tiempos de Nikita Jrushchov cuando, en 1956, se atrevió a tocar al ídolo, Stalin. 40 años más tarde, el presidente Yeltsin firmó un decreto en el que ordenaba, de manera tan ingenua como interesante, la búsqueda de una "idea nacional para toda la sociedad". Los trabajos de la comisión instaurada para tal fin se perdieron en las arenas, pero mucha gente, a falta de la brújula "socialista" que señalaba hacia el futuro, mira hacia el pasado para reencontrar a la grande, a la Santa Rusia, y encuentra a tres hombres fuertes, Stalin, Pedro el Grande e Iván el Terrible.[6]

El historiador de las ideas y de las representaciones colectivas no debería despreciar el desorden infructuoso del "deshielo" de Jrushchov, menos aún el aparente "estancamiento" de los años de Leonid Brezhnev. Antes de la perestroika, en tiempos de Brezhnev, las mentalidades se orientaron mucho hacia lo que se aproximaba a una "sociedad de consumo" socialista. Rehabilitaban poco a poco la llamada "civilización campesina"; los "escritores del campo" tuvieron éxito con su revista *Nash Sovremennik* (Nuestro Contemporáneo); un movimiento nacionalista de defensa del patrimonio arqueológico surgió para salvar templos y conventos amenazados por la violencia antirreligiosa de Jrushchov; Ilyá Glazunov, como pintor histórico de la Santa Rusia, conoció un enorme éxito que duró hasta 1991, lo que no deja de ser interesante. Desde temprano algunos periodistas e ideólogos del Partido Comunista (PC) entraron en la ruta de una "ideología nacional"; así la revista *Molodaya Gvardia* (Joven Guardia) se lanzó contra "el Occidente podrido", celebrando en Rusia "la civilización del alma". Después de la Guerra de los Seis Días (1967), la literatura soviética de propaganda pasó tranquilamente de ser antisionista –contra el Estado de Israel, a favor de los estados árabes– a ser antijudía: Valeri Skurlatov daba el tono en el diario *Moskovskii Komsomolets*.

Para 1970 ya estaban presentes en círculos semioficiales todos los temas calificados hoy (1998) de nacional-bolcheviques. La recuperación, llevada a cabo por Stalin, de la patria, del pasado de grandeza ruso, acompañada de la denuncia de Trotski (David Bronstein, se insistía), abrió realmente la puerta a la tesis del complot occidental, judeomasón, para explicar todos los desastres del pasado. Y del futuro, después de 1988-1991. Caso admirable de profecía inconsciente que sus autores iban a usar para descifrar un presente por venir. Vale la pena notar que los primeros textos nacionalistas circularon, en los años sesenta, en *samizdat*, es decir clandestinamente, manuscritos, mecanografiados, exactamente como los textos de la oposición democrática. En 1970 circulaba un manuscrito anónimo *Slovo natsii* (La palabra de la nación) dirigido contra "el programa del movimiento democrático". De 1971 a 1973, Vladimir Ossipov publicó la revista *Veche* con el propósito de volver a las fuentes de la ideología nacional. Sus colaboradores eran moderados, excepto Ivanov. Resulta notable un raro artículo de Mijail Antonov en el que intenta conciliar ortodoxia y leninismo. Intento que prometía mucho en los noventa.

En 1990 Rusia entró en la tempestad, tormenta comparada por aquellos que añoran el pasado a la *smuta*, el "tiempo de los disturbios", cuando Rusia estuvo a punto de desaparecer después de la muerte de Iván y de Boris Godunov a fines del siglo XVI y principios del siglo XVII. La violencia no faltó, ni falta: el domingo negro de Vilna en enero de 1991, el *putsch* fracasado en agosto del mismo año, las jornadas sangrientas de Moscú en octubre de 1993, la criminalidad desatada, la corrupción generalizada. Y todo ello es poca cosa frente a la trágica guerra de Chechenia que costó cerca de 100000 vidas (1994-1996), en su mayoría civiles, habitantes de la pequeña república del Cáucaso, y que volvió a arder en septiembre de 1999. Nada frente a la

smuta de 1917-1920. Mucho para una sociedad acostumbrada durante más de 70 años a la mano de hierro del Estado y a su orden. En el vacío político de esos años de duro aprendizaje surgió una gran corriente nacionalista, cambiante como camaleón y potencialmente rica en todos los excesos y en todas las vocaciones.

Esto proviene de una idea tan simple, tan fuerte como el deseo, que consiste en que Rusia no puede ser sino una gran potencia (*derzhava*) y que por tanto necesita un gobierno fuerte y autoritario. Esta idea no es de derecha ni de izquierda; hasta los demócratas, a veces, tienen esas nostalgias. Toda la vida política rusa se volvió nacionalista en los últimos años, empezando por el PC. El presidente Yeltsin tardó un poco, dio el giro al sufrir la derrota en las elecciones legislativas de diciembre de 1993, que originaron una mayoría nacional-bolchevique en la Duma, con el Partido Liberal Democrático (PLD) de Vladimir Zhirinovski y el PC dirigido por Evgueni Zyuganov. Esta mayoría hablaba de *nashi*, los "nuestros", retomando un concepto de los ultranacionalistas de 1890 a 1914: los nuestros, los nacional-patriotas, son los únicos buenos. Es también soviético el concepto de los "otros", los agentes del extranjero, los instrumentos del complot contra Rusia. Este fenómeno se entiende como una reacción a la desintegración de la URSS, a la humillación, a la pérdida del estatuto de gran potencia. La presencia de problemas étnicos dentro de la Federación de Rusia (en el Cáucaso), la existencia de millones de rusos fuera de Rusia, de otros vecinos nacionalistas como los baltos, la desconfianza absoluta de todos los ex vasallos de Europa Central, todo ello empuja hacia la reacción nacionalista. Más aún cuando las condiciones no son muy favorables al desarrollo de ideas e instituciones democráticas: la palabra "demócrata" se ha vuelto un insulto (como la de "reformador"), como "fascista" o "judío".

Toda Rusia se fue a la derecha en los últimos diez años. En ese marco tres componentes arman un triángulo de fuerzas:



Bajo estas condiciones, ideas, pasiones y personas circulan por las tres caras del triángulo, lo que vuelve la contaminación una regla. La amenaza para una república rusa democrática, todavía por venir, no radica tanto en una extrema derecha grupuscular, sino en la confusión manifestada por palabras compuestas: pardirrojo, rojinegro, nacional-bolchevique, nacional-popular, nacional-patriota. Los nacionalistas de extrema derecha no parecen capaces de ofrecer una alternativa política pero, utilizados al principio por los neocomunistas que creían manipularlos fácilmente, los han transformado en nacional-socialistas. Si es cierto que en Francia una parte del electorado comunista ha caído en la tentación de votar por el ultraderechista Frente Nacional de Jean-Marie Le Pen, el PC francés no ha sido contaminado por sus tesis. En los otros países europeos, incluso en las ex "democracias populares", los partidos comunistas,

rebautizados o no, siguen siendo "de izquierda". Esto se debe a que no han sufrido, no sufren una crisis comparable a la que viven los rusos. Esa diferencia, que corresponde en el caso de Polonia, la República Checa y Hungría a una experiencia política democrática anterior al comunismo, nos lleva a reconocer lo inadecuado de nuestro vocabulario político (derecha-izquierda) para el caso ruso. Por eso, a la pregunta de si se puede hablar de extrema derecha en Rusia, es preferible contestar: "no, sino de un nacionalismo extremo que puede atraer a gente muy diversa". Ni el PC ni el PLD son, hoy, revolucionarios. Juegan el juego electoral e institucional, pero también sufren la misma tendencia a la contaminación, formando contra el presidente Yeltsin y su gobierno un "bloque patriótico". En 1993 el descontento popular aprovechó las eleccciones legislativas para manifestarse a favor de Zhirinovski y de su PLD, y en 1995 a favor de Zyuganov y de su PC; pero en las elecciones presidenciales de 1996 se manifestó a favor del general Lebed, antes de votar "con la razón", en la segunda vuelta, por Yeltsin. Así hay que relativizar el impacto del discurso nacional-bolchevique sobre la sociedad rusa, una sociedad que rechaza la violencia y no espera mucho de los políticos. Yeltsin se equivocó, como los politólogos, cuando se lanzó a la primera guerra contra Chechenia para robarle la bandera nacionalista a la oposición. Los rusos no quieren a los chechenos, pero tampoco les interesaba hacerles la guerra. Muchos pueden tener nostalgia por la URSS, hasta la esposa de Yeltsin, pero el nacionalismo no fue una buena apuesta política en 1995. A la gente le importa de verdad la situación económica y social, los salarios y las pensiones, la corrupción y la violencia. El nacionalismo no representa un peligro mayor, si uno considera los pequeños grupos que lo reivindican, pero no deja de ser preocupante en la medida en que aumenta su influencia dentro de los grupos dirigentes, como se vio en esos días de la

segunda guerra de Chechenia. Ahora bien, como dijo hace poco George Kennan: “¿Caos? No creo que sea la mejor palabra para Rusia. Las condiciones son terribles, claro, pero la vida sigue.” Afirma que desde la guerra de Treinta Años (1610-1648) ningún pueblo ha sufrido como el pueblo ruso en el siglo XX y que por tanto no se puede esperar la solución de los problemas en una década, ni en una generación.

Subraya los aspectos positivos: “Tienen una constitución, elecciones, instituciones; ciertamente funcionan mal [...] Creo que lo asombroso es que no haya una demanda popular para el regreso al comunismo.”[7]

¿POPULISMO, AHORA?

Podría decirse que las condiciones están dadas para que surja un poderoso movimiento populista y con el mismo un líder populista. Después de todo, por primera vez existe una democracia incipiente, a la cual criticar y oponerse e identificarla con todas las decepciones del poscomunismo, al grado de que “demócrata” es un insulto. Francisco Veiga escribe: “La misma confusión conceptual aqueja la idea que tenemos de los partidos rusos, tan óyenos a los modelos europeos, pero que no quedan tan lejos de los ‘colorados, ortodoxos, apristas o peronistas’ de América latina.”[8] La palabra “populista” apareció en 1989, 1990 y 1991, a propósito de Yeltsin, el comunista rebelde, luego disidente, luego ex y finalmente presidente de Rusia y sepulturero de la URSS. En boca de Gorbachov la palabra significaba “demagogo” y así se le sigue usando hasta la fecha para Zhirinovski (1993), Lebed (1996), Zyuganov (1996) y finalmente paraYuri Luzhkov (1999), alcalde de Moscú con pretensiones presidenciales. El 10 de abril de 1998 el presidente Yeltsin explicó a la nación por qué insistía en presentar a la Duma a Serguei

Kiriyenko como primer ministro; entre otros argumentos mencionó que sabía "trabajar como parte de un equipo y despreciaba la autopromoción y el *populismo* barato" (el subrayado es mío). Cuando despidió a Kiriyenko advirtió que "todo gabinete tiene que escoger entre las decisiones duras y difíciles y el *populismo*" (el subrayado es mío) (24 de agosto de 1998). El 18 de septiembre de 1998 Oleg Sysuyev, ex viceprimer ministro, encargado de los asuntos sociales, acusó a la Duma de *populismo*. El 15 de mayo de 1999 el empresario y político Boris Berezovski calificó el fracasado intento por parte de la Duma de realizar un *impeachment* contra el presidente, de "derrota innegable para los izquierdistas, derrota innegable para el *populismo*". "Siempre dije que Yavlinsky es un populista, pero, a diferencia del alcalde de Moscú Luzhkov, que es un populista de la plebe, Yavlinsky es el populista de la *intelligentsia* que filosofa." El 23 de junio de 1999 el diario *Moskovskii Komsomolets* publicó en primera plana su análisis de la estrategia del Kremlin. Los asesores políticos del presidente, decía, llegaron a la conclusión de que "los dirigentes económicos competentes tienen las mejores oportunidades. El *populismo* y las payasadas políticas, sean de Vladimir Zhirinovsky o de Aleksandr Lebed, ya no interesan a los electores". El 2 de septiembre el diario *Kommersant* denuncia en primera plana la ofensiva de los medios estadounidenses y rusos que establecen que el empresariado ruso y la mafia rusa son una sola y la misma cosa. El editorialista exclama: "¡Eso ni se puede llamar *populismo*! "Populista" es un insulto para el adversario. Así como Yeltsin fue (des) calificado como "populista" ("occidental-populista") hasta las presidenciales de 1996, ahora el Kremlin califica a sus adversarios como tales. Yeltsin fue "populista" en sus primeros años y eso coincidió con su máxima popularidad; Zhirinovsky, el sorprendentemente moderado y razonable dirigente del PLD, es populista, tanto por

sus excesos verbales y teatrales, como por su alianza de hecho con el poder; el líder del PC, Zyuganov, es populista con su exaltación permanente de los valores eternos del pueblo ruso, de la tierra rusa y de la ortodoxia. Todos abusan de la palabra "pueblo" (*narod*) y de sus derivados (popular), en calificativos como "nacional-patriótico" o "nacional-popular", especialmente los comunistas y su ala radical, así como la extrema derecha.[9] Curiosamente el ex general Aleksandr Lebed, actual gobernador de Krasnoiyarsk, es el menos populista de todos. Ciertamente recuerdo haber visto en televisión, en 1992, mujeres de Transnistría arrodillarse cuando pasaba el general Lebed, el hombre que había impuesto la paz en ese pequeño territorio asolado por la guerra civil; ciertamente podría alinear citas suyas del tipo de "soy un ganador nato" o "el poder no se lo dan a uno, hay que tomarlo", pero ni la conducta del hombre, ni sus declaraciones más meditadas,[10] permiten calificarlo de populista. El candidato a las presidenciales de 1996, el secretario del Consejo de Seguridad y artesano de los acuerdos de Jasav Yurt (31 de agosto de 1996) con los chechenos, el ganador de las elecciones para gobernador de Siberia (1998) ha demostrado ser un político serio, responsable, todo lo contrario de un demagogo. Fue boxeador pero es jugador de ajedrez. A sus 48 años ¿será el Bonaparte ruso? Jamás ha mencionado a Napoleón pero sí a De Gaulle, como el hombre de la Resistencia, de la descolonización (la paz en Argelia), de la reconstrucción nacional. Cuando fue despedido por Yeltsin, el 17 de octubre de 1996, Zhirinovski y Zyuganov dieron una conferencia de prensa juntos en la que aprobaron la medida. Todas las fuerzas políticas, menos *Yabloko,* todos los políticos, menos Yavlinsky y Boris Nemtsov, en aquel entonces aún miembro de *Yabloko,* aplaudieron. Interesante unanimidad. La mención más reciente de "populismo" en Rusia se remonta a un mes, en ocasión de las elecciones para

gobernador de Sverdlovsk. La sorpresa vino de un joven candidato, Aleksandr Burkov, quien surgió como *outsider*y consiguió una honorable segunda posición (28% de los votos), contra el gobernador reelecto Eduard Rossel. Se dice de Burkov que es un joven talentoso y populista, un híbrido siberiano de Zhirinovski y de Klementiev (quien ganó las elecciones para alcalde de Nizhni Novgorod pero no pudo ocupar el puesto por sus líos con los tribunales). En la primera vuelta logró eliminar al rival del gobernador, el alcalde popular de Yekaterinemburgo, Chernetskii, pero en la segunda vuelta los electores mostraron que "no tienen confianza en ese *populista*."[11] Burkov se define a sí mismo como "socialdemócrata y tradeunionista", sale muy bien en televisión, ataca a los intelectuales diciendo que "el pescado se empieza a pudrir por la cabeza" (lugar común en Europa, entre los populistas y los derechistas), "pero que uno empieza a limpiarlo por la cola". Ahora bien, si su "populismo y su histrionismo los pidió prestados a Zhirinovski, tiene una ideología y un programa realistas".[12]

CONCLUSIONES PROVISIONALES

La esperanza democrática no se ha perdido totalmente, en especial en provincia, aunque resulta difícil decirlo a la hora dolorosa de una segunda guerra en Chechenia; la tentación autoritaria tampoco. Tan temprano como 1989, Igor Kliamkin y Andranik Migranian preguntaban: ¿se necesita una mano de hierro?, y contestaban que el camino del totalitarismo a la democracia pasaba por el autoritarismo. Para mayor asombro de los observadores occidentales, el general Pinochet fue, entre 1991 y 1996, el símbolo del buen poder autoritario y constructor; sus precursores rusos, los zares reformadores Pedro el Grande y Alejandro II.

Al principio de su vida política, el general Lebed invocaba al general chileno, los economistas demócratas también, para quejarse de la versatilidad imprevisible de Yeltsin, frente al apoyo sin falla proporcionado por Pinochet a sus economistas. Al terminar con el sovietismo, Rusia no entró en una transición democrática de tipo occidental, sino que construyó un modelo original aún no estabilizado, que combina autoritarismo (bastante ineficiente), paternalismo y corrupción, o sea una mezcla de cultura política autoritaria y de cultura democrática, con un respeto limitado a las libertades fundamentales. Frente a esto la reacción de la mayoría ha sido la pasividad política. Nadie, casi nadie aprobó la primera guerra chechena (1994-1996); sin embargo, con excepción de los valientes ex disidentes Serguei Kovalev, Elena Bonner y sus amigos, de un puñado de demócratas (Gaidar, Yavlinsky) y del general Lebed, nadie se manifestó en contra y ahora todos, menos los cinco citados, aprueban la segunda guerra. Todo, en la economía, en la política, en la sociedad, parece apuntar hacía el surgimiento de una fuerte corriente populista; de hecho las condiciones parecen propicias y tanto el primer Yeltsin como el primer Zhirinovski pintaron para líderes populistas, el primero de centro-izquierda, el segundo de derecha, el primero combinando demagogia y promesas sociales, el segundo mezclando nacionalismo y antisemitismo. El primero se estrelló contra la dura realidad económica, el segundo encontró su nicho en el nuevo sistema político y nunca luchó por el poder, a diferencia de Yeltsin. Luego la situación política cambió y el fantasma de un regreso al comunismo perturbó a los rusos que, de manera tan racional como razonada, decidieron reelegir a Yeltsin, contra Zyuganov. En ese marco la desmovilización, la apatía y el vacío se extendieron, paralelamente a la debilidad de los actores sociales y políticos. Si bien Rusia ha salido del comunismo, dista mucho de tener una de-

mocracia política; para empezar no tiene partidos, de manera que los dirigentes políticos quedan muy alejados de la gente, una gente que no espera ya nada de ellos. Lo sorprendente es que sean tantos los que siguen votando. Cuando, a la manera "populista", tanto Yeltsin como Zhirinovski o Zyuganov intentaron quedar bien con una clientela nacionalista supuestamente numerosa, perdieron su apuesta. La población no respondió a ese tipo de solicitaciones. ¿Qué significa eso? ¿La expansión del vacío social, de un cinismo desesperado? Ciertamente los rusos se habían creado entre 1989 y 1991 una esperanza del tipo "cargo cult": el regreso del hombre blanco (el Occidente) que iba a traer la prosperidad capitalista. A la hora de la decepción, el pueblo ruso no siguió a ningún salvador, sea el "zar Boris", como se le llamó a la hora de la Transfiguración (agosto de 1991, fracaso del *putsch* comunista), sea el atamán Zhirinovski. Ya no dicen, como en los tiempos soviéticos, "los jefes saben más"; dicen: "vivimos (como Alicia) en el país de las maravillas políticas";[13] o a la hora de las presidenciales de 1996: "no hay más que dos partidos, el del dólar y el del rublo"; o citan a Karamzin (fines del siglo XVIII, principios del XIX): "¿Y los rusos? Robando como siempre", o a Gogol: "En Rusia abundan los tontos y los caminos si guen intransitables." El carácter amorfo de la sociedad rusa actual puede ser un peligro y algunos observadores dicen que, a falta de canales organizados, cierto nivel de rabia y de desesperación popular podría desembocar en la violencia de la plebe. Que un choque repentino, una derrota militar (1905, 1917) podría llevar primero a la anarquía, después al "cirujano de hierro", quizá en forma militar. Por lo pronto, me impresiona el moderantismo del pueblo ruso. El fin del comunismo ha sido vivido como el fin de la utopía y por tanto el "pueblo" prefiere el pragmatismo; hasta ahora, no ha prestado atención a las sirenas, ni a las radicales rojinegras, ni a las del

viejo-nuevo PC, ni a las del populismo. Las masas decepcionadas por el liberalismo no se fueron a la izquierda –lo que llevó al PC a abrazar el nacionalismo y la religión– pero tampoco a la derecha. Los últimos sondeos nos muestran un pueblo tan escéptico como razonable. A propósito del escándalo del dinero ruso en el Banco de Nueva York, 60% no cree que haya sido provocado por los estadounidenses. Otros sondeos, así como la votación regional y nacional, confirman que, sintiéndose decepcionados por la democracia, ésta sigue siendo a los ojos de los rusos la idea política más atractiva, con la cual nadie puede competir. A la pregunta de si Rusia necesita la democracia, la mitad de los ciudadanos contesta que sí, 25% que no y 25% que es difícil responder (septiembre de 1999). Además los partidarios de la democracia son más numerosos entre los jóvenes (los cuales, por desgracia, son los que menos votan) y entre los grupos sociales con más perspectivas. Se puede repetir para Rusia lo que Albert Hirschman dijo, hace tiempo, para Colombia: esa sociedad no puede sino ir hacia adelante, tal como es, a pesar de lo que es y a causa de lo que es. La segunda guerra de Chechenia, por desgracia, puede retrasar, si no es que revertir, esa evolución.

Notas al pie

[1] Torcuato di Tella (1965).

[2] Franco Venturi (1972, p. 837).

[3] Franco Venturi (1972, p. 106).

[4] Franco Venturi (1972, p. 24).

[5] Raoul Girardet (1966).

[6] Leonid Sedov (1993 y 1999).

[7] *New York Review of Books* (1999), "An Interview", 7 de agosto, p. 4.

[8] *El País* (1999), "Apocalipsis, pero menos", 19 de septiembre, p. 17.

[9] Archivo Jean Meyer (1989-1999).

[10] Aleksandr Ivanovitch Lebed (1995 y 1998).

[11] *Russkaya Mysl* (1999), 22 de septiembre.

[12] *Russkaya Mysl* (1999), 15 de septiembre, p. 9, y *Moskovskie Novosti* (1999), 13 de septiembre, p. 7.

[13] Lev Timofeev (1996).

¿DEL BUEN REVOLUCIONARIO AL BUEN LIBERAL? A PROPÓSITO DE UN EXTRAÑO CAMALEÓN LATINOAMERICANO

Javier Santiso
Instituto de Estudios Políticos de París

Los marcos de referencia de la economía política en América Latina se han transformado considerablemente durante las dos últimas décadas. La democracia y el mercado se convirtieron en los dos nuevos referentes de los discursos latinoamericanos, sustituyendo a los conceptos de revolución o Estado, Pero, más allá de una simple permuta o inversión de paradigmas, esta evolución puede ser interpretada como la emergencia no sólo de nuevos marcos de referencia sino también de un nuevo estilo de economía política, más posibilista que utópico, un estilo cuya dimensión teleológica sería menos importante. Estamos ante la emergencia de una política de lo posible, más humilde, menos proyectada hacia el futuro y más centrada en el presente. En gran parte del continente americano la democracia ya no es únicamente un horizonte de expectativas, un porvenir inscrito en las agendas políticas. Se ha convertido en un campo de experiencias que se multiplicaron con las democratizaciones. Así también el mercado ya no es el tabú absoluto de unos o el tótem también absoluto de otros. En muchos aspectos, de Argentina a México, los resabios populistas de estos últimos años

se inscriben en la estela de esta emergencia de una economía política de lo posible. En otros países, al contrario, las experiencias de los últimos años se complacen en subrayar los límites de dicha emergencia. Es el caso particular de Venezuela, donde la utopía continúa embebiendo los horizontes discursivos del chavismo.

¿DEL BUEN REVOLUCIONARIO AL BUEN LIBERAL?

Hace unos 20 años un ensayista venezolano publicó un pequeño libro que hizo mucho ruido, *Del Buen Salvaje al Buen Revolucionario*. Carlos Rangel denunciaba ahí las mitologías revolucionarias y las ilusiones líricas de todo un continente. Naturalmente polémico, atacaba en especial la propensión de los occidentales a proyectar sobre esta región sus propios deseos y la no menor propensión de los latinoamericanos a devolver la imagen de intelectuales y de guerrilleros pregonando la ideología revolucionaria de rigor. Con la difusión del marxismo en todas sus declinaciones, América Latina, "hija del Buen Salvaje, esposa del Buen Revolucionario", se había convertido así en la "madre predestinada del Hombre Nuevo",[1] un lugar donde las utopías, ya inaccesibles para Occidente, eran aún posibles.

Hoy, en todo el continente, los marcos conceptuales y prácticos de lo político se han transformado considerablemente. Intelectuales y dirigentes latinoamericanos se han convertido al liberalismo y, en el altar de las creencias y de las referencias, la democracia y el mercado han sustituido a la revolución y al Estado. El resultado ha sido la desaparición de todo un vocabulario y toda una *gramática* del repertorio político y económico. Expresiones como lucha de clases, planeación económica o incluso sustitución de importaciones han sido reemplazadas por consenso democrático, desregulación económica y apertura

comercial. No obstante, esta conversión ha sido problemática porque, más allá de la cuestión de saber si se trata de un cambio de los marcos de referencia y de acciones, fruto de conveniencias o de convicciones, está relacionada con una inversión de valores y con una reconversión de intereses.[2]

Efectivamente, podemos preguntarnos si para numerosos actores latinoamericanos la democracia, percibida como un horizonte de espera en el sentido que le da Koselleck,[3] aún por alcanzarse y retrocediendo sin cesar, no ha sustituido a la revolución y ha adquirido una dimensión exclusivamente teleológica. Asimismo, cuando el mercado desplaza al Estado como agente regulador de lo social y de lo económico, en realidad únicamente está ocupando su lugar en la tradición totalizante del pensamiento latinoamericano. ¿Todo habría sucedido, en definitiva, como si el Buen Liberal y la Buena Democracia de hoy hubieran reemplazado al Buen Salvaje y al Buen Revolucionario de ayer?

Más sorprendente todavía es que de México a Argentina, de Perú a Venezuela, los dirigentes latinoamericanos de los últimos años hayan resultado extraños camaleones, que un día visten los colores populistas y, al día siguiente de las elecciones, revisten tonos violentamente liberales. Estos camaleones, políticamente populistas y económicamente liberales, han desmentido los análisis más sutiles de los economistas del MIT y del Banco Mundial. En efecto, en sus brillantes manuales, la macroeconomía populista no encuentra fácil acomodo a los rigores poco tropicales del liberalismo.[4] Sin embargo, en Argentina el menemismo habría hecho bailar a todo el país al ritmo de un tango excesivamente liberal. Más al norte el fujimorismo habría comprometido al Perú en los senderos luminosos pero escarpados del ajuste estructural. El salinismo, por su parte, ha-

bría intensificado el ritmo cardiaco de un PRI y de un México agotados, acelerando el *tempo* de reformas adornadas con neoliberalismo y un gran acorde final. La última aventura del camaleón latinoamericano ocurrió en la Venezuela de Hugo Chávez, quien se las ingenia para repetir la transformación, aunque en este último caso es posible que el diluvio de exhortaciones revolucionarias no se disipe tan rápidamente. ¿Cuál es pues este extraño camaleón que recorre las Américas y se adapta a todos los climas del continente?

DEL MARXISMO AL LIBERALISMO O EL VALS DE LOS PARADIGMAS

América Latina es un continente de extremos. Está plagada de extremas violencias y de extremas bellezas, de injusticias aterradoras y de fortunas barrocas. Es también un continente que a lo largo del siglo ha estado sometido a altas presiones ideológicas. En América Latina ha sido omnipresente la creencia en una racionalidad dominada por lo social, a lo que aspiraba a darle forma. De una década a otra se produjeron numerosas tormentas ideológicas que barrían con las certidumbres de ayer y arrastraban con ellas el aluvión de reformas apenas esbozadas.

De hecho, en un lapso de 30 años, el continente ha estado sometido a un auténtico diluvio de paradigmas y de modelos.[5] Esta meteorología tropical, hecha de tormentas repentinas y de calmas igualmente efímeras, ha sido frecuentemente mantenida por los mismos latinoamericanos. Frecuentemente también ha sido propiciada por especialistas extranjeros, venidos de las cuatro esquinas de las ciencias sociales para descubrir las leyes del cambio en regiones supuestamente menos complejas y más maleables, y que han tratado estas extensiones como si fueran

gigantescos laboratorios a cielo abierto, disponibles y listas para ser exploradas como las grandes minas de cobre que tiñen el sur del continente. Un verdadero enjambre de teorías y de paradigmas se abatió así sobre la región a lo largo de las últimas décadas. Dicho diluvio, como lo describió Albert Hirschman, en más de un caso se ha visto acompañado de experimentos extremos, de una cierta "furia por concluir", en la que los rígidos modelos puestos en práctica eran una invitación a diseñar alternativas del todo o nada, sin claroscuros.[6]

Así pues, el liberalismo y el democratismo que ostentan numerosos intelectuales y dirigentes latinoamericanos podrían ser sólo la prolongación de la tendencia precedente, un episodio más de este "entrecruzamiento" de paradigmas. Esta conversión ilustra una vez más la celeridad con que se integran en América Latina los pensamientos y las ideas para convertirse, en su radicalidad misma, en una forma de solución seudocreativa de los problemas. Dicho de otra forma, la conversión latinoamericana ejemplifica esta manera de pensar y de hacer economía política a través del prisma de paradigmas que articulan leyes del cambio y horizontes siempre radiantes.

Hoy los actores y los observadores de la región coinciden en subrayar cuánto se ha transformado el universo conceptual del continente desde la fecha de la publicación del libro de Rangel, es decir, en un lapso de 20 años. En esa época la revolución y el Estado eran los conceptos inescapables del paisaje latinoamericano. Todo Buen Latinoamericano viviente era un Buen Revolucionario en pensamiento, discurso y acción. Asimismo, en la esfera económica, el desarrollo de la región no podía concebirse sin el apoyo del Estado, motor y actor insuperable. En cuanto a la democracia, ésta era entonces "formar" o "armada", siempre conceptualmente adjetivada y políticamente instru-

mentalizada, pensada a la izquierda como un medio y a la derecha como un subterfugio. Cubana o chilena, social o liberal, la revolución era la matriz que portaba la visión del mundo latinoamericano, el prisma a través del cual el resto del mundo veía y quería ver dicho continente.

Ahora la liberalización económica y la democratización política se han abierto camino, llevando con ellas un nuevo vocabulario y una nueva gramática política cuyo abecedario son el mercado y la democracia. En el plano económico, más allá de los éxitos y los fracasos, lo que llama la atención es el interés y la celeridad con que fueron dirigidas las políticas de liberalización o de privatización. En materia de privatizaciones, por ejemplo, después de Chile, pionero en este dominio desde 1974, la Argentina se comprometió en un audaz programa 15 años más tarde, realizando prácticamente el estreno mundial de la desregulación de los servicios postales. Más al norte, en México, en un periodo de tiempo muy breve el número de empresas públicas se redujo cinco veces, al pasar de más de mil a principios de los años ochenta a menos de 200 en la actualidad. En 1992, América Latina era una de las regiones donde las privatizaciones habían sido más rápidas y profundas, pues aportaba 35% del valor total de las operaciones, frente al 6% de 1988.

Asimismo, en materia de apertura comercial y libre comercio el continente ha vivido a un ritmo sostenido, como lo indica la proliferación de acuerdos bilaterales y multilaterales en los últimos años. Uno de los más notables es innegablemente el Mercosur, que firmaron en Asunción en 1991 los países del Cono Sur y que vio oficialmente la luz el 1º de enero de 1995. El ejemplo de México es aún más significativo; dicho país, a pesar de una fuerte tradición proteccionista y nacionalista, firmó el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) con

los Estados Unidos y Canadá, en vigor desde el 1º de enero de 1994. Se trata de un cambio de envergadura; al antiguo paradigma de la estrategia de crecimiento hacia dentro, de sustitución de importaciones, le sucedió una estrategia singularmente dinámica, de apertura y de inserción positiva en los intercambios mundiales. Signatario del GATT en 1986, México se convirtió así en el único país latinoamericano que ha concluido un acuerdo de este tipo con los norteamericanos; también es el único país de la región miembro fundador del Banco Europeo de Reconstrucción y Desarrollo (el único BERD), y en mayo de 1994 fue admitido en una de las cavernas del liberalismo de fin de siglo, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico.

Esta nueva política económica fue conducida por una generación de hombres que en ocasiones fueron muy a la ligera calificados como tecnócratas y que desde la Argentina de Menem al México de Salinas y de Zedillo, pasando por el Chile de los "Chicago Boys" y después de Aylwin y de Frei, tienen en común una formación en el extranjero y una visión económica moderna y abierta al mundo. Los casos del mexicano Pedro Aspe, del argentino Domingo Cavallo y del chileno Alejandro Foxley, formados en el MIT o en Harvard, que fueron designados ministros de Economía o de Hacienda en sus respectivos países, ilustran este relevo generacional de hombres que comparten una cierta visión del mundo y cuyos valores centrales son el mercado y la democracia.[7]

Lo más sorprendente en esta "gran transformación" latinoamericana reside sin embargo en la persistencia de figuras salidas más de las novelas de la época del *boom* literario que de los manuales de economía del perfecto reformador. Efectivamente la velocidad, la amplitud y la profundidad de las transformacio-

nes experimentadas por numerosas economías del continente no habrían sido posibles sin una conjunción extraordinaria de factores, derivada tanto del rápido deterioro de coyunturas (lo que exigía un cambio de rumbo) como de la aparición de hábiles equipos de economistas que se beneficiaban de una sombrilla política singular: la que ofrecían los camaleones populistas, antiliberales el día de las elecciones y neoliberales llegada la noche de las reformas.

LA APARENTE PARADOJA DE LAS CONVERSIONES: ¿CONVERSIONES ESTRATÉGICAS O CONVERSIONES IDEOLÓGICAS?

Aunque parezca increíble, estos personajes, escapados del ayer, estaban bien vivos todavía a fines de siglo. Muchos de ellos han cambiado de camiseta en forma espectacular y han permitido a sus países tolerar los choques impuestos por la medicina neoliberal. El arquetipo de este camaleón latinoamericano es sin duda el argentino Carlos Menem, quien supo representar todo el repertorio del gaucho argentino y a la vez comprometer a su país en una de las más rápidas transformaciones económicas del continente. Así los resabios del pasado autoritario, populista, clientelista o de las luchas armadas revolucionarias parecen tanto haberse disipado como aferrarse a lo que queda de las fraseologías de ayer. ¿Habrá que ver la conversión a las delicias de la democracia y del mercado solamente como una fachada, una nueva mascarada cuyo fin es engañar a los inversionistas extranjeros, que únicamente se revistió de Buen Liberal para conjurar los fantasmas de los tribunos del liberalismo desesperados por ver sus paradigmas hechos realidad?

Indudablemente, la conversión a la democracia o al mercado muestra en ocasiones los rasgos de una permuta. Ciertas tra-

yectorias intelectuales en el continente son ejemplo de cómo a veces la adhesión a los nuevos valores obedece a cálculos interesados, y pueden entonces analizarse en términos de costo-beneficio. Los virajes personales son incontables: el venezolano Ricardo Hausmann, que representaba la vanguardia de las luchas revolucionarias, hoy es el economista en jefe del principal banco de desarrollo del continente; el brasileño Fernando Henrique Cardoso, ayer sociólogo desarrollista, hoy es el poderoso padre del real brasileño, y por segunda vez presidente de su país.

Si para algunos dichas conversiones son resultado de experiencias sinceras, no es siempre así. Como lo subraya Laurence Whitehead, las ideas neoliberales frecuentemente son utilizadas para esconder las estrategias del poder. Y él mismo anota, a propósito de los análisis de uno de los neófitos liberales, el peruano Hernando de Soto: "curiosamente este conjunto de análisis, vigorosamente antimarxista, está caracterizado en más de un caso por un determinismo económico burdo [...] y pienso que los análisis de De Soto provienen de un marxismo vulgar, que en lugar de hablar del proletariado habla del sector informal y del Estado en vez de la burguesía".[8] Ahora bien, De Soto, economista y empresario, fue asimismo uno de los principales promotores del pensamiento liberal en su país. Fundó uno de los más brillantes *think-tanks* de América Latina, el Instituto Libertad y Democracia, que ha tratado de impulsar las ideas liberales; en 1979 y 1982 organizó simposios internacionales en los que participaron, entre otros, Hayek y Friedman.[9] Uno de los más fervientes defensores del liberalismo en América Latina, el escritor y ex candidato presidencial del Perú Mario Vargas Llosa, también pone de relieve esta paradoja. Durante los años noventa, después de la defección de De Soto y de su acer-

camiento al presidente Fujimori, Vargas Llosa lo criticó severamente: "Él [De Soto], que había descrito con tanta precisión el sistema mercantilista en el Perú, había terminado por ser su prototipo. Nosotros, que lo habíamos impulsado –y de cierta manera inventado– debemos decirle sin rodeos: nuestra causa no es la libertad, ni el Perú, sino los apetitos de un aprendiz de Rastignac."[10]

Pero la paradoja es sólo aparente porque lo que se juega hoy en América Latina no es tanto la emergencia de un nuevo paradigma, que sería aplicado con toda su rigidez conceptual, sino la adhesión a una economía política de lo posible, una economía y una política más preocupadas por la ética de las consecuencias que por la ética de las convicciones. La prioridad de las grandes teorías ha empezado a desvanecerse, como lo demuestra la modificación misma del pensamiento de las grandes agencias multilaterales, del Banco Mundial y, en América Latina, de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) o del Banco Interamericano de Desarrollo, en beneficio de políticas económicas más pragmáticas, más atentas a la eficacia que a la integridad ideológica.

En efecto, contrariamente a la paradoja esbozada arriba, las conversiones al mercado o a la democracia refutan esta idea de una simple permuta de paradigma. Las conversiones de numerosos intelectuales y economistas, y los cambios de política, fueron profundos y amplios, y se vieron nutridos de decepción con respecto a las revoluciones. Además las experiencias de la historia real de los autoritarismos latinoamericanos reforzaron, al mismo tiempo que el desencanto revolucionario, la reevaluación de la democracia y del mercado. En este sentido, más allá de las conversiones estratégicas, explicables sólo a la luz de una pura dialéctica de los intereses, muchas veces se trata de con-

versiones ideológicas, asumidas en términos políticos o intelectuales, que han implicado profundas y dolorosas autocríticas.

A veces dichas conversiones fueron precoces, como la de Hernán Büchi, singular ministro de Pinochet a cargo de las finanzas de 1985 a 1989, a quien se atribuyen en su juventud afinidades con el Movimiento de la Izquierda Revolucionaria (MIR),[11] pero quien desde su regreso de Columbia University, en 1975, rápidamente se inclinó hacia los liberales de la Escuela de Chicago, que entonces empezaban a asociarse con los militares. Con frecuencia las conversiones fueron progresivas, alimentadas por los hechos de la historia real o marcadas por encuentros intelectuales, por pruebas y dudas, como lo muestra la trayectoria del ministro de Economía de Aylwin, Carlos Ominami, también venido del MIR y políticamente nacido en las ideas del mercado y la democracia después del golpe de 1973.[12] La conversión del propio Vargas Llosa, quien durante mucho tiempo fue cercano a diversos movimientos de la izquierda revolucionaria latinoamericana, se dio entre 1970, año en que explota el asunto del encarcelamiento del poeta cubano Heberto Padilla, y 1980, cuando descubrió el pensamiento de Karl Popper, de quien sería luego uno de sus principales promotores en la región.

LAS CONVERSIONES COMO EXPERIENCIAS DE APRENDIZAJE Y MODIFICACIÓN DE EXPECTATIVAS

El estudio de estas conversiones está por hacerse. Numerosos autores han subrayado la importancia del factor internacional, el tiempo mundial de la “democracia de mercado”, que estuvo detrás de esta transformación de los marcos de referencia latinoamericanos. Pero más allá de los factores exógenos, ya sean internacionales o nacionales, como lo propone Hirsch-

man, podría atribuirse “un papel más importante a la apreciación crítica que la misma gente hizo de sus propias elecciones y experiencias en tanto elementos explicativos de la aparición de elecciones nuevas y diferentes”.[13] Esta fenomenología de los compromisos y de las decepciones de los diferentes actores permitiría entender los cambios de preferencias, no como procesos lineales de aprendizaje, afectados por los choques sucesivos de la historia real, mundial o nacional, sino como itinerarios individuales sujetos a los vaivenes de las coyunturas y de las conjeturas.

Fenómenos de aprendizaje, de *learning by doing*, para parafrasear a Kenneth Arrow,[14] estas conversiones serían pues experiencias de cambio de preferencias, a veces precedidas de cambios de metapreferencias;[15] los actores se libran a todo tipo de astucias y de prórrogas ingeniosas antes de confesarse a ellos mismos su decepción. Además las motivaciones, y los cambios de preferencias, no caen del cielo, se inscriben en contextos económicos, culturales y políticos que varían de un país a otro. Una modificación de preferencias no es solamente retrospectiva sino que comporta también una dimensión prospectiva. Estos procesos de aprendizaje han sido esencialmente correcciones y eliminaciones de expectativas particulares, expectativas rechazadas, esperanzas que no han sido satisfechas. Así pues, las democratizaciones políticas o las liberalizaciones económicas en América Latina pueden también ser vistas como una sucesión de expectativas no satisfechas por parte de los actores, como un juego repetido de acciones y de reacciones, de negociación y de cooperación, de conflictos y de acuerdos, en el que los participantes se ajustan y resgustan, en función de recursos, de restricciones y de contextos.

El horizonte de expectativas desempeña también el papel de marco de referencia, en el sentido popperiano del término, en el que acciones, observaciones y experiencias adquieren un sentido o un alcance. En el interior de este marco, las observaciones derivadas de la historia real pueden resultar particularmente sobresalientes y "en ciertas circunstancias destruir el marco mismo, cuando chocan contra determinadas expectativas. En ese caso, pueden tener el efecto de una bomba sobre nuestro horizonte de expectativas y forzarnos a reconstruirlo, a rehacerlo todo".[16] Para los actores de las democratizaciones y de las liberalizaciones latinoamericanas, éstas fueron también expectativas conjeturales, de descubrimiento de nuevos hechos y de nuevas posibilidades, puestas a prueba por la imaginación o por la acción, como experiencias vividas o pensadas que construyeron un aprendizaje cuyo método fue más tributario de selección que de instrucción por repetición.

Para grandes segmentos de las élites latinoamericanas, la democracia y el mercado no han estado efectivamente integrados o reintegrados más que en el término de expectativas rechazadas, por ejemplo las de la revolución social y de la democracia integral. Asimismo, para numerosos sectores de la Democracia Cristiana en Chile o para los reformistas mexicanos, por ejemplo, el mercado vino a integrarse en el marco de referencias porque las observaciones indicaban la preeminencia del mercado sobre la planificación estatal para garantizar los índices de crecimiento. La adhesión se deriva así tanto de las observaciones como de las convicciones. Esta noción de horizonte de expectativas permite entonces comprender lo que ha estado en el corazón de las democratizaciones y de las liberaciones, a saber, el aprendizaje, el descubrimiento, incluso la creación y la adquisición, por parte de los actores involucrados, de nuevas car-

tas cognitivas y sobre todo de nuevas modalidades de hacer economía política.

DEL UTOPISMO AL POSIBILISMO

La gran transformación latinoamericana de este fin de siglo no es el advenimiento del Buen Liberal. No se ha producido, como podría creerse, el tránsito de un paradigma a otro sino la emergencia de un nuevo estilo cognitivo. Dicho de otra forma, estamos ante el fracaso de la idea misma de utopía política y de economía política de lo imposible, el fracaso de un estilo cognitivo cuya defensa e ilustración complementarias vinieron tanto de la macroeconomía del populismo como del monetarismo purista de los "Chicago Boys".

Estamos ante la emergencia de una política de lo posible, más humilde, menos proyectada hacia el futuro y más centrada en el presente, más atenta a la eficacia real que a la pureza conceptual. Esta emergencia consagra en particular el fracaso de convicciones nutridas en la creencia del sacrificio redentor de los individuos en el altar de los grandes ideales de la historia. El fracaso de la idea de que, como lo escribe el filósofo Isaiah Berlin, "existiría en algún lugar, en el pasado o en un porvenir, en una revelación divina o en el cerebro de un pensador, en las exhortaciones de la historia o de la ciencia, en el corazón simple y bueno de un hombre íntegro, una solución última y definitiva".[17] En el corazón de los procesos de democratización política y de liberación económica en América Latina existe el reconocimiento, implícito o explícito, de los procesos de conciliación de los intereses y de los valores, siempre en conflicto. Existe la idea de que la realización de algunos de nuestros ideales puede, por definición, volver imposible la realización de otros; que, por ejemplo, la afirmación de justicia para los perse-

guidos por las dictaduras puede traer consigo el riesgo no despreciable de perder nuevamente las ganancias de la democracia; asimismo, se sabe que las terapias liberales de choque no son mejor garantía que el desarrollismo para llegar al nirvana del desarrollo económico.

El surgimiento del posibilismo sobresale en el seno de diversas corrientes socialistas renovadas, particularmente chilenas, que en el pasado fueron poco propensas a transigir y tendían a adoptar posturas maximalistas. En Chile los socialistas están comprometidos en un profundo y amplio proceso de renovación política, han revalorizado la democracia formal y han abandonado la concepción instrumentalista para reconsiderar las leyes del mercado, sus posibilidades, sin ignorar sus límites. Más allá de Chile, son muchos los intelectuales latinoamericanos cuyos juicios a propósito de la democracia y del mercado se han modificado. Como lo declaró el escritor uruguayo Mario Benedetti en una especie de confesión: "La izquierda está cambiando. Creo que rechaza las posiciones extremas, las posturas radicales, la lucha armada. Y si se consolidan cambios, éstos no serán radicales, como lo fueron los de las revoluciones castrista o sandinista, se tratará más bien de cambios posibles. Creo que en este momento la izquierda está aprendiendo la ciencia de lo posible."[18]

Este cambio no es único de la izquierda latinoamericana y no ha sido completo o completado ni ha terminado.[19] Se inscribe en parte en el proceso de democratización política y de liberalización económica, a lo largo del cual se experimentó un aprendizaje de lo posible, es decir, una dinámica de ajustes y reajustes de las preferencias.

A este respecto la trayectoria de Chile es notable ya que, allí, durante los años ochenta, la actitud de los opositores y de los

diferentes gobiernos se volvió cada vez más pragmática porque cada día comprendían mejor que el apego a la ética de la convicción los conduciría a algo más inmoral, que sería la reconducción de un autoritarismo. Antes, durante los años sesenta y setenta, lo normal era el radicalismo del Buen Revolucionario, tanto de derecha como de izquierda. El país se había transformado así en un verdadero laboratorio donde, paradigma tras paradigma, la economia política consistía en un despliegue incesante de futuros, una secuencia indefinida de rupturas. Ya sea la política de la "Revolución en libertad" de Eduardo Frei en los años sesenta, la "Revolución social" de Allende o la "Revolución liberal" de los "Chicago Boys", todas comportaban poderosas dimensiones teleológicas y se configuraban según una misma matriz revolucionaria y utópica. En este sentido el año de 1973 y los "Chicago Boys" de los primeros años de la revolución neoliberal no fueron una ruptura, sino un episodio más en la danza (o en la guerra) de los paradigmas.[20] Fue hasta los años ochenta cuando las fuerzas políticas, tanto en el gobierno como en la oposición, se orientaron hacia un mayor realismo político; la crisis de la deuda y el horizonte plebiscitario de 1988 actuaron como aguijón de dicha transformación.

Sólo después de la crisis de 1982-1983 el país se orientó hacia políticas de lo posible, reformas macroeconómicas más pragmáticas, menos proyectivas y más reactivas. En este momento en particular, bajo la presión de los acontecimientos, la política neoliberal de los economistas de Chicago viró en un sentido más pragmático; el nombramiento de Hernán Büchi en 1985, a la cabeza de las reformas, consolidó esta orientación ideológicamente más flexible. Asimismo, en la oposición, muchos actores políticos iniciaron profundas autocríticas. Paralelamente algunas fracciones moderadas del gobierno, por con-

veniencia o por convicción democrática, adoptaron estrategias más conciliadoras, abriendo así la vía de una transición sin ruptura que culminaría con la derrota plebiscitaria de Pinochet en 1988.

Menos ideológicas y más consensúales, las políticas económicas de hoy reflejan un estilo posibilista, en el que discursos y prácticas están marcados por cierta precaución ante modelos preestablecidos y violencias ideológicas. Es notable, por ejemplo, la continuidad con la que los gobiernos democráticos posteriores al de Pinochet han asumido la política económica del régimen militar.[21] De la misma manera hoy, a instancias del concepto de liberalismo social foijado en México, las políticas económicas chilenas responden a lógicas compuestas, donde interactúan, se complementan y se limitan dimensiones sociales y dimensiones liberales. No en balde el *leitmotiv* del gobierno de Frei es "crecimiento con equidad". El tema de lo social se impone cada vez más en la agenda latinoamericana como lo confirmaron el informe de la CEPAL, publicado en 1990, así como la organización de la Cumbre del Desarrollo Social de 1995, bajo la égida de las Naciones Unidas, en Santiago de Chile.

Este posibilismo no es otra cosa que un acercamiento de la economía política cuya esencia, según las palabras de Hirschman, "consiste en encontrar los medios de escapar a construcciones demasiado rígidas, y esto, en cada caso que se presente".[22] El uso de este término no significa sin embargo que los latinoamericanos suscriban las ideas desarrolladas por Hirschman hace más de 20 años; la mayoría ignora su nombre y, si lo conociera, no hay razones para creer que sería una fuente de inspiración.[23] Falta que esta etiqueta permita conceptualizar los cambios en curso, a saber, el tránsito del utopismo al posibilis-

mo, de un quehacer político al que subyace una visión del tiempo que valoriza el futuro –o el pasado– a un quehacer más atento al presente. El futuro en América Latina ha dejado de ser el horizonte desde el cual se construye el presente, el lugar del tiempo de un juicio final que sería formulado en relación con la fidelidad a paradigmas o modelos de lo real.

Como lo escribe Hirschman, la evolución fundamental que se dibuja hoy es la del tránsito "de la confianza absoluta en la existencia de una solución radical de los problemas económicos y sociales a una actitud más crítica, más pragmática: de la certidumbre ideológica a una investigación más abierta, ecléctica y escéptica".[24] En el ámbito político los procesos de democratización han sido frecuentemente el fruto de pactos o de concertaciones, es decir, de juegos cooperativos que excluyen la suma cero, en los que se hacen concesiones mutuas y se descubren en forma inédita preferencias. La intransigencia y la desconfianza ideológica cedieron el lugar a transacciones, donde opositores y gobernantes transigen con principios e intereses a fin de preservar lo esencial y alejar el riesgo de quedar fuera del juego, de dejar de participar en las apuestas políticas.

Este reflujo del ardor ideológico, fingido o real, que enmarca los discursos latinoamericanos, es perceptible en las políticas macroeconómicas, donde la implantación menos rígida demuestra "un nuevo espíritu experimental por parte de los economistas, de los intelectuales y de los responsables políticos latinoamericanos".[25] Los choques heterodoxos de lucha contra la inflación, como los planes Austral y Cruzado, aplicados en Argentina y en Brasil a mediados de los años ochenta, o las políticas de "liberalismo social", "de economía popular de mercado" o de "crecimiento con equidad", pregonados respectivamente por el México de Salinas, la Argentina de Menem y el Chile de Ay-

lwin y de Frei durante los años noventa, son claros ejemplos de la transformación de la economía política latinoamericana. Ha habido preferencia por las políticas económicas más flexibles y compuestas (que combinan liberalismo económico y populismo político como en los casos mexicano, peruano y argentino) frente a las soluciones estructuralistas o monetaristas, a los remedios puramente liberales o idealmente sociales.[26] Trátese de las privatizaciones, es decir de la reestructuración de lo público y de lo privado, del Estado y del mercado en materia económica, de los sistemas de jubilación o de la apertura comercial, las políticas que se han puesto en pie, lejos de encajarse en soluciones de todo o nada, se apoyan en un cierto gradualismo y optan por las reformas frente a la ruptura.

De manera igualmente significativa, este cambio de visión del mundo es patente en la producción de la CEPAL, cuyos informes han tenido siempre un eco considerable en el continente. Así lo demuestra uno de los primeros informes de los años noventa, que enfatiza las oportunidades que generan ciertas políticas entendidas como "aprendizajes dolorosos" y "avanzadas"[27] frente a las desventajas estructurales heredadas de la "década perdida". Además de las tradicionales y amplias perspectivas de largo plazo, se han insertado numerosos estudios de caso, que convergen en la descripción detallada de ciertos proyectos exitosos en materia de educación superior, de promoción de exportaciones o de reestructuración industrial. Como lo subraya el informe, lo esencial se funda en una nueva convicción según la cual, "a pesar de graves obstáculos que enfrentan los países de la región, existen vías para superarlos". "Para la CEPAL, que posee una larga tradición de imágenes sombrías de la situación del continente", es, como lo subraya Hirschman, "un cambio notable y la promesa de nuevas aperturas".[28]

Además esta conceptualización de los cambios en curso se apoya en el hecho de que en países tan diferentes como México, Chile o Brasil, para no citar más que éstos, actores políticos de primer plano se han acercado al pensamiento de lo posible. Del presidente mexicano Carlos Salinas de Gortari, el ministro de Finanzas de Aylwin, convertido hoy en presidente de la Democracia Cristiana, Alejandro Foxley, e incluso Fernando Henrique Cardoso, varias veces diputado y ministro antes de ser presidente de Brasil en octubre de 1994, todos se han aproximado más o menos al pensamiento de Hirschman. El primero fue su alumno en Harvard,[29] el segundo tuvo su apoyo para la creación de uno de los primeros *think-tanks* de la oposición chilena a mediados de los años setenta[30] y, por último, el tercero ha sido un lector asiduo de sus obras.[31]

El itinerario intelectual y político de una personalidad como Fernando Henrique Cardoso confirma además, por si fuera necesario, que las conversiones al mercado y a una cierta idea democrática, que enfatiza la dimensión procedimental, no se reducen al estricto juego de intereses o de conveniencias. Cardoso, sociólogo, fue conocido y reconocido por sus escritos sobre el desarrollo, dentro de la corriente de la teoría de la dependencia inspirada en el marxismo y en el pensamiento cepalino. En estos años el hijo de general y descendiente de una gran familia se separó del Partido Comunista Brasileño. Después, paralelamente a la apertura política del régimen militar, Cardoso fue abandonando sus preocupaciones teóricas para concentrarse en la democratización como tema de sus trabaos. En 1975 ingresó como miembro activo del Partido Socialista Brasileño, tres años después fue electo senador suplente y senador titular en 1982. En esta época las referencias a la dependencia, la lucha de clases o la explotación imperialista fueron disipadas en la

bruma de los regímenes autoritarios. Las referencias marxistas se desvanecieron y aparecieron nuevos temas de interés, como los empresarios, pero sobre todo el sociólogo atribuyó creciente importancia a las ideas de mercado y de democracia. Durante esta década, experimentando él mismo la democracia como hombre político, Cardoso abandonó todo proyecto de reestructuración brutal de la sociedad, toda representación totalizante de ésta, y emprendió definitivamente el aprendizaje de lo posible y de las estrategias de racionalidad limitada.[32]

PASADO IMPOSIBLE Y FUTURO IMPROBABLE: RECONVERSIÓN DEL PASADO Y RECONSTRUCCIÓN DEL FUTURO

En Chile, como en otros lugares del continente, el periodo de lo que el historiador Mario Góngora llamó "la época de las planificaciones globales"[33] parece estar clausurado. La muerte de los antiguos paradigmas, marxismo, militarismo, populismo y proteccionismo (¿y hoy del liberalismo y del monetarismo?), se ha visto acompañada por una visión de lo político menos filtrada por el prisma de las grandes teorías. Esta época manifiesta también una evolución más general, que consiste en el paso de una confianza absoluta en la existencia a una actitud más crítica y abierta, a una praxis de lo posible en la que las certezas ideológicas de ayer desaparecen en beneficio de una práctica a la vez más escéptica y ecléctica. Asimismo, se desarrolla una perspectiva de la que desaparece la propensión a exteriorizar las responsabilidades y a proyectar a otros lugares –reales o imaginarios– la explicación de los males o de la felicidad de la región. Hoy, en América Latina, las políticas económicas combinan distintas perspectivas teóricas, entre el *laissez-faire* y el dirigismo. De manera que hoy en día prevalece un notable re-

flujo de las retóricas de intransigencia, así como una mayor prudencia, incluso reticencia, con respecto a la aplicación de modelos preestablecidos. Dicho de otra forma, la buena noticia latinoamericana en el fin de siglo y principio de milenio es que la región está en vías de sacudirse un fantasma que durante mucho tiempo la ha atormentado, el fantasma de una buena teoría que sería la clave de las leyes del desarrollo y de la práctica de una fórmula simple y racional, transportable de los Andes a la Patagonia, válida tanto en Brasilia como en México.

Innegablemente los estereotipos y marcos de reflexión forjados hace más de 20 años siguen vivos. La insurrección en Chiapas en particular demostró cómo aquél, de quien *The Economist* se mofó al llamarlo el Robín Hood de la Selva Lacandona, suscitaba simpatías y despertaba los arquetipos en la memoria, expectativas e ilusiones que se creían perdidas. Repentinamente, en el tiempo mundial de la democracia y del mercado, el tiempo de la libertad de comercio y de las urnas, el Primer Mundo en el que el México del presidente Salinas soñaba insertarse con la entrada en vigor del TLCAN, el 1º de enero, el Buen Revolucionario Marcos y el EZLN reanimaban otro tiempo, el de las revoluciones y de los futuros alegres. Con este episodio mexicano el conjunto del continente disfrutó al igual que Europa y los Estados Unidos, como lo demostró la cobertura de cierta prensa occidental y europea en particular, de una bocanada de tercermundismo, indigenismo y revolucionarismo combinados, como en los viejos tiempos.

El desenlace del episodio de Chiapas revela un pasado aún presente (no únicamente el de los mitos sino también el pasado real de la miseria endémica de toda una región), pero también muestra cuánto se ha transformado el universo conceptual y concreto de lo político. En las elecciones del 21 de agosto de

1994, el país eligió no la vía insurreccional sino la vía institucional, la arena de las urnas y no la arena de las calles para proceder a la anunciada democratización. Lo que corrobora dicho episodio mexicano, al igual que el problema lancinante de los procesos contra los militares en Chile, de la reconversión de los guerrilleros que depusieron las armas en Colombia, en Ecuador, en Perú o en América Central, es que el continente se encuentra bajo el fuego cruzado de dos temporalidades: la de un pasado ya imposible y la de un futuro todavía improbable.

Efectivamente, estas dos temporalidades parecen hoy atenazar al continente. Por un lado el pasado es problemático, se desea sustraerse a él, olvidar el rostro de los regímenes autoritarios, de las violencias revolucionarias y de las miserias endémicas. Insertarse en los circuitos financieros internacionales o acelerar el desembarco de los nuevos conquistadores industriales son vistos como medios para explotar recursos y salir del subdesarrollo, y así escapar del pasado para integrarse al famoso tiempo del Primer Mundo. La gestión del pasado se presenta así, en diversos aspectos, bajo la forma de un dilema que atiza las tensiones entre la ética de la convicción y la ética de la responsabilidad: pues o bien se olvidan las acciones de los regímenes autoritarios y se asegura la cohesión nacional (es la vía elegida por los países del sur, principalmente Uruguay, Argentina y Chile) o se les sanciona poniendo enjuego la gobernabilidad de los procesos en curso.

En cuanto al futuro, éste se vuelve tan improbable como problemático. Lo que se constata hoy en América Latina es una crisis del futuro. Los horizontes temporales de lo político se han estrechado; los países se comprometieron con políticas económicas de ajuste, más centradas en el presente y menos proyectadas hacia el futuro, enclavadas en temporalidades limi-

tadas.[34] La desvalorización del futuro constituye innegablemente una buena noticia, incluso si trae consigo problemas. Buena noticia porque de diferentes maneras, como lo demuestran las políticas de ajuste o de rigor presupuestal, lo que prevalece es la experiencia pragmática sobre la expectativa escatológica, la cual tradicionalmente hacía retroceder el futuro (el advenimiento de la democracia real, o del hombre nuevo), a un tiempo siempre más lejano y fugitivo. En lugar de las edades de oro, pasadas o por venir, ha surgido un tiempo en el que la preocupación por el presente se impone, un tiempo que lleva el desgaste de dichas expectativas escatológicas que hicieron en gran parte la historia latinoamericana; una historia de futuros radiantes pero siempre fuera de alcance. Esto, para un continente nacido como utopía, es decir, como lugar que no es pero también como tiempo que quizás pueda ser, constituye una novedad importante. Hoy los horizontes más lejanos no son prometedores o en todo caso ya no están cargados de promesas mágicas. Ésa es la buena noticia.

Pero esta confusión en relación con el futuro y el regreso del presente al centro de la perspectiva trae consigo asperezas. Efectivamente, en política, una propuesta se articula siempre alrededor de un futuro por construir. Como lo subraya Max Weber, "el asunto propio del hombre político" es precisamente "el porvenir y la responsabilidad ante el futuro".[35] Construirlo –incluso con horizontes más limitados– constituye una de las dimensiones centrales de lo político. El desafío latinoamericano actual consiste en canalizar dicho futuro, articularlo ya no bajo la forma de agendas fugaces sino más definidas y firmes. Sin embargo ya no se trata solamente de la reconversión del pasado, sino también –y quizás sobre todode– la reconstrucción de un futuro común, de un futuro ya no utópico sino posi-

bilista. Como lo subrayaba el entonces ministro Ricardo Lagos, hoy presidente de Chile, la segunda transición chilena debe hacer frente al futuro, a esta dimensión de lo político que está hoy notablemente atrofiada: "Ya no estamos en 1989. Nuestro problema hoy no es la dictadura. Nuestro problema es el porvenir de Chile."[36] En este sentido, la armonización entre democracia política, crecimiento económico y equidad social podría orientar esta flecha del tiempo latinoamericano, flecha que indica, como lo escribió perfecta y justamente el sociólogo chileno Norbert Lechner, un "presente omnipresente" sobre el cual pasado y futuro proyectan, uno, sus sombras y, el otro, sus silencios.[37]

DEL ORINOCO A TIERRA DEL FUEGO: EL DURO DESEO DE PERMANECER

Más allá de las dificultades señaladas como inherentes al desvanecimiento de un horizonte de promesas en América Latina, es conveniente insistir en la multiplicidad de las trayectorias y de las paradojas. Efectivamente en numerosos países del continente la emergencia del posibilismo se revela multiforme y a veces se reviste de populismo.

Del Perú a Argentina, de Brasil a Venezuela, los años noventa fueron los años del regreso de líderes más o menos carismáticos, que practican tanto la efusión como la confusión de los sentimientos, los llamados al pueblo, a los desposeídos, a todos los sin tierra y sin esperanzas, que esperan que Godot venga a liberarlos de un tiempo sin horizontes. Estos mismos dirigentes se convirtieron en los maestros del engaño y del viraje. Una vez elegidos, aplicaron amplias terapias liberales, ilustrando a su manera el pragmatismo latinoamericano de fines del siglo xx. El oportunismo electoral cedió su lugar al reformismo y el

guante de terciopelo populista, una vez lanzado, reveló una temible mano de hierro liberal. Así el neopopulismo de estos últimos años se convirtió en una declinación (inconfesable) de la gran transformación latinoamericana, una singular autosubversión posibilista de los años de altas mareas ideológicas.

Trátese de Carlos Menem en Argentina, de Alberto Fujimori en Perú o de Hugo Banzer en Bolivia, la secuencia, con algunas variantes, es siempre la misma: campañas electorales *antiestablishment* y antiliberales; después, una vez electos, viraje y lanzamiento, con frecuencia a gran velocidad, de reformas que harían palidecer a cualquier conductor de un convoy monetarista. Una vez que la población tragó la píldora amarga, lo esencial para los equilibristas populistas es mantenerse en los sondeos de opinión y, a veces, hasta logran reelegirse estos maestros en el arte político de perdurar. Dicho de otra forma, su línea de conducta fundamental es apelar al pueblo, referirse al pueblo, tratando de satisfacer el mayor tiempo posible sus expectativas, pero conservando siempre a la vista el deseo invariable de permanecer, concillando hábilmente tácticas de corto plazo y estrategias de largo plazo. De la tensión entre estas dos temporalidades nace una gestión administrativa singularmente pragmática, zigzagueante entre un registro de economía política populista (promesas de beneficios de redistribución inmediatos, indoloros) y otro antipopulista (distribución de los costos de las reformas entre diferentes sectores en conflicto).

A medio camino entre el gobierno democrático, *pro-tempore*, siempre encajado en los límites temporales predefinidos, y el gobierno autoritario, que no aspira más que sustraerse de las restricciones temporales de la vida democrática, el equilibrista neopopulista se inscribe en un intervalo temporal. Menem y Fujimori, los dos, recurrieron a prórrogas, incluso sabiendo

que no podían ser indefinidas. Porque estos líderes –Menem al menos– en ninguna forma impugnaban los mecanismos fundamentales de la democracia, de la misma manera que tampoco rechazaban el funcionamiento de las leyes del mercado.[38] Ambos líderes jugaban entre dos registros temporales distintos: uno de corto plazo, que apuntaba a hacer tragar la píldora de las reformas agitando según su necesidad el pañuelo populista y, el otro, implantado en un horizonte de largo plazo, apuntando hacia la reelección. Como lo subrayan los estudios realizados en ese tiempo,[39] Menem y Fujimori hicieron una apuesta política que los distinguía claramente de sus predecesores: lejos de apostar a la miopía populista (estrategia de corto plazo de redistribución de las rentas y de los fondos públicos con el fin de obtener el apoyo de la población), apostaron al ajuste estructural, conscientes de sus costos previsibles a corto plazo, en términos de empleo y de desplome salarial, pero también apostaron al hecho de que la población no es una víctima totalmente ignorante de los *trade-off* intertemporales. Las alzas salariales y las políticas presupuestarias laxistas no presagian un mañana mejor, generan los déficit de mañana y, a la larga, fustes todavía más dolorosos.

En este sentido, si nos referimos por ejemplo al caso argentino, Menem no es Perón ni el menemismo es el peronismo. La Argentina del tándem Menem-Cavallo llevó a cabo efectivamente una de las reformas más amplias experimentadas estos últimos años por un país latinoamericano; renunció sin titubeos a áreas enteras de su soberanía cuando en 1991 la junta monetaria estableció la equivalencia de uno a uno entre el peso argentino y el dólar, la que se convirtió en una verdadera camisa de fuerza. El objetivo era erradicar la hiperinflación e impedir al gobierno monetizar su déficit; dicho de otra forma, la

junta monetaria era un obstáculo para que el gobierno se entregara a la macroeconomía populista, a una economía política de lo imposible en materia presupuestaria.[40] El tándem Menem-Cavallo fue muy hábil en el arte de hacer tragar la amarga píldora del ajuste estructural a la población, jugando, al mismo tiempo, la carta del registro populista (de uso interno) y la carta tecnocrática (de uso externo). Evitó cuidadosamente sucumbir al canto de las sirenas y a la miopía populista, dirigiendo las concesiones y preservando, al menos para Menem, las perspectivas de reelección hasta el fin del menemismo –en efecto, Menem renuncia definitivamente a la "re-reelección" sólo a mediados de 1999.

Al mismo tiempo y para satisfacción de los electores argentinos, el menemismo intentó complacer a otro tipo de elector que no vota con boleta sino con dinero contante y sonante. Sometido este gobierno, como muchos otros de la región, a restricciones de financiamiento de la balanza de cuenta corriente, y dependiente de los flujos financieros internacionales, la Argentina de Menem también tenía que seducir, a gran escala, al pueblo de los inversionistas internacionales. Si la expresión no fuera abusiva se podría hablar de un populismo de dos caras, en el que los equilibristas neopopulistas y liberales se veían obligados a desempeñar el difícil y delicado arte de satisfacer a dos parejas al mismo tiempo, sin que la pareja legítima se ofendiera por las proposiciones que hacía a su amante. Este juego de confianza y de desconfianza inspiró, en enero de 1999, el llamado que hizo Menem al pueblo *high tech* de los mercados financieros internacionales, cuando la devaluación del real brasileño. La campaña por la dolarización tenía por objeto acallar la desconfianza de los mercados y recuperar el favor de los analistas y de los inversionistas de Wall Street, así como de las otras pla-

zas financieras internacionales, inquietos por la dependencia de la economía argentina del vecino brasileño, al que destinaba 30% de sus exportaciones. Muy rápidamente y apoyándose en esta campaña, los analistas de los bancos y de los fondos de inversión hicieron una limpia, durante la cual el gobierno argentino multiplicó los *road-shows* en Nueva York, París y Londres para desactivar una posible venta de desconfianza y apagar las veleidades de *voice*, incluso el *exit*, léase la fuga de inversionistas.

HUGO CHÁVEZ: ¿EL ÚLTIMO DE LOS MOHICANOS?

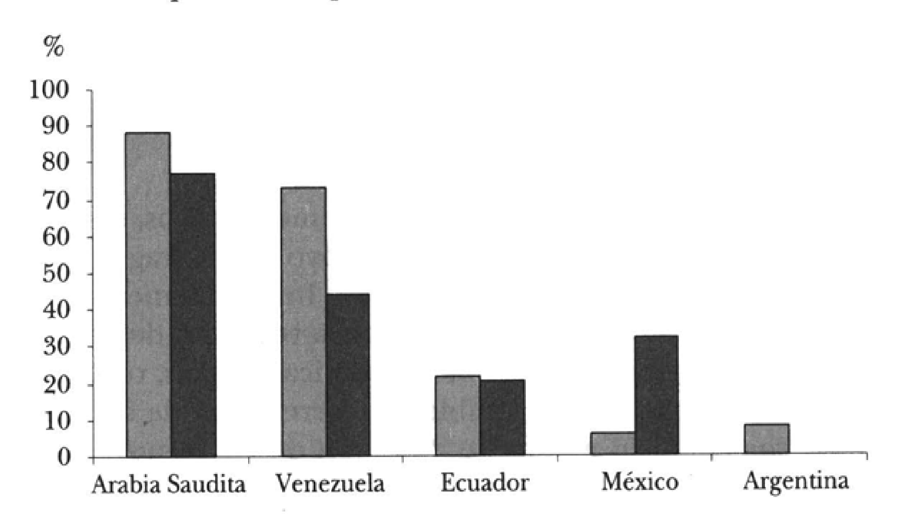
Si la trayectoria de la Argentina bajo Menem puede describirse como una experiencia posibilista, que concilio el populismo político y el liberalismo económico, otorgando prioridad a la ética de la responsabilidad sobre la de las convicciones, el último brote populista latinoamericano es completamente diferente. En Venezuela la retórica populista es omnipresente pero, contrariamente al vecino, el presidente Hugo Chávez no tiene que enfrentar una situación comparable, en términos temporales, a la que conoció Argentina a principios de los años noven ta.

Efectivamente cuando Carlos Menem, candidato del Partido Justicialista, accedió a la presidencia en 1989, heredó una economía en crisis, como Chávez diez años más tarde en Venezuela. Sin embargo, existe una gran diferencia entre los dos países: Argentina, a diferencia de Venezuela, experimentó un choque macroeconómico de gran magnitud. La hiperinflación –que alcanzó 3080% en 1989– provocó una drástica contracción de la inversión y del crecimiento. Ésta anuló todos los horizontes temporales; la erosión monetaria minó cualquier tentación de hacer proyecciones a futuro.[41] Sometidos a extremas variacio-

nes en la aceleración de la inflación, los argentinos experimentaron un notable estrechamiento de sus horizontes temporales. Así, desde 1985 el financiamiento máximo para las operaciones de crédito no era de más de siete días, contra los 90 de un periodo normal. Un choque temporal hiperinflacionario de esta naturaleza aniquila toda dimensión utópica y cualquier capacidad de proyección o de proyecto. El país estaba listo para aceptar cualquier terapia, así fuera de choque, que pudiera poner fin a la espiral inflacionaria, interrumpir en definitiva esa abrupta caída en el presente y en el corto plazo que supone la hiperinflación. Al choque temporal de la hiperinflación le siguió su remedio: el ayuste estructural y la imposición de una camisa de fuerza, el plan de convertibilidad. A partir de entonces los péndulos de la economía argentina se pusieron a tiempo; el tándem Menem-Cavallo se apoyó en un "consenso de avanzada preventiva";[42] la legitimidad de la acción se fundaba en la improbable eficacia futura de las reformas, pero sobre todo en el profundo deseo de los argentinos de escapar al muy previsible y doloroso infierno del presente superinflacionario.

En Venezuela, a pesar de la severa crisis económica que azota al país, no ha habido semejante choque temporal. La variable petrolera introduce la diferencia fundamental entre las dos economías. En Venezuela, como en ningún otro país de América, la renta petrolera ha sido al mismo tiempo una bendición y una maldición. Ha dotado al país de una riqueza incomparable pero también lo ha expuesto a los vaivenes de los mercados petroleros (cabe recordar que este producto representa más de 70% de sus exportaciones y genera cerca de 50% de sus ingresos; véase la gráfica 1).

GRÁFICA 1
La dependencia petrolera de Venezuela en 1999



En términos de ingresos de exportación (% total de los ingresos de exportación)
En términos de ingresos presupuestarios (% del total de los ingresos presupuestarios)

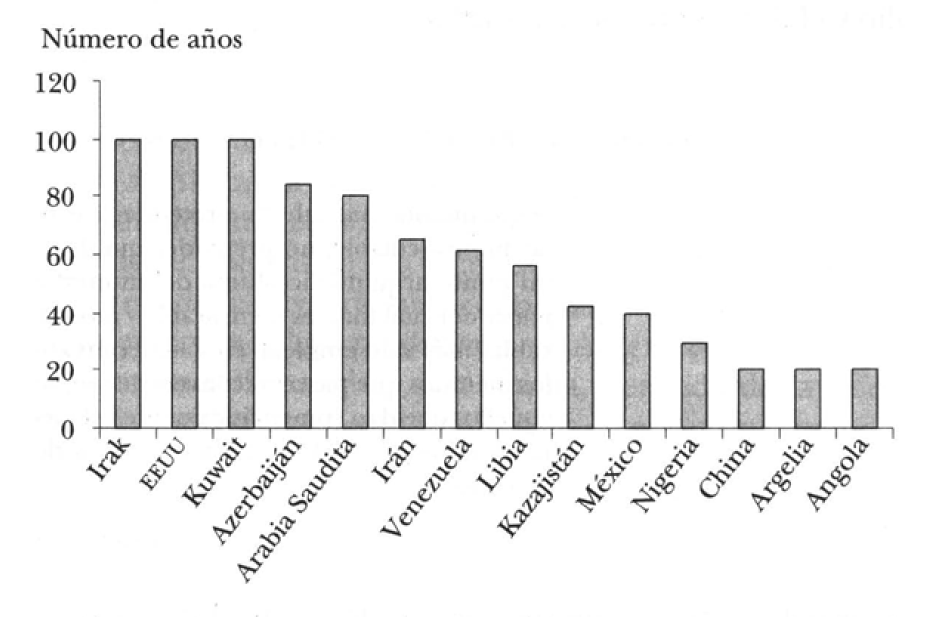
Fuentes: JP Morgan, 1999; SG Global Research, 1999.

De hecho, la economía venezolana experimenta periódicamente violentos "acordeonazos"; cada dólar perdido o ganado en el precio del petróleo se traduce en una pérdida o una ganancia de mil millones de dólares de exportaciones, más de 1% del PIB. Tal renta les da a los gobernantes cierta seguridad en el porvenir; es decir, les ofrece un horizonte temporal más largo que el de la economía argentina. Además, en Venezuela el consenso de la "avanzada preventiva" está menos fundamentado en el rechazo de un pasado doloroso que en un abanico de promesas, en la esperanza de mañanas luminosas, en un regreso a la edad de oro que conocieron los venezolanos cuando el *boom* petrolero transformó la economía en un realismo mágico (efímero).[43]

Recordemos que Venezuela está rebozante de recursos petroleros, que la vida de sus reservas está estimada en más de 60 años al ritmo actual de producción (véase la gráfica 2). Con tal horizonte es difícil para los dirigentes organizar reformas drásticas o un ajuste estructural político o económicamente costoso. Agreguemos que, en el caso de Chávez, la retórica de las promesas se apoya en la estabilidad de la moneda, una perspectiva que alivia la economía y descarta medidas demasiado impopulares.

El chavismo está todavía en sus primeros pasos, pero hay que reconocer que sus puntos de apoyo (y sus fragilidades) son diferentes a los del menemismo. Innegablemente Chávez comparte con el líder argentino la voluntad de acelerar el ritmo de la transformación económica del país, recurriendo a todo el arsenal disponible de referendos y de consultas (seis consultas en menos de 20 meses de gobierno), así como la vía rápida para el establecimiento de una nueva Constitución (el plazo inicial de seis meses para redactar una nueva carta se redujo a algunas semanas). Sin embargo la pregunta sigue abierta: Chávez, a semejanza de Menem, después de haber tomado rumbo hacia la isla de las sirenas y de haber prometido que estaba dispuesto a disfrutar su canto, ¿se decidirá a cambiar de dirección a tiempo para evitar los arrecifes de la macroeconomía populista?

GRÁFICA 2
La vida por delante: duración de las reservas petroleras



Fuente: BP, *Amoco Statistical Review of World Energy*, 1999.

El presidente Chávez se entrega al mismo doble juego de la seducción, que Menem logró dominar como un maestro: satisfacer a sus conciudadanos sin perder el apoyo de los inversionistas extranjeros. Así, la fraseología de la revolución chavista se reviste también de un discurso *high tech*, destinado a seducir a los inversionistas o en todo caso a frenar sus veleidades de *exit* –un *exit* que han practicado con brío los venezolanos ricos, cuyos activos en el extranjero fueron estimados en más de 20 mil millones de dólares, la quinta parte del PIB de Venezuela. Sin embargo, los resultados de este dragado de los votos financieros son menos convincentes que los que obtuvieron los argentinos, a juzgar por las reacciones de los operadores y las agencias de calificación financiera. De hecho la agencia Moody's, lejos de dejarse llevar por la ola de entusiasmo de la campaña

chavista y después de la elección presidencial de diciembre de 1998, confirmó su diagnóstico regustado a la baja en dos ocasiones, el 22 de julio y el 3 de septiembre de 1998.[44]

EL ZORRO, EL ERIZO Y EL CAMALEÓN

> Seguramente más vale no pretender calcular lo incalculable, no pretender que haya un punto arquimédico fuera del mundo a partir del cual todo es mensurable y modificable; más vale emplear en cada contexto los métodos que parecen convenirle mejor, aquellos que dan (pragmáticamente) el mejor resultado; resistir a las tentaciones de Procusto.
>
> Isaiah Berlin

En uno de sus más famosos ensayos, Isaiah Berlin proponía distinguir dos tipos ideales de espíritus humanos: los erizos, que organizan su vida y su pensamiento en función de una sola y única visión central, una visión monista del mundo; y los zorros, que no cesan de multiplicar las pistas, persiguiendo varios fines a la vez, frecuentemente contradictorios, bifurcándose aquí y allá, guiados siempre por una visión del mundo pluralista.[45]

La gran transformación de este fin de siglo bien podría ser un cambio en los espíritus de un mundo que estará en adelante más poblado de zorros que de erizos, un mundo donde a las visiones unitarias y monocromas las sucedan visiones más abigarradas. Esta transformación sólo puede ser temporal porque, como lo explica el filósofo inglés, con frecuencia lo que los zorros desean ardientemente es alcanzar la visión monista, ver o volver a ver el mundo con los ojos de un erizo. Esta figura sin duda es parcial; numerosos zorros pretenden haberse convertido en erizos pero solamente han falsificado sus preferencias, cambiando el contenido pero no el contenedor. Sin embargo, en América Latina esta imagen es muy significativa porque en

esta región las ideologías del siglo pasado, neomarxistas y neoliberales, dejaron abiertas las venas del continente y a veces cavaron profundos cráteres en las realidades vivas de sus economías y de sus sociedades.

La emergencia del posibilismo en América Latina es parte de una transformación más amplia, derivada de la caída del muro de Berlín y de un fin de siglo escéptico en cuanto a tierras prometidas y a futuros luminosos, un fin de siglo que marca el reflujo del mesianismo y de los grandes proyectos teleológicos. Lo más notable de este continente de extremo Occidente es que se las ingenia para dar juego a toda la gama de posibles entre los zorros y los erizos; el camaleón neopopulista no es en definitiva más que el sorprendente e incongruente retoño del posibilismo latinoamericano de este fin de siglo. Está claro, se objetará, que tal animal político es imposible, que la memoria no registra el acoplamiento de un erizo con un zorro, y menos el alumbramiento de un camaleón. Y sin embargo la vida, la de todos los días, tanto la de la pequeña como la de la gran historia, la vida siempre supera nuestra imaginación.

Cuando sopla el viento de la vida, a veces los andamiajes de las bellas teorías y de las grandes conceptualizaciones se derrumban como castillos de naipes. Entonces podemos quejamos de no lograr impedir el desbordamiento, de no tener la capacidad de asirlo en las redes de nuestros conceptos y de nuestros paradigmas. Sin embargo, también podemos regocijamos de los desmentidos que la historia real le propina a nuestros manuales de macroeconomía que sostienen que el encuentro amoroso entre el populismo y el liberalismo es teóricamente imposible, porque en la práctica, en la vida económica y política del continente americano tales encuentros sí han tenido lugar. Más aún, han dado a luz un sorprendente y extraño cama-

león cuyos colores no cesan de desafiar las leyes de la gravedad académica y de mostrar los matices del aire del tiempo.

Notas al pie

[1] Carlos Rangel (1982, p. 31).

[2] Sobre los procesos de reconversión pero también de falsificación de los valores, consúltese el ensayo particularmente estimulante de Timur Kuran (1995).

[3] Reinhart Koselleck (1990, pp. 307 y ss.).

[4] Véase la notable obra dirigida por Rudiger Dombusch y Sebastian Edwards (1992). Para un análisis de las transformaciones ulteriores, estos mismos autores: Rudiger Dornbusch (1988) y Sebastian Edwards (1995).

[5] Albert O. Hirschman (1970, p. 335).

[6] Albert O. Hirschman (1963).

[7] Para un análisis detallado de estas trayectorias, véase Jorge Domínguez (1997).

[8] Laurence Whitehead (1992, pp. 152 y 153).

[9] Economista en el GATT, consejero de Fujimori y director de la Banca Central de Reserva del Perú, Hernando de Soto fue además el autor de uno de los ensayos latinoamericanos más vendidos en la década de los ochenta. Hernando de Soto *et al.* (1994).

[10] Mario Vargas Llosa (1992), retomado en Mario Vargas Llosa (1995).

[11] Nos apoyamos aquí en la aseveración de Barbara Stallings (1989, p. 190). Nótese que en la autobiografía con acentos muy voluntariosos de Hernán Büchi este periodo de su vida se elude cuidadosamente. Hernán Büchi (1993).

[12] Véase la entrevista en Santiago, del 28 de marzo de 1994, con Carlos Ominami.

[13] Albert O. Hirschman (1983, p. 19).

[14] Kenneth Arrow (1962).

[15] Dichas nociones fueron ampliamente desarrolladas por Albert O. Hirschman (1986b) en su critica de la "teoría de la disonancia cognitiva".

[16] Karl Raimund Popper (1991, pp. 505 y ss.).

[17] Isaiah Berlin (1990, p. 213).

[18] Mario Benedetti (1992, p. 210).

[19] En un estudio reciente Jeffrey Puryear (1994) ha demostrado que esta transformación, particularmente espectacular en el seno de la izquierda, afecta a la totalidad del espectro político de Chile. Para una perspectiva de la trayectoria chilena, puede consultarse el ensayo de Kenneth Roberts (1999). Para un análisis de la izquierda latinoamericana, véase la obra de Jorge G. Castañeda (1993).

[20] Sobre la historia de los "Chicago Boys", véase el libro de Juan Gabriel Valdés (1995).

[21] Sobre la economía política chilena, véase la obra dirigida por el economista del Banco Mundial Guillermo Perry (1999).

[22] Albert O. Hirschman (1971, p. 29).

[23] Es notable que un escritor chileno como Jorge Edwards defendiera a lo largo de la década de los ochenta "una política de lo posible", ignorando, como nos lo confirmó, los escritos de Hirschman (entrevista con Jorge Edwards, embajador de Chile ante la Unesco, París, 17 de noviembre de 1994).

[24] Albert O. Hirschman (1995b, p. 172). Retomado en Albert O. Hirschman (1995c).

[25] AlbertO. Hirschman (1995b, p. 172).

[26] Para una comparación de las dos trayectorias, véase Edward Gibson (1997, pp. 339-370).

[27] Nos referimos aquí al informe de la CEPAL (1990).

[28] Albert O. Hirschman (1990, p. 64). Durante nuestra entrevista con Gert Rosenthal, el nuevo secretario ejecutivo de la CEPAL subrayaría más de una vez la influencia de Hirschman en su evolución. Hirschman fue invitado varias veces a la sede chilena. Entrevista con Gert Rosenthal, Santiago de Chile, 31 de marzo de 1994.

[29] Entrevista en México, 17 de enero de 1994, con Miguel de la Madrid, presidente de México de 1982 a 1988, hoy director del Fondo de Cultura Económica.

[30] Entrevista con Albert O. Hirschman, Berlín, 27 de junio de 1994. Alejandro Foxley reconocería su deuda con Hirschman organizando un coloquio y una publicación en que se le rinde homenaje. Alejandro Foxley (1989). Sobre la importancia de la obra de Hirschman en América Latina puede consultarse también a Javier Santiso (2000).

[31] El último libro de Hirschman se encuentra abundantemente comentado en uno de sus también últimos escritos; véase Femando Henrique Cardoso (1992, pp. 63-82). El tono de la conclusión de este artículo es muy hirschmaniano; Cardoso pide a los socialdemócratas latinoamericanos cesar "de creer en la ineluctabilidad de la Revolución redentora (utopía no siempre progresista) " y preferir, "más modestamente, creer en cambios progresivos que puedan suscitar transformaciones favorables al pueblo".

[32] Para un análisis detallado de la trayectoria de Cardoso, véase la biografía de Ted Goertzel (1999).

[33] Mario Góngora (1986, pp. 246 y ss.).

[34] Javier Santiso (1997 y 1998).

[35] Max Weber (1959, p. 168).

[36] Ricardo Lagos (1993, p. 9).

[37] Norbert Lechner (1993, pp. 69-75).

[38] Sobre el caso peruano nos remitiremos a John Crabtree (1998).

[39] Véase particularmente los trabaos de Susan Stokes, Adam Przeworski y Jorge Buendía (1997, pp. 31-56) y Adam Przeworski, Susan Stokes y Bernard Manin (1999).

[40] Sobre la Argentina de Menem, véase el ensayo de James Me Guire (1999); y más particularmente, sobre la economía política de las reformas argentinas, el de Juan Carlos de la Torre (1996).

[41] Sobre las incidencias temporales, económicas y sociales de la hiperinflación, véanse los estimulantes trabajos de Daniel Heymann y Axel Leijonhufvud (1995).

[42] Vicente Palermo (1998).

[43] Sobre la economía política de la renta petrolera venezolana disponemos de numerosas obras, en particular las notables de Fernando Coronil (1997) y Terry Lynn Karl (1997), que inscriben el caso venezolano en una perspectiva comparativa. Véase también la obra de César Baena (1999).

[44] Véanse informes sobre el *rating* venezolano de Moody's Inverstors Service del 11 de agosto de 1998 y de enero de 1999.

[45] Isaiah Berlin (1984).

POPULAZOS, POPULITOS, POPULISMOS

Herbert Braun

Universidad de Virginia

Cuando Jorge Eliécer Gaitán se encaramaba sobre tarimas en las plazas de los pueblos y de las ciudades de Colombia en los años treinta y cuarenta para proclamar: "el pueblo es superior a sus dirigentes", y que la gran masa que lo seguía constituía nada menos que "un gran movimiento de la raza colombiana", a muchos miembros de las clases altas del país se les erizaba el pelo. El caudillo popular se burlaba descaradamente de ellos. "Nosotros hemos aprendido a reírnos de esas generaciones decadentes que ven a las muchedumbres de nuestro trópico como seres de raza inferior." Gaitán jugaba con los que tanto le temían. Les hacía saber que el pueblo que él estaba movilizando no era una simple gleba, sino una "gleba gloriosa", una "chusma heroica" y no una mera chusma.[1]

Al caminar por las calles de Bogotá con todo ese alboroto a su alrededor, Enrique Santos Montejo (Calibán), miembro de una prominente familia liberal y respetado editorialista de *El Tiempo,* el periódico más importante del país, se convenció de que se les venía encima el caos, la oclocracia, la inversión del orden social. "Con los gaitanistas en el palacio de los presidentes no quedaría ninguno de los fundamentos sociales que han hecho de ésta una tierra amable y le han conquistado el respeto

y el amor de las repúblicas hermanas […] Yo no podría vivir con la catástrofe […] La victoria del gaitanismo sería la derrota de todo aquello por lo que lucharon nuestros antepasados."[2] Afortunadamente para él, y para muchos de los liberales y conservadores que lo leían en Bogotá y el resto del país, Gaitán cayó asesinado, y su movimiento se desmoronó rápidamente entre la confusión de su seguidores y la represión, más cultural que física, que sufrieron.

No sucedió lo mismo con los otros caudillos populares. Juan Domingo Perón en la Argentina, Getulio Vargas en Brasil, José María Velasco Ibarra en el Ecuador, Rómulo Betancourt en Venezuela y anteriormente Lázaro Cárdenas en México, entre otros, llegaron todos al poder y trasformaron dramática e inesperadamente las estructuras y la vida diaria de los ricos, de las clases medias y de los pobres de sus respectivos países. Víctor Raúl Haya de la Torre no logró llegar a la presidencia, pero fue la figura central del Perú entre los años veinte y los setenta.

Estos caudillos produjeron movimientos populares tan multitudinarios, y unas políticas tan radicalmente distintas del discreto y pausado ejercicio de la vida pública que se acostumbraba en esos años, que deberíamos referimos a dichos movimientos como "populazos", y no simplemente como populismos, como han llegado a ser consignados en la historiografía. Y, desde esta perspectiva semántica, podremos concluir que los movimientos políticos que se desarrollan en América Latina en las últimas dos décadas del siglo XX, conocidos como neopopulismos, son tan poco dramáticos e innovadores que deberíamos referimos a ellos más bien como "populitos".[3]

En aquel entonces, cuando surgieron los populazos latinoamericanos, las clases altas en Colombia y en América Latina en general se consideraban a sí mismas como gente decente, como

los cultos de la sociedad. Muchas veces eran vistas de una manera semejante por algunos y hasta por muchos de los que se encontraban debajo de ellos en la pirámide social, por las capas medias y también por trabajadores y campesinos. Los cultos en Bogotá sabían que las palabras de Gaitán eran falsas. Lo más seguro era que Gaitán fuera un demagogo y nada más, un arribista lleno de resentimientos y consciente de la vacuidad de sus palabras. Simplemente hablaba así para cortejar a una gran clientela y montarse sobre el poder. Los cultos se convencían de que si Gaitán creyera en algo de lo que salía de su boca, esto sería simplemente un indicio, uno entre otros muchos, de su profunda falta de comprensión de lo que en realidad yacía en el oscuro pueblo colombiano.

La mayoría de la gente educada de Bogotá tampoco estaba muy de acuerdo con Laureano Gómez, el fogoso líder conservador que hacía más de una década les había informado en un erudito discurso que la mezcla racial de españoles fanáticos, indios salvajes y negros primitivos, junto a las adversidades climáticas y geográficas, había tenido resultados fatales para el devenir de la nación. Los que escucharon sus palabras entendieron bien lo que significaban. Sabían a lo que se refería Gómez. Pero a los cultos de la ciudad, y en particular a los jóvenes liberales y conservadores, esta visión les parecía exageradamente pesimista, especialmente porque se aprestaban a llegar al poder en escasos meses. Además eran palabras un tanto vulgares, expresadas abiertamente en público. Aquellas ideas se manejaban mejor entre ellos, entre contertulios.

Hoy en día las palabras de Calibán en 1945 y de Gómez en 1928 suenan exageradas y hasta histéricas, pero son fiel reflejo de una honda incertidumbre social que se vivió no únicamente en Bogotá y en toda Colombia, sino en las demás grandes urbes

latinoamericanas, y a veces también en los campos, durante la época de los populazos. Existía una tajante distinción entre la gente decente y el pueblo. En los distintos países se describía a los de abajo con vivos colores: en México formaban parte del México profundo o bronco, una nación casi aparte, sufrida, inmóvil y ruda a la que las élites difícilmente lograrían someter a su juicio. Los chilenos se referían a las masas como los rotos, los colombianos hablaban de la chusma, los peruanos de la gleba y los argentinos del mediopelo. Con Perón surgieron de la penumbra social las "cabecitas negras" y los "descamisados", movilizados multitudinariamente por el caudillo en las calles y en la Plaza de Mayo de Buenos Aires.

En la época anterior al surgimiento de los caudillos, y especialmente durante esa gran masificación de la política, a muchos les parecía que la famosa distinción hecha en el siglo XIX por el argentino Domingo Faustino Sarmiento entre la civilización y la barbarie se había agudizado. Los cultos sentían que representaban la civilización tanto o más que antes. Pero las masas se multiplicaban, la migración aumentaba y las ciudades crecían sin parar. La dicotomía sarmentina en gran medida se refería a la relación entre la ciudad y el campo. Ahora cultos y plebeyos compartían como nunca antes el mismo espacio geográfico, cultural y político. A los de abajo se les veía como una masa informe, indistinta y amenazante, no solamente en términos políticos, como un potencial revolucionario, sino también culturales, como una entidad cuya existencia pesaba sobre el futuro de cada país. Para los cultos la vida pública, lo mismo que la cotidiana, no era nada fácil. Vivían soberbiamente, con una gran complacencia, ya que sabían que pocos podrían realmente reclamar los lugares que ellos ocupaban en la cúspide del orden social. Al mismo tiempo los habitaba una agobiante resignación, ya que comprendían que, con aquellos pueblos, el

progreso económico y social, y hasta político, sería lento, aun parsimonioso. También los consumía el temor, casi a diario, de que esa gran masa de indolentes despertara alguna mañana para no dejar nada en pie.

Con la llegada de los nuevos líderes y sus huestes, pocos de los cultos lograron mantener su acostumbrada ecuanimidad. Parecía que sus países, en vez de progresar, regresaban a esas tradiciones caudillistas del siglo anterior. Aun los menos pesimistas veían cómo a su alrededor el mundo se tornaba al revés, cómo caudillos incultos le prometían el poder al vulgo, y ellos se quedaban cada vez más al margen de las decisiones sociales. Los valores tradicionales de la sociedad se iban cabeza abajo. Se les trataba como si fueran extranjeros por el solo hecho de que muchos de ellos referían su ascendencia a España o a otra parte del Viejo Mundo, y porque tenían una visión amplia y cosmopolita, ya que se interesaban por lo que existía más allá de la frontera de su propio país. De pronto resultaba que para la mente popular ellos no eran lo suficientemente nacionales, ni hablar de nacionalistas. Ahora se les consideraba públicamente como unos vendepatrias, como oligarcas, como una rancia aristocracia responsable de la pobreza del pueblo y del atraso de la nación, individuos que gobernaban con el solo propósito de enriquecerse personalmente. Los cultos veían que se les venía encima la peor de todas las tiranías, la dictadura de las mayorías. Era, como lo dijo Santos Montejo, la “catástrofe”.

Pero las clases altas de esa época en América Latina no eran simplemente racistas que hacían lo que podían para mantener al pueblo sumiso, fuera de la sociedad y de la política, para así poderlo explotar con más facilidad, enriquecerse y controlarlo todo. Ellos concebían el orden social en términos esencialmente morales, más que económicos. Imbuidos por un *ethos* que no

se concillaba fácilmente con la cultura individualista y secular del capitalismo,[4] estaban convencidos de que como personajes públicos eran los mejor capacitados para guiar al pueblo, cuyas vidas individuales inevitablemente mezquinas amenazaban continuamente el orden social y la civilización. La vida social dependía de la restricción de los deseos individuales de cada cual a favor de las necesidades colectivas, del bien público. El orden político no se fundamentaba en la noción burguesa de una sociedad integrada por ciudadanos cuyas acciones personales en pro de sus propios intereses económicos llevaban automáticamente al bienestar social. Los derechos de cada cual no se constituían en la libertad de todos. Tenían una visión utópica que apuntaba a un organismo social donde una gran mayoría de individuos debería acatar los deberes sociales que le eran asignados por los dirigentes de la sociedad. Es así como el orden social era concebido en términos colectivos y morales, dirigido desde arriba por unos pocos dentro de una vida pública que se elevaba por encima de los intereses privados de las mayorías.[5]

A mediados del siglo XX existía aún con mucha fuerza una tradición cultural que reforzaba la división de la socie dad, la moral y el comportamiento en ámbitos públicos y privados claramente discernibles. En una cultura católica se formó una visión orgánica y jerárquica de la sociedad que definía a los individuos por su rango y por sus deberes. Dejaba poco campo a la individualidad y consideraba la política, la vida pública, como el espacio donde se forjaba paternalmente el orden social a través de élites cuyo ideal era distanciarse de la realidad inmediata de su propia vida y de la sociedad, para poder pensar en el presente en términos de las necesidades futuras de la sociedad entera. Era desde la vida pública de unos pocos como se iría mol-

deando lentamente la vida anárquica del hombre común, para llevarlo hacía una conducta cada vez más cívica y moral. La tarea era concientizar a las masas para que pensaran más allá de las necesidades de su vida diaria a fin de facilitarles su integración a la sociedad. El uso de la razón, del frío y calculado análisis en la política, era fundamental. Aunque en mucho algunos fueran anticlericales, comprendían al mismo tiempo que la labor de la Iglesia, de los curas, en las veredas, en los barrios y en las aulas, era indispensable para fomentar el comportamiento cívico y moral, sin el cual el orden social no sobreviviría. No sólo por pequeño el Estado no era el más apropiado para esta tarea. Muchos de los cultos se sentían incapaces de acometerla, de trabajar directamente con el pueblo. Sus funciones los alejaban de esa cotidianidad. Ellos debían estar por encima del orden social. Esta visión utópica, claro está, rara vez la lograron practicar los cultos a plenitud, ya que sus propios intereses y los de otros, especialmente los de las élites agrarias e industriales, dentro de sociedades cada día más impactadas por el funcionamiento del mercado, minaban el ejercicio de la vida pública.[6]

Así era como unas élites reducidas y relativamente aisladas intentaban, antes del surgimiento de los caudillos, gobernar sociedades en pleno proceso de trasformación. Incluso en México, donde la Revolución había llevado muchos grupos nuevos a la política, y en la Argentina, donde la aparición del Partido Radical y la promulgación en 1912 de la Ley Sáenz Peña la habían abierto a las clases medias urbanas, la política seguía siendo un ámbito bastante elevado y enrarecido, dominado por unos pocos. En Colombia los líderes de los partidos Liberal y Conservador compartían el poder en un sistema que denominaron de convivencia nacional. La élite oligárquica del Perú foijó la re-

pública aristocrática con un sistema asimismo llamado de convivencia. En el régimen federado del Brasil, la *política dos gobernadores* estuvo dominada en los distintos estados por una pocas personas que, bastante unidas, ejercían desde Río de Janeiro una gran parte del poder político nacional. Hasta los años treinta, la política elitista en Chile fue conocida como la fronda aristocrática. Estas élites enfrentaban uno de los problemas más agudos de nuestra época, un problema que ha sido entendido, por los que no lo tienen que afrontar, como oportunidad. ¿De qué manera iban estas élites a construir sus sociedades y asegurar el futuro dentro de un cierto orden ante la masificación de la vida social, con la participación cada vez más amplia del pueblo?

Cuando irrumpieron los caudillos populares, los cultos no tuvieron mucho con que responder, no sólo ante el nuevo fenómeno político, sino ante este agobiador interrogante histórico. Los populazos latinoamericanos surgieron desde los endebles y prácticamente anacrónicos sistemas políticos que fueron auspiciados por las élites tradicionales. Esta nueva política de masas se trasformo rápidamente en toda una serie de movimientos gigantescos, en gran medida por el amplio espacio político que dejaron abierto los cultos y dentro del cual difícilmente pudieron ellos mismos incursionar una vez que los caudillos pisaron la escena. Cárdenas, Perón, Vargas, Haya de la Torre, Velasco Ibarra, Betancourt y Paz Estenssoro se convirtieron en prohombres con una inusitada popularidad, en personas que llegaron a controlar grandes espacios de la vida pública y del Estado, en gran medida porque los cultos eran, digámoslo así, semihombres, individuos muy poco públicos, por lo menos en el nuevo sentido del término. El Estado caudillista, además, promovía arbitrariamente a nuevos grupos sociales de la pequeña industria, cuyos intereses y visión de la vida poco tenían

en común con los de los cultos. Los caudillos fueron en mucho el resultado de la política misma de los cultos, y de la inhabilidad de aquellas élites tradicionales para tranzar con la nueva, para establecer alianzas con los caudillos, porque consideraban que la nueva política no era más que un ejercicio mezquino, demagógico y vulgar.

Los populazos surgieron en un periodo histórico particularmente inestable, lleno de incertidumbre. Después de la crisis capitalista de 1929, el lugar de los países agroexporta-dores quedó en duda, y las élites tradicionales se debatían ante la posibilidad de ampliar una economía doméstica e impulsar la pequeña industria. Pero ya se habían impregnado de la idea de que sus países eran atrasados, con economías débiles, que con dificultad lograrían sortear adversas situaciones económicas suscitadas más allá de sus fronteras. La distancia entre sus países y el resto del mundo se acrecen taba, dejándolos aislados, potencialmente al margen del progreso humano. Con los caudillos caía sobre América Latina el espectro de esa idea europea del conflicto de clases. Hablaban de hacer la revolución.

Con la llegada de los caudillos al poder se engendraron conflictos internacionales, con los países de Europa y especialmente con los Estados Unidos. Problemas laborales llevaron a la nacionalización de la Standard Oil en México y en Bolivia, a la confiscación de las tierras de la United Fruit en Guatemala, a la nacionalización de los ferrocarriles británicos en Argentina, entre otros muchos ejemplos. El Estado caudillista se apropiaba del sector económico y de la industria privada. Se formó la Corporación de Fomento de la Producción en Chile en 1939, la Corporación Minera de Bolivia en 1953, Petróleos Mexicanos en 1938 y el Departamento Administrativo de Servicio Público en Brasil en 1937. El lugar mismo de la propiedad privada pa-

recía estar enjuego. Con las nacionalizaciones y los nuevos programas sociales, el Estado crecía a pasos agigantados, empleando a miles en puestos públicos que a todas luces eran improductivos, otorgando salarios y beneficios, y hasta repartiendo tierras. En Argentina la parte de la renta nacional que se llevaron los trabajadores aumentó 25% en los primeros cuatro años del régimen peronista. El índice real del salario se incrementó 25% en 1947 y un 24% más en 1948. Por tanto, no era de sorprender que las clases laborales apoyaran abrumadoramente a Perón. En México Cárdenas impulsó el ejido al repartir 18 millones de hectáreas entre más de 800 000 campesinos. En Guatemala el presidente Jacobo Arbenz le distribuyó tierras a medio millón de campesinos. Para los cultos no quedaba duda de que el Estado, por definición, era un organismo arbitrario y corrupto. Los pobres llegarían a depender servilmente de él y de los nuevos líderes. Por todas partes surgían nuevos sindicatos y federaciones laborales estrechamente ligadas al Estado. Las élites tradicionales sentían que les era prácticamente imposible buscar el apoyo político de esas masas. Los cultos quedaban arrin conados en sus propios países. Los caudillos se convirtieron en dictadores, reescribieron las constituciones y practicaban el fraude electoral.

Además el mundo estaba en plena guerra. El comunismo y el fascismo le disputaban al capitalismo la supremacía mundial. Los Aliados y los países del Eje buscaban incursionar en la política doméstica de los países latinoamericanos. Para muchos los caudillos populares parecían tener dimensiones internacionales. Perón y Gaitán habían vivido en Italia, donde se informaron de las políticas de Benito Mussolini. Perón en lo particular intentó ejercer una política exterior que se deslizaba entre los intereses de los Estados Unidos y los de la Alemania nazi. Aunque los caudillos no fueran ellos mismos ni comunistas ni fas-

cistas, sus amorfas políticas y confusas ideologías sin duda se prestaban a la infiltración de agentes de ambos bandos. El pueblo no estaba lo suficientemente capacitado para defenderse de todos esos ideólogos ni de las promesas de los caudillos.

Salvo Lázaro Cárdenas en México, que heredó el partido surgido de la Revolución mexicana, todos los caudillos formaron partidos nuevos, que, a ojos de los cultos, no constituían un aporte al mundo de las ideas. Eran poco más que agregados personalistas que no reflejaban las grandes expresiones del pensar humano, el liberalismo y el conservadurismo, y que por tanto no tenían una ideología discernible. No eran sino vehículos para manipular a las masas y así llevar a los nuevos líderes al poder. Cuando Perón llegó al poder en 1946 disolvió los partidos políticos que lo habían apoyado durante su candidatura, incluido el Partido Laborista creado hacía poco tiempo. En su lugar fundó el Partido Único de la Revolución, que poco después se convirtió en algo que llevaba el nombre del caudillo mismo, el Partido Peronista. También Gaitán organizó en los años treinta su propio partido, la UNIR, la Unión Nacional Izquierdista Revolucionaria, y sólo regresó al Partido Liberal cuando sus esfuerzos fuera de él resultaron vanos. Aun dentro del liberalismo su movi miento era abiertamente personalista, era gaitanista, y todos así lo entendían. En Bolivia Paz Estenssoro fundó el Movimiento Nacionalista Revolucionario. Aunque Vargas gobernó al Brasil entre 1930 y 1945 sin un partido oficialmente propio, creó en 1945 el Partido Trabalhista Brasileiro, gracias a cuya fuerza ganó las elecciones de 1951. Haya de la Torre estableció la APRA, la Alianza Popular Revolucionaria Americana, un movimiento con alcance continental, sobre las bases indígenas del Perú, que dominó el panorama político de aquel país hasta la década de los ochenta.

A los cultos no les quedaba duda alguna de que los caudillos eran unos irresponsables. En una infinidad de grotescas manifestaciones, por medio de altoparlantes y de las ondas de la radio, con canciones populares y pequeños periódicos, sensacionalistas y mal escritos, le prometían al pueblo todo: empleo, casas, educación, salud, seguro social, prestaciones, poder político, cuando tanto los cultos como los caudillos sabían que proporcionarle aquello a la mayorías era más que imposible, especialmente a corto plazo. Los caudillos eran oradores que se dirigían apasionadamente durante horas al pueblo desde los balcones de las plazas. Eran tribunos, conductores del pueblo. No utilizaban la razón para comunicarse con él. Le llegaban a lo más primitivo de su ser. Establecían con las masas una relación íntima y emotiva que degradaba la vida pública. Por medio de esta conexión entre los líderes y sus seguidores era imposible dirigir a la sociedad. Fue tal la impresión que causaron estos caudillos que, para llegar a entenderlos, en la historiografía del fenómeno se ha recurrido a llamarlos "carismáticos".

Los cultos sabían que los caudillos no hablaban de religión, y que se distanciaban de la Iglesia. En una de sus primeras actuaciones públicas, Haya de la Torre organizó una marcha de protesta contra la intención del presidente Augusto Leguía y Salcedo de consagrar el país al Sagrado Corazón de Jesús. Muchos llegaron a considerar a Haya de la Torre como el Anticristo, reputación que lo siguió por el resto de sus días.[7] Gaitán casi nunca se refería a la importancia de la Iglesia y la religiosidad de los colombianos, cuando todos sabían que el pueblo era profundamente creyente, y que su fe en Dios era de las pocas cosas que lograban encauzar su vida. Cárdenas acrecentó la brecha entre la Iglesia y el Estado en México. Perón atacó a la Iglesia durante años, principalmente después de 1949. Cuando algu-

nos de los nuevos líderes, en especial Haya de la Torre y Eva Duarte de Perón, Evita, hablaban del espíritu y de la espiritualidad del pueblo, para los cultos se referían a un oscuro dogma lleno de superstición popular por medio del cual el pueblo y sus dirigentes lograban comunicarse entre sí. Pero los caudillos estaban profundamente interesados en la educación, y promulgaron muchas reformas al respecto, y hasta intentaron determinar qué se enseñaría en las aulas, sin duda para crear con ello un pueblo dócil y fácilmente manipulable, para alejarlo de sus viejas tradiciones. El Estado caudillista utilizaba la educación para adoctrinar al pueblo. Los cultos entendían que estos nuevos movimientos de masas eran la expresión misma del materialismo y el secularismo moderno que tanto temían.

Ante estos populazos, y sabiendo que el orden social no se fomentaba principalmente con el bienestar material del pueblo, los cultos se quedaron sin programa, sin plataforma, sin ideología, sin palabras. ¿Qué podían decirle al pueblo para que éste los siguiera a ellos y no a los caudillos?

Los cultos trataron de cerrarle las puertas de sus clubes sociales y de sus instituciones culturales a los caudillos. Sus reacciones constituían claras manifestaciones de desdén y sorna pública. Ni liberales ni conservadores admitieron a Jorge Eliécer Gaitán en el Jockey Club cuando era el alcalde de la ciudad de Bogotá. Las damas de la clase alta bonaerense rechazaron a Eva Duarte de Perón y a su señora madre cuando quisieron dirigir la Sociedad de Beneficencia, función tradicional de la esposa del presidente. Ante tal desaire, Evita formó su propia beneficencia, y los cultos no se sorprendieron cuando le dio el nombre de Fundación Evita Perón. Ésta se convirtió para ellos en un signo de la diferencia entre la vieja y la nueva política, entre la anterior dignidad de los de arriba y la ordinariez de los

nuevos. La beneficencia fue una organización excesiva financiada con impuestos especiales sobre la industria y el comercio. Miles de argentinos se la pasaban días enteros haciendo cola para poder llegar a recibir alguna caridad, alguna ayuda de manos de la misma primera dama. Evita, como el pueblo la llamaba, los abrazaba y hasta los besaba, como si esos extraños fueran sus amigos más íntimos. Evita se comportaba en público como si fuera una política, con su propio caudal y su propio programa, traspasando el papel tradicional que representaba la mujer en la sociedad, especialmente cuando se trataba de la esposa del primer mandatario. Alrededor de ella se fueron tejiendo todo tipo de mitos y rumores, y los cultos la veían como una mujer sin dignidad alguna. Para muchos de las clases altas Evita no era más que una prostituta.[8]

Lo más sorprendente de los agitados conflictos que surgieron a causa de los populazos –una vez que logramos obtener una perspectiva histórica al alejarnos de ellos en el tiempo, al verlos desde la segunda mitad del siglo XX– quizás no sea tanto lo mucho que separaba a los cultos y a los caudillos, sino lo mucho que tenían en común. Los caudillos no impugnaban en lo esencial las ideas ni las prácticas que imperaban en ese entonces. Ellos también heredaron la cultura política de la primera mitad del siglo. Comprendían la "naturalidad" del orden social, que la sociedad era un organismo que se formaba inevitablemente por unos pocos que estaban llamados a gobernar, y que las masas estaban destinadas a seguirlos, para bien de ellas mismas y de la sociedad. Más aún los caudillos populares se consideraban como los líderes naturales de la sociedad, no por ser cultos, aunque sentían que también lo eran, sino más que nada por saber cómo ejercer la política, cómo llegarle al pueblo y ser "elegido" por la masa. Aunque decían lo contrario sentían que

ellos sí eran superiores al pueblo. Gaitán mismo reconoció que su política tenía rasgos demagógicos. "Soy –decía– un demagogo muy ecuánime [...] Soy un demagogo que ha leído unos libros."[9] Era culto y caudillo.

La desigualdad social era para ambos sectores de esas generaciones la característica fundamental de toda sociedad. Compartían la idea de que cualquier orden social era intrínsecamente jerárquico y estaba dividido en clases sociales. El sentido de justicia social de ambos tenía que ver esencialmente con la manera en que los de arriba trataban a los de abajo. Eran paternalistas, si bien los cultos buscaban distanciarse del vulgo, mientras que los caudillos se mezclaban, simbólica y realmente, con el pueblo. Nada habría podido estar más lejos de la mente de los caudillos que la idea de invertir el orden social, colocando en la cúspide a los que naturalmente vivían en la base. Junto con los cultos, intentaron dirigir la sociedad desde arriba, creando el orden por encima del pueblo. Los primeros buscaban controlar a los de abajo asegurándose de que no se movilizarían. Los segundos intentaban controlarlos integrándolos dentro de grandes estructuras sociales y estatales. Los cultos le decían al pueblo lo mucho que le faltaba para realmente ser alguien y contribuir al bien social, y le hablaban de obligaciones y de sacrificios. Enfatizaban la humildad. Los caudillos proclamaban que los del pueblo tenían dignidad, que eran decentes, y que tendrían los derechos que ellos, los caudillos, les otorgarían. También buscaban la humildad de sus seguidores. Temían a los de abzgo. Los cultos se convencieron de que habría una revolución incontrolable si el pueblo se organizaba. Los caudillos temían que si no organizaban al pueblo, si lo dejaba sin dirección, en ese vacío social que era el producto del reducido ámbito de la política de las élites tradicionales, los de abzgo ar-

marían la revuelta por su cuenta. Los cultos y los caudillos entendían que la sociedad se parecía a un organismo cuyas partes funcionaban con dificultad, perennemente al borde de una enfermedad u otra.

Eran, en fin, miembros de las mismas generaciones. El objeto de los dos era más bien el mismo, construir el orden social, ya que éste no surgía por sí solo desde abajo, a partir de la acción personal y los derechos del individuo. Ni los cultos ni los caudillos tenían mucho del liberalismo. La sociedad estaba compuesta por fuerzas colectivas. Gaitán lo expresó tan bien como otros. Él reconocía que algunos individuos eran capaces de sobresalir por sí mismos. Pero “con la multitud el fenómeno es distinto […] Separados son algo insignificante; en conjunto son la potente base sin la cual la cúspide no existe […] Si los procesos mediocrizan al genio y lo reducen, esos mismos procesos elevan a los hombres mínimos y los ponen al nivel de la genialidad”.[10]

Ni cultos ni caudillos dudaron de la importancia de la propiedad privada en la sociedad. Los caudillos no consideraron ni por un instante la confiscación y la colectivización de la propiedad. Pero ambos seguían los parámetros establecidos de su función social. Por sí sola, sin reglamentos, la propiedad era peligrosa, hasta enzyenadora, individualizante. Compartían además muchas dudas sobre el funcionamiento del mercado. Este también debería ser regulado desde arriba por unos pocos hombres ilustrados, científica y desinteresadamente; o por un Estado dirigente, interventor, creador de riqueza y de oportunidades económicas. Ni los unos ni los otros abrazaron el mercado o una cultura social del capitalismo. Convivieron con la libre empresa, siempre y cuando la sociedad y la economía se dirigieran desde arriba.

Los profundos conflictos entre los cultos y los caudillos durante los años treinta, cuarenta y cincuenta en América Latina se engendraron dentro de sociedades que aún eran tradicionales. Eran sociedades que se fundamentaban no tanto en el individuo, sino en fuerzas sociales, en lo colectivo, en "la dimensión social de la ciudadanía".[11] En ellas primaba la moral como factor en la organización de esas fuerzas sociales, en la vida colectiva del pueblo. En ese entonces las grandes mayorías no estaban integradas a la nación. Estas distancias las sentían agónicamente cultos y caudillos. La gran pregunta para ellos era cómo integrar a los de absyo, y ahí fue donde surgieron sus grandes discrepancias. Pero la pregunta de ambos fue la misma, porque los de abajo constituían las clases peligrosas, profundamente diferentes de las élites, de los cultos y caudillos. Siempre estaba en el aire la posibilidad de que darían el gran vuelco. A las masas se les tenía que manejar con mucho cuidado. Cultos y caudillos de la primera mitad del siglo xx, ambos, le temían al cambio. Eran pesimistas o, acaso, realistas. Era mucho a lo que se tenían que sobreponer.

Esa época de cultos y caudillos es tan distinta de lo que se ha vivido en las últimas décadas del siglo xx en América Latina que parece muy distante. Es como si hubiéramos rememorado el pasado de países diferentes de los nuestros. Los cultos de ayer han sido reemplazados por liberales, desarrollistas, autoritarios, militares y, ahora, por tecnócratas neoliberales. Por aquí y por allá, de vez en cuando se oye una voz conservadora, como la de los cultos de ayer, pero en general los reaccionarios ya no existen, o por lo menos no tienen mayor resonancia. Han surgido a través de los años algunos líderes populares que han intentado formular una política por encima de las instituciones establecidas, pero poco se han parecido a los caudillos del pe-

riodo anterior. Los antiguos son populazos y los modernos, populitos. Los de hoy no han buscado reestructurar desde arriba el orden social. Aceptan que la sociedad se organiza por medio de las fuerzas del mercado, y ejercen su política desde un ámbito por consiguiente bastante más restringido, buscando reformas económicas que quizás suavicen en algo el accionar de ese mercado. Los neoliberales y los populitos han tenido una gran confianza, por lo menos hasta fines de siglo, en las fuerzas del mercado y en las de la sociedad misma, en lo que se ha llegado a llamar la sociedad civil. Exhiben una credulidad que no la hubieran podido albergar ni cultos ni caudillos.

Este cambio se debe en gran medida a que la cultura política que se vive en América Latina ya no es la de entonces. El pesimismo de la época de los populazos no se ha acabado del todo, pero ya no es la experiencia agobiante de antes. Ya no se siente en el continente el profundo malestar ante lo popular, en gran parte porque pocos son los que le tienen miedo al pueblo, y por consiguiente no sienten la necesidad de alejarse o de abrazarse a él. Las clases peligrosas han dejado de serlo. La posibilidad de una revolución social dirigida desde abajo ya no determina la vida diaria de los de arriba. Aunque las grandes mayorías no han sido plenamente integradas a la sociedad, a la economía y a la política, tampoco hay una conciencia de que existan fuera de ellas. La marginalidad se ha marginado. Los dirigentes contemporáneos no manifiestan esa gran preocupación que privaba entre los cultos y los caudillos. El pueblo como una gran colectividad, difícil y pesada, no radica en el imaginario de neoliberales y populitos. Ya no se piensa mucho en los de abajo. Ellos son, ante todo, responsables de sus propias vidas. Se descuida el orden social.

Se ha pasado rápidamente a una sociedad de individuos más que de colectividades. Los neoliberales poco hablan en público, se les conoce mejor por sus conocimientos técnicos. Aunque posiblemente quisieran serlo, los populitos no son grandes oradores, porque no hay necesidad de arengar a pequeños grupos de aquí o allá. En esta generación rara vez se discute sobre el lugar que tiene la religión o la espiritualidad en la sociedad. La religión ha sido dejada atrás. El catolicismo y sus valores sociales son ampliamente entendidos como una de las causas del atraso histórico. Escasamente se hace referencia en la vida pública a los valores que deben inculcarse en las aulas de cada nación. Los políticos de antaño combatían por poder hablar de la dignidad de pueblo, para poder establecer qué era, de dónde venía, cómo se manifestaba y de qué manera se podía impulsar. Ahora este concepto es un lugar común, y los políticos se refieren fácilmente a la dignidad del pueblo. No tiene el profundo significado de antes, porque la sociedad ya no se organiza principalmente alrededor de valores culturales, sino de valores económicos. Son pocos los que se oponen hoy en día al materialismo, al culto del dinero.

Así como los cultos y los caudillos tenían mucho en común al ser parte de las mismas generaciones y compartir una cultura política, los líderes de hoy, neoliberales y populitos, también se parecen entre sí. Los neoliberales temen el poder que los populitos puedan adquirir en la política, pero rara vez dudan de que la sociedad misma, y que ellos –y las clases altas, financieros, empresarios industriales o agrícolas–, sobrevivirán prácticamente a cualquier cambio que se venga encima. El resentimiento en contra de las clases altas, que existía entre las capas medias y los que estaban fuera de la política, ha ido menguando. En la época de la globalización económica y cultural, difícilmente se llega a pensar en los de arriba como unos vendepa-

trias. Prácticamente los únicos que se preocupan por la explosión del protestantismo en las ciudades y el campo, con sus valores menos orgánicos que los del catolicismo, y su énfasis en el individualismo, son los jerarcas de la Iglesia. La apertura al mercado y al mundo crea tensiones y diferencias de opinión, pero ya no con esa visión dicotomica de buenos y malos. Los populitos tienen poca posibilidad de convertirse en socialismos, en comunismos o en fascismos. Las reformas económicas no llaman a la nacionalización de bienes domésticos e internacionales, y no traen, por tanto, las ásperas controversias que ayudaron a socavar los populazos. El lugar de la propiedad privada en el orden social parece estar asegurado. Hoy en día los conflictos que se pueden desarrollar entre neoliberales y populitos ocurren dentro de sociedades más sólidas, sociedades encauzadas raudamente hacia la modernidad. Antes a los cultos les parecía prácticamente imposible defenderse de los populazos. Ahora las clases altas, las burguesías, para utilizar una palabra ya poco común, seguirán siendo burguesías. Ya no hay "catástrofes" como las que temía Enrique Santos Montejo.

Acaso no sea exagerado pensar que el transcurrir del siglo XX en América Latina se parece a una trasformación de una "economía moral" de cultos y caudillos a una "economía política" de neoliberales y populitos. Ése fue el cambio que detectó hace ya muchos años E. P. Thompson al estudiar las cada vez más anacrónicas revueltas de la plebe urbana en el Londres del siglo XVIII, entre una sociedad tradicional y paternalista y otra moderna y materialista.[12] En la antigua se buscaba la protección de los de abajo para poder mantener un orden social, un orden que inevitablemente sería desigual y jerárquico, pero con una cierta reciprocidad entre los de arriba y los de abijo, con una comprensión cultural entre ambos grupos que llevaba a la justicia,

aunque fuera sólo esporádicamente. En la era moderna el orden social se va formando por medio de las estructuras del mercado, y re sulta desigual y jerárquico. La justicia puede ser o no un resultado de ese juego económico, pero no es su razón de ser.

Lo que más sorprende, al revisar esta historia de la cultura política del liderazgo en el siglo xx en América Latina, es el rechazo tajante del pasado reciente de los cultos y los caudillos, con su práctica paternalista y moralizante. Ha sido un revolcón revolucionario. El Estado de los populazos ha sido desmantelado con la certeza de que era malo para el orden social, inevitablemente arbitrario e improductivo, una casa de corrupciones, y el resultado de viejas tradiciones patriarcales que ya no tienen lugar en el mundo moderno. La privatización se ha impulsado con fervor religioso. Cualquier indicio de una política moralizante, de parte de políticos o curas en la vida pública, es rechazado instintivamente, como si cualquier restricción a la conducta del individuo fuera un violación de sus derechos. Por muchas partes de América Latina se han dejado sin regulación del Estado vastas áreas del comportamiento privado y público de individuos, grupos y clases sociales. Lo privado prima sobre lo público de una manera que es inimaginable en países modernos como Inglaterra –para traer el ejemplo del proceso hacia una economía política de Thompson a nuestros días–, aun durante y después de las reformas librecambistas de Margaret Thatcher.

En América Latina la política de la época de los cultos y los caudillos tuvo su razón de ser, y los cambios que hemos visto últimamente con el neoliberalismo y los populitos no han eliminado del todo esa razón. A los cultos y los caudillos los llenó el ímpetu moralizante porque entendían que sus sociedades

eran jerárquicas, estaban divididas inevitablemente, "naturalmente" dirían ellos, entre los de arriba y los de abajo. No había en ese entonces un concepto y una práctica igualitaria. Los cultos y los caudillos sin duda sintieron que, en sociedades culturalmente jerarquizadas y materialmente desiguales, la apertura económica llevaría a la desarticulación del organismo social, a un mundo donde los de abajo quedarían aún más desprotegidos, al azar de las fuerzas del mercado y de las clases empresariales. Lo que hoy se denomina el capitalismo salvaje es nada menos que el ejercicio diario de una vida económica poco regulada por el Estado y la ley, dentro de una cultura jerárquica en la cual se entiende que algunos tienen más privilegios que otros, donde la ley no afecta de igual manera a todos los ciudadanos, donde la vida diaria no ha sido impregnada por un *ethos* igualitario.[13]

Cultos y populistas nunca dudaron de que sus sociedades requerían de un componente moral para poder funcionar con aceptables niveles de armonía, de reciprocidad y de justicia. Sus visiones utópicas los llevaron a promover políticas en gran medida contrarias a las que se han desarrollado en las sociedades latinoamericanas en la época contemporánea. Sin duda le temieron también a esa modernidad de los países con un *ethos* igualitario, sociedades como la de los Estados Unidos, donde se lamenta la falta de comunidad y de solidaridad entre los individuos y los grupos sociales.[14]

Terminemos con algunas palabras pronunciadas en Bogotá por el culto Augusto Ramírez Moreno, conservador radical y acérrimo enemigo de Gaitán y de la política de masas que el caudillo ejemplificó. En los años treinta dijo: "Nosotros aspiramos a despertar en el pueblo colombiano las virtudes elementales, el sentido del honor, la noción del deber, la pasión por la

justicia, el culto a los héroes, el amor a Colombia, a su religión, a su tierra y a sus padres. Queremos hacer de la vida nacional un apasionante poema." Son palabras muy de su época. Al leerlas nos damos cuenta de lo mucho que ha cambiado la vida política y cultural de los latinoamericanos en el siglo XX. Son palabras que sonaban en los oídos de los caudillos, y que ellos mismos utilizaban, con las cuales ejercían su política paternalista y moralizante sobre la multitud. Esos poemas nacionales, claro está, resultaron ser poco sonoros, y no muy elegantes al ser traducidos a la historia misma. Muchas líneas se quedaron en el tintero.

Los ideales de Ramírez Moreno ya eran bastante anacrónicos hace más de medio siglo. Hoy en día son francamente arcaicos. Si neoliberales y populitos tuvieran el tiempo de leer esas palabras, seguramente se desternillarían de risa. Los caudillos de los populazos también, como hemos visto, se rieron de los cultos. Pero a ninguno de los populitos, un Echeverría, un Collor de Meló, los Menem, Bucaram y Salinas de Gortari, ni hasta a un Fujimori y a un Chávez, que son ejemplos más serios que los otros, se les ha ocurrido escribir apasionantes poemas nacionales.

Las controversias de la época de cultos y caudillos corresponden a una memoria lejana. Las estructuras políticas y de partidos se han fortalecido en todos los países. Dentro del pluralismo creciente, los compromisos entre diversos actores políticos hacen difícil, acaso imposible, un accionar por encima de la sociedad como lo intentaron los caudillos de antaño. El Estado no se puede expandir como el pulpo de antes. La sociedad civil se ha hecho notar. Los derechos del individuo son indiscutibles. Las estructuras del mercado integran a muchos miles de ciudadanos en la vida económica. Ya no se vive esa profunda

incertidumbre de la primera mitad de siglo. Los peruanos se han burlado de los antecedentes asiáticos de Fujimori, pero pocos piensan que van a mermar la nacionalidad misma del Perú. Las clases altas de Venezuela han vivido un tremendo susto con la inusitada popularidad del coronel Chávez, pero ya pocos dudan de que una sociedad de clases y la burguesía misma va a sobrevivir. En Chile llegó al poder un socialista, pero en aquel país se sabe que el socialismo no va a llegar al poder. Ya no hay Guerra Fría, ni revolución, ni comunismo. Los de arriba ya no tienen por qué temerle tanto al cambio.

Éstos son indicios de que, después del auge de los neoliberales y los populitos, se pueden estar dando las condiciones para que surjan figuras públicas un tanto más sombrías, líderes menos despreocupados por el orden social, por la desigualdad, la pobreza y la injusticia. Estaríamos ante una nueva generación, la cual se dividiría y se unificaría alrededor de sus propios conflictos y compromisos. Seguramente no serán como los cultos. Esa época vino y se fue. Pero posiblemente a los líderes del futuro les quede algo de esa sabiduría a la antigua que tuvieron los cultos y los populazos al entender que sociedades jerárquicas como las nuestras no se organizan por sí solas, sino que requieren de un componente colectivo y moral dirigido desde arriba. Tendrían la comprensión moderna de que el ciudadano, el individuo y sus derechos son un componente fundamental y potencialmente positivo de la sociedad, y que la sociedad civil necesita ser vital y tener una autonomía con respecto al Estado. De esta manera los nuevos movimientos se llenarían del *ethos* paternal y del *ethos* ciudadano, del pasado y el presente, de lo moral y lo material, de la poesía y del mercado, de ese sentido de comunidad, del bien común, que se quiso fomentar en la época anterior y que las fuerzas del mercado aún no han logrado corroer del todo, y del nuevo sentido que tienen los dere-

chos del individuo. Hoy se puede hablar del ciudadano, y por tanto es posible volver a pensar en lo que sería una revitalizada dimensión social de la ciudadanía. Quizás a estos nuevos movimientos reformistas los podríamos llamar “populismos”. Serían movimientos latinoamericanos, expresiones de las muchas y diversas fuerzas de la historia que siguen vivas.[15]

Notas al pie

[1] Estas palabras de Gaitán están citadas en Herbert Braun (1998, pp. 192-193).

[2] Herbert Braun (1998, p. 187).

[3] Un reciente intento de enfatizar las continuidades más que las diferencias entre el antiguo populismo y el contemporáneo, es el de Michael Conniff (1999). Este volumen representa una continuación del libro editado por el propio Michael ConnifF (1982).

[4] Para poder llegar al entendimiento de una cultura política católica, jerárquica y moralizante, que no sea analizada como si fuera una patología, me he basado en José Luis L. Aranguren (1980). Para el caso latinoamericano he recurrido felizmente a Richard McGee Morse (1982). Véase también Enrique Krauze (2000). Asimismo son imprescindibles Claudio Véliz (1994), Frederick B. Pike (1992) y Glen Caudill Dealy (1977). Un buen contrapunto, dentro de la historia de las ideas, es Wilfred M. McClay (1994). En una interesante conversación entre el historiador francés Emmanuel Le Roy Ladurie, Octavio Paz y Enrique Krauze, el intelectual del viejo mundo se muestra mucho más cómodo y optimista dentro de una cultura católica que los pensadores mexicanos. Enrique Krauze (1989).

[5] Sería esclarecedor comparar el mundo público e hidalguista que se fue formando en las ciudades de América Latina de fines del siglo XIX a mediados del XX (para el caso de Bogotá, véase Braun, 1998, especialmente pp. 13-69 y 397-411) con la “esfera pública” de países con un historial más burgués, tal como lo ha postulado Jürgen Habermas (1991).

[6] Parece curioso, pero la historiografía de estos movimientos se enfoca casi exclusivamente en ellos mismos, y llega a mencionar a otros grupos o movimientos sociales contemporáneos únicamente de paso y sólo para establecer si estaban de acuerdo o no con ellos, si eran o no parte de las alianzas que buscaban los caudillos. Cuando en este contexto se llega a mencionar a las tradicionales élites de América Latina, se hace en tono de burla, aun entre los que no simpatizan con la política de los caudillos. Las clases altas de América Latina en la primera mitad del siglo XX aún no han encontrado a su historiador. Posiblemente el libro de José Luis Romero (1976) sea

uno de los mejores aportes que tengamos. Steve Stein (1980, pp. 18-48) nos ofrece una aproximación a la vida de los civilistas limeños. Julie M. Taylor (1979) señala el odio que las clases altas bonaerenses sentían por Evita, pero no lo presenta con un análisis desde dentro de esas clases y del concepto de moralidad social y de comportamiento al que se deben atener las figuras públicas.

[7] Jeffrey Klaiber (1988).

[8] Julie M. Taylor (1979).

[9] Herbert Braun (1998, p. 71).

[10] Herbert Braun (1998, p. 193).

[11] Daniel James, en su libro de 1988, uno de los estudios más perceptivos sobre el peronismo, demuestra el sentido orgánico del movimiento, con esa "dimensión social de la ciudadanía", pero se equivoca al señalar que el peronismo se erguía en contra de una práctica individualista y burguesa de los políticos conservadores y radicales de la época (pp. 16-40).

[12] Edward P. Thompson (1971).

[13] Roberto da Matta (1991, pp. 137-197).

[14] Dos de los trabaos clásicos sobre el tema parten de las observaciones de Alexis de Tocqueville (1957) en su *Democracia en América*: David Riesman (1950) y Robert N. Bellah (1985). Desde una perspectiva católica, puede consultarse a George Weigel (1991) y Günter Lewy (1996).

[15] Para una interpretación de lo vivas que pueden estar aún las culturas paternalistas y orgánicas dentro de la modernidad latinoamericana, véase Herbert Braun (1997).

UNA PERSPECTIVA DEL POPULISMO EN BRASIL

Hélgio Trindade

Universidad Federal de Rio Grande do Sul

> Un fantasma se cierne sobre el mundo: el populismo [...] En la actualidad no puede haber duda alguna respecto *de la importancia* del populismo, pero en cambio nadie sabe exactamente qué es.
>
> Ghita Ionescu y Ernest Gellner, *Populismo: sus significados y características nacionales*, 1969.

INTRODUCCIÓN

A partir de breves consideraciones sobre los usos y abusos del concepto de populismo, nuestro objetivo es analizar su utilización en el caso brasileño. Más que discutir la variante brasileña que se constituye mediante el ascenso del varguismo al poder en 1930, nuestra preocupación central es insertar el concepto en el contexto de la evolución del sistema político y de la construcción de la democracia.

El populismo, en cuanto Estado nacional popular, es parte del proceso político que enfrentó la hegemonía del liberalismo conservador de las élites políticas y cuya herencia histórica tuvo un papel decisivo por acción o reacción en el modelo de democracia practicada en Brasil. El populismo brasileño, para ser adecuadamente analizado, necesita ser comprendido en su confrontación con el sistema político tradicional de la Vieja

República, en sus relaciones con el propio varguismo y con el autoritarismo militar.

Nuestra perspectiva analítica sostiene que el populismo se constituyó mediante el varguismo y su posterior desarrollo, y se volvió el elemento central para la comprensión de los avances y de los retrocesos de la democracia brasileña.

DE LOS USOS Y ABUSOS DEL CONCEPTO DE POPULISMO

El uso indiscriminado del concepto de "populismo" en América Latina, para caracterizar los regímenes y los liderazgos populistas, produjo un creciente vaciamiento de su contenido. Los análisis del peronismo y del varguismo, a pesar de las diferencias entre los dos regímenes y el estilo de sus liderazgos, fueron relativamente coincidentes para los especialistas como ejemplos de "populismo clásico". La extensión del concepto hacia una gran variedad de casos hizo que se perdiera su significado original en América Latina.

Este hecho, sin embargo, no debe conducirnos a dejar de lado el término "populismo", sino que nos obliga a definirlo de manera más rigurosa para que lo utilicemos, especialmente, en análisis comparativos. Pocos autores se preocuparon, en el caso del populismo latinoamericano, por el uso más riguroso del término a partir de un análisis sociológico o de una política consistente.[1]

Con la recuperación del término populismo, para caracterizar situaciones actuales en Europa del Este y en América Latina, se vuelve indispensable considerar críticamente la validez del concepto. Me refiero a los esfuerzos hechos por varios autores que pretenden recuperar su sentido original; parten del

significado histórico de los ejemplos ruso y americano del siglo XIX,[2] y del inventario de los "partidos y estados nacionales-populares" en América Latina, que incluye "los partidos de tendencia populista", "los estados nacionales-populares" y "el populismo militar".[3]

La nueva ola populista, posterior a los regímenes militares en América Latina y a la caída del muro de Berlín, reactualizó el concepto para plantear situaciones muy diferentes entre sí. Me refiero a las contribuciones que procuran establecer algunos criterios para el uso del concepto[4] o que intentan separar los populismos clásicos de los contemporáneos a través de la distinción entre "populismo de los antiguos" y "populismo de los modernos".[5]

A pesar de la ampliación del campo analítico que comprende el concepto de populismo, la cuestión de fondo es saber hasta qué punto dicho concepto ya no es suficientemente contradictorio en un mismo universo conceptual por oposición a un campo igualmente diferenciado, constituido por las manifestaciones del populismo contemporáneo.

Ésta parece ser una exigencia legítima: volver a discutir en la ciencia política los conceptos que fueron cambiando históricamente de significado. Lo más importante, sin embargo, es que su contenido se haga explícito en cada contexto concreto, como se ha hecho en relación con otros conceptos más sólidos pero que fueron adquiriendo múltiples significados.

Si todos los conceptos equívocos fueran abandonados por los especialistas, hay que preguntarse si se debe aplicar el mismo criterio para los conceptos de fascismo, autoritarismo y democracia. La manera más adecuada de enfrentar el problema no es abandonar esos conceptos por más multiformes que sean, sino interpretarlos históricamente, tratando de definirlos de la

forma más rigurosa posible. Otra vía, incluso más riesgosa, es la de tratar de construir un concepto "genérico" de populismo aplicable a todas las épocas, como hicieron con el fascismo dos especialistas ingleses.[6] En relación con el populismo, ya hubo una manifestación de escepticismo vinculada a esa posibilidad.[7]

La dificultad no es exclusiva del concepto de populismo. Basta recordar el modismo que se asoció al concepto de "autoritarismo" en América Latina y en Europa del Sur. Se volvió un concepto tan genérico que casi no tenía ningún contenido analítico. Del "franquismo" al "gaullismo", pasando por los "autoritarismos militares" del Cono Sur, hasta el "autoritarismo tradicional" paraguayo o mexicano, todo cabía dentro del mismo concepto. Linz contribuye a elucidar la confusión conceptual entre fascismo y autoritarismo en su estudio clásico sobre el franquismo.[8]

Las diferencias conceptuales entre las dictaduras militares en Aanérica Latina hicieron que el concepto de fascismo reapareciera bago diferentes formas: el fascismo "dependiente",[9] el "fascismo atipico",[10] el "fascismo colonial",[11] el "fascismo potencial"[12] o el "fascismo sui gèneris".[13] Este uso amplio del concepto de fascismo fue objeto de un análisis crítico en artículos que tratan de discutir la validez de los argumentos utilizados por los autores.[14] Otro ejemplo fue la discusión en torno al fascismo extraeuropeo en los años treinta[15] y los movimientos neofascistas y de extrema derecha en Europa en relación con el fascismo clásico.

Después de la marejada de estudios sobre las transiciones democráticas en Europa del Este y en América Latina, dentro del balance de la "tercera ola democrática", como la llama Huntington, los conceptos de democracia fueron diversamente calificados, según las diferentes situaciones nacionales y los pro-

blemas enfrentados en el paso de la transición hacia la consolidación democrática. En el Cono Sur se habló desde "democracia relativa" y "democracia ciudadana" hasta de "nuevas democracias" o "democracias híbridas", bajo el impacto de las políticas de ajuste económico de corte neoliberal. Hoy, y en este contexto, se plantea en América Latina la cuestión del "neopopulismo", del "liberal-populismo" o del "populismo de los modernos".

Estamos de nuevo frente a un inconveniente más, un modismo típico de la ciencia política en el que los conceptos transitan por diferentes contextos socioeconómicos y políticos con connotaciones positivas o negativas. Así como el fascismo tuvo una connotación peyorativa generada por el lenguaje de los antifascistas y a la democracia burguesa se le consideró de este modo, antes de volverse un "valor universal" para la izquierda actual, el concepto de populismo tiende a significar un anatema para determinados regímenes o líderes que huyen de cierto modelo etnocéntrico de democracia liberal.

En el caso latinoamericano, el concepto de populismo inspirado en el populismo rural ruso o americano entró en los análisis con una connotación positiva (y no peyorativa como ha sido hoy utilizada en Europa) ante la radicalización política de los años treinta y bajo la presión estadounidense para que Vargas y Perón se definieran respecto a los bloques en lucha durante la Segunda Guerra Mundial. En esta época las élites oligárquicas derrotadas por los movimientos urbanos en ascenso, bajo la guía de líderes carismáticos, con movilización de masas en Argentina pero no en Brasil, trataban de estigmatizar esos regímenes con el calificativo de "fascistas".

La incorporación del concepto de populismo al peronismo y al varguismo comenzó a ser adoptada en la literatura para ca-

racterizar los regímenes políticos que, por su proyecto y estilo, se distinguían de los gobiernos oligárquicos tradicionales y aspiraban a una transformación socioeconómica de las sociedades.

RAÍCES DEL POPULISMO: LA REVOLUCIÓN DEL 30 Y EL ESTADO NUEVO DE VARGAS

Con la proclamación de la República, el nuevo discurso liberal de inspiración jeffersoniana (con sus variantes regionales) propone la idea federalista que se contrapone al centralismo del Imperio. La práctica política de la Primera República, sin embargo, obedece a un esquema institucional cuya lógica oligárquica es diferente de la monarquía. En el ápice de la pirámide, el presidente, que tiene el Poder Ejecutivo, retira su legitimidad del pacto político denominado "política de los gobernadores". Los partidos únicos regionales garantizan, de la misma forma que el carácter bipartidista del Imperio, la hegemonía de la clase dominante agraria que se articula nacionalmente bzyo la dirección del presidente de la república. Por último, la reconversión de las funciones militares y cívicas de la Guardia Nacional en cargos honoríficos de carácter político ("coroneles") concede al sistema una forma eficiente de mediación entre el centro y la periferia a través del "convenio coronelístico".[16]

La fase de transición del régimen al Estado populista comienza con la ascensión de Vargas al poder. El reto principal del nuevo orden generado por la Revolución del 30 es el de definir un modelo político capaz de sustituir el pacto oligárquico en crisis. Aquél se construye por la *vía estatal,* reestructurando de manera más autónoma las relaciones con las oligarquías regionales y estableciendo nuevas formas de representación cor-

porativa de participación de las clases medias y del proletariado.

El laboratorio político del Estado Nuevo, al beneficiarse voluntariamente del retroceso autoritario producido por la nueva clase política en el poder (con la participación de la alta jerarquía del ejército), elabora los parámetros del nuevo paradigma. Este establece las condiciones de consolidación de un Estado nacional estructurado, bajo la protección del estamento militar, que define las formas de representación de los nuevos intereses industriales[17] de la organización corporativa del sindicalismo que, en la posguerra, será la base de la seguridad política de la "democracia populista".

El autoritarismo varguista, pues, con la deliberada *desmovilización política,* propicia la formación de una nueva élite política leal al Estado centralizado y, con la *desmovilización social,* asienta las bases del control corporativo del naciente movimiento obrero. La contrapartida principal del agotamiento del régimen oligárquico-liberal de la República Vieja fue el reforzamiento de la centralización y de la autonomización del Estado frente a la sociedad.

Ese proceso no se entiende si no consideramos el *peso de las fuerzas armadas* en la balanza del poder: "las transformaciones sociales realizadas en el periodo, tendientes a reducir la influencia política y económica de grupos rurales a través de la urbanización e industrialización, produjeron importantes aliados a las fuerzas armadas". Sin embargo, no sólo era el proceso de cambio socioeconómico el que abría nuevas perspectivas a los militares. Ellos también se transformaban replanteando su papel en la sociedad: desapareció el "soldado ciudadano" de las insurrecciones constestatarias del tenientismo para dar paso a

la “corporación y la clase”, originando el modelo de intervención “controladora” bajo el amparo de la alta jerarquía militar.[18]

Esta situación se consolidó con el golpe de 1937, cuando “la construcción del Estado Nuevo y la institucionalización de la identidad del ejército eran una misma y única empresa”; esto hizo que la “simbiosis ejército-Estado” se tradujera en una “doctrina militar de efectos duraderos”.[19]

Todos estos elementos indican el importante papel del ejército en la transición a un sistema marcado por una mayor autonomía del Estado frente a las élites agrarias tradicionales.

Las primeras fisuras del Estado oligárquico comenzaron a manifestarse en la década de los veinte, cuando el liberalismo conservador sufrió las primeras embestidas de los movimientos sociales y políticos ajenos a su control.[20] Sin embargo, la nueva fase de transición, al desarticular provisionalmente la relación Estado-élite agraria, la modernizó dándole nuevos papeles. El Estado populista posibilitaría la elaboración de un nuevo pacto social.

La posición privilegiada del Estado y la naturaleza de la coalición que se consolidó después de 1930 son los elementos clave para comprender la acción modernizante de Vargas. Aunque perdieron la exclusividad de la representación, las élites agrarias en el nuevo orden político se repartieron el poder con las élites industrializantes bajo el patrocinio del Estado.

La preservación del sistema de propiedad de tierras y de las relaciones de trabajo en el campo permitió mantener inalteradas las bases del poder local de los latifundistas. En el contexto urbano la estrategia adoptada para incorporar la clase trabajadora al sistema político consistió en someterla con firmeza al control del Estado. Gradualmente la modernización *en grande* se afirmó promoviendo cambios decisivos, sin permitir todavía

una ruptura radical con los antiguos patrones de dominación”.[21]

En el Estado Nuevo, con sus acciones en la organización de la representación de intereses patronales y laboristas, y en la articulación institucional con las fuerzas armadas dentro de un proceso de modernización económica nacional, se formaría una nueva élite política capaz de volverse el principal *partenaire* en el nuevo pacto populista que se estableció en la posguerra, instituyendo la democracia electoral.

ESTADO POPULISTA Y DEMOCRACIA ELECTORAL

A pesar de los avances del “ideario liberal” de la Revolución del 30, el varguismo lo sometió a las asperezas de un autoritarismo desmovilizador y sin partidos durante el Estado Nuevo. Hasta 1930, “no había en Brasil un pueblo organizado políticamente dentro de un sentimiento nacional consolidado”; predominaba una “ciudadanía negativa” o “estadanía”. Cuando el pueblo actuaba políticamente lo hacía, en general, como reacción en contra de lo que consideraba arbitrariedades por parte de las autoridades. La participación en la política nacional se limitaba a pequeños grupos, y el pueblo asistía “bestializado” a los grandes acontecimientos políticos nacionales, “como simple curioso, desconfiado e incluso divertido por el espectáculo”.[22]

Si comparamos la situación de Brasil con la de otros países americanos, aun con los Estados Unidos, en términos de legislación y participación electorales, dos datos ilustran el atraso relativo de Brasil. El primero se refiere al derecho al voto en la segunda mitad del siglo XIX.

La mayoría de los países con gran tradición liberal no tenían un sistema censual: Estados Unidos, México, Argentina, Uru-

guay, Colombia, Venezuela, ni el Paraguay en su Constitución de 1870. Sin embargo, Chile, Bolivia, Ecuador, Perú y Brasil recurrían al censo como mecanismo de exclusión electoral.

El otro se refiere a los niveles de participación electoral entre 1910 y 1976. Durante el periodo republicano en Brasil se presentan niveles más bajos de participación electoral (con excepción de Colombia) que en Uruguay, Argentina, Estados Unidos, Chile y México sucesivamente.

Durante el Imperio la legislación en vigor permitió como máximo la votación de 10.8 % (1872) de la población, y bajó a un mínimo de 0.8% (1886), mientras que en la República (hasta 1937) el mayor porcentaje fue de 5.6 en 1930.[23] Aunque el porcentaje en relación con la población total sea tres veces mayor en 1945 (16.19), también en las últimas elecciones del periodo de la República populista, en 1962, el electorado no era superior a un cuarto de la población (25%). Es necesario esperar a la Nueva República para que este porcentaje se aproxime a la mitad de la población total (46.42 en 1982).[24]

Al finalizar la exclusión del derecho al voto de los analfabetos y extenderse este derecho a los jóvenes de 16 años, como consecuencia de la Constitución de 1988, se realiza plenamente la "democracia electoral" con una multitud de electores que salta al 65.2% de la población total, o sea, 106 millones de votantes.

Sin embargo, en la República populista persiste el mismo patrón dominante de la lógica liberal y de la praxis autoritaria. Los bsyos niveles de participación electoral, debidos a la exclusión de los analfabetos, permanecen inalterados. La ciudadanía no nace en la sociedad civil, sino en el Estado ("estadanía"). La hegemonía partidista en el poder (Partido Social Democrático-Partido Trabalhista Brasileiro, PSD-PTB) crea un pacto contradic-

torio bajo la hegemonía del partido conservador; y la principal fuerza liberal de oposición (Uniáo Democrática Nacional, UDN) combina contradictoriamente una retórica jurídica liberal con sucesivos llamados a la intervención de las fuerzas armadas para proteger la "democracia" amenazada por los populistas.

Incluso en un contexto de "democratización" de las estructuras políticas, los dos mecanismos bloqueadores del desarrollo democrático persisten: por un lado, en el *Estado populista y desarrollista,* los mecanismos estatales de control de la organización autónoma de la sociedad civil se expanden al campo social y económico; por el otro, las élites políticas, aunque acepten formas de movilización más amplias que en el pasado (la cuestión social ya no era sólo una cuestión de policía), comprueban que bago la protección estatal éstas no evolucionan hacia el patrón típico de la participación liberal democrática.

La estructuración partidista de 1945 a 1966 correspondió a la hegemonía de los partidos conservadores. Si sumamos la fuerza relativa de esos partidos en campos opuestos veremos que ellos disponen de una gran mayoría en la Cámara Federal: el PSD y la UDN sumados representan 81.5% de los diputados electos en 1945. Este dato muestra claramente que la acción política de esos partidos representó "la continuidad de un proceso político cuyas raíces provenían de la República Vieja, cuyas semillas se sembraron en la Colonia y germinaron en el Imperio".

Esta hegemonía se conserva hasta 1962, cuando en el gobierno de Goulart, heredero del laborismo, la ascensión del PTB amenaza el dominio del PSD en el interior de la alianza: pasa de 22 diputados en 1945 a 116 en 1962. A su vez los partidos conservadores liberales declinan en su conjunto: aunque en campos opuestos, el PSD y la UDN, en una fase de radicalización políti-

co-ideológica, sumados retenían en 1962 un poco más de la mitad de los diputados electos.[25]

En verdad fue la alianza conservadora populista del PSD-PTB, bajo la hegemonía electoral del primero, la que aseguró la estabilidad de la democracia electoral por más de dos décadas. Su estructuración nació de dos iniciativas estratégicas de Vargas, que reunió en torno del PSD a la clase política nacida del Estado Nuevo y atrajo hacia el PTB a los nuevos actores sociales generados por la expansión del sindicalismo estatal. La creación de los dos partidos tuvo dos consecuencias, ambas bloqueadoras de la dinámica liberal democrática.

a) La primera se derivó de un trazo de nuestro sistema político analizado en un ensayo clásico: "la existencia previa de una organización estatal fuerte tiene efectos considerables en el desarrollo y la posterior configuración del sistema partidista", lo que explica su bajo grado de "institucionalización". El balance del periodo demuestra que, "al finalizar el régimen de 1946, Brasil permanecía como permanece aún hoy, carente de canales regulares de participación".[26]

Cabe resaltar que la crisis del régimen, que desembocó en el golpe militar de 1964, vista desde la perspectiva del sistema partidista, se derivó del hecho de que los militares no podían aceptar la hegemonía del PTB en la alianza partidista tradicional, ni que un presidente de la república —Joáo Goulart— pudiera gobernar adoptando el programa partidista de las "reformas" de base del populismo.

El carácter crítico de la coyuntura de 1964, como observa Souza, "se derivó del simultáneo fortalecimiento del Estado y del sistema partidista, incluyendo de manera directa el dilema *Estado sin partidos o gobierno partidista*".[27]

La reestructuración y el realineamiento partidista en curso pudieron, en lugar de provocar la parálisis gubernativa, ser un factor de mediano plazo para el reforzamiento de la capacidad gubernativa cuando, en los años sesenta, comenzaron a salir a la superficie "las incongruencias de la política de modernización económica sustentada por aquella alianza partidista".

En esta perspectiva analítica, "la presencia simultánea de tendencias al fortalecimiento y a la disgregación" presagiaba, al final del periodo, "el paso al sistema de *gobierno partidista*, evidentemente contra la ideología antipartidista aún vigente y el poder burocrático aún vigoroso".[28]

Esas contradicciones estallaron en la crisis del gobierno que llevó a Jánio Quadros a renunciar a la presidencia siete meses después de su toma de posesión. Sin entrar en detalles con respecto al mérito de su renuncia, el hecho real subyacente es que había un conflicto explícito entre un presidente electo por un electorado predominantemente urbano y un Congreso dominado por el Brasil rural. El propio golpe militar de 1964 tuvo como uno de sus factores principales de desencadenamiento la percepción por parte de los defensores del *statu quo* de que había un riesgo de hegemonía del partido populista (el PTB) al cuestionar los militares el gobierno de Goulart y aceptarlo únicamente si se implantaba el sistema parlamentario.

El peso de ese factor partidista sería una amenaza real cuando, después del plebiscito, se volvió al sistema presidencial que desencadenaría el proceso de conspiración militar del golpe de Estado de 1964. Más tarde, nuevamente, en plena dictadura militar, cuando el Movimiento Democrático Brasileiro (MDB) mostró su capacidad para atraer las oposiciones al régimen, con amplio apoyo popular, eligiendo 16 senadores en los comicios de 1974, el estratega político del gobierno de Geisel, el ge-

neral Golberi do Couto e Silva, propuso la reforma del sistema partidista, señalando la importancia de la apertura multipartidista y tratando de disminuir el peso del partido que atraía el voto de las grandes ciudades y de las regiones más desarrolladas.

A partir de esa proposición analítica, se dan condiciones para entender la lógica estratégica; dos veces es alterado el sistema partidista en coyunturas políticas donde había el riesgo inminente de que este factor —el riesgo de hegemonía de un partido popular— amenazara la dominación tradicional del partido conservador mayoritario: primero el PSD en el periodo multipartidista de la República populista y después la Aliança Renovadora Nacional (Arena) en el sistema bipartidista instituido por el autoritarismo militar.[29]

b) La segunda consecuencia proviene de la dinámica de la ciudadanía *a la brasileña* que, al contrario de la tradición de las democracias fundadoras,[30] es una criatura del Estado en el dilema clásico entre "representación" y "cooptación".[31]

La "ciudadanía regulada" es su configuración político-social cuyas "raíces se encuentran, no en un código de valores políticos, sino en un sistema de estratificación profesional". Ésta resulta de la "reglamentación de profesiones, de la cartera profesional y del sindicato público que establece los tres parámetros en el interior de los cuales pasa a definirse la ciudadanía". En este sentido la "burocracia sindical brasileña, sujetada al Estado" va a encontrar "en los recursos diferenciados de la red previsora la forma óptima de integrarse al sistema de ciudadanía regulada".[32]

El papel del varguismo fue decisivo en la creación de la matriz de una "cultura política estatista y gobiernista" que produjo una "visión corporativa de los intereses colectivos". Ésta afir-

mación de Carvalho coincide con el argumento analítico de este ensayo, con la salvedad de que no se le puede atribuir toda la responsabilidad al Estado. Carvalho considera que el gran éxito de Vargas indica que su política tocó un punto sensible de la cultura nacional: "la distribución de los beneficios sociales por cooptación sucesiva de categorías de trabajadores en el interior del sindicalismo corporativo encontró un terreno fértil donde podría echar raíces".[33] Por ello parece legítimo reconocer que las instituciones y las prácticas políticas nacidas en el Estado Nuevo se fortalecen prácticamente sin alteración hasta el golpe del 64.

La "democracia sin pueblo"[34] mantiene su dinámica, dirigida por la lógica liberal en un contexto institucional autoritario en los planos social y político, porque "la salida de los conflictos sociales hacia afuera de las instituciones heredadas del Estado Nuevo no encontró respuesta institucional a la altura, teniendo como resultado final la radicalización de las demandas y la intolerancia política creciente de los diferentes actores sociales". La parálisis gubernamental y administrativa de fines de 1963 y principios de 1964 ayuda a explicar, en parte, por qué se resolvió el "conflicto al venirse abajo la democracia limitada".[35]

La construcción del Estado nacional fue una prioridad de las élites brasileñas desde el Imperio. La élite imperial tuvo conciencia clara del papel estratégico del Estado para garantizar la unidad de su amplio territorio. Con la República se revalorizaron las oligarquías estatales que, bajo la hegemonía de los partidos regionalizados, se articulaban periódicamente para elegir al presidente de la república. La Revolución del 30 rompió con el pacto oligárquico interregional, reestableció la centralización política y abrió el camino para la construcción del Estado na-

cional que el varguismo logró consolidar con el apoyo de las fuerzas armadas durante el Estado Nuevo.

Este proceso creó las condiciones para la aparición del Estado nacional desarrollista de la posguerra que profundizó las bases del *nacionalismo económico* en el segundo gobierno de Vargas. El modelo de sustitución de importaciones estableció una sólida infraestructura para la expansión industrial que se corporativizó con el papel central del sector público bajo el populismo varguista y se profundizó con el *desarrollismo* de Juscelino Kubitschek. Agotada la fase de sustitución de importaciones, *extensiva* en los años sesenta, los gobiernos militares, después de una etapa de liberalismo económico que se centraba en políticas monetarias de control de la inflación, profundizaron el control estatal sobre la economía, especialmente en el gobierno de Geisel, y llevaron a una industrialización intensiva a través de la producción de bienes de capital.[36]

En este contexto de crisis económica internacional, bajo los efectos de la contienda petrolera, Geisel considera los límites del "milagro económico" brasileño y trata de dar una respuesta en el plano de la economía y de abrir una perspectiva política de "distensión" del régimen. Esta estrategia económica y política, combinada con medidas de control institucional para la represión y la tortura, desencadenaría el largo proceso de transición democrática "lenta, gradual y segura". La difícil negociación de la propuesta de apertura política entre la corporación militar, los políticos del régimen y la oposición provocó avances y retrocesos institucionales y, en el gobierno de Figueiredo, el proceso se autonomizó bajo la presión de la sociedad civil a través de movilizaciones sindicales y políticas (*"Diretas já"*).[37] La concepción de democracia subyacente en el proyecto de transición política fue señalada por el propio Geisel como la institu-

ción de una "democracia relativa" a través de la negociación intraélites.

TRANSICIONES DEMOCRÁTICAS E HIPERPRESIDENCIALISMO POPULISTA

La construcción de las transiciones hacia la democracia en América Latina, después del agotamiento de los regímenes autoritarios, enfrentó dos fases diferentes. La primera reestableció las instituciones básicas del nuevo régimen, a través de las "elecciones fundadoras", en un contexto de valorización de la idea democrática entre las élites políticas y amplios sectores de la sociedad. La segunda, cristalizada en las elecciones presidenciales de 1989 en Argentina, Brasil y Uruguay, vio las primeras manifestaciones de ruptura del consenso fundacional (con excepción de Chile, que creó una "concertación" política más amplia) y de alternancia en el poder.[38]

En el análisis de los factores que bloquean las transiciones democráticas, Przeworski considera relevante "un marco institucional que permita transformaciones sociales y económicas, un régimen competitivo y representativo, y militares sometidos al control civil".[39] El autor admite que la mayoría de los procesos de transición quedan bloqueados en la mitad del camino. De entre los objetivos referidos el más difícil sería el control civil de los militares. En la época en que escribió el texto, este objetivo lo habrían alcanzado solamente España y Grecia, pero sabemos que los militares perdieron bastante prestigio en Argentina, volvieron a subordinarse al poder civil en Brasil y Uruguay, y conservaron algunas prerrogativas constitucionales en Chile, aunque el proceso internacional movilizado en contra del ex dictador Pinochet haya abierto el camino para el planteamiento de nuevas reglas en este campo.

Por otro lado Przeworski no le da la debida importancia a la relación entre la crisis fiscal del Estado y las políticas de ajuste económico y la calidad de las nuevas democracias. A su juicio "existen buenas razones para que las limitaciones sean institucionales y no económicas".[40] Sin embargo, la situación de América Latina, desde la "década perdida" de los años ochenta hasta el final de la década de los noventa, ha demostrado la gravedad de los ayustes económicos y sus efectos políticos y sociales, que se volvieron el principal factor de bloqueo de la consolidación democrática. Estos se refieren, principalmente, a los efectos generados por la modernización conservadora, gestada en los regímenes militares, sobre la cultura política tradicional. De la misma forma en los gobiernos de las nuevas democracias, ante los efectos corrosivos de la hiperinflación y de los remedios amargos del recetario neoliberal, el desempeño de las políticas económicas de ayuste se volvió crucial para asegurar la legitimidad política y la gobernabilidad democrática de los nuevos regímenes en fase de consolidación.

En un contexto de crisis económica prolongada y de aumento de las desigualdades sociales, tiende a incrementarse también la influencia de los partidos políticos con consecuencias perversas sobre la recomposición de las fuerzas internas y la definición de los modelos propuestos por la sociedad.[41] En sociedades en que los niveles de pauperización y marginalización social son intolerables, la fragilidad de las instituciones representativas se acentúa considerablemente, poniendo en peligro la transición y la consolidación democráticas. Según Lamounier, si Brasil no consigue superar el "reto social" —que, a nuestro juicio, es una "deuda social"—, no podrá conservar ni la democracia ni una vida social civilizada.[42] Este reto se volvió crí-

tico porque el gobierno de Cardoso colocó la "deuda social" en permanente moratoria y optó por el pago de la "deuda externa".

Sin pretender darle a la transición de los países del Cono Sur una explicación "economicista", es indiscutible que en todos los casos interviene un conjunto de factores económicos comunes. Weffort destacaba que "el Cono Sur está unificado por la crisis, la deuda externa, el estancamiento económico, la inflación, el crecimiento del desempleo y el aumento de la desigualdad social".[43] A pesar de que las políticas de control de la inflación están provocando un acelerado proceso de "desindustrialización" y desempleo, las diferencias nacionales en la forma y en el ritmo de las transiciones pueden ser analizadas a la luz de esos factores.

Este punto de vista permite, por ejemplo, comprender por qué los primeros gobiernos civiles de la transición —Alfonsín en Argentina, Samey en Brasil y Sanguinetti en Uruguay— gozaron, al principio, de un amplio consenso electoral, pero fueron derrotados por las oposiciones ya que sus políticas gubernamentales desembocaron en resultados económicos mediocres, incapaces de resolver la crisis. Del mismo modo el gobierno de Cardoso en Brasil, después de un mandato legitimado por el "presidente real" que le garantizó la reelección, tiene una popularidad poco firme. En las encuestas de opinión, al inicio de su segundo mandato, sólo 15% de los entrevistados consideran que Fernando Henrique Cardoso realiza un "buen gobierno"; cayó a índices muy bajos de bido al impacto de la crisis que, desde principios de 1999, debilita su credibilidad económica. Hoy día un gobierno formalmente democrático enfrenta retos que afectan ciertamente su legitimidad; en particular, su gobernabilidad socioeconómica.

Además del campo económico, cabe resaltar que la "reinvención democrática" en los países del Cono Sur está marcada por un hecho nuevo: la connotación positiva que tiene actualmente la idea de democracia. Weffort ya había afirmado que "durante los años sesenta los debates políticos de todos los países [latinoamericanos] trataban sobre los grandes temas de cambio estructural de la sociedad, la economía y el Estado", pero la democracia estaba presente de forma secundaria. En esa época los problemas más importantes eran la estructura agraria, el desarrollo económico, los desequilibrios regionales y las desigualdades sociales.[44] Un hecho nuevo, al final de las dictaduras militares, fue la aparición de una cultura política valorizadora de la democracia. Esto se manifiesta a través de la incorporación, en la teoría y en la práctica política, de la idea de que los cambios de la sociedad son inseparables de la construcción formal de la democracia.

Sin embargo, el optimismo de esa nueva cultura democrática no oculta las dificultades y los riesgos de retroceso que continúan presentes en los procesos de construcción del nuevo régimen en los países del Cono Sur. Ya se observó que "los procesos de democratización llevan consigo dos transiciones: la primera consiste en instalar el nuevo *gobierno* democrático, y la segunda se define como un proceso de consolidación que desemboca en la vigencia de un *régimen* democrático". Si "la primera transición es, de manera general, dura, difícil, y está llena de incertidumbres", el camino que lleva de un gobierno a un régimen democrático es largo. Y las posibilidades de regresión autoritaria son numerosas.[45]

En la coyuntura actual la interacción de la cultura política democrática y los efectos de la crisis económica se constituye en la variable estratégica para entender los límites del proceso

de consolidación de la democracia. Es difícil prever el impacto sobre las "nuevas democracias" de la corriente neoliberal a mediano y largo plazo. El nuevo cuadro es propicio para el resurgimiento de nuevas formas de populismo, incluso de lo que se podría denominar "populismo electrónico", que, a través de los medios masivos de comunicación, mostró su eficacia en el fenómeno Collor en un contexto de volatilidad creciente del voto.

Ese nuevo populismo —que en Perú desembocó, con Fujimori, en una especie de cesarismo político— en Brasil no encuentra respaldo político tradicional en las masas urbanas emergentes incorporadas a la democracia populista por la "ciudadanía regulada", pero sí en otro tipo de incorporación simbólica de sectores excluidos que transfieren al Poder Ejecutivo una expectativa de políticas con resultados a corto plazo.

Ésa fue la base electoral más consistente de los presidentes Collor y Cardoso, que dispusieron, además de los soportes regionales clásicos de las estructuras partidistas, de una capacidad para agregar un apoyo difuso y consistente del Brasil profundo combinado con un significativo rechazo del voto urbano. Tal arco de apoyos ha sustentado diferentes gobiernos, en los ámbitos locales y en el nacional, produciendo nuevas experiencias o estilos populistas, desde el *populismo de derecha* que tuvo en Collor y en Maluf (ex gobernador y prefecto de Sao Paulo) sus representantes más característicos, pasando por el hiperpresidencialismo de Cardoso hasta el posible renacimiento del viejo populismo de izquierda como reacción nacionalista a la internacionalización de la economía.

La centralización política y la personalización del poder del *hiperpresidencialismo populista* están asociadas a la "democracia delegativa" de O'Donnell,[46] en la que el presidente se considera

titular de un poder delegado por el voto para llevar a cabo, mediante mecanismos autoritarios, sus decisiones políticas. En Brasil esta forma de democracia utiliza ampliamente la prerrogativa excepcional de las "medidas provisorias" en la gestación de las políticas estratégicas para el gobierno, con el argumento de que son exigencias necesarias en decisiones en el campo económico y financiero.

La experiencia muestra que la práctica del gobierno por decreto acaba generalizándose y creando mecanismos propios de un Ejecutivo legislador que descalifica el papel tradicional del parlamento. El desequilibrio entre los poderes, que somete la democracia a las consecuencias de la "delegación" presidencial, fragiliza la práctica democrática. Se pueden sacar lecciones tanto del *impeachment* contra el presidente Collor como del carácter sumiso del Congreso para con el Ejecutivo en el gobierno de Cardoso.

Al analizar las "apuestas de la democracia en América del Sur", Portantiero refuerza la importancia de la relación entre los procesos de democratización, la crisis económica y las políticas de ajuste: "si en un primer momento, a principios del proceso democratizador, la demanda colectiva era predominantemente político-institucional, en el segundo ésta se volvió económico-social". En consecuencia el autor establece claramente la frontera entre la fase de transición en que se construyen los mecanismos jurídico-formales de la democracia y la fase de consolidación sometida a los desafíos de la crisis económica prolongada y al crecimiento de la desigualdad social.

La fragilización de la consolidación democrática es resultado no sólo de las dificultades para construir una democracia estable en un marco de crisis económica, sino del hecho de que también en el centro del proceso se produce la desagregación

del papel regulador del Estado. El autor hace dos advertencias sobre la dinámica perversa de la reforma del Estado del recetario neoliberal: "reformar el Estado no puede confundirse con su desmantelamiento" y "privatizar el capitalismo es más importante que desestatizar a la sociedad".[47]

CONCLUSIÓN: DESAFÍOS DE LA DEMOCRACIA BRASILEÑA

La construcción de una *democracia participativa* supone un acuerdo entre la ciudadanía democrática y la representación política plena. Brasil, como muestra Carvalho,[48] siguió un "orden inverso a la cronología y a la lógica de la secuencia clásica para la adquisición de los derechos de la ciudadanía". Primero aparecieron las libertades garantizadas por el Poder Judicial independiente del Ejecutivo; después de practicar las libertades políticas, se ampliaron los derechos a través de los partidos y del Poder Legislativo, y los derechos sociales protegidos por el Estado se vieron como una violación a la igualdad de todos frente a la ley.

En Brasil los derechos sociales aparecieron en un periodo en que se suprimieron los derechos políticos. Después una gran ampliación del derecho al voto tuvo lugar en otro periodo autoritario, "en el cual los organismos de representación política se transformaron en adornos del régimen. Por último, incluso hoy día, muchos derechos civiles están fuera del alcance de la mayoría de la población. La pirámide de los derechos se colocó de tal forma que se apoyó sobre el vértice".

La crisis de la representación, a su vez, se vuelve más drástica en las sociedades contemporáneas sometidas al dominio de la representación permanente e influidas por los medios de comunicación de masas. La recuperación de los patrones de la de-

mocracia participativa, amenazada por la despolitización de la nueva *democracia contemplativa*, está en el centro de la problemática de la consolidación democrática. Las exigencias de una democracia de masas, representativa, participativa y deliberativa supone una reflexión sobre lo que Claude Leffort[49] llamó "invención democrática": "la representación, en el sentido estricto del término, está lejos de agotar la cuestión de la democracia", y la representación democrática no se agota en el universo del liberalismo.

No hay que olvidar que "la representación no adquiere su significado pleno si no se sustenta en una red de asociaciones en la que se manifiesten las iniciativas colectivas". Gracias a la representación, en el sentido pleno del término, el Estado no se cierra sobre sí mismo, transformándose en el centro de todo el poder, sometiéndose a las demandas más diversas y conflictivas y dejando de ejercer, en última instancia, el poder de decisión. En esta perspectiva analítica, "lo más valioso de la representación política es que allí se levanta una arena política y aparece, ante todos, un espacio público donde se expresan los conflictos de la sociedad en su conjunto y mantiene el principio de la diferencia que caracteriza a la sociedad democrática".[50]

Como destaca Lamounier, "no puede haber democracia sin procesos formales de representación" y "uno de los mayores obstáculos para la democracia en Brasil es cierta actitud que comparten la derecha autoritaria y los sectores de izquierda: una visión puramente *instrumental* de los procedimientos formales de representación".[51] En este sentido, la lógica liberal conservadora predominó sobre la representación democrática hasta la década de los noventa, en la que, pese a la persistencia histórica de nuestro sistema representativo, no tuvimos ningún periodo de democracia liberal comparable con el de Argentina,

Chile o Uruguay, donde lograron, al máximo, construir lo que Jaguaribe llamó la "democracia electoral".[52]

En el caso brasileño, ante la enorme deuda social que se expandió hasta el final del siglo, con la concentración de la renta y el aumento de las desigualdades, cabe la advertencia de Souza: "si es verdad que la democracia será frágil en ausencia de la democracia social, nada nos permitirá creer que esta última se pueda alcanzar automáticamente en los países capitalistas sin la presencia de condiciones políticas democráticas". Y en este sentido es como entendemos que la Nueva República se encuentra "bajo la espada de Damocles".[53]

Los análisis de las "nuevas democracias" y su dinámica de consolidación permiten hacer un balance provisional en la perspectiva de largo alcance. A partir de estudios recientes sobre la formación del Estado nacional y su relación con los factores estructurales y coyunturales de naturaleza económico-social, se podría inferir una visión escéptica sobre la viabilidad de las democracias participativas y deliberativas estables en América Latina. Sin embargo, si la construcción democrática se realiza por la confrontación permanente entre la democracia posible y la creación de espacios democratizantes articulados por la sociedad civil, una nueva dinámica hará que avance el proceso. La práctica de la ciudadanía democrática asociada a una nueva concepción de representación política podrá transformar el Estado privatizado por el patrimonialismo atávico.

Aunque es verdad que el populismo tuvo un papel contradictorio a lo largo de la historia republicana —ora representando avances, ora provocando retrocesos—, se debe reconocer el peso decisivo de la tradición oligárquica y liberal conservadora y antipopulista en los bloqueos de la democracia brasileña.

Notas al pie

[1] Gino Germani (1965; 1978); Francisco WefFort (1978).

[2] Véase Andrzej Walicki (1969).

[3] Alain Touraine (1988).

[4] Pierre-André Taguieff (1997, pp. 4-33).

[5] Guy Hermet, véase contribución en este libro.

[6] Roger Griffin (1993); Roger Eatwell (1992).

[7] Andrzej Walicki (1969, p. 120).

[8] Juan José Linz (1970).

[9] Leopoldo Zea (1976, pp. 181-182).

[10] Armando Cassigoli (1976, pp. 175, 177-178).

[11] Hélio Jaguaribe (1967).

[12] Agustín Cueva (1977, pp. 470-471, 474-477).

[13] Marcos Kaplan (1976, p. 120).

[14] Atilio Alberto Boron (1977, p. 482).

[15] Stanley G. Payne (1995); Pierre Milza (1985); Alistair Hennessy (1976); Stein Ugelvick Larsen et al (1980).

[16] Véase el clásico de Victor Nunes Leal (1948).

[17] Eli Diniz (1978).

[18] José Murilo de Carvalho (1974, pp. 161-162).

[19] Edmundo Campos (1976, p. 98).

[20] Dedo Saes (1975); Maria Cedlia Spina Forjaz (1977).

[21] Elisa Reis (1982, p. 340).

[22] José Murilo de Carvalho (1995, pp. 62-63).

[23] Olavo Brasil de Lima (1990, p. 11).

[24] Guilherme dos Santos Wanderley (1987, pp. 56-59).

[25] Glaucio Ary Dillon Soares (1973, p. 89).

[26] Maria Souza (1976, pp. 30-38).

[27] Maria Souza (1976).

[28] Maria Souza (1985, p. 103).

[29] Hélgio Trindade (1981, p. 190).

[30] Véase la obra clásica de Thomas Humphrey Marshall (1950).

[31] Simón Schwartzman (1975).

[32] Guilherme dos Santos Wanderley (1979, pp. 74-78).

[33] José Murilo de Carvalho (1995, p. 165).

[34] Maurice Duverger (1974).

[35] Guilherme dos Santos Wanderley (1979, pp. 81-82).

[36] Maria Tavares (1973).

[37] Véase Carlos Arturi (1989).

[38] Hélgio Trindade (1991, pp. 324-325).

[39] Adam Przeworski (1989, p. 42).

[40] Adam Przeworski (1989, p. 42).

[41] Marcelo Cavarozzi y Maria Grossi (1989, pp. 27, 35).

[42] Bolívar Lamounier (1980, pp. 25-27).

[43] Francisco Weffort (1989, p. 93).

[44] Francisco Weffort (1989 p. 85).

[45] Coloquio "A transição política —necessidades e limites da negociado", São Paulo, Universidade de São Paulo, julio de 1987; véase Larry Jay Diamond, Juan José Linz y Seymour Martin Lipset (1989); Philippe C. Schmitter (1994); David Collier y Steven Levitsky (1997).

[46] Guillermo O'Donnell (1991).

[47] Juan Carlos Portantiero (1993); véase también Adam Przeworski (1996); Eli Diniz (1997).

[48]José Murilo de Carvalho (1995, pp. 164-165).

[49] Claude Leffort (1991, p. 227); véase Georges Couffignal (1992).

[50] Claude Leffort (1991, p. 227).

[51] Bolívar Lamounier (1986, pp. 256-257).

[52] Hélio Jaguaribe (1962, p. 175).

[53] Maria Souza (1988, p. 564).

NEOPOPULISMO Y DEMOCRACIA EN BOLIVIA (1988-1999). UCS Y CONDEPA: COMPADRES Y PADRINOS EN LA POLÍTICA

Fernando Mayorga
Universidad Mayor de San Simón

A mediados de 1988 la política boliviana se estremeció con la aparición de dos partidos de nuevo cuño, Unidad Cívica Solidaridad (UCS) y Conciencia de Patria (Condepa), forjados en torno a líderes carismáticos —Max Fernández y Carlos Palenque, respectivamente— que desplegaron novedosas modalidades de intercambio político a través del uso no convencional de sus empresas y la incorporación de nuevas identidades y demandas sociales a la democracia representativa. Su presencia en el escenario político modificó los rasgos de la competencia electoral e incidió en la consolidación democrática y en el decurso de la reforma estatal. Estos partidos obtuvieron —sumadas sus votaciones particulares— el apoyo de alrededor de un tercio del electorado en los comicios municipales y nacionales realizados entre 1989 y 1997,[1] y en los últimos diez años accedieron al control de las alcaldías más importantes del país e intervinieron en el juego de alianzas para la conformación de las coaliciones gubernamentales, aunque ninguno de sus líderes alcanzó la presidencia de la república. A pesar de que ambas organizaciones sufrieron la desaparición física de sus jefes funda-

dores, mantuvieron su fuerza electoral en los comicios presidenciales de 1997, se consolidaron como partidos relevantes en el escenario parlamentario y participaron en la formación del gobierno presidido por el general Bánzer (1997-2002).[2]

En este ensayo se evalúa el desempeño de UCS y Condepa como expresiones del neopopulismo como estilo de acción política,[3] y se lleva a cabo una lectura comparada de las características que presentan sus liderazgos constitutivos y su peculiar funcionamiento organizativo.

DEMOCRACIA, SISTEMA DE PARTIDOS Y NEOPOPULISMO

En Bolivia, a diferencia de otros casos nacionales, el sistema de partidos ha demostrado una evidente capacidad para enfrentar una de las novedades del proceso de consolidación democrática en la región: la irrupción del neopopulismo, como riesgo de negación de la competencia electoral y de-sinstitucionalización de la política que, en otros países, como Perú, Ecuador y Venezuela, provocó la crisis del sistema de partidos.[4] En cambio en Bolivia —después de una década de vigencia del neopopulismo— el sistema de partidos tiende a su consolidación como resultado de una combinación de estabilidad y cambio, expresada —desde 1985— en la presencia dominante de tres partidos tradicionales (MNR, ADN y MIR),[5] en la conducción alternada del gobierno[6] y en la emergencia y articulación de dos nuevas fuerzas partidistas (UCS y Condepa). El proceso de configuración del sistema de partidos puede dividirse en tres fases: una fase fundacional, comprendida entre 1979 y 1985, que se expresa en el desplazamiento del corporativismo sindical por la mediación partidista; una fase de recomposición y adaptación, que transcurre entre 1985 y 1993, caracterizada por la adop-

ción de pactos para conformar coaliciones parlamentarias y gubernamentales estables y por el surgimiento de partidos de índole neopopulista; finalmente la fase de consolidación del sistema de partidos, a partir de 1993, que presenta como rasgo principal la plena articulación de UCS y Condepa a las pautas del funcionamiento del sistema político.[7]

Paralelamente a su articulación a las pautas formales de la democracia representativa, UCS y Condepa tiñeron la política local de ciertas modalidades típicas: la personalización de la representación política, el asistencialismo como rasgo de intercambio político y la interpelación de nuevas identidades y demandas sociales. Asimismo su influencia se manifestó en el cariz que asumieron diversas medidas de transformación del Estado, sometido a los cambios que acompañaron la aplicación de las políticas de ¿guste estructural y a las exigencias de la conformación de un orden institucional democrático-representativo. El neopopulismo es un fenómeno que se inscribe en el proceso de "doble transición" iniciado en los ochenta, puesto que paralelamente a la modificación del régimen político, como producto de la democratización, se produjo una reorientación integral del papel del Estado surgido con la revolución nacionalista de 1952.

Los cambios acaecidos en las dos últimas décadas transmutaron los parámetros de la relación entre economía, política y sociedad. A mediados de los ochenta se desplegaron dos procesos concatenados: ¿guste estructural y transición democrática. La política neoliberal, al mitigar la intervención económica del Estado, debilitó al movimiento sindical que, hasta entonces, era un actor político de innegable importancia, el cual fue desplazado por los partidos en su papel de mediador. Este papel se afianzó con la rutina electoral y la lógica de pactos que se inau-

guró en 1985 y se reiteró en las sucesivas gestiones gubernamentales mediante el establecimiento de mayorías parlamentarias. Así se conformó un sistema de partidos caracterizado por un perfil moderado en términos ideológicos y una tendencia centrípeta, puesto que la articulación entre democracia y neoliberalismo adquirió un carácter hegemónico, desplazando del imaginario político las antaño poderosas proposiciones estatistas y la lógica bélica del conflicto político. Sin embargo, el impacto social del ajuste estructural y el proceso de ciudadanización promovido por la transición democrática tuvieron un efecto inesperado, ya que aparecieron dos nuevas fuerzas políticas (UCS y Condepa) que cuestionaron a los partidos tradicionales y, simbólicamente, asumieron el papel asistencialista abandonado por el Estado, modificando las características del intercambio político e incidiendo en el estilo proselitista de las campañas electorales. En términos generales, el impacto global del neopopulismo se tradujo en la ampliación de la base social de apoyo a la democracia representativa y la incorporación de nuevas demandas e identidades sociales en el discurso político.

En las elecciones realizadas entre 1989 y 1997, la votación conjunta de estos partidos reunió alrededor de un tercio del electorado nacional[8] (véase cuadro). A esta importancia cuantitativa es preciso sumar las características de los grupos sociales representados por el neopopulismo: migrantes, transportistas, cholas, campesinos, comerciantes, vecinos, informales de variado cuño y ex mineros, entre otros. Se trata —en general— de sectores marginados, excluidos o discriminados económica, política, social y culturalmente, que se encontraban más cerca de la desafección que de la seducción por la democracia porque no eran interpelados por el sistema político o, en algunos casos, tenían un pasado prodictatorial. Por las características de los

núcleos sociales incorporados a la competencia electoral —en calidad de militantes y votantes— es posible valorar positivamente el carácter democrático de UCS y Condepa, porque han evitado que la pobreza y la marginación se conviertan en caldo de cultivo de interpelaciones subversivas, guerrilleras o terroristas. Sin embargo, esta virtud se convirtió en una limitación, puesto que, a la vez que lograron importantes adhesiones en sectores populares, ambos partidos fueron víctimas de un aislamiento electoral que les impidió convocar eficazmente a otros segmentos sociales y crecer con perspectivas de constituirse en gobierno.

Elecciones nacionales y municipales
(en porcentajes)

	1989	*1991*	*1993**	*1993*	*1995*	*1997**
ADN				7.85	11.43	22.28
MNR	17.47	22.99	33.83	34.92	21.32	18.21
MIR				9.45	9.31	16.77
AP (ADN-MIR)	30.35	26.44	20.03			
Condepa	17.01	11.69	13.59	19.58	15.47	17.16
UCS	14.92	21.26	13.11	8.39	17.45	16.11
Otros	20.25	17.62	19.44	20.91	25.02	9.47

*Elecciones nacionales.

Por las características de su representatividad, estos partidos introdujeron nuevos códigos culturales, sociales y políticos en el campo del discurso político. Se destaca, en el caso de Condepa, una carga simbólica matizada por interpelaciones étnicas de raigambre andina que pasaron de la subcultura migrante y de la festividad folclórica al ámbito de la política, y se materializaron en la presencia nunca antes vista de una chola[9] como diputada nacional desde 1989 y candidata presidencial en 1997. El sistema político asumió la demanda de participación de nuevos actores sociales (indios y mujeres), antaño excluidos de la política

"oficial", que pasaron a intercambiar papeles con los actores tradicionales (criollos-mestizos y varones). Asimismo la cobertura de necesidades básicas de los sectores vulnerables de la sociedad, a través de la realización de obras de asistencia social —típica modalidad de las campañas proselitistas de UCS—, propició la incorporación de la noción de equidad en las ofertas electorales, puesto que los restantes partidos empezaron a disputarse la base electoral de Condepa y UCS mediante la emulación de sus prácticas asistencialistas. Finalmente la presencia de estos partidos y su desempeño electoral otorgó un impulso especial a la reforma estatal, traducida en el reconocimiento del carácter pluriétnico y multicultural de la sociedad en la reforma constitucional, las leyes de participación popular y la reforma educativa,[10] dirigidas a lograr la integración sociocultural,[11] una ley de "cuotas" que establece la participación obligatoria de las mujeres en las listas de candidatos y una ley de partidos políticos.[12] Aunque ninguna de estas iniciativas fue propugnada por UCS o Condepa, su discusión y la necesidad de su aprobación adquirieron una mayor importancia debido al crecimiento electoral del neopopulismo que había ocupado el segundo lugar en las elecciones municipales de 1993 (Condepa) y de 1995 (UCS).

Ahora bien, el accionar de UCS y Condepa no fue marginal o autoexcluyente con respecto al sistema político. Compartieron, tempranamente, los beneficios del poder estatal y municipal, aunque no dejaron de proferir invectivas contra la política en general. Convencionalmente la democracia boliviana es definida como "democracia pactada",[13] porque se caracteriza por el establecimiento de pactos partidistas como mecanismos de definición de la titularidad gubernamental. Estos partidos ingresaron en esa dinámica sin poner en entredicho las reglas del

juego democrático y despojándose —pragmáticamente— de su celo crítico respecto de los partidos tradicionales.[14] Además tuvieron importantes experiencias de ejercicio gubernamental en el ámbito municipal,[15] que los acercaron a la racionalidad instrumental de la rutina burocrática y reforzaron su adaptación a un entorno político en proceso de institucionalización formal.

Al margen de su impacto en el sistema político, el neopopulismo presenta facetas sugestivas como estilo de acción política. Para precisar esos rasgos, analizamos las peculiaridades de los liderazgos de Max Fernández y Carlos Palenque, así como de sus organizaciones partidistas.

CARLOS PALENQUE Y MAX FERNÁNDEZ: LÍDERES MINIMALISTAS

Max Fernández y Carlos Palenque son empresarios exitosos que ingresaron en la arena electoral después de foijar un prestigio social al margen de la política. Ajenos a la élite económica tradicional y debido a una peculiar utilización de sus empresas lograron un sugestivo arraigo en amplios sectores populares, ante los que aparecieron como una alternativa con respecto a los desacreditados políticos tradicionales.

Carlos Palenque, famoso en los años sesenta como integrante del grupo folclórico “Los Caminantes”, se dedicó a conducir programas de variedades en la televisión estatal que se convirtieron en tribunas de campañas de socorro a damnificados de desastres naturales. Así nació la figura del “Compadre Palenque” como un aliado de los pobres que despliega acciones de solidaridad dirigidas a paliar sus necesidades cotidianas; entre esos pobres sobresalen los indígenas aymaras que emigran a las ciudades de La Paz y El Alto. A mediados de los ochenta se desencadenó el *boom* de la televisión privada y Carlos Palenque

fundó el Sistema de Radio y Televisión Popular (RTP), que conquistó a la audiencia paceña con la *Tribuna Libre del Pueblo,* un programa radial y televisivo que sirvió de encuentro a los pobres de la ciudad con la mediación del "Compadre", que organizaba —de manera sistemática— campañas en pro de los necesitados de lentes, ropa, ataúdes, apoyo jurídico (a madres solteras) o ayuda en la búsqueda de niños extraviados, y sobre todo propiciaba la interacción de inmigrantes aymaras en una ciudad hostil, quienes encontraban en RTP un espacio de expresión de sus componentes de identidad.[16] En esas tareas de ayuda social lo acompañaban la "Comadre" Remedios Loza, una locutora aymara, y la "Comadre" Mónica Medina, su joven esposa. El idilio entre Carlos Palenque y su audiencia popular fue truncado en 1988, debido a una disposición gubernamental que clausuró sus medios de comunicación. La respuesta de la gente fue sorprendente: cien mil almas se movilizaron exigiendo la reapertura de RTP y proclamaron al "Compadre" como candidato a la presidencia, "para tener poder y evitar el abuso de los políticos". El 21 de septiembre de 1988 se fundó Condepa y en 1999 se constituyó en la principal fuerza electoral del departamento (provincia) más importante del país, llegando a administrar el municipio de La Paz, sede del gobierno, con Monica Medina como alcaldesa, la primera en la historia de esa ciudad. En marzo de 1997 Carlos Palenque falleció de un ataque cardiaco pero su partido obtuvo un sorprendente tercer lugar en las elecciones presidenciales realizadas tres meses después, con la "Comadre" Remedios como candidata.[17] El arraigo de ese liderazgo resultaba de una identificación directa entre Carlos Palenque y los sectores sociales beneficiados por sus acciones, en una relación de intercambio en la que la figura carismàtica del líder se convirtió en imagen mítico-religiosa, a la que se debían innumerables favores que había que retribuir con apoyo electoral,

post mortem, independientemente de la fragilidad institucional de la organización partidista.

Por su parte Max Fernández, mestizo y con precaria formación escolar, realizó una meteorica carrera empresarial que lo encumbró en la presidencia de una de las firmas industriales más importantes del país: la Cervecería Boliviana Nacional (CBN), de la que se convirtió en accionista principal en 1987. Desplegó una estrategia de *marketing* que convirtió a la "Paceña" en la cerveza de mayor consumo, gracias a la donación de obras de beneficio colectivo (empedrado de calles, techado de coliseos, refacción de escuelas y hospitales) que le proporcionaron la imagen de benefactor, reconocido como "padrino" de innumerables promociones estudiantiles, barrios marginales y pequeños poblados rurales. Esa súbita fama lo convirtió en una figura pública codiciada por varios partidos tradicionales; empero ingresó a la lid electoral mediante una invitación del gremio de transportistas y de ex dirigentes sindicales campesinos para formar una organización política que lo nombró jefe y candidato presidencial en octubre de 1988. Debido a una serie de problemas formales, su candidatura fue inhabilitada y pese a "alquilar" las siglas de un antiguo partido terminó excluido de la contienda electoral en 1989. Finalmente, luego de varios avatares, refundo su partido con el nombre de Unidad Cívica Solidaridad, entidad que participó en los comicios municipales de 1989 y obtuvo un sorprendente tercer lugar. En 1993 se produjo la única participación de Max Fernández como candidato presidencial con sabor a fracaso —obtuvo el tercer lugar—, puesto que su carrera política se interrumpió trágicamente en noviembre de 1995 al fallecer en un accidente aéreo. Siete días después del deceso, su hijo mayor, Johnny, triunfó en las elecciones municipales y fue ungido alcalde de Santa Cruz, heredando el cargo de su progenitor en la conducción del partido y

de la CBN; sin embargo, no pudo participar como candidato en los comicios presidenciales de 1997 por carecer de la edad mínima requerida. En esa oportunidad UCS invitó como candidato a un empresario de ascendencia croata que ocupó el quinto lugar, con un porcentaje de votación mayor que el obtenido por su fundador. El de Max Fernández era un liderazgo afincado en un asistencialismo, posible gracias a la disponibilidad de recursos financieros, y que presentaba interesantes connotaciones por la imagen del empresario cervecero. Este aparecía como un paradigma de movilidad social para los pobres y mestizos: un hombre humilde triunfa en la vida con el mero esfuerzo individual y además distribuye su riqueza realizando obras de beneficio social, esgrimiendo su devoción a la virgen de Urquipiña.[18]

En ambos casos una muerte prematura les otorgó un aura de respeto, del que no gozaron en el discurso oficial ni en las percepciones de las élites, que siempre los sintieron —y les hicieron sentir— óyenos. Constituidos en mitos que siguieron otorgando impulso a sus organizaciones partidistas y mantuvieron —circunstancialmente— la lealtad electoral de sus seguidores, no fueron ni son en una mirada nostálgica "salvadores de la patria" ni "profetas del cambio". Sin embargo, en un periodo democrático marcado por la búsqueda de racionalidad en la política, entendida como diseño institucional, desataron las pasiones y los enconos, la diatriba y la veneración como ningún otro actor político. No pusieron en riesgo el orden establecido ni conquistaron la cima del poder, a lo sumo obtuvieron notoriedad pública y respeto entre los pobres, aunque su capacidad de seducción fue más resultado de sus acciones asistencialistas que de sus atributos personales, y sus seguidores eran seres agradecidos y no fanáticos dispuestos a arriesgar la vida.

Estos líderes no se inscriben en los casos que Weber define como de carisma primordial o institucional.[19] Se sitúan en un punto intermedio, puesto que corresponden tanto a un orden institucional —el de la democracia representativa— en el que se instalan mediante formas organizativas convencionales —sus partidos— como a una intensa relación emocional con sus seguidores, que se sustenta en lazos de reciprocidad motivados por un asistencialismo que adquiere carácter novedoso cuando se inserta en la arena política. Por eso adoptamos la noción de "carisma de situación"[20] que relativiza la incidencia de factores subjetivos o los somete a las circunstancias históricas, aunque sin reducirlos a meras manifestaciones del contexto social. El carisma de Max Fernández y Carlos Palenque es resultado de un proceso de construcción de liderazgo que transcurre en el mundo de la vida cotidiana —donde adquieren notoriedad pública— como antesala de su incursión en la disputa por el poder. Referidos a la situación que los explica, estos personajes se distinguen de los líderes carismáticos típicos —aquellos que representan o pretenden representar al pueblo, la nación o al Estado a partir de interpelaciones mesiánicas— porque el escenario de realización de su "destino" es un espacio social incompleto, el habitado por los marginados de la sociedad. Por eso pueden ser caracterizados como "líderes minimalistas", dedicados a paliar problemas mundanos y no a materializar un destino heroico.

Aunque ambos líderes se sustentan en una misma lógica de vinculación con sus seguidores (obras por prestigio que se transforma en votos por favores), los contornos de su relación carismàtica son disímiles porque esgrimen diferentes recursos personales. Los dos utilizan de manera no convencional sus empresas y sus réditos, pero el ritmo y alcance de esas acciones

son diversos. Mientras las labores de "ayuda social" de Carlos Palenque se desplegaron durante dos décadas de manera cotidiana y tuvieron destinatarios individuales, las donaciones de Max Fernández se produjeron en un lapso de tiempo meñor pero abarcaron conglomerados poblacionales de zonas urbanas y rurales. En la medida en que la relación carismàtica se evalúa como proceso y como producto —el liderazgo—, puede señalarse que entre Carlos Palenque y sus seguidores existe una relación carismàtica más intensa porque, paralelamente a los favores otorgados por el líder, se despliega una acción comunicativa que pone enjuego elementos de identidad (lenguaje, estética, gestos) que establecen un sólido lazo emocional, reforzado por el contacto cara-a-cara y el manejo de reglas tradicionales —el compadrazgo— que conforman una atmósfera de seguridad y confianza. Además el medio de comunicación (RTP) incorpora un excedente simbólico, puesto que la relación demanda-ayuda-agradecimiento sale de la esfera privada del beneficiario individual para instalarse en el espacio público. Así cada acto de ayuda a una persona se convierte en la reiteración de otros actos, y Carlos Palenque no es el "compadre" de una persona/pareja en particular sino "de todos"; se ha convertido en una (id) entidad que connota la solidaridad y la identificación grupal.[21] La dimensión expresiva de la relación carismàtica es más intensa que su faceta pragmática, porque junto al líder se congrega una familia y la comunidad es interpelada como tal: Palenque es "com(o)padre".[22]

En cambio, la modalidad que asume la relación carismàtica entre Max Fernández y sus seguidores está matizada por el predominio del cálculo instrumental, por la posibilidad de que se repita e incremente la entrega de obras. El reconocimiento al carácter altruista del líder no invalida esta percepción, simple-

mente la sitúa en un nivel racional puesto que no se establece un vínculo directo entre los beneficiarios y el benefactor. La mediación empresarial no aporta ningún ingrediente simbólico y los actos de "entrega de obras" no llegan a adquirir un carácter ritual. Además Max Fernández, siempre vestido de traje oscuro y corbata, no demuestra afecto ni emoción, sus emisiones discursivas carecen de una estrategia interpelatoria y sus gestos no esgrimen símbolos de identificación colectiva. Sus acciones parecen formar parte de una labor de *public relations* pese a los ingredientes religiosos que motivan sus actos; en todo caso esa faceta religiosa no es invocada en público, no es utilizada para establecer grados de complicidad ni para dotar a su labor de un rasgo mesiánico. Si a eso se suma el hecho de que Max Fernández no conforma un equipo estable de dirigentes, como expresión de un círculo cercano que denote compromiso y entrega, la relación carismàtica se debilita porque el líder es ante todo un solitario y su vínculo con la gente es intermitente, fugaz, circunstancial. La relación carismàtica, pues, se sitúa en un nivel más utilitarista y el liderazgo es débil en términos expresivos.

Estas diferencias se expresan en el uso diferenciado de elementos persuasivos en su retórica.[23] En el caso de Max Fernández, la carencia de facultades oratorias y su inexpresividad no le permiten seducir a sus seguidores o, en todo caso, su verosimilitud estriba en sus obras y no en sus palabras ni en sus gestos. Las obras son el mensaje de su espíritu caritativo y el dinero es el medio de su realización. Es tenuemente persuasivo porque no enuncia más que una impugnación a la política tradicional que es, sin embargo, una opinión generalizada que a lo sumo se refuerza, por contraste, con su ejemplo de empresario que no "vive" de la política. En cambio, Carlos Palenque es por-

tador de habilidades discursivas que están acompañadas de una serie de manifestaciones rituales que le otorgan mayor eficacia a su interpelación, puesto que emplea lo persuasivo en grandes dosis. Esto explica también su don de mando y su capacidad de ejercicio del poder ante sus seguidores. Max Fernández actúa como "dueño" del partido porque el sustrato de su legitimidad no es la relación carismàtica, dado que el líder no expresa otra convicción que su espíritu filantrópico y no incorpora otros recursos personales más que su pericia empresarial.

Lo notable es el perfil que adopta el intercambio político basado en el asistencialismo. En ambos casos las pautas de intercambio social, bajo la figura de compadrazgo o padrinazgo remiten a relaciones asimétricas entre un "patrón" que hace un favor —material o no— y una "clientela" que queda en deuda moral.[24] El detalle significativo radica en que estas transacciones no fueron realizadas como eslabones de una estrategia política sino que formaban parte del accionar de sus empresas y, con posterioridad, les sirvieron de sustrato electoral cuando ambos personajes ingresaron en el juego político. El interés del intercambio era más bien de carácter instrumental-comercial, motivado por las estrategias y los intereses de los medios de comunicación y de la cervecería, o bien de carácter religioso-cultural; expresión de bondad católica del devoto de la virgen o de los valores comunitarios de la cultura andina incorporados como estilo comunicado-nal por el ex folclorista; en ambos casos la acción personal se tradujo en obras de ayuda destinada a beneficiarios individuales o colectivos. La relación clientelar se produce en una esfera ajena a la política y no involucra al Estado y, en esa medida, es un intercambio social que se manifiesta en la concesión de un bien o de un servicio que es retribuido con lealtad y reconocimiento de prestigio. Al ingresar en la are-

na electoral, ese lazo se transformó en intercambio político puesto que a la transacción original (obras por prestigio) se incorporaron los votos, por parte de los beneficiarios, como devolución de los favores recibidos y, por parte de los líderes-partidos, se establecieron proyectos y posibilidades de participación. En este tránsito a la política no se mitigaron los lazos emocionales, al contrario, adoptaron una importancia creciente. Este dato es crucial para relativizar el aserto dirigido a sobrevalorar el cálculo estratégico que acompaña el intercambio político[25] y permite distinguir los matices que adopta el clientelismo en Condepa y UCS. En el primer caso existen ingredientes de identidad —idioma, vestimenta, gestos y ritos— que otorgan un fuerte rasgo simbólico y afectivo a la relación entre Carlos Palenque y sus oyentes-votantes y que minimizan la motivación basada en la utilidad (la consecución del bien solicitado o la esperanza de su multiplicación). Además el contexto cultural proporciona otra connotación al intercambio, puesto que éste aparece como una manifestación de la lógica de reciprocidad que caracteriza las relaciones comunitarias: el *locus* de la reciprocidad andina, de raigambre rural, se reedita en una red clientelar urbana. En cambio en UCS predomina la relación utilitarista entre líder y beneficiarios-votantes, puesto que la despersonalización del intercambio político mitiga su impacto simbólico y afectivo, y en esa medida está más cerca del clientelismo que de la reciprocidad, aunque la deuda moral será saldada como "voto postumo" a favor de su hijo/heredero.

La muerte de estos líderes, obviamente, modificó el papel de la figura carismàtica en las filas de UCS y Condepa. Ambos partidos se enfrentaron a la necesidad de llenar dos vacíos: uno de carácter institucional —la jefatura y la exigencia de su nueva legitimidad— y otro de carácter simbólico —los atributos del lí-

der y la exigencia de su evocación-. El desafío se enfrentó de manera análoga porque el vacío institucional fue ocupado por la persona más cercana al líder desaparecido, intentando responder a la demanda de sustitución simbólica: el hijo mayor (Johnny) y la comadre (Remedios Loza), ambos con cargos en las empresas y en las organizaciones partidistas. Aunque, en el caso de Condepa, la presencia de una rival —Monica Medina, la esposa— exigió la incorporación de una hija de Palenque como figura familiar de complemento a la faz popular que representaba Remedios Loza. Esta resolución ambigua, promovida por la urgencia de los hechos, dio lugar a una disputa de liderazgo entre ambas mujeres y a una crisis interna, así como a divisiones en la cúpula dirigente y en la bancada parlamentaria. En el caso de UCS, las cosas ocurrieron de manera inversa, puesto que Johnny Fernández llenó el vacío simbólico e institucional en la conducción del partido y en el mando de la empresa. Una sucesión sin traumas eliminó el riesgo de incertidumbre y la amenaza de inestabilidad organizativa. Con todo la disolución del referente carismàtico original provocó, en ambos partidos, la necesidad de establecer pautas de legitimidad de índole institucional, debido al menoscabo de los lazos afectivos primigenios y la debilidad de los sucesores con respecto a la autoridad incuestionable de los líderes fundadores.

UCS Y CONDEPA: PARTIDOS NEOPOPULISTAS

Estos partidos tienen una historia parecida y transitan por fases similares: fundación en torno a líderes carismáticos, desarrollo organizativo que combina reglas formales e informales, sucesión en la jefatura nacional y desafíos de institucionalización formal. Pese a que la relación líder-empresa-partido se caracteriza por el peso común del patrimonialismo en su funcio-

namiento, la dimensión organizativa de ambos partidos presenta algunas facetas distintivas.

Condepa y UCS pueden ser considerados "partidos carismáticos" por los rasgos generales de sus modelos originarios;[26] sin embargo, su desarrollo organizativo permite señalar que transitaron de un centralismo carismàtico a un funcionamiento institucional por efecto de la desaparición física de sus líderes, hecho que los obligó a encarar la rutinización del carisma y a enfrentar la necesidad de una adopción progresiva de reglas formales para otorgar certidumbre a un funcionamiento acostumbrado al autoritarismo de sus fundadores.

En el transcurso de la existencia de ambos partidos se produjeron modificaciones en su dimensión organizativa, cuya evaluación permite establecer similitudes y diferencias. Estas organizaciones difícilmente pueden ser caracterizadas a partir de sus fines programáticos o ser analizadas como mera expresión de determinados intereses sociales que buscan su representación en la arena política. Como vimos, los factores subjetivos son importantes para explicar la aparición de UCS y Condepa, puesto que el carisma de sus fundadores se constituyó en el sustento de la creación de las organizaciones políticas. El peso de las cualidades personales de Max Fernández y Carlos Palenque está íntimamente vinculado al papel que, en esta historia, desempeñan los medios de comunicación y la empresa cervecera como factores de gestación del prestigio extrapolítico de ambos líderes y en el nacimiento de sus partidos. Su modelo originario muestra facetas similares en dos aspectos: la presencia de una entidad externa que oficia como mecanismo de patrocinio en la fundación del partido y la incidencia directa de una relación carismàtica en la constitución y organización de su base electoral.

Sin embargo, el papel de los medios de comunicación y de la cervecería tuvo un impacto disímil en las modalidades que asumió la incursión política de Max Fernández y Carlos Palenque. Uno fue "impulsado" en las calles por una multitud anónima para organizar un instrumento político, sobre la base de la distribución combinada de incentivos colectivos y selectivos a través de RTP: identidad a la masa inmigrante y ayuda social a la audiencia. Otro fue "invitado" por organizaciones sindicales a fundar un partido merced al prestigio adquirido como hombre de éxito en los negocios y como filántropo, combinando cálculos comerciales y prejuicios religiosos. Por ello su fuente de legitimidad es distinta y es disímil el grado de adhesión de sus seguidores: en el caso de Condepa, la intensa relación carismàtica marcada por lazos de identidad provoca el predominio de militantes "creyentes" en sus filas, mientras que en UCS la débil personalización en el vínculo entre el líder y sus seguidores y la ausencia de referentes de identidad provoca el predominio de militantes "arribistas" en el seno del partido.

Otro aspecto del modelo originario es el referente al desarrollo organizativo del partido. En ambos casos predomina una modalidad de penetración territorial porque la construcción de la organización se desplaza de un núcleo hacia otras regiones, aunque se presentan dinámicas y resultados diferentes. La capacidad de crecimiento orgánico de Condepa se circunscribió al departamento de La Paz; en cambio UCS desplegó un esfuerzo organizativo equilibrado en distintas zonas del país, aunque manifestando una tendencia a la concentración de su apoyo electoral en la zona oriental, básicamente Santa Cruz, segundo departamento (provincia) de importancia demográfica y económica. En ambos casos la capacidad de diseminación geográfica corresponde a los radios de acción de las empresas que ac-

tuaron como patrocinadores en la creación y desarrollo de la organización política.

Por otra parte varias organizaciones sociales son "controladas" por Condepa y UCS y se convierten en sus bastiones políticos: juntas de vecinos, organizaciones gremiales, sindicatos, etc.; empero ese control es desarrollado por *brokers* que ofrecen el apoyo de sus clientelas o afiliados a cambio de cargos de elección negociados directamente con el jefe del partido. La relación de estos intermediarios es más personalizada con Carlos Palenque y menos directa con Max Fernández, debido al predominio de factores simbólicos o utilitaristas en uno y otro caso, así como al diverso grado de intensidad de la relación carismática y a la existencia de redes personales de disímil consistencia y estabilidad.

Finalmente la creación de UCS y Condepa está directamente vinculada a la participación electoral, pese a que sus afinidades con la democracia representativa eran puestas en cuestión por sus rivales. No formularon metas ni ejecutaron acciones contrarias a los procedimientos democráticos y su adaptación al orden institucional fue paulatina, aunque con ritmo distinto, puesto que las vicisitudes que UCS vivió —tres actos de fundación— provocaron una relación conflictiva con el sistema político que se disipó con el transcurso del tiempo, así como algunas propuestas corporativistas de Condepa —como la sustitución del parlamento por una "asamblea nacional de productores"— no incidieron en su conducta. Asimismo ambos adoptaron la forma de partido como modalidad organizativa, aunque con menor consistencia en Condepa, que apeló a una figura "movimientista" que no pasó de ser un mero postulado. En esa medida estos partidos fueron expresión anti *statu quo*, por los grupos e identidades sociales que organizaron e incorporaron

al juego político, y no por esgrimir postulados de transformación revolucionaria ni por asumir posturas contrarias a la democracia representativa. Además las circunstancias provocadas por la muerte de los líderes fundadores obligaron a sus sucesores a propiciar acciones dirigidas a la institucionalización del funcionamiento partidista, proceso impulsado también por las exigencias de un entorno sometido a la reforma política y electoral.

Con respecto a su funcionamiento, estas organizaciones se basan en el predominio de la lealtad al líder y la subordinación de las reglas formales a vínculos personales —familiares o laborales—, en torno a los cuales se ordena la distribución de incentivos. En el caso de Condepa, los militantes acceden a cargos de representación parlamentaria y de administración municipal pero su inclusión exige un elevado grado de identificación —incentivo colectivo— con la "familia" condepista que dirige el líder. En UCS, en cambio, los incentivos colectivos son débiles y, más bien, existen incentivos selectivos adicionales a los cargos públicos, puesto que algunos empleados y socios de la CBN forman parte de la burocracia dirigente y su presencia en la estructura organizativa está señalada por la existencia de vínculos laborales con el jefe. El control en la distribución de incentivos selectivos en un marco de escasa institucionalización permitía a los líderes ejercer su poder, básicamente, a partir de redes personales más que con sujeción a normas de regulación del acceso a cargos directivos o de elección. En Condepa las redes eran de índole familiar o laboral, y sus miembros ejercían los principales cargos directivos y de elección. En UCS los vínculos eran de carácter laboral o comercial y, secundariamente, de índole política, lo que le daba un carácter precario y circunstancial. Por ello la lealtad y la confianza no eran moneda corriente en las relaciones de Max Fernández con los dirigentes

de su partido, a quienes en vez de purgar literalmente "despedía", a diferencia de Carlos Palenque, quien recurrentemente invocaba a la "familia" condepista para justificar la expulsión de los "traidores" que ponían en riesgo su unidad.

Sin embargo, el cariz que asumen estas relaciones personalizadas tuvo consecuencias diferentes: en Condepa los lazos directos —sobre todo familiares y de compadrazgo— eran la base de la conformación de un entorno estable que tuvo mucha importancia en el desarrollo organizativo del partido y, también, en la gestación de la crisis que puso en riesgo su unidad, puesto que la ruptura conyugal y política entre Carlos Palenque y Mónica Medina se transformó en la emergencia de una fracción que cuestionó la autoridad del jefe. En UCS, en cambio, la inexistencia de un grupo dirigente estable en torno a Max Fernández, debido al predominio de una visión empresarial que concebía las relaciones políticas como vínculos contractuales que convertían a los militantes en seudoempleados, agudizó la conducción vertical y arbitraria del partido y reforzó la estabilidad de la organización, puesto que no existía la posibilidad de que aparecieran grupos con intereses propios y el juego interno se redujo a una disputa entre dirigentes por acceder al círculo íntimo del jefe.

Este carácter personalizado de las relaciones intrapartido permite la existencia de un elevado grado de arbitrariedad en la toma de decisiones, dado que las conductas se distinguen entre "lealtad" y "traición" con respecto al jefe y, por extensión, al partido. Las reglas formales establecidas en el estatuto orgánico carecen de obligatoriedad para el líder y son invocadas cuando coinciden con sus decisiones. El grado de institucionalización formal, empero, varía en cada caso y afecta la incidencia de las pautas informales que resultan factores cruciales para la estabi-

lidad organizativa, en la medida en que permiten el control de los recursos concentrados en las manos del líder. En UCS el establecimiento de una estructura organizativa formal se produce de manera paralela a la refundación del partido, aunque en sus estatutos se otorga al jefe la capacidad de tomar decisiones inconsultamente, sin apego a los plazos y funciones que las propias normas establecen, y la prerrogativa de designar o sustituir a todos los miembros de las instancias de dirección. Se trata pues de la formalización del carácter centralizado y verticalista de la conducción del partido, que no se modificará sustancialmente con la sucesión hereditaria en la jefatura nacional. En Condepa, por su parte, las pautas formales son secundarias y las instancias de dirección son modificadas de manera arbitraria, de acuerdo con el criterio del jefe o en función de necesidades electorales; solamente después de varios años de existencia se adecuará la estructura de la organización a sus estatutos, aunque de manera parcial y relativa. Antes y después de ese intento la autoridad del líder era indiscutible y su presencia en el cargo máximo de conducción partidista no fue motivo de debate. Sin embargo, su desaparición sacó a relucir los problemas derivados de un ejercicio del poder sin apego a pautas formales, puesto que su sucesora sufriría las consecuencias de esa debilidad organizativa. El estatuto —y su aplicación— se convertirá en un espacio de resolución de la disputa entre fracciones enfrentadas en tomo al control del partido.

Es decir, en ambos casos, existe una suerte de superposición de reglas formales y reglas informales que son utilizadas de acuerdo con la conveniencia de quien concentra los recursos financieros, los mecanismos de vinculación con los simpatizantes, la elaboración y aplicación de reglas y las relaciones con el entorno. La concentración de estos recursos de poder permite al líder definir la composición de la coalición dominante en el

seno del partido, a partir de la cercanía o confianza con respecto al jefe y no como resultado de una "carrera" basada en la demostración de atributos distintos de la fidelidad a éste. Finalmente esta imbricación de reglas formales y pautas informales desempeñó un papel importante en las coyunturas críticas de sucesión de los líderes desaparecidos. En la medida en que los estatutos no consideraban casos de esa naturaleza, los dirigentes optaron por utilizar mecanismos hasta entonces nuevos para tomar decisiones acerca de la sucesión en la jefatura nacional. En Condepa se eligió a Remedios Loza a través de una apócrifa sesión de un comité político nacional sin quorum, pero el manejo simbólico de su posesión —juramento ante el féretro de Carlos Palenque— le otorgó una legitimidad difícil de cuestionar. Sin embargo, era una legitimidad de uso interno y Condepa tuvo que acudir a los estatutos para ratificar esa decisión ante la corte electoral y organizar un congreso extraordinario para elegir —otra vez, pero legalmente— a Remedios Loza como jefa nacional. Pese a que en esa oportunidad no se ciñó totalmente al estatuto, sus normas tendrían una importancia creciente en el funcionamiento del partido después de la ruptura interna. Esto explica por qué, a pesar de que ambos sucesores obtuvieron legitimidad electoral —Johnny Fernández como alcalde en dos oportunidades sucesivas y Remedios Loza como candidata presidencial con la mayor votación en la historia de su partido—, el heredero de Max Fernández pudo consolidar su liderazgo y otorgar estabilidad a su partido, mientras que la jefa perdió autoridad y Condepa ingresó en una espiral conflictiva.

En cuanto a sus propuestas programáticas, a pesar de que en ambos casos la ideología es un elemento secundario para explicar su posición en el escenario político y su desempeño electoral, éstas están lógicamente vinculadas a los cambios en el mo-

delo económico y en el régimen político. En términos generales Condepa es un partido que combina una fuerte carga simbólica de raigambre étnica con un estatismo típico del nacionalismo, matizado por propuestas de corte corporativista que se sintetizan en su programa central: el modelo endógeno de desarrollo. Este perfil ideológico, empero, no ordenaba la práctica política de Condepa que tempranamente pactó con los partidos "neoliberales" y ofreció obras de tipo desarrollista cuando ejerció el poder municipal. Por su parte UCS carecía de propuesta programática y de perfil ideológico; el mensaje de solidaridad que acompañaba la práctica asistencialista del líder era el principio y el fin de sus probables connotaciones ideológicas y, por ello, su estilo puede definirse como una "política del silencio",[27] puesto que el sentido de su discurso es provisto por la imagen pública de su extinto fundador y no por sus desordenados enunciados. Se puede modificar el nombre del partido y sustituir los colores y las consignas, pero nada habrá de cambiar mientras permanezca la figura de Max Fernández, evocada posteriormente por su heredero.

En relación con sus manifestaciones discursivas, la interpelación del neopopulismo parece transitar del "pueblo" al "populacho", aspecto que permite establecer nítidas diferencias con el nacionalismo de viejo cuño. Si el populismo nacionalista se refería al Pueblo —con mayúscula— como identidad política integral, susceptible de ser portadora de la energía revolucionaria de la nación en busca de su audo-terminación estatal, este neopopulismo invoca al "pueblo" —con minúscula— como "multiplicidad fragmentaria de cuerpos necesitados y excluidos [...] coto —corte de los milagros o campo— de los miserables, los oprimidos, los vencidos",[28] es decir, como "populacho". Lo popular aparece vaciado del contenido revolucionario atribuido

por el discurso populista clásico y se transmuta en un término análogo que no tiene otro referente que no sea la (des) esperanza de los "miserables, oprimidos, vencidos" de la sociedad. Esto explica la virtud del neopopulismo boliviano —su capacidad integradora— pero también manifiesta los límites de su acción política.

En suma, con la presencia de estos nuevos partidos políticos, se ha ampliado cualitativamente la base social de la democracia representativa mediante la incorporación de nuevos elementos discursivos e identidades sociales que han incidido positivamente en la orientación de la reforma estatal. De esta manera UCS y Condepa adquieren importancia como agentes de integración sociocultural, a pesar de situarse en un plano más discursivo que administrativo-estatal. Por otra parte, aunque fueron estigmatizados como partidos "antisistema", su irrupción no puso en entredicho el régimen democrático, ya que se articularon a la lógica de pactos que caracteriza a la resolución del acceso al gobierno nacional y a los gobiernos municipales. Así, paradójicamente, los partidos neopopulistas, con sus rasgos patrimonislistas, caudillistas y autoritarios, han profundizado la democracia representativa y, pese a su precariedad ideológica, han incidido en el contenido y en el alcance de las transformaciones estatales en curso en Bolivia.

Notas al pie

[1] En los comicios municipales de 1999 Condepa sufrió una debacle y UCS una disminución; sin embargo el neopopulismo como corriente política mantuvo su promedio electoral, aunque expresado a través de varios liderazgos locales y partidos regionales que asumieron el manejo de las alcaldías en las principales ciudades.

[2] Empero, en 1998, Condepa fue marginada de la coalición gubernamental, sufrió una división en su bancada parlamentaria y una sorda pugna entre dirigentes, lo que

provocó una profunda crisis que, sumada a su paupérrima votación en 1999, ha puesto en entredicho su supervivencia.

[3] El neopopulismo no da cuenta de una nueva fase del proceso histórico, no es una reposición del estatismo como síntesis, ni se refiere a movimientos sociales basados en una matriz clasista y tampoco es una invocación del pueblo como antípoda de los grupos dominantes, aspectos que evocan el populismo clásico analizado por Germani, Cardoso y Faletto o Laclau (véase María Moira Mackinnon y Mario Alberto Petrone, 1998). A mi juicio, y para los fines de este trabajo, se trata de un estilo de acción perceptible por las formas que asume el discurso y la conducta política: predominio del carisma personal en la representación política, debilidad de los mecanismos institucionales formales, influencia de factores culturales en el intercambio político y precariedad de la ideología en la conformación de identidades políticas.

[4] Kenneth M. Roberts, 1998; Simón Pachano, 1996; Luis Edgardo Lander y Margarita López, 1999.

[5] El Movimiento Nacionalista Revolucionario está vigente desde los años cuarenta y fue el actor principal de la "revolución nacional"; el Movimiento de Izquierda Revolucionaria se fundó a principios de los setenta como corriente de orientación socialista y desempeñó un papel importante en la transición democrática, y Acción Democrática Nacionalista es un partido de tinte conservador organizado en 1979 en torno a la figura del ex dictador Bánzer.

[6] En 1985-1989, Víctor Paz (MNR) con apoyo parlamentario de ADN. En 1989-1993, Jaime Paz Zamora (MIR) en coalición con ADN y con apoyo parlamentario de Condepa. En 1993-1997, Gonzalo Sánchez de Lozada (MNR) en coalición con el Movimiento Revolucionario Tupaj Katari (MRTK), Movimiento Bolivia Libre (MBL) y UCS. En 1997-2002, Hugo Bánzer (ADN) en coalición con MIR, UCS y Condepa (marginada en 1998).

[7] No obstante, paralelamente a la consolidación del sistema de partidos, sus unidades constitutivas y otras instituciones de la democracia, como el parlamento, ostentan una pésima imagen ante la opinión pública, expresada en innumerables encuestas realizadas desde 1989. Es decir que su consolidación no implica su legitimidad.

[8] Para valorar la importancia de esa cifra, es preciso mencionar que en este periodo ningún partido o frente obtuvo una victoria con mayoría absoluta: 34% en 1980 (UDP), 28% en 1985 (adn), 23% en 1989 (MNR), 34% en 1993 (MNR) y 22% en 1997 (ADN).

[9] Ese vocablo designa a las mujeres indígenas y mestizas que se distinguen por usar una vestimenta de la época colonial, por lo que también son llamadas "mujeres de pollera", con un dejo despectivo que, cuando quiere ser atenuado, es sustituido por el diminutivo de "cholita". En una sociedad racista los usos lingüísticos son sutiles para dar cuenta de las identidades segregadas que, en este caso, combinan discriminación étnica y de género (Sergio Villena, 1998).

[10] En la primera, por ejemplo, se reconoce a las organizaciones sociales y autoridades étnicas tradicionales —con sus usos y costumbres— como interlocutoras de los gobiernos municipales; mediante la segunda se introduce la educación intercultural y bilingüe en las escuelas públicas. Ambas disposiciones fueron promulgadas en 1994.

[11] Un dirigente e intelectual aymara fue vicepresidente de la república en la gestión 1993-1997, y una cuarta parte de los concejales municipales elegidos en 1995 eran indígenas o campesinos.

[12] Motivo de debate desde 1991, fue aprobada en 1999.

[13] René Mayorga, 1995.

[14] En 1989 Condepa apoyó la elección congresal de Paz Zamora. Ese año, en las elecciones municipales, UCS y MNR suscriben un acuerdo que les permite controlar la mayoría de las alcaldías. El pacto es reeditado en 1991 y se amplía, en 1993, a la alianza congresal que elige a Sánchez de Lozada como presidente. De manera análoga, aunque circunscrito al municipio de La Paz, el accionar de Condepa se articula a la lógica de los pactos para administrar la alcaldía en 1993. En 1997 ambos partidos integraron la coalición parlamentaria que eligió como presidente a Bánzer.

[15] Condepa en La Paz (1992-1993 y 1994-1995) y El Alto (de 1989 a 1999), y UCS en Cochabamba (1989-1991) y Santa Cruz (1996-1999 y 2000-2004).

[16] Manuel Castells, 1999.

[17] Seis meses antes de la muerte de Palenque, Monica Medina fue marginada por una disputa en torno a la democratización interna de Condepa. Su alejamiento se consumó con una demanda de divorcio y el intento frustrado de organizar un nuevo partido. Por ello la sucesión recayó en Remedios Loza. Ambas eran "símbolos" de Condepa, ocuparon cargos directivos y fueron candidai as. El vacío dejado por Medina fue ocupado por Verónica Palenque, hija de otro matrimonio del líder, en calidad de subjefa del partido.

[18] Esta virgen, cuyo santuario está situado en la tierra natal de Max Fernández, es el icono de una festividad religiosa que se caracteriza por su carácter comercial: los devotos sacan piedras que equivalen a préstamos monetarios concedidos por la virgen y compran bienes —lotes, casas, automóviles, etc.— en miniatura, que son regados con alcohol. La "Paceña" es la cerveza preferida en esos casos, por su pertinencia como amuleto.

[19] El carisma primordial "es una fuerza negadora, emocionalmente intensa y arrolladora que 'se opone a todas las rutinas institucionales, las de la tradición y las que están sujetas a una gestión racional'" (Charles Lindholm, 1992, p. 44). El carisma institucional "se puede heredar, transmitir mediante el acceso a una función o investir en una institución" (*idem*).

[20] Robert Tucker, 1976; Angelo Panebianco, 1990; Jacques Lagroye, 1994.

[21] Rafael Archondo, 1991; Joaquín Saravia y Godofredo Sandoval, 1991.

[22] Hugo San Martín, 1991.

[23] Vincenzo lo Cascio, 1998.

[24] Eric Wolf, 1963; René Lemarchand, 1972.

[25] Javier Auyero y Ayse Günes-Ayata, 1997.

[26] Angelo Panebianco, 1990.

[27] Fernando Mayorga, 1991.

[28] Giorgio Agamben, 1996, p. 80.

PRESENCIA Y AUSENCIA DE POPULISMO: PARA UN CONTRAPUNTO COLOMBO-VENEZOLANO[1]

Marco Palacios

El Colegio de México

> Esos señores piensan que la voluntad del pueblo está en la opinión de ellos, sin saber que en Colombia el pueblo está en el ejército, porque realmente está y porque ha conquistado este pueblo de mano de los tiranos; porque además es el pueblo que quiere, el pueblo que obra y el pueblo que puede; todo lo demás es gente que vegeta con más o menos malignidad, o con más o menos patriotismo, pero todos sin ningún derecho a ser otra cosa que ciudadanos pasivos. Esta política que ciertamente no es la de Rousseau, al fin será necesario desenvolverla para que no nos vuelvan a perder esos señores. [...] ¿No le parece mi querido Santander, que esos legisladores, más ignorantes que malos y más presuntuosos que ambiciosos, nos van a conducir a la anarquía, y después a la tiranía, y siempre a la ruina?
>
> Simón Bolívar a Francisco de Paula Santander, 13 de junio de 1821

SOBRE POPULISMO Y VIOLENCIA

En este ensayo sugerimos que la ausencia de populismo condujo en Colombia a la violencia política y social mientras que en la vecina Venezuela el populismo facilitó la democracia pactada en 1958 y la realización de un conjunto de reformas sociales que ahorraron a los venezolanos la violencia política, aun en

la década guerrillera de los sesenta.[2] Es evidente, sin embargo, que la nueva democracia venezolana cristalizó en una partidocracia compartida por Acción Democrática, AD, y el Comité de Organización Política Electoral Independiente, COPEI, tachada de corrupta desde la década de los setenta y que empezó a hacer agua a raíz del "caracazo" de 1989. El resultado fue el colapso del sistema bipartidista venezolano, el ascenso de fuerzas políticas alternativas y la aparición de un régimen refrendado en las urnas y encabezado por quien, en 1992, fuera un oscuro golpista: el coronel Hugo Chávez.

Formulado el contrapunto colombo-venezolano como la disyuntiva populismo o violencia, habría que mencionar desde ahora que las guerrillas revolucionarias y diversas modalidades de contrainsurgencia parecen arraigar mejor en países como Nicaragua, Guatemala o El Salvador que, al igual que Colombia, se caracterizaron por la inexistencia o fracaso de los populismos.

En una Centroamérica caracterizada por la persistencia de oligarquías agrarias y dictaduras resaltan dos excepciones: por un lado, Panamá, cuya vida estatal y nacional estuvo limitada en el siglo XX por la geopolítica estadounidense, aunque ésta no pudo impedir el nacionalismo populista de los regímenes de los generales Omar Torrijos y Manuel Antonio Noriega; por el otro, Costa Rica. La excepcionalidad costarricense en Centroamérica se hizo más evidente en la segunda mitad del siglo XX y puede atribuirse a la victoria en la guerra civil de 1948 de un peculiar modelo que quizás podríamos llamar socialdemócrata (con claros antecedentes en la década de los treinta) y a la Constitución Política que la ritualizó e institucionalizó reglas de juego electoral para acreditar la competencia y minimizar el fraude. En cualquier caso, el contundente triunfo que obtuvo

en las urnas el Partido de Liberación Nacional en 1951 salvó a ese país cafetalero de transitar las vías de la violencia política.[3]

Aparte de la debilidad de las experiencias guerrilleras en Venezuela en la década de los sesenta, habría que mencionar de pasada un caso similar en el escenario peruano en la década de los ochenta y comienzos de los años noventa. En estos casos, el fracaso de los experimentos insurgentes puede atribuirse en buena parte a la capacidad de los estados y las fuerzas políticas para aislarlos de las capas populares potencialmente movilizables. Dicha capacidad se origina en el legado de las experiencias populistas. Así, por ejemplo, la reforma agraria emprendida por el gobierno militar de Juan Velasco Alvarado en los años setenta, pese a todos sus retrocesos y distorsiones, ayuda a explicar los límites que Sendero Luminoso encontró en el campesinado. Lo que no obsta para imputar al cosmocratismo de dicho movimiento la responsabilidad fundamental de su propio fracaso.[4] El término "cosmócrata" debe ubicarse dentro del marco conceptual formulado por David Apter: la violencia política aparece en un continuo cuyos extremos serían un modelo logocéntrico que, como "capital simbólico", acentúa el intercambio violento de significado lingüístico o discursivo, y un modelo econocéntrico que subraya el canje violento de poder, dinero y mujeres.[5] En este continuo Sendero Luminoso estaría más pr-óximo al polo logocéntrico y las guerrillas colombianas al econocéntrico.[6]

Este ensayo plantea algunas consideraciones preliminares sobre los contextos históricos del populismo y, a partir de éstas, ofrece una sumaria narración de la segunda mitad del siglo XX.

SOBRE EL POPULISMO: ANTIGUOS Y MODERNOS

¿Por qué en Latinoamérica las reivindicaciones populares tienden a llegar a un campo dominado por populistas? Quizás no ocurra así en todos los países, ni sea una constante histórica. El fenómeno recoge dos tipos de presión: la de la crisis del Estado liberal latinoamericano, basado en las oligarquías agroexportadoras, y la del sistema internacional que por entonces, a diferencia de nuestros días, promovía la construcción estatal nacional. En esta conjunción los populistas descubrieron cómo la arraigada desigualdad social impedía la modernización estatal y la integración del pueblo en la nación.[7] Descubrimiento acompañado de otro: las instituciones liberales y representativas no creaban por sí solas los requisitos mínimos de homogeneidad de los súbditos ante la ley y ante el sistema judicial, atributo de cualquier Estado moderno.[8]

Los populistas pretendieron atenuar la apabullante y multifacética desigualdad de las sociedades latinoamericanas y el peso de tradiciones políticas coloniales mediante la movilización política y la acción estatal. Para ello emplearon mecanismos distributivos y aprendieron a manejar ritos y símbolos igualitarios. En cuanto esta pretensión adquirió visos de verosimilitud, los populismos ganaron una base social duradera y unas lealtades intransferibles, como lo comprueba, entre otros, el movimiento justicialista argentino.

Subrayemos desde un comienzo que el *status* teórico del populismo es más precario aún que el del nacionalismo y el fascismo.[9] Los populistas son una creación de los analistas. A diferencia de los liberales, los comunistas o los verdes, los populistas no se reconocen a sí mismos como tales. El apelativo les viene de afuera, como un insulto. Populista es un adjetivo elástico y ambiguo. En América Latina parece tratarse de un producto lingüístico de los conflictos estatales y sociales que

irrumpen cuando el orden capitalista industrial trata de gestarse y consolidarse. En el plano político se expresa como un conjunto de tensiones entre el constitucionalismo liberal de origen ilustrado, legitimador del dominio oligárquico, y la construcción estatal-nacional de la época de la política de masas, con sus peculiares variantes clientelistas del "Estado de bienestar", que alcanzara su apogeo entre 1945 y 1975.

A partir de enfoques de base socioeconómica, "de lo tradicional a lo moderno", "de lo rural a lo urbano", se considera que el populismo latinoamericano tiene una generación de fundadores. Son los estatistas, proteccionistas y nacionalistas de los años treinta y cuarenta, entre los que se incluye a Lázaro Cárdenas, Víctor Raúl Haya de la Torre, Getulio Vargas, el primer Juan Domingo Perón (con Evita), José María Velasco Ibarra, Rómulo Betancourt o Jorge Eliécer Gaitán. Puede considerárseles representantes del populismo de los antiguos, aludiendo quizás a su "democratismo" y "antiliberalismo", aunque en esta breve lista habría fuertes discrepancias inter-pretativas, pues incluye civilistas liberales como Gaitán y autoritarios de origen militar como Perón.

También se habla de una desleída generación intermedia de los años setenta y comienzos de los ochenta, época de los estertores del industrialismo estatista, en la que figuran militares golpistas y reformistas como Juan Velasco Alvarado y Omar Torrijos; el segundo Perón (con Isabelita), junto con políticos profesionales del Estado-PRI como Luis Echeverría y José López Portillo; o como el primer Carlos Andrés Pérez y, un poco tardíamente, Alan García. Son considerables las diferencias entre los neopopulistas. Al abandonar las coordenadas económicas y sociológicas se hace más clara y pertinente la conocida tipología de Canovan según la cual puede haber dictaduras populis-

tas, democracias populistas, populismos reaccionarios y, finalmente, el populismo de los políticos.[10]

El carácter etéreo del fenómeno populista no es novedoso. En 1941 Rómulo Betancourt diferenciaba dos caminos de unificación nacional en América Latina: el primero, que llamó de "compactación mecánica", "desde arriba", y al que no dudó en acusar de dictatorial y proclive al fascismo, fue el de Getulio Vargas en Brasil. El otro camino estaba en México, Chile, Colombia o Costa Rica. Sobre todo en México, país en el que este formidable constructor de partido encontró mejor plasmado el ideal:

> Ayer bajo Cárdenas, como hoy bajo Ávila Camacho, México está gobernado por un partido: el Partido de la Revolución Mexicana. Empero, ese partido de gobierno, no obstante sentirse asistido de un potente respaldo colectivo, no es excluyente [...] el pueblo mexicano es el que presenta menores brechas al acechante peligro totalitario, así como a la acción antinacional de empresas imperialistas yanquis o británicas, porque está unificado internamente alrededor de una plataforma de democracia política, valorizada con un rico contenido de democratización económica.[11]

El populismo de los políticos de que habla Canovan parece expresarse mejor aún en una tercera generación, el populismo de los modernos o neopulistas, a la que pertenecen presidentes como Menem, Fujimori y Salinas de Gortari, o neoliberales que surgen como populistas mediáticos: Collor de Meló en Brasil o Antanas Mokus en Bogotá, según la clasificación propuesta por Guy Hermet.[12]

En cuanto a los presidentes fuertes, que cierta moda no duda en adscribir a la familia neoliberal, se advierte cómo, escudados en el presidencialismo tradicional, adquieren rasgos populistas en cuanto tratan de desmantelar las estructuras de poder erigidas y consolidadas bajo la industrialización sustitutiva y que, hay que recordarlo, ya estaban bastante osificadas en los años

setenta y ochenta.[13] Para alcanzar sus objetivos no dudaron en presentarse como hombres providenciales, en desplegar retóricas y poses tecnocráticas y en cortejar simultáneamente a las masas populares de sus respectivos países, al capitalismo internacional y a las burocracias multilaterales de Washington. Este cortejo los llevó a formar clientelas que, eventualmente, entraron en conflicto entre sí: *divide et impera*. Así, por ejemplo, puede proponerse que, en el caso de Salinas de Gortari, sus equipos de cortejo al capital internacional y a los directivos del Fondo Monetario Internacional, FMI, o del Banco Mundial, encabezados por Córdoba Montoya y Pedro Aspe, terminaron en conflicto con los encargados del trabajo de recuperación de masas, como Manuel Camacho, el regente de la ciudad de México, metrópoli donde había sido irrebatible el triunfo de Cuauhtémoc Cárdenas en 1988.

Hoy parece redundante afirmar que los neopopulistas no tienen principios. Esto se debe a los cambios del contexto internacional y especialmente al retraimiento y debilitamiento de los estados y a la consiguiente devaluación de las ideologías, acelerada por el fin de la Guerra Fría que gana velocidad a mediados de los setenta.[14]

Para ir un poco más allá del lugar común del populismo instrumental hay que introducir un poco la historia del siglo XX. Entre los años treinta y sesenta era pertinente esta pregunta: ¿hay una veta revolucionaria en el populismo? Ambos, populistas y revolucionarios, intentaron acelerar el tiempo histórico. Al igual que los revolucionarios, los populistas no percibieron una mera crisis coyuntural en los años treinta, sino una falla profunda en las estructuras sociales y el modelo constitucionalista. Sin embargo, en el populismo la aceleración histórica causada por la crisis del modo de articulación al mercado interna-

cional, que afectó las relaciones básicas entre las clases y alianzas sociales y el fundamento legitimador de los estados, terminó confundiéndose con las movilizaciones integradoras que hicieron tan memorable la acción de los fundadores.

De este modo se hizo claro el porqué del conflicto ideológico y político entre populistas y revolucionarios. Para estos últimos la aceleración histórica era un hecho objetivo de la crisis general del capitalismo que podía aprovecharse productivamente de existir la vanguardia que sabe el *qué hacer* propuesto por Lenin. Desde una perspectiva de realismo maquiavélico habrá que convenir que en América Latina los populistas antiguos y no los revolucionarios leninistas fueron los maestros en el arte del *qué hacer* con lo que se ha llamado masas disponibles. Esto se aprecia en las tres fases consecutivas de los populistas exitosos, aquellos que llegaron al poder estatal: primera, la movilización contra "el sistema"; segunda, la incorporación al sistema económico moderno y a la nación; tercera, la desmovilización, es decir, el encuadre de las masas y de la clase obrera en instituciones verticales, partidarias o estatales, o las dos juntas.

A diferencia de los programas populistas basados en la redistribución del ingreso, y eventualmente de la tierra a los campesinos, como en México bajo Cárdenas y en Guatemala bajo Arbenz, la izquierda revolucionaria planteó la distribución de la propiedad de los medios de producción, a la que debía seguir una acumulación socialista despiadada, así se sacrificara el bienestar de una o de varias generaciones, como lo puso de manifiesto el Che Guevara en su breve gestión de la política económica en Cuba.

Decisiva en este proceso que confronta a populistas y revolucionarios es la fuente misma de la legitimidad. Los segundos la extraen de sí mismos, como encarnación que se consideran

del progreso humano en la forma de la vanguardia social y de vanguardia de la vanguardia, el partido leninista. Por afines que los populistas puedan ser a la izquierda revolucionaria, obtienen la legitimidad del pueblo que participa en las elecciones dentro de marcos liberales que, simultáneamente, se han encargado de denunciar como inadecuados, antidemocráticos, oligárquicos.

Desde esta perspectiva el populismo de los antiguos fue un movimiento de construcción estatal-nacional y de reforma, encaminado a alcanzar dos objetivos: primero, superar la resistencia de los regímenes de liberalismo representativo, controlados por las viejas oligarquías de la era agroex-portadora, al advenimiento de las masas populares a la vida política a través de la universalización del sufragio, a su incorporación al reino de la ciudadanía estableciendo los derechos sociales y la igualdad de todos los nacionales frente a la ley. Segundo, contener la revolución social. En un sentido estratégico lo que unifica a los populistas y sus adversarios o enemigos políticos, los oligarcas vendepatrias, no es "el miedo al pueblo", sino el miedo a la revolución social bajo la égida marxista-leninista. No en vano el gobierno de Rómulo Betancourt, que inauguraba la incipiente democracia venezolana, sería el principal enemigo latinoamericano de la Revolución cubana.

Frente a la polarización que la Guerra Fría trajo al hemisferio occidental, originada en Cuba, podría sorprender la línea política del Estado mexicano, caracterizado de populista. En este caso habría que subrayar de entrada la complejidad del juego de factores internos y externos. El régimen del PRI, ampliamente consolidado por el crecimiento económico y la estabilidad desde la posguerra, generaba confianza en una clase gobernante que ya había resuelto domésticamente el asunto del

peligro comunista y que, legitimado por el nacionalismo de la Revolución, jugó la carta de la no intervención.

La tensión entre liberalismo y democracia no es, obviamente, un fenómeno propio de América Latina;[15] tampoco lo es la rivalidad entre la democracia de origen liberal y la revolución social de tipo marxista. En los países en que triunfó la revolución capitalista, particularmente en Europa, el impulso democrático terminó en socialismo o, cuando menos, en una democracia social (en las variedades cristiano-demócrata o social-demócrata) que no ha podido impedir el desencanto ciudadano, la antipolítica y el resurgimiento de populismos de derecha como en el Frente Nacional en Francia y movimientos similares en los países escandinavos, Suiza o Austria, recientemente.[16]

SOBRE EL CONTRAPUNTO COLOMBO-VENEZOLANO

Establecemos el contrapunto destacando, en primer lugar, algunas diferencias de las tradiciones políticas en Venezuela y Colombia. En el siglo xix sus grandes parámetros fueron, respectivamente, el mandonismo a cargo de caudillos en armas y la guerra civil civilista. En la primera mitad del siglo xx, y particularmente en la coyuntura que nos interesa, esas formas culturales definieron dos estilos políticos diferentes. De la tradición decimonónica venezolana, que culminó en la larga dictadura de Juan Vicente Gómez (1908-1935), emergió el jefe verticalista formado en la cultura de la clandestinidad, y de la tradición bipartidista colombiana salió el acomodaticio político clientelar formado en una cultura caciquil que incluye sufragio y violencia local.

Pese a compartir unos orígenes nacionales enraizados en el pasado colonial y una frontera de más de 2 200 kilómetros, no hay una buena historia política comparada del siglo xx en Co-

lombia ni en Venezuela. Ambos países estuvieron unidos en los esfuerzos de las guerras de independencia y formaron la República de Colombia fraguada por Simón Bolívar en 1819. Disuelta en 1830-1831, los actuales colombianos nos quedaríamos a la postre con el nombre primigenio de la república y los venezolanos con el culto al Libertador.

Desde la Insurrección de los Comuneros del Socorro (1781), los criollos colombianos, a diferencia de los venezolanos, han sido cerradamente antimilitaristas.[17] Así pues algunos colombianos suelen envanecerse de una larga tradición liberal y constitucionalista. Desde 1830 hasta 1958, cuando se estableció la democracia en Venezuela, en esos 128 años hubo sólo cinco presidentes civiles con un total de siete años y medio de gobierno, mientras que en el mismo lapso en Colombia sólo hubo dos golpes militares con gobiernos que duraron cinco años. El Estado colombiano se desenvolvió a lo largo del siglo XIX bajo un orden constitucional; Colombia fue el primer país latinoamericano que aplicó la alternancia en el poder como resultado de unas elecciones. Eso ocurrió en 1837. La política, considerada como la sumatoria de prácticas locales abigarradas, mezcló deferencias e igualitarismos; conjuras, procesos electorales y guerras civiles; mucho panfleto y conversación pública y privada; todo encuadrado por el caciquismo y las lealtades de familia a la bandera roja y a la bandera azul. Localismos que hicieron naufragar a todos los hombres fuertes, comenzando por Bolívar. Tradición que viene de la época colonial y de allí deriva sus notas de oligárquica, legalista y civilista.[18]

Rómulo Betancourt (1908-1981) y Jorge Eliécer Gaitán (1898-1948), dos figuras reformistas y de izquierda de los años treinta y cuarenta, resultan centrales en un contrapunto colombo-venezolano. Ambos cabrían en la clasificación de populistas

democráticos. No obstante, su trayectoria puede ser inteligible sin apelar al adjetivo populista, aunque descollaron por estilos asociados al populismo: líderes personalistas, carismáticos y antioligárquicos. Además, mientras Betancourt fue un dedicado y exitoso constructor de partido, y en Venezuela suele llamársele leninista,[19] Gaitán, por el contrario, no pudo superar la cultura caudillista del liberalismo popular colombiano, aunque en la arenga a los venezolanos reunidos en la Plaza Urdaneta de Caracas el 18 de octubre de 1946, con motivo del primer aniversario de "la revolución de octubre" y ante Betancourt, su amigo político y personal, pudo afirmar que los venezolanos apenas estaban conquistando lo que hacía mucho tenían los colombianos: la libertad política que, sin embargo, sería formal mientras no conquistasen la libertad económica y social.

En su peculiar oratoria Gaitán no desaprovechó la ocasión de elogiar el entusiasmo democrático patente en esas pieles negras y morenas que desbordaban la plaza caraqueña.[20] En pos de ese ideal de libertades y cuando había lanzado desde 1944 el más poderoso desafío al sistema, con el eslogan de que "el pueblo es superior a sus dirigentes", terminó asesinado en Bogotá, dando lugar a uno de los levantamientos populares más violentos de la historia colombiana y latinoamericana, el "bogotazo "del 9 de abril de 1948.

El estilo de Gaitán, en la mejor tradición del liberalismo popular colombiano que arranca en los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado, exhibe todos los rasgos de la apelación electoral al pueblo dentro de la tradición liberal: el tono del discurso, la energía movilizadora, la oportunidad de las alianzas y rompimientos, y quizás lo más importante de un dirigente popular en la corriente del populismo democrático: la convicción que siembra en "los oligarcas" de que allí tienen el enemigo, el ene-

migo verdadero. Gaitán no llegó al poder. Betancourt sí, y los grandes intereses venezolanos y multinacionales comprobaron que ni AD ni sus dirigentes eran verdaderos enemigos. Esto pese a que entre 1931 y 1935 Betancourt fuera dirigente del Partido Comunista de Costa Rica, lo que no le impidió declararse al mismo tiempo enemigo jurado de los comunistas venezolanos.[21]

Jefe de un nuevo movimiento de izquierda, el Movimiento de Organización Venezolana, ORVE, Betancourt señaló en 1936, a los pocos meses de la muerte del dictador Juan Vicente Gómez: "nuestro movimiento [...] se opone enérgicamente a que se plantee en Venezuela la antítesis de militarismo contra civilismo. El ejército debe ser uno de los instrumentos más eficaces de la necesaria unificación nacional".[22] Los colombianos eran agenos a ese tipo de argumentos y más en esos años de república liberal, cuando en Venezuela hacía mucho tiempo que se había consolidado el culto heroico a Bolívar que prosigue hasta nuestros días. "Culto organizado de gran proyección en la conciencia nacional de los venezolanos", en cuanto factor de unidad nacional, factor de orden o gobierno y factor de superación nacional, religión o moral cívica del pueblo.[23] Del culto arrancaban liturgias perturbadoras para los políticos colombianos, e ideologías autoritarias presentadas como teoría sociológica positivista; tal fue el caso del libro de Laureano Vallenilla Sanz sobre el cesarismo democrático, verdadero parteaguas en la historiografía venezolana.[24] Al atacar el constitucionalismo colombiano, recibió una razonada y enérgica respuesta del conservador Laureano Gómez y del liberal Eduardo Santos, a comienzos de los años veinte.[25]

La marcha hacia la democracia venezolana habría de quedar marcada por la cultura de la clandestinidad. Al igual que los

golpistas de 1992, Rómulo Betancourt salió del anonimato el 7 de abril de 1928 conspirando con militares contra la dictadura de Juan Vicente Gómez. 17 años más tarde presidió un golpe apoyado en los cuarteles, en el cual fue figura prominente el futuro dictador Marcos Pérez Jiménez, entonces mayor del ejército. Esta vez el golpe fue exitoso y el 18 de octubre de 1945 los complotados derrocaron al presidente general Isaías Medina Angarita quien, en su momento, no sobra recordarlo, había entablado alianzas con el frente legal del Partido Comunista.

Del golpe nació el "trienio" (1945-1948), periodo en el cual Venezuela conoció un anticipo de su futura democracia electoral y de la participación política de las masas, después de más de un siglo de caudillismos, guerras civiles y dictaduras personales. Sin embargo, la interpretación histórica tiende a calificar el gobierno de Medina Angarita, más que como gomecista, como de apertura, de suerte que no se justificaba el pronunciamiento de los "octubristas" del 45.[26] El "trienio" fue avalado en las urnas y respaldado por el gobierno de los Estados Unidos. El nuevo partido de Betancourt, AD, arrasó en las elecciones de 1947 hasta que al año siguiente el mismo Pérez Jiménez dio golpe abriendo diez años de dictadura.

Alternando entre la clandestinidad y el exilio, con unos pocos respiros de legalidad, la generación que habría de mandar en la Venezuela democrática mediante el control de los partidos de los que eran jefes máximos (Betancourt de AD, Caldera de COPEI y Jóvito Villalba de Unión Republicana Democrática, URD) estaba penetrada de un espíritu de centralismo y verticalidad.[27]

Derrocado en 1958 el dictador Marcos Pérez Jiménez por la acción de partidos férreamente organizados en la clandestinidad, éstos emergieron a la vida legal, consolidaron sus redes,

enfrentaron las intentonas militaristas y llegaron al poder para compartirlo entre sí en los últimos 40 años y terminar viendo cumplido el pronóstico de Robert Michels sobre la "ley de hierro de la oligarquía". Por el contrario, los partidos colombianos, que de todos modos optaron por *la violencia* y diez años de estado de sitio (1948-1958) y que en 1956 y 1957 pactaron el Frente Nacional, FN, ante la amenaza "populista" de Rojas Pinilla, estaban condenados a la atomización y al faccionalismo que desde siempre había sido una de las claves de supervivencia.

Cuando comenzaban a funcionar la moderna democracia venezolana y el FN en Colombia, Fidel Castro radicalizó su revolución. El gobierno de Kennedy acuñó entonces aquella frase de que "hay dos caminos en América Latina: el de Castro y el de Betancourt". Al mismo tiempo Colombia se convirtió en "la vitrina de la Alianza para el Progreso". A la sombra de la Guerra Fría Washington había abrazado a Pérez Jiménez en Venezuela y a Rojas Pinilla en Colombia. Ahora, ante la Revolución cubana, Venezuela y Colombia eran exaltadas como democracias ejemplares del continente.

1958: EL FRENTE NACIONAL Y EL PACTO DE PUNTO FIJO

Con el Pacto de Punto Fijo (PPF) de 1958 los tres partidos, AD, COPEI y URD, acordaron la tregua política, la unidad nacional y un programa mínimo común. Todo esto compatible con una competencia partidista acotada en el lenguaje y una acción gubernamental circunscrita al programa común. La unidad nacional se predicó para superar los conflictos que habían dado al traste con el régimen del "trienio" y sobre la base de que incluía a todos lo que habían combatido la dictadura de Pérez Jiménez. Hubo, empero, un excluido notorio que, además de apoyar al

PPF, había sido un baluarte en la lucha contra la dictadura: el Partido Comunista Venezolano, PCV. Para excluirlo Betancourt argumentó que la naturaleza de este partido era incompatible con la democracia venezolana.

El costo de marginar a la izquierda habría de pagarse con diez años de limitación de las libertades públicas y de endurecimiento político. Diez años de confrontaciones: AD se dividió mientras que la dirigencia del PCV, en la cárcel o en la clandestinidad, trató, inicialmente en vano, de neutralizar la aventura guerrillera centrada en las universidades.

Prima facie, el pacto bipartidista del FN al excluir a la izquierda (aunque no a la derecha, actuante en varias facciones conservadoras) asumió un costo menor, al menos a corto plazo, porque aquélla era muy débil electoralmente, sus fuertes estaban en los sindicatos (algunos estratégicos como el de los trabajadores petroleros), entre artesanos dispersos y en las zonas rurales marginales, donde aún había agrupaciones armadas del Partido Comunista con potencial guerrillero. Además la transición de la dictadura de Rojas al FN estuvo mediada por una junta militar apoyada por los partidos que hizo la transición en 15 meses.[28]

La diferencia fundamental entre el PPF y el FN reside en que el primero trajo una inclusión implícita: el reformismo con encuadramiento de organizaciones sindicales y populares, mientras que el segundo lo excluyó subrepticiamente. Actitud reforzada quizás porque Rojas Pinilla había jugado con fórmulas gaitanistas suprapartidarias. Dicho de otra manera, en Colombia no fue posible construir partidos modernos, centralizados y disciplinados, con algunos controles ideológicos y claras señas de identidad, todos colocados en el espectro reformista. Además, y sobre esto volveremos, la economía política del café no

podía ser compatible con un modelo estatista como el que promovería la economía política del petróleo.

En Colombia la atomización y desaparición de las fuerzas gaitanistas, y diez años de autoritarismo y antiliberalismo políticos, cerraron el camino reformista con movilización popular.[29] En la medida en que los líderes condensan la orientación de los sistemas políticos, podría decirse que Betancourt fue a la política venezolana lo que Jorge Eliécer Gaitán a la colombiana en la década de los cuarenta y Alberto Lleras Camargo y Carlos Lleras Restrepo –arquitecto e ingeniero del FN, respectivamente. Es decir, mientras en la historia colombiana figuras como Gaitán (el de-constructor populista) y los Lleras (constructores institucionalistas) se consideran antagónicas, en Venezuela el liderazgo de Betancourt logró fundir cualidades derivadas de estos dos tipos nodales de dirigente.

Para Alberto Lleras Camargo y Carlos Lleras Restrepo, dos líderes que maduraron en la república liberal, fue relativamente fácil neutralizar y cooptar la oposición del Movimiento Revolucionario Liberal, MRL. Sin embargo, el fracaso de las políticas sociales alimentó el ascenso de un movimiento populista inédito: el encabezado por el general Rojas Pinilla. El dramático resultado de las elecciones presidenciales de 1970, en las que Rojas, victorioso en las ciudades, fue derrotado a la postre por un estrecho margen y gracias al voto rural, tendría un costo diferido: la formación del M-19, una guerrilla que podemos adscribir a la familia populista.

Del PPF emergió una estabilidad garantizada por recursos petroleros y por valores finales y simbolismos que, pese al estilo populista, fueron decisivos en el mantenimiento de la paz social y política. Por el contrario, la marcha institucional liberal colombiana a partir del FN ha consagrado la cohabitación del

régimen político con las violencias y una extraordinaria flexibilidad clientelar del sistema que parece inmune a toda crisis.

La legitimación reformista implícita en el PPF permitió que la clase obrera, base del orden capitalista liberal desde 1958, y los sectores populares organizados por los partidos venezolanos apoyaran al régimen no sólo contra las intentonas militaristas, sino contra la insurgencia guerrillera marxista de los años sesenta.[30] En Colombia, por el contrario, la exclusión del reformismo izquierdista por parte del FN ha permitido que, aún hoy en día, "Tirofijo" proclame que el asesinato de Gaitán fue una ruptura catastrófica del pacto social inclusivo y de este modo justifique la existencia y acción de las FARC. En Colombia la institucionalidad liberal, evidentemente sesgada a favor de los intereses del capital, ha cohabitado con la violencia. En Venezuela, lo que podemos llamar una base reformista y populista del régimen deslegitimó la violencia.

PETROESTADO Y MACROECONOMÍA POPULISTA

Ya advertimos cierta ubicuidad y ambivalencia en el concepto de populismo. Consideremos ahora una definición restringida: aquel modelo "que destaca el crecimiento y la redistribución del ingreso y menosprecia los riesgos de la inflación y el financiamiento deficitario, las restricciones externas y la reacción de los agentes económicos ante las políticas agresivas ajenas al mercado".[31] Este modelo estatista, que opera en desmedro del mercado, es la llamada macro-economía populista, o paradigma del "populismo económico", que da pie a fundamentar la noción del subyacente populismo de la política venezolana en todo el periodo posterior a 1958.[32]

Después de 1958 las políticas sociales de Colombia y Venezuela pueden considerarse antípodas. Según Miguel Urrutia, la

ausencia de populismo se demuestra observando la "suavidad de las curvas colombianas" (1970-1990) del tipo de cambio, los salarios reales y la inflación. Sin embargo, y sobre esto volveremos adelante, Urrutia argumenta que el clientelismo ha evitado el populismo aunque no entra a explicar por qué el clientelismo no exhibe en Colombia la proclividad populista bien conocida en otras partes.[33] Quizás tales curvas no sean más que el resultado del arreglo frente-nacionalista que no aceptó plenamente que las políticas sociales del Estado, ni la influencia de partidos ideologizados en dichas políticas, debían considerarse como una de las fuentes más importantes, sino la más importante, de legitimación del sistema político.

La oligarquía que terminó prevaleciendo en 1958 en Colombia supuso que las elecciones bajo un sistema de reparto burocrático desideologizado debían ser la fuente suprema de legitimidad. Políticas sociales anunciadas por el FN, como la reforma agraria (ciertamente siguiendo la estrategia de la Carta de Punta del Este y de la Alianza para el Progreso para neutralizar "la amenaza comunista cubana"), terminaron en un fracaso rotundo con efecto en múltiples campos: en la redistribución del poder local, en la integración política nacional, en el avance de la ciudadanía, en la movilización campesina pacífica. Ante este fracaso institucional los campesinos hicieron su propia reforma agraria colonizando. Ocho grandes frentes de colonización son la prueba más fehaciente. Ocho grandes focos de traumatismo social y violencias. Fenómenos magnificados por la globalización del crimen organizado alrededor de las drogas que, al vincular directamente las localidades productoras y los centros mundiales del mercado, desarticuló más aún un frágil Estado nacional clien-telizado, propenso a la corrupción y que, recientemente, muestra síntomas de militarización.

La noción de macroeconomía populista lleva, sin embargo, a subrayar el contraste de base de las respectivas economías políticas del petróleo y del café, los dos productos centrales de Venezuela y Colombia en el siglo XX.

Desde la era de Juan Vicente Gómez la riqueza petrolera ha sido la fuente de modernización. Desde 1958 ha dado curso a los ideales democráticos proclamados por los grandes partidos electorales. Ideales derivados de la noción de que el país es inmensamente rico y que la democracia consiste en distribuir equitativamente esa riqueza.

El petróleo genera una renta que se distribuye entre las empresas productoras y el Estado que, a su vez, la redistribuye a través del gasto público y de las políticas macroeconómicas, principalmente el manejo cambiarlo, las tasas de interés y el régimen tributario.[34] Para el Estado venezolano, independientemente de que el régimen político se acerque más al tipo dictatorial de Juan Vicente Gómez que al tipo democrático del PPF, el petróleo ha sido el principal ingreso fiscal, ya se trate de las regalías pagadas por las empresas extranjeras que dominaron la industria desde 1917 hasta la nacionalización en 1976, o de los impuestos extraídos a la empresa estatal, Petróleos de Venezuela, PDVSA. La nacionalización no fue producto de ningún movimiento revolucionario o nacionalista, sino conclusión del régimen contractual que estipulaba la reversión o devolución al Estado de los campos e instalaciones una vez que transcurriera el lapso convenido. Su resultado neto fue un incremento de los ingresos fiscales y la discreciona-lidad de la política petrolera frente a las demandas de las empresas multinacionales que permitió a Venezuela ser uno de los promotores y actores más activos en la Organización de los Países Productores de Petróleo, OPEP.

La magnitud de la renta petrolera ha hecho de Venezuela un país petrolizado en su economía y en su mentalidad y del Estado venezolano un petroestado. La crisis de legitimidad de los partidos venezolanos no puede disociarse ni entenderse sin la crisis del petroestado.

La noción de que la renta petrolera es una constante natural se refuerza por un hecho evidente para todos: la baja generación de empleo. En todo caso menos de 1% de la PEA, aunque su participación en el PIB ha llegado a 50% y hasta superado 90% de los ingresos fiscales, porcentajes que han ido disminuyendo en el transcurso de la segunda mitad del siglo XX. Contra lo que pueda decir el sentido común de los venezolanos, esa renta no es una constante natural, aparentemente derivada del volumen de las reservas y la producción, sino una variable política y económica. Es decir que puede ser un complemento de otros ingresos nacionales y fiscales, como en Noruega o la Gran Bretaña, o puede convertirse en un sustituto de éstos. La tendencia a convertir la renta petrolera en sustituto de políticas de desarrollo de largo plazo se afirma en Venezuela porque desde Juan Vicente Gómez su manejo ha estado concentrado en el presidente de la república y en el conjunto de instituciones estatales y paraestatales que salen del juego democrático y electoral. Simultáneamente en condiciones de la competencia partidista, abierta en 1958, la apropiación de los ingresos petroleros quedó ligada al ciclo electoral.

Desde los años veinte hasta los sesenta los gobiernos emplearon los recursos petroleros para ampliar la infraestructura, fomentar la industrialización e incrementar el consumo mediante masivas importaciones de alimentos y bienes industriales de consumo final.[35] Los programas de inversión pública y la demanda de servicios de los grupos de altos ingresos elevaron

los salarios reales y drenaron mano de obra de la agricultura, parcialmente reemplazada por trabajadores migratorios colombianos.

Después de un largo periodo de estabilidad de los precios internacionales del petróleo y de la tasa de cambio y de bajos niveles de endeudamiento externo, vinieron cinco choques petroleros que contribuyeron al colapso de la parti-docracia, aunque no al colapso de la noción de un petroestado. De estos cinco choques dos fueron al alza (1974 y 1979) y tres a la baja (1982, 1986 y 1998).[36]

Fue naturalmente más fácil asimilar las bonanzas que las depresiones. Las primeras permitieron transferir masiva y rápidamente recursos a la industria sustitutiva, a los salarios, a la infraestructura física y social y a la misma industria petrolera. Se favoreció el consumo mediante el subsidio de precios de los productos derivados del petróleo, la energía y los alimentos. En términos amplios puede decirse que hubo una transferencia de recursos hacia el sector privado y una mejoría del bienestar de la población que se reflejó en que el crecimiento de la inversión pública y privada y del consumo fue más acelerado que el del producto. En consecuencia hubo exceso de capacidad instalada y mayor concentración del ingreso: se ha calculado que 8% de la primera bonanza se transfirió a los hogares y 25% a las empresas, principalmente privadas. En la segunda bonanza se privilegiaron las inversiones públicas en las industrias del aluminio y del acero en el oriente, que concentraron 90% de las inversiones públicas no petroleras, sobre la base de que allí residía la ventea comparativa. Eran inversiones complementadas con onerosos programas de infraestructura eléctrica y vial.

Estos gigantescos proyectos, algunos originados bajo la dictadura de Pérez Jiménez, a los que se destinaron 40 mil millo-

nes de dólares, deberían sustituir importaciones, generar exportaciones y echar las bases de una poderosa industria de bienes de capital. La caída de los precios de las materias primas, las alzas de las tasas internacionales de interés y la revaluación del dólar afectaron la rentabilidad de estos dos complejos, los cuales, en algunas ocasiones, ni siquiera generaban recursos para pagar sus costos laborales.

En suma, las bonanzas de los años setenta expandieron desorbitadamente el gasto público y privado en un horizonte que asumía una bonanza permanente, puesto que cualquier baja del precio del petróleo sería automáticamente compensada con los ingresos del aluminio y el acero.[37]

La bonanza duró poco y en vez de liberar a Venezuela del petróleo la ató aún más. Como es apenas obvio, los tres choques a la baja, en particular los de los años ochenta, fueron más difíciles de asimilar. Carlos Andrés Pérez, el popular sembrador de petróleo de los setenta, tuvo que hacer el ajuste a fines de los ochenta, al que llamó el "gran viraje", cuando llegó de nuevo a la presidencia sobre el prestigio ganado en su primera administración, prometiendo que revertiría la crisis.

La depresión de los precios del petróleo empobrece, en primer lugar, al Estado y genera un gran desequilibrio en las cuentas públicas. Puesto que las importaciones no se pueden contraer al mismo ritmo que la caída de los ingresos externos, aumenta el déficit comercial. Al mismo tiempo el Estado y el sector privado que, en los años de vacas gordas, habían contraído enormes deudas en el exterior, debían honrar sus compromisos, lo que generó un déficit en la balanza de pagos. Para resolver estos tres déficit (fiscal, de balanza de pagos y comercial) y para acomodar el gasto al ritmo de crecimiento del producto era ineludible emprender, como en otras partes del mundo, el

llamado "ajuste". En este momento se reveló la fragilidad de un Estado que había postergado indefinidamente la tributación de los particulares y de una economía montada sobre una actividad tan rentable que encarece los costos laborales cercenando la competitividad de las actividades industriales y agropecuarias.

El "gran viraje" de 1989, ejecutado sobre la base de que debía ser rápido, radical, sorpresivo y simultáneo en todos los frentes, con el fin de paralizar la oposición, implicó contracción del gasto público, devaluación, supresión de subsidios, especialmente a gasolina y tarifas del transporte, y congelación de salarios. Marcó el fin de una época, la del petroestado y el populismo bipartidista de la democracia venezolana. Más adelante trazamos un esbozo de lo que siguió. Prestamos poca atención a la palabra corrupción política, que es una de las de mayor circulación desde entonces en la conversación pública y privada de los venezolanos. No es difícil suponer cómo se enriquecieron durante las bonanzas los grandes contratistas con acceso privilegiado a los organismos del Estado, ni los grandes intermediarios, los "cogollos" y sus amigotes de COPEI y AD, o los importadores con bolívares sobrevaluados. A esto hay que añadir el bienestar popular en una época de salarios altos, aunque la inflación estaba deteriorándolos.

Cualquier observador de la escena contemporánea debe quedar pasmado con este dato: hace 20 años los niveles del PIB per cápita venezolano eran similares a los de España. Hoy son menores que los de México. Además de lo ya dicho hay que añadir que Venezuela presentaba por entonces una de las mayores concentraciones del ingreso del mundo. Lo terrible de la historia no es tanto que el ingreso se concentre en épocas de bonanza, sino que las épocas de depresión sean aún más concentra-

doras. Con razón el pueblo venezolano escuchó la interpelación del comandante Chávez en 1992 y en 1998 y 1999 lo llevó a la presidencia dándole todos los recursos políticos que ha pedido, incluida una nueva Constitución.

EL LIBERALISMO ECONÓMICO: DEL CAFÉ A LAS DROGAS ILÍCITAS

El contraste del petroestado con la economía política del café, que hasta los años setenta fue el motor de la economía colombiana, es demasiado obvio. Comenzando por la diferencia en el peso de los costos laborales en relación con el valor de la producción: 80% en café, 10% en petróleo.

El café no enriquece al Estado como puede hacerlo el petróleo. Para ello sería necesaria la existencia de un poderoso aparato fiscal capaz de extraer impuestos de los caficultores y de las actividades derivadas. Por el contrario, la estructura de su producción, transporte y mercado genera intereses privados, sectoriales y regionales que hacen contrapeso al Estado y de hecho descentralizan la política. No en vano Gaitán, con su poderoso discurso intervencionista, registró una votación exigua en todas las ciudades y comarcas cafetaleras en las elecciones presidenciales de 1946.

Con la producción a cargo de campesinos y de empresarios de diferentes tipos, la economía política del café es mucho más compatible con el liberalismo económico que con el estatismo; con un Estado débil y preferentemente liberal.[38] Curiosamente, empero, es más difícil manejar las bonanzas cafetaleras que las petroleras, precisamente porque el ingreso cafetalero es privado y no una renta estatal. Más que redistribuir la riqueza excedente, el Estado de un país cafetalero en años de bonanza debe equilibrar conflictos de intereses muy agudos alrededor de dos

objetivos de política: a) los antiinflacionarios, en particular para que los excedentes no se moneticen inmediatamente, y b) la sobrevaluación de la moneda nacional para compensar a los sectores no cafetaleros, particularmente a los importadores y a los consumidores en general.[39]

Retomemos en este punto el parentesco de populistas y nacionalistas, ambos padeciendo limitaciones y ambigüedades de *status* teórico. El petróleo venezolano como forma de renta nacional genera una tendencia nacionalista, mientras que el café, por las condiciones de su oferta, genera una tendencia intemacionalista. Comparando estos dos casos encontramos que el internacionalismo liberal y el nacionalismo populista, ya sea que se considere al primero como una expresión "racional" de la estructura social y al segundo como una "legitimación de la emoción", ofrecen la base material que habría de generar efectos de largo plazo en las respectivas trayectorias nacionales del siglo xx.

Claro que en el actual panorama colombiano no es el café la principal fuente de inestabilidad de la política y la ma-croeconomía, sino la cocaína y el petróleo.

Los descubrimientos de los megacampos en Cusiana y Cupiagua desataron expectativas de grandes riquezas petroleras y de un Estado que sería inmensamente rico. La idea de una Colombia petrolera competitiva (que tiene antecedentes en la década de los veinte) fue magnificada durante la administración Gaviria: la modernización política y económica había encontrado la gallina de los huevos de oro.[40] De allí quizás la largueza con que se trataron en la Constituyente los temas de la descentralización fiscal y el régimen de distribución regional de las regalías petroleras. El situado fiscal consagrado en la Constitución de 1991, antes que impulsar la democracia local,

es una de las principales causas del atolladero institucional y del déficit de las cuentas públicas. Hay que abonar, sin embargo, que se creó el Fondo de Estabilización Petrolera para reducir los efectos macroeconómicos de la inestabilidad de los precios internacionales del petróleo, institución que bien puede compararse al Fondo Nacional del Café, creado en 1940.

No sólo la petrolización de la economía y el Estado colombianos es impensable, al menos en la escala venezolana; hay que añadir la b¿ya competitividad del petróleo colombiano.[41] En nuestro país las reservas son apenas una fracción de las venezolanas; los costos de producción son muy elevados y el riesgo geológico (es decir el riesgo de no encontrar petróleo) es muy alto. Además de estos factores, el petróleo no se nacionalizó en Colombia, de suerte que, salvo por los impuestos que pagan las compañías, las demás variables estratégicas están fuera del control estatal. Finalmente el peso de la Empresa Colombiana de Petróleos, Ecopetrol, se ha reducido sustancialmente en los años noventa, sobre todo en los campos de la exploración y producción.

Mucho más graves que las falsas expectativas petroleras han sido los efectos de las drogas ilícitas. El cultivo de la hoja de coca, por ejemplo, refuerza el carácter campesino e individualista de la producción (como el café en las décadas de 1930-1950), y dificulta el control de las rentas privadas por parte de las autoridades monetarias y cambiarías. Hay un impacto más profundo en los tejidos sociales y políticos: la renta de las drogas ilícitas ha promovido el ascenso y consolidación de nuevos grupos (los narcolatifundistas, entre otros); ha consignado ingentes recursos de poder a favor de las guerrillas, especialmente las FARC, que tienen en los coca-leros una amplia base social; ha fortalecido una contrainsurgencia extremista (las Autodefensas Uni-

das de Colombia) ; ha invadido la vida partidaria (verbigracia, el proceso 8000); ha dado pie a racionalizar una expansión vertiginosa del gasto militar del Estado (hasta 1988 el gasto militar como porcentaje del PIB en Colombia era inferior a la media latinoamericana; en 1995 era de 2.6%, 0.9% por encima de dicha media,[42] y hay toda razón para suponer que en 2000, año del Plan Colombia, será aún mayor esa brecha), y ha implicado al Estado colombiano, como quizás pocas veces en el siglo XX, en una relación clientelar subalterna con los Estados Unidos.

En estas condiciones el proceso constituyente de 1989-1991 y la flamante Constitución Política de 1991 difícilmente pudieron dar los resultados esperados en cuanto a democratizar la vida pública y pacificar el país. Por el contrario, el desorden social (o la anomia, si se prefiere) introducido por la economía de las drogas ilícitas, una de cuyas manifestaciones es la violencia y la criminalidad, ha reforzado el tradicionalismo de los patrones clientelistas, en vías de modernizarse bajo el FN. Para la abrumadora mayoría de la población colombiana la Constitución de 1991 es papel mojado.

LOS LÍMITES DEL REINADO DE LOS COGOLLOS VENEZOLANOS

Los analistas de la política venezolana coinciden en caracterizarla como un campo limitado por dos grandes parámetros: el petróleo y los partidos. En los últimos años es más frecuente escuchar palabras como petroestado y partidocracia para referirse a la crisis venezolana.[43] Sin embargo, el vocablo partidocracia excluye tendenciosamente una realidad típica del sistema venezolano: la creación y funcionamiento de un complejo de empresas públicas, institutos autónomos y otros entes estatales que abrieron, subrepticiamente y sin la mediación de los

partidos y el Congreso, la sobrerrepresentación de los grandes intereses corporativos privados dentro del Estado.

Los partidos de Punto Fijo buscaron convertirse en instrumentos de modernización, estabilidad y democracia electoral; de moderación y civilidad. A la postre, sin embargo, "el espacio político quedó monopolizado por los partidos y los partidos por un minúsculo grupo de líderes, *los cogollos* [...] cundió la sensación que el país estaba gobernado por los partidos (la partidocracia) y no por el pueblo".[44]

El mandato representativo perdió los atributos de responsabilidad y transparencia. Los políticos profesionales respondían ante los dirigentes del partido y no ante los electores. Los partidos entendían que los resultados electorales premiaban o castigaban su política y la de sus presidentes. Entonces no debe sorprender que, en un sistema que establece la obligatoriedad del voto, la abstención, el porcentaje de los votantes en relación con el número de electores inscritos, aumentara de 7.58% en las elecciones presidenciales de 1958 a 18.1% en las de 1988 y a 39.84% en 1993. Más aún, después de 1988 cayeron las tasas de inscripción, de suerte que, sobre una población en edad de votar calculada en 11.1 millones en 1993, dejó de inscribirse 10%. La abstención en las elecciones regionales fue aún mayor, promediando 50%. Síntoma alarmante si consideramos que la elección directa de gobernadores y de alcaldes fue una innovación constitucional destinada a solucionar los problemas de centralismo y partidocracia.[45]

El "caracazo", los motines y saqueos de tiendas que, con la consigna pintada en las paredes y gritada en las calles de "el pueblo tiene hambre", estallaron a fines de febrero de 1989 en la capital venezolana, y en todas las ciudades importantes, puso fin al encantamiento de los venezolanos con sus dos grandes

partidos.[46] Los motines se produjeron a raíz de las primeras medidas económicas acordadas por el gobierno de Carlos Andrés Pérez con el FMI: liberación de precios y tasas de interés, alzas de tarifas de servicios públicos y de combustible, revisión de las leyes de alquiler dé vivienda y anuncio de privatización de empresas públicas. La chispa fue el alza de los combustibles y tarifas de transporte público; las asonadas fueron reprimidas sangrientamente por la Guardia Nacional ya que la policía no pudo enfrentarlas, lo que dejó un saldo de centenares de muertos, la mayoría habitantes de las barriadas de Caracas.

El "caracazo" arrasó, dentro y fuera del país, con la creencia en la excepcionalidad democrática venezolana, en una Latinoamérica plagada de inestabilidad, golpes militares, dictaduras y guerrillas.

Tres años después del "caracazo", la fallida intentona golpista del 4 de febrero de 1992, encabezada por los tenientes coroneles Hugo Chávez Frías, en Caracas, y Francisco Arias Cárdenas, en Maracaibo, quien luego sería elegido gobernador del estado del Zulia, sacó a la luz el profundo desencanto de los venezolanos con el régimen político, que actores y observadores más atentos habían pronosticado desde la década de los setenta, la década del auge, de la euforia, de "sembrar petróleo", según la frase del presidente de entonces, Carlos Andrés Pérez, el delfín de Rómulo Betancourt.

Las encuestas de opinión y las multitudinarias manifestaciones callejeras que siguieron al golpe calificaron de héroes a los sublevados. En la población, incluidos amplios sectores de las clases medias, empezó a ganar popularidad el desconocido y carismàtico coronel Hugo Chávez, quien tuvo oportunidad de dirigirse al país para explicar las razones políticas del alzamiento del Movimiento Bolivariano Revolucionario, MBR 200,

que encabezaba. El 200 se refiere al bicentenario de Bolívar en 1983, el año que empezaron la conspiración. El golpe también acabó con el consenso partidario. En el correspondiente debate en el Senado, el ex presidente Caldera, todavía dirigente de COPEI, rompió el espíritu del PPF aún vigente, al atribuir la causa de la subversión militar a los graves desatinos del presidente Carlos Andrés Pérez y a la corrupción imperante, y al rehusarse a participar en un gabinete de unidad y salvación nacional.[47]

¿Por qué las dos intentonas cuartelarias de 1992 (el 27 de noviembre hubo una segunda, encabezada por la fuerza aérea, más sangrienta aunque menos popular que la primera) despertaron tan inesperada simpatía a lo largo y ancho del país y no sólo entre las clases populares, más duramente afectadas por el timonazo neoliberal de Carlos Andrés Pérez?

La población estuvo dispuesta a creer más en las razones democráticas y nacionalistas aducidas por los complotados que en las del gobierno. Desde que entró en vigor, en 1961, los militares venezolanos habían respetado la Constitución, manteniéndose apolíticos y no deliberantes como ésta ordenaba. En la memoria pública no había ninguna imagen remotamente parecida a la que por la misma época podía conservarse de los militares golpistas en los países del Cono Sur. Y, como vimos, el complot democrático figura en el arsenal de la tradición venezolana.

Las fallas telúricas del sistema empezaron a advertirse en la elección presidencial de 1993: por primera vez, desde 1958, el presidente elegido, Rafael Caldera, no provino de ninguno de los dos grandes partidos. El octogenario fundador de COPEI tuvo que inventar su propia formula "independiente" y ponerse al frente de una heterogénea coalición conocida como Convergencia Nacional, la principal oposición al "gran viraje" de Car-

los Andrés Pérez, quien terminó siendo destituido de la presidencia y reo en proceso judicial. Convergencia obtuvo un poco menos de un tercio de los votos, suficiente para llegar a la presidencia. Sin embargo, y pese al ascenso de nuevos partidos, Caldera enfrentó un Congreso dominado por sus enemigos, es decir, sus antiguos copartidarios y amigos de COPEI y AD. Externamente estuvo sometido a severas presiones del FMI y del Banco Mundial.

Los planes económicos de Caldera, anunciados en la campaña electoral, tildados de populistas, quedaron en entredicho a raíz de la profunda y costosa crisis financiera que empezó en 1994, cuando el gobierno interino que reemplazó al de Carlos Andrés Pérez debió intervenir el Banco Latino. El Estado tuvo que inyectar fondos frescos al sistema bancario por una cifra astronómica, equivalente a 10% del PIB. El programa de Caldera quedó en el limbo hasta 1996, cuando fue anunciada la Agenda Venezuela, oxigenada por los buenos precios del petróleo. A partir de octubre de 1997 éstos empezaron a descender y la depresión se mantuvo a lo largo de 1998, agravando la situación social, el pesimismo de las élites empresariales y el descrédito de la partidocracia.

Estas son las circunstancias mediatas e inmediatas del ascenso de Chávez, quien, en 1997, había decidido convertir su MBR 200 en el Movimiento de la Quinta República, MVR, dada su manifiesta admiración por De Gaulle y puesto que Bolívar es, por ley, un símbolo nacional que no puede ser utilizado por ningún movimiento político. En alianza con otros partidos de izquierda, la facción mayoritaria del MAS y el nuevo movimiento Patria Para Todos, PPT, se formó el Polo Patriótico, que alcanzó cerca de un tercio de los escaños del Congreso en las elecciones de

noviembre. Convergencia Nacional, COPEI y Causa R fueron los perdedores de esa contienda y AD resultó el partido mayoritario.

EL ASCENSO DE CHÁVEZ, EL POPULISTA CON COLA DE CERDO

Las elecciones presidenciales del 6 de diciembre de 1998 marcaron el final del régimen de Punto Fijo.[48] Desprestigiados ante la opinión y acosados por sus rencorosas pugnas faccionales, ni AD ni COPEI consiguieron presentar un candidato propio. Después de una serie de malabares tácticos los dos partidos convinieron a última hora en apoyar a Henrique Salas Römer, un empresario independiente, educado en Yale, ex copeyano y ex gobernador del estado de Carabobo, quien, por medio de su partido Proyecto Venezuela y la coalición del Polo Democrático, desplazó a la popular ex *miss* universo Irene Sanz y galvanizó las energías antichavistas para terminar en un distante segundo lugar, con 40% de la votación frente al 56% de un Chávez victorioso en 20 de los 23 estados.

En el versátil espectro populista, ¿dónde podremos ubicar a Chávez y al chavismo?

Las ramas latinoamericanas de la familia extensa de los populistas se asemejan a los Buendía de Macondo. Al igual que en el manuscrito de Melquíades, los populistas parecen condenados a vivir una historia circular de promesas y desilusiones. Su proclividad a la endogamia, y aun al incesto, embrolla las líneas del linaje de modo que la cola de cerdo con que llega al mundo el último Aureliano paga los apetitos y desvarios de todos sus antepasados. La cobertura que alguna prensa liberal de Occidente (el ensañamiento de los corresponsales y comentaristas de *El País* de Madrid, por ejemplo) dio al irresistible ascenso de Hugo Chávez deja la impresión de que el comandante trae cola

de cerdo. Sin embargo, Chávez no parece ganarse la extremidad por ser el último de la estirpe sino por su obstinada idea de volver a los orígenes míticos y abultar más un legajo truculento de ilusión y fracaso. Al menos eso es lo que machacan las agencias de prensa internacionales y algunos comentaristas políticos.

A diferencia de los neopopulistas arriba citados, Chávez pretende volver a los fundamentos del estatismo nacionalista de los años cuarenta y cincuenta, y a las reformas sociales postergadas, a contracorriente de la globalización y del renacimiento de la llamada sociedad civil. A la vez corteja al Banco Mundial y al FMI y declara que "¡la deuda externa es sagrada!"

Pasada la campaña y sus excesos verbales, el demonizado Chávez mostró cartas de moderado y pragmático. Anunció y puso en práctica un plan para asociar las fuerzas armadas a la administración pública y a programas sociales y de construcción de infraestructura física. Hasta la fecha (enero de 2000) ha postergado la formulación explícita de la política económica, estatismo o liberalización. Sin embargo, dejó en pie los proyectos de privatización de la industria del aluminio y del sector eléctrico y de las telecomunicaciones. Siguiendo la línea de Caldera anunció que buscará inversiones extranjeras y nacionales para el desarrollo de la industria petroquímica y del gas. Obtuvo del Congreso poderes extraordinarios para legislar en materia tributaria y empezó a intervenir en PDVSA, a la que llamó "un Estado dentro del Estado"; forzó cambios en su cuerpo directivo, al que llevó a varios militares. Queda pendiente saber si la poderosa empresa estatal terminará perdiendo el estatus autonómico del que ha gozado hasta ahora. Por primera vez un gobierno intervino en la formulación de su plan decenal (2000-2009), disminuyendo la expansión en exploración y extracción,

y aumentando las inversiones en gas y petroquímica. Para subir los precios internacionales, Chávez considera necesario frenar la producción mediante acuerdos con la OPEP y México.

Chávez se ha concentrado en dos frentes: la diplomacia (ha viajado por medio mundo y, en el hemisferio occidental, se ha acercado con algún éxito al Brasil) y la refundación constitucional de la nación. Para cumplir ésta, su principal promesa electoral, ha desatado nuevas tempestades pasajeras enfrentándose al Congreso y al Poder Judicial. La Corte Suprema declaró constitucional su decreto para realizar un referendo y convocar a una asamblea constituyente. Ganadas estas batallas, el Polo Patriótico arrasó en las elecciones del 25 de julio, obteniendo 123 de los 128 escaños, cuando en los cálculos más optimistas esperaban 100. Ni COPEI ni AD obtuvieron escaños. La Constitución chavista fue aprobada sin dificultades por la Asamblea y refrendada popularmente a fines de 1999.

A la relativa moderación y pragmatismo de Chávez han contribuido, sin duda, estas cinco victorias electorales en poco más de un año, y el repunte de los precios del petróleo desde mayo de 1999.

CONCLUSIONES

Venezuela tiene una nueva Constitución. Sigue las líneas maestras y las declaraciones de principios fundadores del proyecto chavista. Mientras tanto hay suspenso aunque no vacío; el actual mandatario llena todo el espacio. La nación parece atravesar por aquella situación descrita por Diderot en 1774, común a los momentos en que de los escombros del viejo sistema surge el hombre tutelar:

> Bajo el despotismo el pueblo, resentido por el largo tiempo de sufrimiento, no perderá ninguna oportunidad de recuperar sus derechos. Pero, como no tiene ni

> un fin ni un plan, va a parar, de un momento a otro, desde la esclavitud a la anarquía. En medio de esta confusión resuena un único grito: libertad. Pero, ¿cómo asegurarse del precioso bien? No se sabe. Y el pueblo está ya dividido en los diferentes partidos, instigados por intereses contradictorios [...] Tras breve tiempo vuelve a haber sólo dos partidos en el Estado; se diferencian por dos nombres que, sea quien sea el que se oculte detrás, sólo pueden ser "realistas" y "antirrealistas". Éste es el momento de las grandes conmociones. El momento de las conspiraciones y conjuras [...] Para eso el realismo sirve como pretexto del mismo modo que el antirrealismo. Ambos son máscaras para la ambición y la codicia. Ahora la nación no es más que una masa dependiente de una multitud de criminales y corruptos. En esta situación no es necesario más que un hombre y un momento adecuado para hacer que ocurra un resultado completamente inesperado. Cuando llega ese momento se levanta ese gran hombre [...] Les habla a las personas que aún creían serlo todo: vosotros no sois nada. Y ellos dicen: nosotros no somos nada. Y él les dice: yo soy el señor. Y ellos responden como con una sola voz: tú eres el señor. Y él les dice: éstas son las condiciones bajo las que estoy dispuesto a someteros. Y ellos responden: las aceptamos... ¿Cómo seguirá adelante la revolución? No se sabe.[49]

Bolívar, que dirigió una gran revolución, terminó su vida amargado, diciendo que la faena es como arar en el mar. Por supuesto que la historia política de los siglos XIX y XX ha sido pródiga, particularmente en Europa y América Latina, en respuestas bonapartistas a ese "no se sabe" de Diderot.

Ni el mismo Chávez sabe qué seguirá en Venezuela. Un año después de su ascenso a la presidencia tiene la Constitución estatista y nacionalista que se propuso y la perspectiva de unas elecciones para renovar el mandato de todos los poderes públicos elegibles (incluida la presidencia de la república) que, seguramente, ganará.

Sus débiles adversarios musitan en la prensa que la Constitución es fiscalmente insostenible y que reforzará en la población expectativas de bienestar social que no tienen respaldo en la petrolizada economía venezolana. Lo único aparentemente cierto es la desaparición de AD y COPEI y la férrea voluntad de Chávez de no dejarlos reagruparse. En una época de declina-

ción mundial del Estado sorprende cómo la apelación retórica a Bolívar, el padre mítico de la república, sirva para resucitar algo que, quizás, se parezca más que a otra cosa al ogro filantrópico de que hablara Octavio Paz, cuando pensó en el Estado mexicano. Paradigma acaso de estabilidad si pensamos en la experiencia venezolana, y de relativa paz política y social si pensamos en la experiencia colombiana.

Desde la perspectiva de la República Bolivariana de Venezuela resulta paradójico que el sistema clientelar colombiano, antipopulista por orientación, haya resultado más estable que la partidocracia. Aquí habría que insistir en la coexistencia del sistema político colombiano, cuya fuente principal de legitimidad son las elecciones, con altísimos niveles de homicidio, inseguridad personal e impunidad judicial, así como de violencia política, predominantes en las dos últimas décadas del siglo. En 1980 la tasa de homicidios por 100000 habitantes era de 40 y saltó a 90 en 1993, aunque ha descendido ligeramente. Esto quiere decir que actualmente hay unos 28000 muertos anuales, de los cuales unos 4 000, o sea menos de una quinta parte, pueden ser atribuidos al conflicto político que enfrenta a las guerrillas de las FARC y el ELN a autodefensas locales, a los paramilitares de las Autodefensas Unidas de Colombia y a la fuerza pública. Uno de los resultados ha sido el desplazamiento forzoso de unas 200000 familias campesinas atrapadas entre los fuegos cruzados de un conflicto que cada vez se parece más a una guerra civil irregular, por ahora de baja intensidad. Conflicto que, por extraño que parezca, no ha debilitado hasta ahora al sistema político.[50]

Esperamos, finalmente, que las observaciones de este ensayo contribuyan a plantear la pregunta sobre los efectos que podría tener la reorientación venezolana en Colombia: en las guerri-

llas “bolivarianas”, en el ejército, también “bolivariano”, y en los partidos políticos.[51]

Notas al pie

[1] Alicia Puyana y Ana María Bejarano hicieron una lectura crítica del texto, originalmente presentado en el coloquio “Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos” que se celebró, bajo los auspicios del Instituto de Estudios Políticos de París y El Colegio de México, el 20 y 21 de octubre de 1999. Sus atinadas observaciones, de concepción y detalle, permitieron mejorarlo. Los errores son exclusivos del autor.

[2] Muchos analistas venezolanos no dudan en caracterizar el régimen político de su país como populista. Véase, desde distintas perspectivas analíticas e ideológicas, Aníbal Romero (1986 y 1997).

[3] El tema de la democracia costarricense sigue abierto. Para una introducción revisionista, véase Fabrice Lehoucq (1991, pp. 37-60).

[4] Carlos Iván Degregori (1997, pp. 33-82).

[5] David E. Apter (1997, pp. 1-32).

[6] Malcolm Deas (1996, pp. 350-404).

[7] Los estudios clásicos del populismo latinoamericano fueron publicados en los años sesenta y nos remiten a los nombres de Germani, Ianni, Di Tella, Weffort, Cardoso y Faletto. Véase también la crítica de Ernesto Laclau (1977). Remito al lector a las principales síntesis y revisiones bibliográficas más recientes: Herbert Braun (en prensa), Alan Knight (1998), Carlos M. Vilas (1992), Carlos de la Torre (1992). Para Colombia, en particular para el desafío populista de Jorge Eliécer Gaitán, debemos el análisis histórico y sociológico más comprensivo a Daniel Pécaut (1987).

[8] Un supuesto de esta situación es que exista una sociedad civil dinámica. A este respecto véanse los sugerentes análisis de Hertmurt Elsenhans (1991 y 1997), que obligan a plantearse en un plano analítico qué tan aplicable resulta la categoría *sociedad civil* en América Latina. “La única sociedad civil que existe en Colombia es una sociedad civil armada”, sentenció Daniel Pécaut (1996, pp. 9-12).

[9] Luego de sostener que la nacionalidad es el valor más universalmente legítimo en la vida de nuestro tiempo (una “legitimidad emocional profunda”), Benedict Anderson constata que la teoría del nacionalismo no tiene un Hobbes, un Marx o un Weber, y concluye que se facilitaría la comprensión si se tratara el nacionalismo en la misma categoría del parentesco o la religión y no en la del liberalismo o el fascismo. Para esto define la nación así: “una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana”. Benedict Anderson (1993, pp. 22-25).

[10] Margaret Canovan (1981).

[11] Rómulo Betancourt (1997, pp. 186-188).

[12] Véase la contribución de Guy Hermet en este mismo libro.

[13] Sobre Menem y Fujimori, véanse Vicente Palermo (1998, pp. 36-62) y John Crabtree (1998, pp. 7-23).

[14] Martin van Creveld (1999, pp. 258-262).

[15] Margaret Canovan (1999, pp. 2-16).

[16] Ioannis Papadopoulos (1999).

[17] Sobre este tema hay que consultar a Alian Kuethe (1993).

[18] Marco Palacios (1984).

[19] Esta cuestión es aceptada incluso en el trabajo favorable a Betancourt que preparó Manuel Caballero. Rómulo Betancourt (1997).

[20] Jorge Eliécer Gaitán (1968, pp. 462-463).

[21] Rodolfo Cerdas (1986).

[22] Rómulo Betancourt (1997, pp. 144-145).

[23] Germán Carrera Damas *et al.* (1969, pp. 34-42). Véase, también, Luis Britto (1988, pp. 212-219).

[24] Germán Carrera Damas *et al.* (1966).

[25] El incidente ha sido recordado recientemente por Eduardo Posada-Carbó (1999). Posada-Carbó subraya el contraste entre las doctrinas proautoritarias en Venezuela, ausentes en Colombia. Laureano Vallenilla Lanz (1929). La versión publicada en Caracas en 1983 por la Universidad de Santa María incluye el debate con Eduardo Santos.

[26] Sobre el controvertido "trienio", véanse Luis Cordero Velásquez (1978) y Steve Ellner (1992, pp. 147-169).

[27] Una equilibrada síntesis de la historia venezolana posterior a 1958 se encuentra en Daniel H. Levine y Brian F. Crisp (1999, pp. 123-165). Para una crítica de las tendencias de la historiografía política venezolana, véase Steve Ellner (1995, pp. 91-121).

[28] Jonathan Hartlyn (1988).

[29] Marc W. Chemick y Michael F. Jimenez (1993, pp. 266-283).

[30] Sobre la institucionalización de una filosofía laboral corporativista y liberal como forma de control de la clase obrera venezolana, véase Charles Bergquist (1988, pp. 320-321).

[31] Rudiger Dornbusch y Sebastian Edwards (1992, p. 17).

[32] Aníbal Romero (1997, pp. 19 y ss).

[33] Rudiger Dornbusch y Sebastian Edwards (1992, pp. 421-424).

[34] Entre los textos axiales sobre la renta petrolera venezolana suelen considerarse los trabajos de Asdrúbal Baptista (1997, pp. 56-107). Asdrúbal Baptista y Bernard

Mommer (1989).

[35] Juan Carlos Boué (1993).

[36] Ricardo Hausmann (1990).

[37] Richard M. Auty (1990, pp. 123-126).

[38] Análisis de la situación cafetalera del siglo XX se encuentran en los tres volúmenes a cargo de Roberto Junguito y Diego Pizano (1991, 1993 y 1997).

[39] Alicia Puyana y Rosemary Thorp (1998).

[40] Departamento Nacional de Planeación (1998).

[41] Alicia Puyana y Joyce Dargay (1996).

[42] Departamento Nacional de Planeación (1998, p. 83).

[43] José A. Silva Michelena y Hans Blumenthal (1987). Michael Coppedge (1993). Para un resumen crítico de la literatura publicada en inglés (1993-1995) sobre la política venezolana, véase Steve Ellner (1997, pp. 201-218). Para un panorama de la "Venezuela posbonanza", véase el número especial de *Latín American Perspectives*, vol. 23, núm. 3 (issue 90), verano de 1996. Para una evaluación de Juan Vicente Gómez, quien, según el historiador Germán Carrera Damas, es el personsye que más ha pesado en la conciencia venezolana después de Bolívar, véase Germán Carrera Damas (1996).

[44] Daniel H. Levine y Brian F. Crisp (1999, p. 146).

[45] Luis Salamanca (1998, pp. 3-28).

[46] Esta sección debe mucho a los estudios publicados en los reportes diarios (*Latin American Daily Briefs*) de Oxford Analytica.

[47] Un breve análisis de estos incidentes se encuentra en NACLA (1999, pp. 11-15).

[48] Jennifer L. McCoy (1999, pp. 64-77).

[49] Citado en Reinhart Koselleck (1993, pp. 38-39).

[50] De la creciente bibliografía, véase la síntesis ofrecida por el historiador alemán Thomas Fischer (1999, pp. 255-276).

[51] Sobre el tema "bolivariano" remito a Marco Palacios (1999a).

LA PRESENCIA POPULISTA EN MÉXICO

Soledad Loaeza
El Colegio de México

En 1969 Ernest Gellner y Ghita Ionescu publicaron un libro con el título de *Populismo. Su significado y características nacionales*. La serie de artículos que contiene se inicia con una introducción cuya primera línea parafrasea la del *Manifiesto comunista* de Marx: "Un fantasma se cierne sobre el mundo: el populismo". Hoy, 30 años después, la paráfrasis mantiene su frescura, y es que el populismo es como la materia: no desaparece, sólo se transforma. Así, por ejemplo, se habla del *populismo clásico* de los años treinta, que fue una fórmula de integración de las masas populares al sistema político; del *populismo económico* de los setenta, que se identifica con la expansión irracional del gasto público guiada por criterios de control político; por último, en los noventa apareció el *neopopulismo* en el que un líder –por lo general un *outsider* del sistema político– moviliza el apoyo directo de las masas pero promueve políticas económicas de corte liberal.

A pesar de su diversidad estas versiones comparten por lo menos tres elementos: una relación vertical entre un líder y las masas; una visión idealizada del *pueblo,* hoy en día la sociedad, como un actor político interclasista, depositario de virtudes y víctima de los poderosos; y una profunda aversión a las institu-

ciones centrales de la democracia representativa: partidos políticos y parlamentos. A finales del siglo xx mu chos de los países que habían vivido penosas experiencias autoritarias, donde el establecimiento de la democracia se identificó en un primer momento con las instituciones básicas del liberalismo político, elecciones libres y multipartidismo, estaban gobernados por *hombres fuertes* que, con el apoyo de la legitimidad democrática del voto, centralizaban el poder y ejercían una autoridad personalizada y discrecional para llevar a cabo reformas de largo alcance. Los ejemplos más notables de este tipo de presidencialismo, que han inspirado la noción de *neopopulismo,* son Alberto Fujimori en Perú y Hugo Chávez en Venezuela. El recién electo presidente de México, Vicente Fox, mostró durante su campaña la inclinación por el estilo populista: la preferencia por las expresiones coloquiales y el desprecio por las formalidades, que se acompañaban de la desconfianza frente a normas e instituciones vigentes.

Tanto en México como en otros países de América Latina, por ejemplo Ecuador, y en Europa, han reaparecido movimientos negativistas que se inscriben dentro de la tradición del populismo *clásico,* que tenía un carácter fundamentalmente rural, aunque una de las características de los populismos latinoamericanos fue su carácter urbano, y su éxito entre los migrantes a las ciudades y los trabajadores; en la actualidad el populismo encuentra apoyo sobre todo entre los habitantes de los barrios pobres de las grandes ciudades, aunque se han producido brotes en áreas rurales. Estos movimientos son portadores de una misión moralizadora, reivindican la autenticidad de las tradiciones profundas del *pueblo,* denuncian conspiraciones de fuerzas externas y poderosas en contra del mismo pueblo, son antielitistas, anticapitalistas, antiliberales y xenófobos. Su premisa fundamental es que la gente sencilla representa a la aplastante

mayoría de la población y sus tradiciones colectivas son depositarías de la virtud.[1]

El renacimiento del populismo en una época de ascenso de la democracia liberal, como la única forma legítima de organización política, no deja de ser sorprendente, dado su antagonismo profundo con respecto a las instituciones representativas, así como en virtud de la relación histórica del populismo con el autoritarismo. Durante la década de los treinta esta experiencia estuvo vinculada al ingreso de las masas al poder político, resultado de la organización de su participación política mediante la ampliación del voto o la sindicalización; en los años noventa está asociada con el empobrecimiento de amplios sectores de la población urbana, el deterioro de la calidad de vida en las ciudades, y con el impacto de los medios masivos sobre las formas de comunicación política, de lucha por el poder y de ejercicio de la autoridad. La generalización del uso de aparatos de radio y de televisión ha hecho la política accesible a poblaciones que en el pasado hubieran permanecido al margen de los asuntos públicos, cuando éstos se ventilaban de manera fundamental en la prensa escrita. El creciente predominio de la política de la imagen sobre la política de la palabra en un contexto de democratización ha resultado ser propicio al recurso a temas y estilos populistas.

El populismo es difícil de categorizar. No está necesariamente ligado a una ideología en particular, puede ser de izquierda o de derecha, porque se apoya en algunas actitudes e imágenes fundamentales, por ejemplo, el antielitismo o la creencia en el hombre necesario defensor de los débiles, que pueden integrarse a un discurso socialista o tradicionalista. Tampoco tiene una expresión institucional particular, aunque en el pasado estuvo estrechamente vinculado con el desarrollo

del sindicalismo corporativista, y en el presente mantiene una relación sólida con el presidencialismo. Actualmente no son pocos los casos en las democracias consolidadas en los que el término *populismo* se utiliza para denunciar gestos de hombres públicos o políticas que igualmente hubieran podido ser descalificadas como demagógicas.

La historia del siglo xx mexicano está profundamente marcada por experiencias populistas: líderes fuertes –si se quiere carismáticos–, movimientos y decisiones que se justifican en una visión idealizada de un pueblo que es básicamente víctima de la explotación de los poderosos, y que se mantiene en una minoría de edad permanente, pero que espera y cuenta con un ejercicio paternalista y benigno de la autoridad. En este ensayo se hablará del populismo en términos vagos como una *presencia*, con la intención deliberada de recoger la imprecisión del propio concepto que cada vez se utiliza menos en forma independiente, y se aplica con mayor frecuencia a instituciones, ideologías, doctrinas, actitudes, políticas de gobierno, movimientos o líderes. De hecho es más un adjetivo que un sustantivo, y se usa para calificar y dar mayor precisión a conceptos de suyo más definidos que el de populismo. Así, en la actualidad, se habla de una institución *populista*, una legislación *populista*, una política *populista*, más que del populismo como una forma de organización del poder.

Al hablar de *presencia populista* nos estamos refiriendo a una asistencia, al estado de una cosa que se phalla delante de otra u otras en el mismo sitio; pero también a la memoria de una imagen o idea. Es una referencia tanto al pasado como al presente, es mucho más que una herencia o una tradición porque cuando resurge, después de periodos de letargo, lo hace con sorprendente vitalidad. En México la presencia populista ha consistido

fundamentalmente en una manera de hacer política y de entenderla, esto es, en una mentalidad que se activa en determinadas circunstancias y que se traduce en una cierta forma de relación política.[2] La ambigüedad de esta descripción se acentúa si consideramos que la presencia populista ha sido considerada tanto la verdadera expresión de la democracia mexicana como su peor enemigo. Ha estado en el poder y en la oposición. Ha sido factor de unidad y ha precipitado profundas divisiones de opinión, tanto así que en determinadas coyunturas el estrechísimo espectro ideológico de las fuerzas políticas mexicanas podía simplificarse en la polarización entre populistas y antipopulistas. Ha sido halago y denuesto.

Aquí se discutirá la hipótesis de que la presencia populista estuvo arraigada en el sistema político mexicano, en una amplia área no institucionalizada de éste, que fue el terreno privilegiado del presidencialismo, en el que las influencias personales eran más importantes que las normas y los procedimientos. En esa área se atribuyen al líder cualidades carismáticas o la capacidad para ganarse la confianza de que puede conducir al país en "la dirección correcta". La presencia populista le permitía al líder no reconocer más límite a su autoridad que su propia interpretación de la soberanía popular. Como se verá más adelante, la relativa predisposición de los actores políticos mexicanos a recurrir a este tipo de relación, a esta forma de hacer política se fincaba también en que las imágenes, los valores y las actitudes asociadas con la personalización del poder, de un lado, y una noción del *pueblo* como víctima, del otro, fueron por décadas una parte importante de la cultura política dominante en México.

Para desarrollar la hipótesis de que la presencia populista era componente del área no institucionalizada del sistema político

mexicano, y de una mentalidad que formaba parte integral de la cultura política dominante, se examinarán los dos episodios más recientes del populismo mexicano, dado que el *populismo clásico* de Lázaro Cárdenas ha sido ampliamente estudiado. La presidencia echeverrista del periodo 1970-1976, que muestra algunos de los rasgos identificados con el *populismo económico, y* el *neopopulismo* de Carlos Salinas de Gortari, de 1988 a 1994.

LA PRESENCIA POPULISTA

La presencia populista en México surgió con la fuerza de la explosión de la participación popular en la Revolución de 1910, abierta a obreros y campesinos; en los años veinte estuvo detrás del poder de Álvaro Obregón –el caudillo revolucionario por excelencia–; reverdeció con extraordinario vigor en 1934 durante la presidencia de Lázaro Cárdenas y en ese periodo adquirió rasgos precisos que hicieron de esta experiencia un referente por lo menos latinoamericano. Se impuso nuevamente entre 1970 y 1976 en el estilo de la presidencia de Luis Echeverría; su sucesor José López Portillo se rindió a la seducción de la presencia populista en los tres últimos años de su gobierno; Miguel de la Madrid la denunció como el adversario más peligroso para la recuperación del país después de la severa crisis económica de 1982, que se prolongó hasta 1987. Sin embargo, Carlos Salinas de Gortari se acogió a su manto protector para salvar la aguda crisis política que provocó la accidentada elección de julio de 1988. Entre 1994 y 2000, Ernesto Zedillo advirtió de continuo contra esta presencia –de la misma manera que lo había hecho De la Madrid– como si fuera el enemigo que se agitaba en nuestro seno, o como si se tratara del quinto jinete del Apocalipsis.

A diferencia de las experiencias de otros países latinoamericanos, en México, por lo menos hasta 1982, en virtud del origen revolucionario del sistema político, la presencia populista estuvo siempre en el poder, incluso en los años en que mantuvo un bajo perfil, entre 1940 y 1970.[3] No obstante, ante la crisis heredada por López Portillo en 1982, su sucesor, Miguel de la Madrid, denunció el populismo económico de los setenta como la *política de la irresponsabilidad*, de suerte que uno de los objetivos centrales de las reformas que emprendió fue la expulsión de la presencia populista del poder.

Este componente no había sido nunca denunciado ni había tenido resonancias negativas hasta la década de los ochenta; únicamente la oposición conservadora que representaba el Partido Acción Nacional, PAN, denunciaba periódicamente los costos de la presencia populista en el poder; lo había hecho en el momento de su fundación en 1939, cuando su adversario era el gobierno de Lázaro Cárdenas; volvió a hacerlo en los setenta durante el gobierno de Echeverría, no solamente por convicción ideológica, sino también para encauzar parte del descontento y los temores que despertaba el discurso antiimperialista y antiburgués del presidente; y, por último, le sirvió para rechazar la expropiación de la banca decretada por el presidente López Portillo y su política de expansión del gasto y endeudamiento. No obstante, los acontecimientos posteriores obligaron al PAN a redirigir sus ataques contra el populismo, cuando éste pasó por fin a la oposición, y a apuntar ya no al gobierno sino hacia el partido que surgió de la revuelta interna del Revolucionario Institucional, PRI, el Partido de la Revolución Democrática, PRD, que se formó en torno a la figura de Cuauhtémoc Cárdenas, hijo del líder paradigmático del populismo mexicano, Lázaro Cárdenas.

Desde su fundación en 1989, el PRD reivindicó muchos de los temas y gestos del populismo sin atreverse a llamarlo por su nombre. A partir de entonces la presencia populista adquirió los tintes de un movimiento antielitista –y más precisamente antitecnocrático-–. Sin embargo, el populismo cardenista en la oposición se encontró con un rival inesperado, la movilización de nuevas corrientes dentro de Acción Nacional, encabezadas por un líder, Manuel J. Clouthier, en quien sus seguidores reconocían cualidades carismáticas. En estos años en el PAN se escuchaba un doble discurso: el que denunciaba la irresponsabilidad del PRD y el que llamaba a los votantes a apoyar a un candidato antielitista que se colocaba por encima del arreglo institucional.

En la campaña presidencial de 2000 la presencia populista adquirió nuevamente fuerza, pero se tornó una especie de águila bicéfala, una de cuyas cabezas miraba a la derecha, dirigida por el candidato panista Fox, mientras que la segunda cabeza se volvía hacia la izquierda atendiendo al liderazgo de Cuauhtémoc Cárdenas. En esta disputa los temas de las oposiciones se movían en un campo confuso en el que ambas denunciaban por igual las políticas *neoliberales,* a pesar de que el triunfo de Fox significara la profundización de las reformas económicas liberales, mientras que la victoria de Cárdenas prometía la restauración del intervencionismo estatal.

La presencia populista en el sistema político. El autoritarismo mexicano fue visto por los analistas durante décadas como un ejemplo de institucionalización. Esta observación se derivaba del hecho de que concentraban su atención en la capacidad que había mostrado la facción revolucionaria triunfante en 1920 para crear mecanismos más o menos estables y resolver los conflictos asociados con la lucha por el poder. El respeto a los

plazos constitucionales del mandato presidencial, la no reelección, la continuidad electoral, la existencia de un partido oficial, que parecía ser el continente diverso en el que se dirimían todos los conflictos, la incorporación de un porcentaje importante de los trabajadores en sindicatos y organizaciones campesinas que eran a su vez miembros de aquel partido, y la exclusión del ejército de la lucha por el poder eran evidencia suficiente de la institucionalidad del sistema político mexicano. No obstante, esta descripción ofrecía apenas un aspecto parcial de ese sistema, pues esta área de continuidades y autonomía relativa del Estado coexistía con amplias áreas de la vida política que tenían un bajo nivel de institucionalización o ninguno.[4]

La importancia de esta área no institucionalizada del sistema político fue crucial para la estabilidad de largo plazo que le fue o le es característica, porque permitía resolver conflictos mediante negociaciones y arreglos de corto plazo, en otros casos por la cooptación y en muchos más con el recurso a la represión. El área no institucionalizada del sistema político era el terreno privilegiado de desarrollo de movilizaciones de protesta, que respondían a decisiones precisas de gobierno y que no estaban necesariamente organizadas por actores políticos estables, o encuadradas en el partido oficial, sino que las escenificaban grupos reunidos en torno a un tema preciso, por ejemplo, la regularización de la propiedad de la tierra, el aumento de tarifas del transporte público, en ocasiones incluso resultados electorales. Normalmente estas movilizaciones eran de corta duración y sus organizadores desaparecían con la extinción del conflicto. Lo importante es que estas soluciones se producían por lo general al margen de la legislación y a voluntad del presidente en turno.

Esta área no institucionalizada del sistema político fue clave para la flexibilidad del autoritarismo mexicano. Los episodios populistas se producían gracias a la pervivencia de esta área, en coyunturas de crisis institucional, que no siempre estaban relacionadas con movilizaciones de protesta. Por ejemplo la que se produjo a raíz de la expropiación de la banca, medida que fue la respuesta a una crisis financiera antes que política.

El sistema político mexicano compartía con otros autoritarismos estas características, grados diferenciados de institucionalización que cobraban forma en el corporativismo (organizaciones de obreros y campesinos estrechamente dependientes del Estado y del partido oficial) y en la discrecionalidad con que se ejercía la autoridad. Entre ambos aspectos del autoritarismo no había contradicciones, su efecto era el mismo: anular la capacidad de organización autónoma de la sociedad o detener un cambio fundamental del orden social. Más aún, el corporativismo y el populismo pueden ser un vehículo para la penetración del Estado en la sociedad, porque ambos representan diferentes formas conservadoras de integración política de las masas cuyas consecuencias son la desmovilización, cooptación y neutralización de la participación política autónoma.

Los análisis más tradicionales del sistema autoritario mexicano reconocían la importancia del populismo en el éxito de este sistema, medido como estabilidad y capacidad para resolver conflictos, pero tendían a enfatizar la dimensión corporativa de los intereses funcionales y su inclusión en la estructura del partido oficial como la clave de la estabilidad sostenida. Sin embargo, esta perspectiva ofrece un cuadro parcial del autoritarismo mexicano porque el Estado nunca tuvo ni los medios ni la voluntad de corporativizar todos los intereses sociales, aunque pudo neutralizar organizaciones autónomas y la parti-

cipación política independiente, sin excluir explícitamente ningún interés particular de la estructura del poder, al mismo tiempo que mantenía relaciones directas y pragmáticas con diferentes grupos sociales.

La presidencia de la república era el área menos institucionalizada del autoritarismo mexicano, y era también una de las más visibles. No obstante, la continuidad que se derivaba del acuerdo básico con respecto a los mecanismos de sucesión del poder alimentaba la creencia de que era el co razón de la institucionalidad, pese a que la esencia del ejercicio de la autoridad presidencial era la discrecionalidad.

El régimen constitucional mexicano es presidencial; sin embargo, desembocó en una forma pervertida, el *presidencialismo*, consistente en un poder altamente centralizado, con acentuados tonos voluntaristas, que no conoce de límites institucionales. Así ocurrió porque las atribuciones intervencionistas que la Constitución confería al Estado propiciaron la ampliación pragmática –no codificada– de las facultades del presidente; las fronteras de la autoridad presidencial quedaron confundidas con las del propio Estado.

El presidencialismo también significaba el peso preponderante del Poder Ejecutivo sobre el Legislativo y el Judicial, que quedaban prácticamente anulados por una presidencia que cumplía funciones legislativas y que intervenía *ad libitum* en procedimientos y decisiones judiciales. Hasta mediados de los años noventa, 80% de las iniciativas de ley votadas en el Congreso fueron elaboradas por el Poder Ejecutivo. Asimismo la existencia de un partido oficial era la base de un unanimismo político que impedía el funcionamiento de pesos y contrapesos entre el Legislativo y el Poder Ejecutivo federal, o entre éste y los ejecutivos locales. La discrecionalidad del poder presiden-

cial era expresión de la ausencia de reglas, de la subinstitucionalización característica de los autoritarismos. Por ejemplo, si bien en la España franquista había un aparato burocrático, administrativo y legal aparentemente desarrollado –normas, reglas y procedimientos de distinta índole-– su aplicación quedaba en última instancia sujeta al arbitrio del jefe del Estado. Así en México. Había una Constitución, reglamentos, códigos de procedimiento relativos a las distintas acciones de gobierno y de organización del poder; sin embargo, su aplicación podía ser o no automática, dependiendo de la voluntad del presidente (en el peor de los casos de cualquier individuo en posición de autoridad).

La personalización del Poder Ejecutivo era tal que presentaba semejanzas con las formas de ejercicio del poder en los regímenes patrimonialistas,[5] sobre todo en la manipulación de los arreglos constitucionales y el uso del poder para beneficio personal; sin embargo, no era por completo sultánica, en el sentido de que no había ni culto a la personalidad ni dinastismo, aunque en ocasiones familiares y amigos ocupaban posiciones en la administración pública o cargos de elección exclusivamente gracias a su relación personal con el presidente de la república. Tanto así que al llegar a la presidencia en 1982 De la Madrid introdujo una ley contra el nepotismo, como reacción a los excesos cometidos por su antecesor a este respecto. No obstante, este ejercicio antidemocrático se apoyaba en la *legitimidad democrática* del origen revolucionario del Estado y, simbólica y parcialmente, en la que se derivaba de las urnas. Al presidente Cárdenas debemos una de las definiciones más reveladoras de la personalización de la presidencia mexicana. En 1940, al término de su mandato, declaró: "En el gobierno una única fuerza política debe sobresalir: la fuerza del presidente de la república,

él debe ser el único representante de los sentimientos democráticos del pueblo."[6] Los límites de su poder eran los límites de la soberanía popular.

La idea de que la presidencia de la república era una institución semiinstitucionalizada, por el hecho de que quien la ocupara podía ejercer el poder por encima de leyes y reglamentos, invita a discutir una de las explicaciones más socorridas del presidencialismo mexicano: que la presidencia de la república es –o era– una institución carismàtica. De hecho la historia de los episodios populistas está impregnada de la animadversión a las instituciones; si estamos de acuerdo en que el populismo es una *forma* ya sea de relación política, de hacer política o de entender la política, entonces más bien lo que tienen los sistemas autoritarios son instituciones débiles que son susceptibles de ser manejadas según la fórmula populista. En el caso mexicano, esta institución ha sido la presidencia de la república.

La mentalidad populista. La tolerancia de la sociedad o de los ciudadanos hacia el uso populista de las instituciones se finca en elementos profundos de la cultura política mexicana, asociados con la experiencia original del sistema político –la Revolución– y con los valores que la élite en el poder extrajo de esta experiencia para apoyar la nueva estructura política en el terreno de las ideas y de las costumbres. Se habla más de una mentalidad que de una ideología, precisamente porque se trata de un conjunto no sistematizado de valores, creencias e imágenes que no tienen la consistencia ni la claridad de una ideología, pero sí la fuerza para conmover sentimientos y alimentar actitudes en relación con el poder y con los gobernados. Este imaginario populista en México contiene muchos de los elementos presentes en otras experiencias: la creencia en la bondad intrínseca del pueblo y sus valores profundos, y el victimis-

mo de ese mismo pueblo explotado, que también está sujeto a conspiraciones de continuo renovadas, y que dependiendo de la época de que hablemos pueden ser fraguadas por la burguesía, las potencias fascistas, el eje Washington-Vaticano, el capital financiero internacional, más recientemente la tecnocracia, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y hasta la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico.

De hecho el antielitismo, que es característico de la presencia populista, se traduce en un repudio a las instituciones, la visión de una soberanía popular absolutista que no conoce más límites que ella misma y que se expresa en la relación directa entre el líder y las masas; también genera tensiones profundas y en ocasiones agudas entre los líderes y los movimientos populistas y las instituciones intermedias, así como la convicción de que la democracia directa es moralmente superior a la democracia representativa. De ahí que, al igual que otras experiencias de este tipo, el componente populista de la cultura política mexicana favorezca los métodos extrainstitucionales de participación y la acción directa.

Por otra parte el carácter no institucional, ainstitucional o antiinstitucional de movimientos, líderes y políticas populistas se deriva también del hecho de que normalmente se trata de situaciones extraordinarias, que no tienen ni buscan continuidad.

Todas estas actitudes e imágenes se basan en los orígenes revolucionarios del sistema político, que legitimaban tanto la acción política directa –por encima de los comportamientos institucionales– como toda acción de gobierno emprendida en nombre del pueblo, aun cuando no tuviera ningún sustento de orden legal.

No obstante, a casi un siglo de iniciada la Revolución mexicana y después de más de 70 años de cambios profundos en la economía y la sociedad,[7] cabe preguntarse si esta experiencia sigue siendo el nutriente predominante de la cultura política mexicana. Una mirada rápida a la sociedad mexicana del último tercio del siglo XX sugiere que la radio y la televisión son un agente de socialización política más efectivo que la escuela; esto es, que tienen una influencia mayor que la educación escolar sobre las actitudes y los comportamientos políticos. Este fenómeno tiene un impacto democratizador en la medida en que promueve una cierta forma de *democracia directa*, porque los medios masivos vinculan a los espectadores con problemas y líderes políticos, sin intermediación de partidos o parlamentos.

La extensión de esta forma de comunicación política, la consecuente vulgarización del lenguzye y los planteamientos relativos a la competencia por el poder encontraron en las tradiciones del populismo mexicano un terreno propicio y contribuyeron a su renovación. La campaña presidencial de 2000 fue una experiencia rica en ejemplos de la manera como los medios han dado nueva vida al populismo, en particular el énfasis sobre la relación directa entre un líder "carismàtico" y las masas de televidentes.

LA ACTIVACIÓN DE LA PRESENCIA POPULISTA

El gobierno del presidente Lázaro Cárdenas es el referente obligado del populismo mexicano y ha sido ampliamente estudiado. Aquí haremos mención de él únicamente como paradigma, como modelo que en momentos de crisis institucional fué tomado por otros presidentes. Los elementos que tienen en común estos episodios son: crisis institucional que exige una salida de emergencia, en cierta forma improvisada; la personaliza-

ción exacerbada de la autoridad presidencial, y los llamados a una relación directa, incluso por encima del partido oficial.

El episodio echeverrista. El movimiento estudiantil de 1968 precipitó una severa crisis política en las relaciones entre el gobierno del presidente Díaz Ordaz y grupos de clase media que cuestionaron la violencia de su respuesta a las protestas y demandas de los universitarios. Las decisiones presidenciales relativas al fin de la huelga en el Instituto Politécnico Nacional y en la UNAM no fueron vistas como legítimas por amplios sectores de opinión, entre otras razones porque las dimensiones y el alcance de esa protesta no justificaban el recurso al ejército para detenerla. Tampoco se justificó la detención y el encarcelamiento de líderes y participantes en el movimiento, ni el carácter político de los procesos judiciales a que fueron sometidos. De suerte que todo ello únicamente erosionó la autoridad presidencial que hasta entonces había sido el eje de una relación tutelar entre el Estado y la sociedad, que era también pilar del autoritarismo. El colapso de éste podía arrastrar al conjunto del sistema político.

Por esta razón el primer objetivo del sucesor de Díaz Ordaz, el presidente Luis Echeverría, fue el reestablecimiento de la autoridad suprema del Poder Ejecutivo, y para alcanzarlo recurrió al populismo. La aspiración era reanimar el amplio apoyo popular que había sabido allegarse el presidente Cárdenas en los años treinta, sobre todo con el propósito de renovar la dimensión simbólica de la presidencia de la república como defensora de los débiles, en un sentido amplio, y responder con ello a las demandas de reforma que había alimentado la crisis política.

El recurso a la noción de un Estado comprometido con los pobres lo condujo a adoptar un discurso antiburgués y antiim-

perialista, que en realidad muy poco tenía que ver con las causas reales de la crisis de 1968. Abandonando el espíritu de conciliación de clases que había guiado los discursos presidenciales desde los años cuarenta, en 1970 Echeverría anunció a una ciudadanía azorada que él sería el presidente de los pobres de México, y advirtió a los ricos que tendrían que gobernarse como pudieran. Y completaba este recurso retórico con la reiterada denuncia de diferentes tipos de conspiraciones: oligárquica, imperialista, fascista, cuya intención no era únicamente unificar apoyo en torno a él, un apoyo que demandaba con urgencia la supuesta *gravedad de la hora*, sino también justificar la concentración del poder de decisión en un grupo restringido de responsables que, como en muchos casos, eran asesores que se mantenían al margen de la estructura administrativa y solamente debían rendir cuentas al presidente de la república. El *estilo personal de gobernar*[8] fue la nota dominante en los años 1970-1976, en detrimento del desarrollo institucional de la administración pública y de las reglas de la competencia política.

El gobierno de Luis Echeverría es recordado en primer lugar por la febril actividad del presidente de la república, que se colocó nuevamente en el centro de la dinámica política, estableciendo relaciones personales y directas con distintos grupos, promoviendo la autoorganización y haciendo uso de todas las prerrogativas de la institución presidencial, desde la imposición de decisiones administrativas que violentaban procedimientos y mecanismos establecidos, hasta el uso discrecional y desordenado de los recursos públicos que dio lugar a lo que posteriormente ha sido estudiado como la *macroeconomía del populismo*.[9]

La distribución del ingreso es un elemento central en el paradigma populista; sin embargo, como los líderes populistas

prometen satisfacción inmediata a las demandas populares, normalmente tratan de alcanzar metas tan ambiciosas como la igualdad social recurriendo a lo que está más a la mano, por ejemplo, el intervencionismo estatal y la expansión del gasto público en educación y salud, los subsidios al consumo popular y a los servicios públicos.

El presidencialismo populista de Echeverría se apoyó pese a todo en un Estado todavía poderoso y en la hegemonía del PRI; sin embargo, a diferencia de Cárdenas, su objetivo no era encuadrar lo que algunos autores que analizaron el fenómeno populista llamaron las *clases disponibles* a la manipulación política –los grupos informales, sobre todo de migrantes campesinos de arribo reciente a las ciudades–, sino que el populismo echeverrista puso énfasis en las responsabilidades redistributivas del Estado. De ahí que la característica central de este episodio haya sido, además de la movilización organizada por la propia presidencia de la república, la politización de la economía, es decir, la recurrente imposición de la lógica política a las decisiones de carácter económico,[10] una de cuyas consecuencias más costosas fue el aumento desorbitado y desordenado del gasto público.[11] A este respecto también existe una marcada diferencia entre el presidente Echeverría y Lázaro Cárdenas, quien mantuvo una disciplina fiscal impecable.

En septiembre de 1976 el presidente confirmó su precedencia en asuntos económicos –hasta entonces se había limitado a ser un aval de las decisiones propuestas por los secretarios del ramo–, cuando, ante las presiones derivadas del incremento en el endeudamiento internacional, anunció: "la economía de México se maneja en Los Pinos", desautorizando con ello al secretario de Hacienda, Hugo B. Margáin, quien había recomendado el ajuste del tipo de cambio. Uno de los efectos de esta declara-

ción fueron tres sucesivas y desordenadas devaluaciones del peso, cuyo valor respecto al dólar se había mantenido constante desde 1954 y que en menos de tres semanas se desplomó de 12.50 a 22.50.

En materia política hay muchos ejemplos del liderazgo populista que ejerció el presidente Echeverría; aquí cabe mencionar uno que frenó la plena institucionalización del partido oficial, acentuando su dependencia del Poder Ejecutivo. Con cierta frecuencia el presidente invitaba a la formación de sindicatos independientes y fomentaba la organización de grupos populares al margen del PRI. Esta estrategia erosionó la presencia del partido oficial, suprimiendo el virtual monopolio que ejercía sobre la participación y la organización políticas; sin embargo, las organizaciones que se formaron bajo el impulso presidencial tampoco eran autónomas, peor todavía, aunque sobrevivieron al sexenio nunca lograron superar la dependencia de la presidencia de la república y pasaron como una suerte de herencia política al sucesor. Así ocurrió con el Partido Socialista de los Trabajadores, PST, fundado en 1971, que hasta su conversión en 1987 en el Partido del Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional, PFCRN, dependió del apoyo oficial y cuando éste desapareció, en 1991, se extinguió. En otros casos la supervivencia fue posible gracias a que al término del mandato echeverrista lograron que alguna dependencia gubernamental asumiera su patrocinio. La multiplicación de este tipo de experiencias en agrupaciones de trabajadores o de artesanos y pequeños productores propició una sustantiva expansión de dependencias gubernamentales.

El populismo echeverrista pudo haber sido un éxito en lo político, porque logró reconciliar al Estado con los grupos que la crisis de 1968 le había enhenado y que aceptaron la alternati-

va reformista; sin embargo, sus costos económicos fueron muy elevados, tanto, que estuvieron a punto de hacer fracasar todo el proyecto. La política económica significó un incremento extraordinario de la deuda pública, elevadas tasas de inflación y confrontación con el sector privado, y en 1976 condujo a una severa crisis financiera, huida de capitales y desempleo. Al final afectó negativamente el ingreso de los que en principio tenían que beneficiarse de esas medidas. Así ocurrió porque Echeverría subestimaba la importancia de las restricciones presupuéstales y rechazaba la noción de eficiencia económica y equilibrios macroeconómicos; tampoco reconocía que era preciso negociar o coordinar las decisiones de los agentes económicos, e insistía en que el Estado o sus agentes podían hacerlo de forma unilateral.

Todo esto fue posible porque la presidencia era muy poderosa, y porque el bajo grado de institucionalización del sistema significaba la ausencia de contrapesos. En economía, como en política, el populismo echeverrista repudiaba los límites de instituciones robustas como un banco central autónomo, un Poder Judicial efectivo o un Congreso fuerte.[12]

El episodio salmista. Carlos Salinas de Gortari, quien gobernó de 1988 a 1994, encontró en el ejercicio personalizado de la autoridad una salida para resolver las secuelas de la crisis poselectoral que precedió a su acceso a la presidencia de la república en diciembre de 1988.[13] A pesar de que en este caso, como en el anterior, puede hablarse de una crisis institucional, resultado de las extendidas denuncias de fraude que pesaron sobre la elección presidencial y de los conflictos y antagonismos entre los diferentes grupos políticos que irrumpieron en el sistema, el contexto general era muy distinto del prevaleciente en los años de Luis Echeverría.

El Estado se había visto sometido a un severo proceso de reforma en los años 1982-1988, que se había traducido en una sustantiva reducción de su presencia en la economía, así como de sus funciones redistributivas; el gasto social había disminuido en forma considerable a consecuencia de severos programas de estabilización que tuvieron que ser adoptados para enfrentar la crisis financiera de principios de los años ochenta, pero que no lograron detener las tasas inflacionarias; éstas fueron controladas hasta diciembre de 1987, cuando se firmó el Pacto de Solidaridad Económica, PSE. Por otra parte el partido oficial, que tradicionalmente había sido un poderoso instrumento de ejercicio del autoritarismo presidencial, también mostraba síntomas de agotamiento.

En los años ochenta el PAN había conquistado un número no muy grande de municipios; sin embargo, se trataba de ciudades medianas en entidades ricas del norte del país, muchas de ellas capitales estatales densamente pobladas. La persistencia de hábitos de defraudación electoral en poblaciones movilizadas en torno a la defensa del sufragio impacto negativamente la imagen pública del PRI, el cual no sólo. tuvo que enfrentar la hostilidad de una opinión pública que lo fue identificando de manera creciente con el autoritarismo presidencialista y la antidemocracia, sino también que admitir derrotas electorales que lo debilitaban. En ese periodo el partido oficial vio diluirse gradualmente el atractivo que en el pasado derivaba de su cercanía con la presidencia de la república, empobrecimiento que repercutió en su capacidad de reclutamiento y de movilización y que vino a agravar las consecuencias de la crisis económica. Para el PRI las dificultades financieras del Estado y la reducción del gasto público habían significado una disminución tanto de los apoyos directos que recibía del gobierno como del apoyo indirecto que

le otorgaba su eficacia en el desempeño de funciones de gestoría.

No obstante todas estas limitaciones, Carlos Salinas decidió recurrir a los registros conocidos del populismo mexicano y al margen de acción del presidencialismo para movilizar apoyo popular en torno a su persona, con el fin de hacerse perdonar o, por lo menos, dejar atrás la dudosa elección de 1988. La crisis política había generado una incertidumbre que para muchos era prueba de un vacío institucional; Salinas se propuso llenarlo con decisiones que proyectaran una imagen de eficacia y autoridad incontestable de la presidencia de la república, aun cuando no tuvieran un sustento institucional o jurídico. Así, por ejemplo, a unas cuantas semanas de su acceso al poder, sorpresivamente anunció la detención y el encarcelamiento de una pequeña muestra de los enemigos del pueblo: un líder sindical corrupto y poderoso, Joaquín Hernández Galicia, y el dueño de una casa de bolsa, miembro de una prominente familia de banqueros, Eduardo Legorreta, así como la destitución del poderoso líder *vitalicio* del sindicato de maestros, Carlos Jonguitud. Más allá de los merecimientos de estos personajes, el problema de estas decisiones era que los procesos judiciales correspondientes estaban plagados de irregularidades. Es decir que fueron actos arbitrarios que fortalecieron la posición de Carlos Salinas como presidente, pero no contribuyeron a afianzar los mecanismos de procuración y administración de justicia, cuyo funcionamiento se vio nuevamente sometido a la voluntad del presidente de la república.

Este patrón de comportamiento se repitió en la solución de conflictos poselectorales. Las "concertacesiones", como se llamó a las negociaciones entre el presidente Salinas y la dirigencia del PAN, para responder a las protestas en contra de eleccio-

nes que eran consideradas fraudulentas, pudieron haber aportado una solución expedita a una situación de emergencia; sin embargo, una vez más, la autoridad presidencial se imponía a los mecanismos legales que podían resolver el conflicto por la vía institucional. El recurso a la ley en estos casos era muy importante en ese momento, porque en 1990 entró en vigencia un nuevo ordenamiento electoral, el Cofipe, que creaba nuevas instituciones, reglas y prácticas para la solución de problemas de esta naturaleza. Así ocurrió en Guansguato y San Luis Potosí en 1991. El hecho de que el propio presidente de la república las hiciera a un lado, subordinándolas a la conclusión de negociaciones personales y acuerdos cupulares, no contribuía al afianzamiento de las reformas.

El *neopopulismo* de Carlos Salinas era de carácter político, y consistía en la construcción de un liderazgo personalizado, vagamente paternalista; sin embargo, en lo que a política económica se refiere, era muy distinto al de Echeverría porque no renunció a las reformas liberales que había iniciado Miguel de la Madrid, cuyos costos sociales tampoco revirtió; no recurrió a políticas redistributivas, sino que puso en práctica políticas compensatorias como las del Programa Nacional de Solidaridad, Pronasol, de apoyo focalizado a las necesidades básicas de los grupos más necesitados de la población, dentro un esquema autogestionario. No obstante, Pronasol dependía directamente de la presidencia de la república, en detrimento del PRI que, una vez más, fue marginado de la política presidencial. Incluso circularon rumores de que se había elaborado un proyecto de fundación de un nuevo partido.

Las transformaciones del Estado y el debilitamiento del PRI serían razones suficientes para explicar las limitaciones de la experiencia neopopulista de Carlos Salinas; aunque una pode-

rosa razón adicional de estas limitaciones fue el surgimiento del liderazgo opositor de Cuauhtémoc Cárdenas y la formación del PRD en 1989. La escisión del PRI, que estuvo en el origen de este nuevo actor político, significó que por primera vez en su historia el populismo mexicano se encontró en la oposición. Uno de sus referentes negativos de organización fue la denuncia de la tecnocracia, que había usurpado el poder del Estado de la Revolución y que traicionaba sus más caras tradiciones. Asimismo, para esta corriente, en cierta forma restauracionista del Estado del populismo cardenista, los avances de la oposición panista eran concesiones injustificables a la "reacción", y prueba de que el grupo en el poder no tenía capacidad para defender la legítima herencia de la Revolución mexicana que era, a sus ojos, el compromiso con las clases populares.

La fuerza de la presencia populista en la cultura política mexicana puede medirse en la disputa legitimista PRI-PRD, así como en el surgimiento de un liderazgo también populista, aunque bajo el signo de Acción Nacional. La figura de Manuel J. Clouthier, candidato panista a la presidencia de la república en 1988, está asociada con la implantación en este partido, que nació de la repugnancia al populismo cardenista, de una familia política que comparte con los populistas de otros partidos la fe en la superioridad del liderazgo personalizado y la relación directa con el *pueblo*, la desconfianza hacia las instituciones y las leyes, la denuncia del poder de las élites y la idealización del plebiscito, el referendo y la consulta popular como instrumentos de gobierno más democráticos que partidos y parlamentos. La aparición de Cuauhtémoc Cárdenas destruyó las posibilidades de crecimiento de Clouthier, quien en las elecciones de 1988 obtuvo el mismo porcentaje de votos que el candidato panista en 1982, Pablo Emilio Madero; sin embargo, en el año 2000, Vicente Fox logró derrotar en los comicios presidenciales

al candidato del PRI, Francisco Labastida Ochoa, así como al propio Cuauhtémoc Cárdenas, con un estilo populista depurado que no se apoyaba en la historia ni en recurrencias culturales, sino que parecía responder más a las exigencias de comunicación que impone el tipo de *democracia directa* que promueven la radio y la televisión.

El liderazgo populista de Carlos Salinas fue muy efectivo en el corto plazo. En las elecciones legislativas de 1991, el PRI, beneficiado por la elevadísima popularidad del presidente, recuperó con cerca de 60% del voto la mayoría legislativa que tres años antes había retenido apretadamente y de mala manera. Sin embargo, los dramáticos acontecimientos de 1994, el levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en Chiapas, el asesinato en marzo del candidato del PRI, Luis Donaldo Colosio, de su secretario general, José Francisco Ruiz Massieu, en agosto, y la crisis financiera de diciembre pusieron fin a esa popularidad, así como a la imagen de líder generoso que acompañó a Salinas durante la mayor parte de su mandato. Si el *neopopulismo* es solamente una forma de relación entre gobernante y gobernados, y ésta no se refleja en políticas que aporten beneficios inmediatos para las clases populares, entonces nos encontramos ante un populismo reducido a su mínima expresión.

LA RELACIÓN AMBIVALENTE ENTRE POPULISMO Y DEMOCRACIA

Durante buena parte del siglo XX el *populismo* se entendió como un autoritarismo benigno, en el que la relación paternalista del presidente de la república con las *grandes mayorías* justificaba el poder casi ilimitado que ejercía. De ahí que, a pesar del antagonismo esencial que opone el populismo a las instituciones, se haya podido ejercer desde el poder, más todavía desde la

presidencia de la república. El hecho de que en México se hayan podido registrar recurrentes episodios populistas –al repertorio que aquí presentamos se hubiera podido agregar los tres últimos años del gobierno de José López Portillo (1976-1982), en particular la expropiación bancada–, nos habla más de las características del presidencialismo mexicano que de continuidades culturales. Es decir que el populismo está más relacionado con crisis o insuficiencias institucionales que con rasgos culturales específicos de una sociedad.

No obstante, la relación entre populismo y autoritarismo no era explícita, salvo en el terreno de la organización corporativa de los trabajadores, porque uno de los aspectos más persistentes del legado revolucionario en la cultura política fue la creencia de que el populismo era también una versión de la democracia directa para países pobres, predominantemente agrarios, con altas tasas de analfabetismo, en los que la mayor parte de la población estaba integrada por gobernados aquiescentes, no por ciudadanos participantes. Se le veía como una fórmula que aseguraba *algún* tipo de participación para la mayoría, una fórmula de integración política que el pluripartidismo, las elecciones libres y los parlamentos, en cambio, no podían asegurar. En este contexto las élites modernizadoras asumían un liderazgo sin restricciones ni mediaciones institucionales que limitaran su voluntad transformadora.

Dentro de la experiencia revolucionaria que recogieron la historia y el discurso oficiales, individuos extraordinarios, caudillos militares y jefes revolucionarios habían logrado el cambio, con el apoyo directo de las masas. Por el contrario las elecciones, los partidos y el Poder Legislativo habían sido un instrumento de los enemigos de la Revolución o un obstáculo para el cambio. Esta visión del pasado proyectaba un antagonismo

implícito entre la democracia directa y la democracia representativa, cuya intensidad había disminuido pero que siguió alimentando muchos conflictos sobre todo en el último tercio del siglo xx, cuando elecciones y partidos se impusieron en la realidad como la vía de cambio más efectiva para un país predominantemente industrial, urbano, socialmente diferenciado e ideológicamente diverso.

No obstante lo anterior, el factor determinante de la ocurrencia de episodios populistas era de índole institucional. En las dos experiencias aquí examinadas brevemente puede constatarse cómo las diferencias entre ellas se explican a partir de cambios en el contexto institucional. El margen de maniobra del presidente Cárdenas para imponer sus decisiones era mucho más amplio que el de cualquiera de sus sucesores porque el desarrollo del aparato estatal era todavía incipiente, para no mencionar el nivel de subinstitucionalización en que se encontraba la lucha por el poder. Por ejemplo, la creación del Partido de la Revolución Mexicana, PRM, en 1938, fue anunciada por decreto presidencial, al igual que la creación de un sector militar y la incorporación del ejército al nuevo partido. Las resistencias fueron menores porque no existían los mecanismos institucionales en el Estado o en el área partidista para bloquear esa decisión.

De hecho durante los gobiernos de Lázaro Cárdenas, Luis Echeverría y Carlos Salinas de Gortari las relaciones entre la presidencia de la república y el partido oficial registraron tensiones muy agudas, derivadas de la intención presidencial de marginar al partido. Como se dijo antes, Cárdenas de plano liquidó al original Partido Nacional Revolucionario, PNR, y lo sustituyó en 1938 con el PRM que reconocía en él a su fundador y líder natural. La identificación de Cárdenas con el PRM explica la

corta vida de esta organización que en 1946 fue sustituida por el PRI, al mismo tiempo que gobernantes anticardenistas llevaban a cabo discretas purgas para eliminar a los radicales del gobierno.[14] Echeverría impulsó la formación de organizaciones al margen del PRI, pero estrechamente dependientes de su autoridad; y Carlos Salinas intentó crear un partido nuevo, distinto del PRI, con base en los comités de Solidaridad, los grupos organizados que incorporó o los que constituyó en torno al Pronasol, creado justamente al margen de las agencias gubernamentales y del PRI. Estas acciones le restaron al partido oficial recursos para mantener las relaciones clientelares que habían sido un pilar de su hegemonía.

El liderazgo populista no sólo florece en un contexto institucional débil, sino que obstaculiza su desarrollo. Así ocurrió con las reformas electorales de 1963 y de 1973, que contribuyeron de manera muy limitada al desarrollo del pluripartidismo porque en cada caso quedaron subordinadas a decisiones presidenciales que las hacían irrelevantes e inoperantes. Las elecciones presidenciales y federales de 1964 fueron un éxito, en términos de la promoción de un sistema de partidos funcional, porque la reforma electoral abrió espacios a la oposición e impulsó el desarrollo de esta área. Sin embargo, estos avances fueron bruscamente frenados después de 1967, cuando el recurso abierto a las prácticas tradicionales de defraudación del voto anularon muchos de los beneficios previamente alcanzados. Y no es de sorprender que la tímida reforma de 1973, diseñada durante la presidencia de Luis Echeverría, haya tenido un impacto menor sobre el desarrollo partidista, mientras que el presidencialismo vivía uno de sus momentos de apogeo. Las "concertacesiones" del presidente Salinas a la oposición en los años

noventa tuvieron el mismo efecto anestésico sobre el reformismo electoral.

No obstante, como se vio, los cambios ocurridos en el Estado y en el partido oficial en el último tercio del siglo XX redujeron considerablemente el intento de Carlos Salinas de embarcarse en un nuevo liderazgo populista, al igual que los cambios en la sociedad y en las fuerzas políticas que se disputaban con él un mercado de opinión pública cada vez más amplio y más poderoso. La irrupción de este nuevo actor en la escena política es obra no únicamente de la democracia que consagra el principio de la soberanía popular, sino también de los medios de comunicación de masas que hoy en día han hecho del populismo una necesidad.

Notas al pie

[1] Peter Wiles (1969, pp. 166-179).

[2] Ambos elementos también podrían resumirse en la vieja proposición de Ionescu y Gellner de entender el populismo como una "actitud mental" (1969, p. 10). Sin embargo, esta expresión resulta demasiado estrecha para el vasto continente que es el concepto de populismo.

[3] Salvo por el periodo de auge de la Unión Nacional Sinarquista, entre 1938 y 1947, cuando las políticas agrarias y educativas del cardenismo produjeron una reacción defensiva en pequeñas ciudades y comunidades rurales del centro del país, que dio vida a una poderosa movilización campesina y popular.

[4] El autoritarismo en América Latina ha mostrado al menos dos dimensiones: una, corporativista, basada en los vínculos verticales entre el Estado y la sociedad conforme a un patrón de articulación que "…supone un alto grado de burocratismo y formalización de las relaciones sociales…" (Guillermo O'Donnell, 1977, p. 67); y otra dimensión mucho menos institucionalizada, en la que las organizaciones están pulverizadas por la manipulación personalizada de la soberanía popular con base en una relación directa entre el líder y las masas. Aquí reside el área politizada del Estado, en la que la influencia es más importante que las normas y los procedimientos, y éstos frecuentemente son alterados por continuas negociaciones de grupos cambiantes, alianzas e intereses (Douglas Chalmers, 1977, p. 25).

[5] Houchang Esfandiar Chehabi y Juan José Linz (1998).

[6] Citado en Arnaldo Córdova (1976).

[7] Para la discusión de estas transformaciones, véase Soledad Loaeza (1999a, cap. 1).

[8] Este es el título de un libro de Daniel Cosío Villegas (1974), que fue publicado en ese momento y que plantea cómo la concentración del poder puede reducir la institución presidencial al ejercicio estrictamente personalizado del poder.

[9] Rudiger Dornbusch y Sebastian Edwards (1992).

[10] Para un análisis de la manipulación política de la economía en América Latina en esa época, véase Albert O. Hirschman (1979).

[11] Carlos Bazdresch y Santiago Levy (1992).

[12] Paulo Rabello de Castro y Marcio Ronci (1992).

[13] Para un análisis de esta elección, véase Soledad Loaeza (1999b).

[14] Soledad Loaeza (1999a).

BIBLIOGRAFÍA

Acton, Edward (1995), *Russia: The Tsarist and Soviet Legacy*, Nueva York, Longman.

Agamben, Giorgio (1996), "El 'pueblo' y su doble", *Archipiélago*, vol. XXIV, Madrid, Siglo XXI.

Ahdieh, Robert B. (1997), *Russia's Constitutional Revolution: Legal Consciousness and the Transition to Democracy, 1985-1996*, University Park, Pennsylvania State University Press.

Alaluf, Mateo (1998), "L'émergence du Front National en Belgique est plus redevable aux circonstances qu'à son programme", en Pascal Delwit, Jean-Michel de Waele y Andrea Rea (comps.), *L'extrême droite en France et en Belgique*, Bruselas, Editions Complexe.

Alfaro Monge, Carlos y Ernesto J. Wender (1947), *Historia de Costa Rica*, San José, Fondo de Cultura de Costa Rica.

Andersen, J. (1992), "Denmark: The Progress Party - Populist Neo-Liberalism and Welfare State Chauvinism", en Paul Hainsworth (comp.), *The Extreme Right in Europe and the USA*, Londres, Pinter Publishers, pp. 193-205.

Anderson, Benedict (1993), *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión de los nacionalismos*, Mé-

xico, Fondo de Cultura Económica (Colección Popular, 498).

Andeweg, Rudy B. (1996), "Elite-Mass Linkages in Europe: Legitimacy Crisis or Party Crisis?", en Jack Ernest Shalom Hayward (ed.), *Elitism, Populism and European Politics*, Oxford, Clarendon Press, pp. 143-163.

Apter, David Ernest (ed.) (1997), *The Legitimization of Violence*, Nueva York, New York University Press, pp. 33-82.

Aranguren,José Luis (1980), *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia*, Madrid, Alianza Editorial.

Archivo Jean Meyer, prensa rusa, 1989-1999.

Archondo, Rafael (1991), *Los compadres al micrófono. La resurrección metropolitana del ayllu*, La Paz, Hisbol (Instituto de Historia Boliviana, Movimientos Sociales).

Arrow, Kenneth J. (1962), "The Economic Implications of Learning by Doing", *Review of Economic Studies*, núm. 29, pp. 155-173.

Arter, David (1999a), "Party System Change in Scandinavia since 1970: Restricted Change or General Change", *West European Politics*, vol. XXII, núm. 3, julio, pp. 139-158.

—— (1999b), *Scandinavian Politics Today*, Manchester, Manchester University Press.

Arturi, Carlos S. (1989), *Le Brésil: une tentative de démocratisation octroyée (1974-1985)*, París, Cycle Supérior d'Etudes Politiques, Institut d'Etudes Politiques, tesis de doctorado.

Auty, Richard M. (1990), *Resource Based Industrialization. Sowing Oil in 8 Developing Countries*, Oxford, Oxford University Press.

Auyero, Javier y Ayse Günes-Ayata (1997), *¿Favores por votos? Estudios sobre el clientelismo político contemporáneo*, Buenos Aires, Losada (Sociedad y Política).

Badie, Bertrand y Guy Hermet (1990), *Politique comparée*, París, Presses Universitaires de France.

Baena, César (1999), *The Policy Process in a Petro-State*, Londres, Ashgate Publishing.

Baptista, Asdrúbal (1997), *Teoría económica del capitalismo rentístico: economía, petróleo y renta*, Caracas, Ediciones IESA.

—— y Bernard Mommer (1989), "Renta petrolera y distribución factorial del ingreso", en H. P. Nissen y Bernard Mommer (eds.), *¿Adiós a la bonanza? Crisis de la distribución del ingreso en Venezuela*, Caracas, Ildis-Centro de Estudios de Desarrollo-Nueva Sociedad, pp. 15-40.

Barber, Benjamin (1990), *Strong Democracy. Participatory Politics for a New Age*, Berkeley, University of California Press.

Bartolini, Stefano y Peter Mair (1990), *Identity, Competition, and Electoral Availability. The Stabilisation of European Electorates 1895-1985*, Cambridge, Mass., Cambridge University Press.

Bazdresch, Carlos y Santiago Levy (1992), "El populismo y la política económica de México, 1970-1982", en Rudiger Dornbusch y Sebastian Edwards (comps.), *Macroeconomía del populismo en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica.

Beerten, Roland *et al.* (1997), *1995, General Elections Study Flanders-Belgium, Codebook and Questionnaire*, Centro Universitario Lo-vaina, Information Society Project Office-KU-LEUWEN.

Bellah, Robert Nelly (1985), *Habits of the Heart: Individualism and Commitment in American Life*, Berkeley, University of California Press.

Benedetti, Mario (1992), "El encontronazo de dos mundos", en Sergio Marras, *América Latina: marca registrada, conversaciones con…*, Buenos Aires, Grupo Editorial Zeta, pp. 203-232.

Berelowitch, Alexis y Michel Wieviorka (1996), *Les russes d'en bas: enquête sur la Russie post-communiste*, Paris, Editions du Seuil (L'épreuve des faits).

Bergquist, Charles Wylie (1988), *Los trabajadores en la historia latinoamericana: estudios comparativos de Chile, Argentina, Venezuela y Colombia*, México, Siglo XXI Editores (Sociología y Política).

Berlin, Isaiah (1979), "El populismo ruso", en Henry Hardy y Aile-en Kelly (comps.), *Pensadores rusos*, trad, por Juan José Utrilla, México, Fopdo de Cultura Económica (Breviarios, 287), pp. 391-429.

—— (1984), "Le hérisson et le renard", en Isaiah Berlin, *Les penseurs russes*, trad, del inglés por Daria Olivier, Paris, Albin Michel (Les grandes traductions-essais), pp. 57-118.

—— (1990), *Éloge de la liberté*, trad, por Jacqueline Lahana, Paris, Calmann-Lévy (Liberté de l'esprit).

Betancourt, Rómulo (1997), *Leninismo, revolución y reforma*, pról. y notas de Manuel Caballero, México, Fondo de Cultura Económica (Tierra Firme).

Betz, Hans-Georg (1994), *Radical Right-Wing Populism in Western Europe*, Nueva York, St. Martin's Press.

—— (1998), "Against Rome: The Lega Nord", en Hans-Georg Betz y Stefan Immerfal (comps.), *The New Politics of*

the Right. Neopopulist Parties and Movements in Established Democracies, Nueva York, St. Martin's Press, pp. 45-57.

—— (1999), "Between Success and Failure: The Radical Right at the End of the 1990's", ponencia presentada en el 6° Congreso de la Asociación Francesa de Ciencia Política, 28 de septiembre-1 de octubre, Rennes.

—— y Stefan Immerfal (comps.) (1998), *The New Politics of the Right. Neopopulist Parties and Movements in Established Democracies*, Nueva York, St. Martin's Press.

Bille, Lars (1992), "Denmark", en Richard S. Katz y Peter Mair (eds.), *Party Organizations. A Data Handbook on Party Organization in Western Democracies, 1960-1990*, Londres-Newbury Park, Sage Publications, pp. 199-272.

—— (1998), "Denmark", en Guy Hermet, Julian Thomas Hottinger y Daniel Seiler (comps.), *Les partis politiques en Europe de l'Ouest*, Paris, Economica, pp. 107-127.

Birenbaum, Guy (1992), *Le Front National en politique*, Paris, Balland (Fondements).

—— (1996), "Le Front National dans la durée", en Nonna Mayer y Pascal Perrineau (eds.), *Le Front National à découvert*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques (Références académiques), 2a. ed., pp. 343-379.

Birnbaum, Pierre (1979), *Le peuple et les gros: histoire d'un mythe*, Paris, B. Grasset.

Bobbio, Norberto (1998), *La duda y la elección: intelectuales y poder en la sociedad contemporánea*, Barcelona, Paidós.

Bogdanor, Vernon (1996), "The European Union, the Political Class, and the People", en Jack Ernest Shalom Hayward (ed.), *Elitism, Populism and European Politics*, Oxford, Clarendon Press, pp. 101-120.

Boron, Atilio Alberto (1977), "El fascismo como categoría histórica: en torno del problema de las dictaduras en América Latina", *Revista Mexicana de Sociología,* vol. XXXIX, núm. 2, abril-junio, pp. 481-528.

Bosanquet, Nicholas (1996), "Public Demands and Economic Constraints: All Italians Now?", en Jack Ernest Shalom Hayward (ed.), *Elitism, Populism and European Politics,* Oxford, Clarendon Press, pp. 203-219.

Bose, Robert (1975), "Un enfant perdu de la science politique: le populisme", Projet, vol. XCVI, junio, pp. 627-638.

Bossi, Umberto (1995), *Tutta la verità,* Milán, Sperling & Kupfer (Politica).

Boué,Juan Carlos (1993), *Venezuela. The Political Economy of Oil,* Oxford, Oxford University Press.

Boy, Daniel y Nonna Mayer (comps.) (1997), *L'électeur a ses raisons,* Paris, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques (Références inédites).

Braun, Herbert (1997), "Protests of Engagement: Dignity, False Love and Self-Love in Mexico during 1968", *Comparative Studies in Society and History,* vol. XXXIX, núm. 3, pp. 511-549.

—— (1998), *Mataron a Gaitán: vida pública y violencia urbana en Colombia,* Santa Fe de Bogotá, Editorial Norma.

—— (2000), "Populismos latinoamericanos", en Franklin Pease y Frank Moya Pons (eds.) *Historia General de América Latina,* Paris, Editorial Trotta–Unesco.

Britto García, Luis (1988), *La máscara del poder. Del gendarme necesario al demócrata necesario,* Caracas, Aldafil Ediciones (Trópicos, 16).

—— (1989), *El poder sin la máscara. De la concertación populista a la explosión social,* Caracas, Aldafil Ediciones (Trópicos, 26).

Brudny, Ytzhak M. (1998), *Reinventing Russia. Russian Nationalism and the Soviet State, 1953-1991,* Cambridge, Mass., Harvard University Press.

Büchi Buc, Hernán (1993), *La transformación económica de Chile: del estatismo a la libertad económica,* Santa Fe de Bogotá, Grupo Editorial Norma (Vitral).

Burbano de Lara, Felipe (ed.) (1998), *El fantasma del populismo. Aproximación a un tema (siempre) actual,* Caracas, Nueva Sociedad.

Calderón, G. Fernando y Norbert Lechner (1998), *Más allá del Estado, más allá del mercado, la democracia,* La Paz, Plural Editores (Microcosmos).

Campos, Edmundo Coelho (1976), *Em busca de identidade. O Exército e a política na sociedade brasileira,* Río de Janeiro, Forense-Universitária (Coleção Brasil-análise e crítica).

Camus, Jean-Yves (ed.) (1996), *Les extrémismes de l'Atlantique à l'Oural,* La Tour d'Aigües, Éditions de l'Aube (Monde en cours).

Canovan, Margaret (1981), *Populism,* Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich.

—— (1982), "Two Strategies for the Study of Populism", *Political Studies,* vol. XXX, núm. 4, pp. 544-552.

—— (1984), " 'People', Politicians and Populism", *Government and Opposition,* vol. XIX, núm. 3, pp. 312-327.

—— (1999), "Trust the People! Populism and the Two Faces of Democracy", *Politicai Studies,* voi. XLVII, núm. 1, pp. 2-16.

Cardoso, Fernando Henrique (1992), "Desafíos de la socialdemocracia en América Latina", *Leviatán,* vol. XLVIII, verano, pp. 63-82.

—— y Enzo Faletto (1974), *Dependencia y desarrollo en América Latina: ensayo de interpretación sociológica,* México, Siglo XXI Editores (El Mundo del Hombre; Sociología y Política), 9a. ed.

Carrera Damas, Germán (1969), *El culto a Bolívar: esbozo para un estudio de la historia de las ideas en Venezuela,* Caracas, Instituto de Antropología e Historia-Universidad Central de Venezuela (Historia).

—— (1996), "Juan Vicente Gómez: An Essay in Historical Compréhension", *Annali-Fondazione Giangiacomo Feltrinelli,* vol. XXXII, pp. 245-262.

——, Carlos Salazar y Manuel Caballero (1966), *El concepto de historia en Laureano Vallenilla Lanz: seminario de historia de la historiografía venezolana, 1962-1963,* Caracas, Escuela de Historia de la Universidad Central de Valenzuela (Seminarios, 3).

Carvalho, José Murilo de (1974), *As forças armadas naprimma república: o poder desestabilizador,* Cadernos do Departamento de Ciencia Política, vol. I, núm. 1, Belo Horizonte.

—— (1995), *Desenvolvimento de la ciudadanía en Brasil,* México, El Colegio de México-Fideicomiso Historia de las Américas-Fondo de Cultura Económica (Ensayos).

Cascio, Vincenzo lo (1998), *Gramática de la argumentación: estrategias y estructuras,* trad. del italiano por David Casacuberta, Madrid, Alianza Editorial.

Cassigoli, Armando (1976), "Fascismo típico y fascismo atipico", *Nueva Política*, núm. 1, enero-marzo, pp. 175-180.

Castañeda G., Jorge (1993), *Utopia Unarmed. The Latin American Left after the Coid War*, Nueva York, Alfred Knopf.

Castells, Manuel (1999), *La era de la información: economía, sociedad y cultura*, México, Siglo XXI Editores, 3 tomos.

Cavarozzi, Marcelo y María Grossi (1989), *De la reinvención democrática al reflujo político y la hiperinflación*, Grupo de Trabajo de Partidos Políticos-CLACSO-CEDES, Documento de trabajo, 12, Buenos Aires.

CEPAL (1990), *Transformación productiva con equidad, la tarea prioritaria del desarrollo de América Latina y el Caribe en los años noventa*, Santiago de Chile, Naciones Unidas-CEPAL.

Cerdas, Cruz Rodolfo (1986), *La hoz y el machete: la Internacional Comunista, América Latina y la revolución en Centroamérica*, San José, Euned (Editorial Universidad Estatal a Distancia).

Cicerón, Marco Tulio (1984), "En defensa de Publio Sestio", en *Discursos*, trad. por José Miguel Baños Baños, tomo IV, Madrid, Editorial Gredos (Biblioteca Clásica, 195), pp. 283-388.

Colas, Dominique (1998), *Le léninisme*, París, Presses Universitaires de France (Quadrige, 264).

Coldefy-Faucard, Anne (1993), *Quelle Russie?: les racines et les rêves d'une société dépaysée*, París, Autrement (Monde, 67-68).

Collier, David y Steven Levitsky (1997), "Democracy with Adjectives: Conceptual Innovation in Comparative Research", *World Politics*, vol. XLIX, núm. 3, pp. 430-451.

Conniff, Michael L. (ed.) (1982), *Latin American Populism in Comparative Perspective*, Albuquerque, The University of New México Press.

—— (ed.) (1999), *Populism in Latin America,* Tuscaloosa, The University of Alabama Press.

Constant, Benjamin (1997), "De la liberté des anciens comparée à celles des modernes", en Benjamin Constant, *Écrits politiques,* París, Gallimard (Folio/essais, 307), pp. 589-619.

Coppedge, Michael (1993), "Partidocracia y reforma en una perspectiva comparada", en Andrés Serbin *et al., Venezuela: la democracia bajo presión,* Caracas, Instituto Venezolano de Estudios Sociales y Políticos-North-South Center (Universidad de Miami)-Editorial Nueva Sociedad, pp. 139-160.

Cordero Velásquez, Luis (1978), *Betancourty la conjura militar del 45,* Caracas, Lumevec (Historia Contemporánea de Venezuela).

Córdova, Arnaldo (1976), *La política de masas del cardenismo,* México, Ediciones Era (Serie Popular, 26), 2a. ed.

Coronil, Fernando (1997), *The Magical State: Nature, Money and Mo-demity in Venezuela,* Chicago, University of Chicago Press.

Cosío Villegas, Daniel (1974), *El estilo personal de gobernar,* México, Editorial Joaquín Mortiz (Cuadernos, 29).

Couffignal, Georges (comp.) (1992), *Réinventer la démocratie: le défi latino-américain,* Paris, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques.

Crabtree, John (1998), "Neo-Populism and the Fujimori Phenomenon", en John Crabtree y James Jim Thomas (eds.), *Fujimori's Peru. The Political Economy,* Londres-Washington, D.C., Institute of Latin American Studies-University of London-Brookings Institution.

Creveld, Martin L. van (1999), *The Rise and Decline of the State,* Cambridge-Nueva York, Cambridge University Press.

Crozier, Michel, Samuel Huntington y Joji Watanuki (1975), *The Crisis of Democracy,* Nueva York, New York University Press (The Triangle Papers, 8).

Cueva, Agustín (1977), "La cuestión del fascismo", *Revista Mexicana de Sociología,* vol. XXXIX, núm. 2, abril-junio, pp. 469-480.

Chalmers, Douglas (1977), "The Politicized State in Latin America", en James Michael Malloy (ed.), *Authoritarianism and Corporatism in Latin America,* Pittsburgh, University of Pittsburgh Press (PITT Latin American Series), pp. 23-45.

Charlot, Jean (1996), "From Representative to Responsive Government", en Jack Ernest Shalom Hayward (ed.), *Elitism, Populism and the European Politics,* Oxford, Clarendon Press, pp. 88-100.

Chehabi, Houchang Esfandiar y Juan José Linz (eds.) (1998), *Sul-tanistic Regimes,* Baltimore, The John Hopkins University Press.

Chernick, Marc W. y Michael F. Jimenez (1993), "Popular Liberalism, Radical Democracy and Marxism: Leftist Politics in Contemporary Colombia, 1971-1974", en Barry Carr y Steve Ellner (eds.), *The Latin American Left. From the Fall of Allende to Perestroika,* Boulder, Westview Press, pp. 61-82.

Christensen, D. y Lars Svasand (1998), "Norvège", en Guy Hermet, Julian Thomas Hottinger y Daniel Seiler (comps.), *Les partis politiques en Europe de l'Ouest,* París, Económica, pp. 333-353.

Dahl, Robert (1971), *Polyarchy, Participation and Opposition*, New Heaven, Yale University Press.

Dahrendorf, Ralf (1996), "Mediocre Elites Elected by Mediocre People" en Jack Ernest Shalom Hayward (ed.), *Elitism, Populism and the European Politics*, Oxford, Clarendon Press, pp. 1-9.

Dalton, Russell J. y Manfred Kuechler (eds.) (1990), *Challenging the Political Order: New Social and Political Movements in Western Democracies*, Cambridge, Polity Press.

Damgaard, Erik y Jerrold G. Rusk, "Cleavage Structures and Representational Linkages: A Longitudinal Analysis of Danish Legislative Behavior", en Ian Budge, Ivor Crewe y Dennis Farlie (eds.), *Party Identification and Beyond. Representation of Voting and Party Competition*, Londres, Wiley & Sons, pp. 169-198.

Daniel, James (1988), *Resistance and Integration. Peronism and the Argentine Working Class, 1946-1976*, Nueva York, Cambridge University Press (Latin American Studies, 64).

Day, Alan John, Richard German y John Campbell (1996), *Political Parties of the World*, Londres, Cartermill.

Dealy, Glen Caudill (1977), *The Public Man: An Interpretation of Latin American and Other Catholic Countries*, Amherst, The University of Massachusetts Press.

Deas, Malcolm D. (1995), "Canjes violentos: reflexiones sobre la violencia política en Colombia", en Malcom D. Deas y Fernando Gaitán Daza, *Dos ensayos expeculativos sobre la violencia en Colombia*, Santa Fe de Bogotá, Fonade-DNP, pp. 1-86.

—— (1997), "Violent Exchanges: Reflections on Political Violence in Colombia", en David Ernest Apter (ed.), *The Le-*

gitimization of Violence, Nueva York, New York University Press, pp. 350-404.

Degregori, Carlos Iván (1997), "The Maturation of a Cosmocrat and the Building of a Discourse Community: The Case of Shining Path", en David Ernest Apter (ed.), *The Legitimization of Violence*, Nueva York, New York University Press, pp. 33-82.

Delwit, Pascal, Jean-Michel Waele y Andrea Rea (comps.) (1998), *L'extrême droite en France et en Belgique*, Bruselas, Éditions Complexe.

Departamento Nacional de Planeación (1998), *La paz. El desafío para el desarrollo*, Santa Fe de Bogotá, Tercer Mundo Editores-DNP (Economía Colombiana).

Deschower, Kris y Lieven de Winter (1998), "La corruption politique et le clientélisme: le spectre italien?", en Marco Martiniello y Marc Swyngedouw (comps.), *Où va la Belgique? Les soubresauts d'une petite démocratie européenne*, París, L'Harmattan.

Diamond, Larry Jay, Juan José Linz y Seymour Martin Lipset (eds.) (1989), *Democracy in Developing Countries: Latin America*, tomo IV, Boulder, Lynne Rienner Publishers.

Díaz del Moral, Juan (1929), *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas: Córdoba (antecedentes para una reforma agraria)*, Madrid, Revista de Derecho Privado.

Dieckhoff, Alain (1992), *L'invention d'une nation: Israël et la modernité politique*, Paris, Gallimard (NRF essais).

Diniz, Eli (1978), *Empresário, Estado e capitalismo no Brasil, 1930-1945*, Río de Janeiro, Paz e Terra (Coleção Estudos Brasileiros, 27).

—— (comp.) (1997), *Crise, reforma do Estado e governabilidade: Brasil, 1985-1995,* Río de Janeiro, Editora Fundação Getulio Vargas.

Dobry, Michel (1986), Sociologie des crises politiques: la dynamique des mobilisations multisectorielles, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques.

Domínguez, Jorge I. (ed.) (1997), *Technopols. Freeing Politics and Markets in Latin America in the 1990's,* University Park, The Pennsylvania State University Press.

Dornbusch, Rudiger y Sebastian Edwards (comps.) (1992), *Macroeconomía del populismo en América Latina,* trad, por Eduardo L. Suárez, México, Fondo de Cultura Económica (Lecturas de El Trimestre Económico, 75).

Dornbusch, Rudiger y Frederik Leslie Cornelius Hazlewood Helmers (eds.) (1988), *The Open Economy: Tools for Policymakers in Developing Countries,* Nueva York, Oxford University Press (EDI Series in Economic Development).

Downs, Anthony (1957), *An Economic Theory of Democracy,* Nueva York, Harper and Row.

Dresser, Denise (1991), *Neo-Populist Solutions to Neoliberal Problems: Mexico's National Solidarity Program,* La Jolla, San Diego, Center for U.S.-Mexican Studies, University of California, Current Issue Brief, 3.

Drweski, Bruno, Serge Leyrac, Denis Paillard, Jacques Sapir y Valery Solovei (1997), en Bruno Drweski (coord.), *Recompositions politiques à l'Est et en Russie,* París, Recherches Internationales (Recherches internationales, 47).

Duranton-Crabol, Anne-Marie (1991), *L'Europe de l'extrême droite de 1945 à nos jours,* Bruselas, Éditions Complexe (Questions au XXe siècle, 43).

Duverger, Maurice (1967), *La démocratie sans peuple*, París, Éditions du Seuil (L'Histoire immédiate).

—— (1974), *La monarchie républicaine*, París, Éditions Robert Laffont.

Eatwell, Roger (1992), "Towards a New Model of Generic Fascism", *Journal of Theoretical Politics*, vol. IV, núm. 2, abril, pp. 161-194.

—— (1998), "Britain: The BNP and the Problem of Legitimacy", en Hans-Georg Betz y Stefan Immerfall (comps.), *The New Politics of the Right. Neo-populist Parties and Movements in Established Democracies*, Nueva York, St. Martin's Press, pp. 143-155.

—— (1999), *Fascismo: verso un modello generale*, Roma, Antonio Pellicani.

Edelman, Murray Jacob (1988), *Constructing the Political*, Chicago, Chicago University Press.

Edwards, Sebastian (1995), *Crisis and Reform in Latin America: From Despair to Hope*, Oxford, Oxford University Press.

Einhorn, Eric S. y John Logue (1988), "Continuity and Change in the Scandinavian Party Systems", en Steven B. Wolinetz (ed.), *Parties and Party Systems in Liberal Democracies*, Londres-Nueva York, Routledge, pp. 159-202.

Elbers, Frank y Meindert Fennema (1993), *Racistische partijen in West-Europa: tussen nationale traditie en Europese samenwerking*, Leiden, Stichtung Burgerschapskunde-Nederlands Centrum voor Politieke Vorming.

Elsenhans, Hertmurt (1991), "Économie sous-developpé et société civile: surcharge du système politique et possibilités de pluralisme politique", en *Actes du Colloque Pluralisme*

Social, Pluralisme Politique et Démocratie, Túnez, Cahier du CERES, núm. 19, pp. 23-51.

—— (1997), "Autonomy of Civil Society, Empowerment of Labour and the Transition to Capitalism", ponencia presentada en el XVII International Political Science Association World Congress, 17-21 de agosto, Seúl.

Elletson, Harold (1998), *The General against the Kremlin. Alexander Lebed, Power and Illusion*, Londres, Little-Brown.

Ellner, Steve (1992), "Venezuela", en Leslie Bethell y Ian Roxbo-rough (eds.), *Latin America between the Second World War and the Cold War, 1944-48*, Cambridge-Nueva York, Cambridge University Press, pp. 147-169.

—— (1995), "Venezuelan Revisionist Political History, 1908-1958, New Motives and Criteria for Analyzing the Past", *Latin American Research Review*, vol. XXX, núm. 2, pp. 91-121.

—— (1997), "Recent Venezuelan Political Studies. A Return to Third World Realities", *Latin American Research Review*, vol. XXXII, núm. 2, pp. 201-218.

Escalante Gonzalbo, Fernando (1991), *Ciudadanos imaginarios. Memorial de los afanes y desventuras de la virtud y apología del vicio triunfante en la República Mexicana en el primer siglo de su historia. Tratado de moral pública*, México, CES-El Colegio de México, tesis de doctorado.

Esping-Andersen, Gosta (1999), "Politics without Class? Postindustrial Cleavages in Europe and America", en Herbert Kitschelt (ed.), *Continuity and Change in Contemporary Capitalism*, Cambridge-Nueva York, Cambridge University Press (Cambridge Studies in Comparative Politics), pp. 293-316.

Evans, Geoffrey y Stephen Whitefield (1998), "The Evolution of Left and Right in Post-Soviet Russia", *Europe-Asia Studies*, vol. L, núm. 6, pp. 1023-1042.

Falter, Jürgen W. y Sigfried Schumann (1988), "Affinity towards Right-Wing Extremism in Western Europe", en Klaus von Beyme (comp.), *Right-Wing Extremism in Western Europe*, Londres, Frank Cass, pp. 96-110.

Falter, Jürgen W. y Marcus Klein (1994), *Wer wählt rechts? Die Wähler und Anhänger rechtsextremistischer Parteien im vereinigten Deutschland*, Munich, Beck (Beck'sche Reihe, 1052).

Falter, Jürgen W. y Jürgen R. Winkler (1998), "La résistible ascension de l'extrême droite en Allemagne", *Pouvoirs*, núm. 87 (volumen temático sobre la extrema derecha europea).

Fennema, Meindert (1996), *Some Theoretical Problems and Issues in Comparison of Anti-Immigrant Parties in Western Europe*, Working Papers, 115, Instititut de Ciències Politiques i Sociales, Barcelona.

Fischer, Thomas (1999), "La constante guerra civil en Colombia", en Peter Waldmann y Fernando Reinares (comps.), *Sociedades en guerra civil: conflictos violentos de Europa y América Latina*, Barcelona, Paidós (Estado y Sociedad, 75), pp. 255-276.

Fitzpatrick, Shelia (1999), *Everyday Stalinism, Ordinary Life in Extraordinary Times: Soviet Russia in the 1930s*, Nueva York, Oxford University Press.

Foijaz, María Cecilia Spina (1977), *Tenentismo e política: tenentismo e camadas médias urbanas na crise da Primeira República*, Río de Janeiro, Paz e Terra.

Fox, Jonathan (1994), "The Difficult Transition from Clientelism to Citizenship: Lessons from Mexico", *World Politics*, vol. XLVI, núm. 2, enero, p. 151.

Foxley, Alejandro, Michael S. McPherson y Guillermo A. O'Donnell (comps.) (1989), *Democracia, desarrollo y el arte de traspasar fronteras: ensayos en homenaje a Albert Hirschman*, trad. por Karina Perelli y Roberto Muñoz, México, Fondo de Cultura Económica (Lecturas de El Trimestre Económico, 65).

Frognier, André-Paul (1996), "De l'intérêt de l'analyse comparative du vote pour mieux comprendre l'électeur belge", *Revue Internationale de Politique Comparée*, vol. III, núm. 3, pp. 569-589.

Gaitán, Jorge Eliécer (1968), *Los mejores discursos de Jorge Eliécer Gaitán, 1919-1948*, ed. y prol. de Jorge Villaveces, Caracas, Editorial Jorvi, 2a. ed.

Gallissot, René (1997), "Unité et figures du national-populisme", en René Gallissot (comp.), *Populismes du Tiers-Monde*, Paris, L'Harmattan (L'Homme et la société), pp. 281-316.

Gamson, William A. (1988), "Political Discourse and Collective Action", en Bert Klandermans, Hans Peter Kriesi y Sydney G. Tarrow (eds.), *From Structure to Action: Comparing Social Movement Research across Cultures*, Greenwich, Conn., JAI Press (International Social Movement Research, 1), pp. 219-244.

Gentile, Pierre y Hans Peter Kriesi (1998), "Contemporary Radical-Right Parties in Switzerland: History of a Divided Family", en Hans-Georg Betz y Stefan Immerfall (comps.), *The New Politics of the Right. Neo-populist Parties*

and Movements in Established Democracies, Nueva York, St. Martin's Press, pp. 125-141.

Georguii Chistiyakov, P. (1998), "De lajudeofobia marginal al antisemitismo de partido" (en ruso), *Russkaya Mysl*, 4251, 24 de diciembre, pp. 1-2.

Germani, Gino (1965), *Política y sociedad en una época de masas: de la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires, Editorial Paidós (Biblioteca de Psicología Social y Sociología).

—— (1978), *Authoritarianism, Fascism and National Populism*, New Brunswick, N.J., Transaction Books.

Gessen, Masha (1997), *Dead Again. The Russian Intelligentsia after Communism*, Nueva York-Londres, Verso.

Gibson, Edward (1997), "The Populist Road to Market Reform: Policy and Electoral Coalitions in Mexico and Argentina", *World Politics*, vol. XLIX, núm. 3, abril, pp. 339-370.

Gilles, Ivaldi (1995), "Cognitive Structures of Xenophobic Attitudes Among Supporters of Extreme Right-Wing Partes in Europe". Comunicación presentada en el taller de la ECPR "Racist Parties in Europe: A New Political Family", Burdeos, 27 de abril-2 de mayo.

Girardet, Raoul (1966), *Le nationalisme français, 1871-1914*, París, Armand Colin (Idées politiques).

Goertzel, Ted George (1999), *Fernando Henrique Cardoso: Reinventing Democracy in Brazil*, Boulder, Lynne Rienner Publishers.

Góngora, Mario (1986), *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria (Imagen de Chile).

Graham, Keith (1986), *The Battle of Democracy: Conflict, Consensus and the Individual,* Brighton-Sussex, Wheatsheaf Books.

Griffin, Roger (1993), *The Nature of Fascism,* Londres-Nueva York, Routledge.

Grunberg, Gérard (1998), "La mesure du populisme: Sur quelques questions de méthode", *Mots,* vol. LV, junio, pp. 122-127.

Grunt, Z. A. *et al.* (1996), "Rossiskaya povsednevnosti i politichiskaya cultura (la vida cotidiana y la cultura política rusa)", *Polis,* núm. 4, pp. 56-72.

Guerra, François-Xavier (1985), *Le Mexique de l'ancien régime à la révolution,* París, Publications de la Sorbonne-L'Harmattan (Travaux & mémoires de l'Institut des Hautes Études de l'Amérique Latin, 36), 2 tomos.

Guzzini, Stefano (1994), "La longue nuit de la Première république: l'implosion clientéliste en Italie", *Revue Française de Science Politique,* vol. XLIV, núm. 6, pp. 797-1013.

Habermas, Jürgen (1976), *Legitimation Crisis,* trad. del alemán por Thomas McCarthy, Londres, Heinemann.

—— (1991), *The Structural Transformation of the Public Sphere: An Inquiry into a Category of Bourgeois Society,* Cambridge, Massachusetts Institute of Technology Press (Studies in Contemporary German Social Thought).

Hartlyn, Jonathan (1988), *The Politics of Coalition Rule in Colombia,* Cambridge-Nueva York, Cambridge University Press (Latin American Studies, 66).

Hassenteufel, Patrick (1991), "Structures de représentation et 'appel au peuple'. Le populisme en Autriche", *Politix,* núm. 14, pp. 95-101.

—— (1999), “Le national-populisme, un populisme du Welfare?”, ponencia presentada en el 6° Congreso de la Asociación Francesa de Ciencia Política, 28 de septiembre–1 de octubre, Rennes.

Hausmann, Ricardo (1990), *Shocks externos y ajuste macroeconómico,* pról. de Rudiger Dornbusch, Caracas, Banco Central de Venezuela (Colección Cincuentenaria, 1).

Hayward, Jack Ernest Shalom (1996), “The Populist Challenge to Elitist Democracy in Europe”, en Jack Ernest Shalom Hayward (ed.), *Elitism, Populism and European Politics,* Oxford, Clarendon Press, pp. 10-32.

Hennessy, Alistair (1976), “Fascism and Populism in Latin America”, en Walter Laqueur (ed.), *Fascism. A Reader's Guide: Analyses, Interpretations, Bibliography,* Berkeley, University of California Press.

Hermet, Guy (1992), “Le populisme: concilier l'inconciliable”, ponencia presentada en la mesa de trabajo “Political Behaviour”, Congreso Anual de la Asociación Suiza de Ciencia Política, 13 de noviembre, Balsthal.

—— (1997a), *La démocratie: un exposé pour comprendre, un essai pour réfléchir*, Paris, Flammarion (Dominos, 133).

—— (1997b), “Populisme et nationalisme”, *Vingtième Siècle,* vol. LVI, octubre-diciembre, pp. 34-47.

—— (1998), *La trahison démocratique: populistes, républicains et démocrates*, París, Flammarion (Essais).

Heymann, Daniel y Axel Leijonhufvud (1995), *High Inflation: The Ame Ryde Memorial Lectures,* Oxford, Clarendon Press.

Hine, David (1996), “Political Parties and the Public Accountability of Leaders”, en Jack Ernest Shalom Hayward

(ed.), *Elitism, Populism and European Politics*, Oxford, Clarendon Press, pp. 121-142.

Hirschman, Albert O. (1963), *Journeys toward Progress: Studies of Economic Policy-Making in Latin America*, Nueva York, Twentieth Century Fund.

—— (1970), "The Search for Paradigms as a Hindrance to Understanding", *World Politics*, vol. XXII, núm. 3, abril, pp. 329-343.

—— (1971), *A Bias for Hope*, New Heaven, Yale University Press.

—— (1973), "The Changing Tolerance for Income Inequality in the Course of Economic Development", *The Quarterly Journal of Economics*, vol. LXXXVII, núm. 4, pp. 544-565.

—— (1979), "The Turn to Authoritarianism in Latin America and the Search for Its Economic Determinants", en David Collier (comp.), *The New Authoritarianism in Latin America*, Princeton, Princeton University Press, pp. 61-98.

—— (1980), "La matriz social y política de la inflación: elaboración sobre la experiencia latinoamericana", *El Trimestre Económico*, vol. XLVII, núm. 187, julio-septiembre, pp. 679-709.

—— (1983), *Bonheur privé, action publique*, París, Fayard (L'espace du politique).

—— (1986a), "On Democracy in Latin America", *The New York Review of Books*, vol. XXXIII, núm. 6, 10 de abril.

—— (1986b), "Trois façons simples de compliquer le discours d'économie politique", en Albert O. Hirschman, *Vers une économie politique élargie*, París, Éditions de Minuit (Sens commun), pp. 89-110.

—— (1990), "Un sage et salutaire abandon. Les événements de l'Est et le pays du Sud", *Esprit*, noviembre.

—— (1995a), *Défection et prise de parole: théorie et applications*, trad. del inglés por Claude Besseyrias, París, Fayard (Espace du politique).

—— (1995b), "On Political Economy of Latin American Development", en Albert O. Hirschman, *A Propensity to Self-Subversion*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, pp. 154-188.

—— (1995c), *Un certain penchant pour l'autosubversion*, trad. del inglés por Pierre-Emmanuel Dauzat, París, Fayard (Espace du politique).

Hofstadter, Richard (1969), "Estados Unidos", en G. Ionescu y E. Gellner (comps.), *Populismo: sus significados y características nacionales*, Buenos Aires, Amorrortu, pp. 15-38.

Hottinger, Julian Thomas (1998), "Statisques électorales", en Guy Hermet, Julian Thomas Hottinger y Daniel Seiler (comps.), *Les partis politiques en Europe de l'Ouest*, París, Económica, pp. 493-506.

Hug, S. (1994), "Les coalitions référendaires", en Ioannis Papadopoulos (comp.), *Élites politiques et peuple en Suisse. Analyse des votations fédérales: 1970-1987*, Lausana, Réalités Sociales, pp. 57-83.

Ianni, Octavio (1975), *La formación del Estado populista en América Latina*, México, Ediciones Era (Serie Popular, 30).

Ignazi, Piero (1992), "The Silent Counter-Revolution. Hypotheses on the Emergence of Extreme Right-Wing Parties", *European Journal of Political Reseach*, vol. XXII, núm. 1, julio, pp. 3-34.

—— (1994), "La force des racines: la culture politique du mouvement social italien au seuil du gouvernement", *Revue Française de Science Politique,* vol. XLIV, núm. 6, pp. 1014-1033.

—— (1995), "Les extrêmes droites en Europe", en Pascal Perrineau y Colette Ysmal (comps.), *Le vote des Douze: les élections européennes de juin 1994,* París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques–Département d'études politiques du "Figaro".

—— (1996), "The Intellectual Basis of Right-Wing Anti-Partysm", *European Journal of Political Research,* vol. XXIX, núm. 3, pp. 279-296.

—— (1997), "The Extreme Right in Europe: A Survey", en Peter H. Merkl y Leonard Weinber (comps.), *The Revival of Right-Wing Extremism in the Nineties,* Londres, Frank Cass (Political Violence, 4), pp. 123-152.

—— (1998), "La recomposition de l'extrême droite en Italie", *Pouvoirs,* núm. 87 (volumen temático sobre la extrema derecha europea), pp. 83-93.

—— (1999), "Les partis d'extrême droite: les fruits inachevés de la société postindustrielle", ponencia presentada en el 6º Congreso de la Asociación Francesa de Ciencia Política, 28 de septiembre–1 de octubre, Rennes.

Immerfall, Stefan (1998), "Conclusion: The Neo-populist Agenda", en Hans-Georg Betz y Stefan Immerfall (comps.), *The New Politics of the Right. Neo-populist Parties and Movements in Established Democracies,* Nueva York, St. Martin's Press, pp. 249-261.

Inglehart, Ronald (1997), *The Silent Revolution: Changing Values and Political Styles among Western Publics,* Princeton, N.J., Princeton University Press.

—— y Dusan Sidjanski (1976), "The Left, the Right, the Establishment and the Swiss Electorate", en Ian Budge, Ivor Crewe y Dennis Farlie (eds.), *Party Identification and Beyond: Representations of Voting and Party Competition*, Londres-Nueva York, John Wiley & Sons, pp. 225-242.

Ionescu, Ghita y Ernest Gellner (eds.) (1969), *Populism: Its Meanings and National Characteristics*, Londres, Weidenfeld and Nicolson (The Nature of Human Society).

—— (comps.) (1969), *Populismo: sus significados y características nacionales*, Buenos Aires, Amorrortu (Biblioteca de Sociología).

Ivaldi, Giles, "Cognitive Structures of Xenophobic Attitudes among Supporters of Extreme Right-Wing Parties in Europe", comunicación presentada en el taller de la ECPR "Racist Parties in Europe: A New Political Family", Burdeos, 27 de abril-2 de mayo de 1995.

Jaffré, Jérôme (1999), "L'éclatement du Front National est révélateur des difficultés de sa mutation", *Le Monde-CECOP*, 24 de febrero.

Jaguaribe, Hélio (1962), *Desenvolvimento económico e desenvolvimento político*, Río de Janeiro, Editôra Fundo de Cultura (Biblioteca Funda Universal de Cultura).

—— (1967), "Stabilité sociale par le colonial fascisme", *Les Temps Modernes*, vol. XXIII, núm. 257, octubre, pp. 603-623.

Janda, Kenneth (1980), *Political Parties. A Cross-National Survey*, Nueva York-Londres, Free Press-Collier-Macmillan.

Junguito Bonnet, Roberto y Diego Pizano Salazar (coords.) (1991), *Producción de café en Colombia*, Santa Fe de Bo-

gotá, Fedesarrollo-Fondo Cultural Cafetero.

—— (coords.) (1993), *El comercio exterior y la política internacional del café*, Santa Fe de Bogotá, Fedesarrollo-Fondo Cultural Cafetero.

—— (coords.) (1997), *Instituciones e instrumentos de la política cafetera en Colombia (1927-1997)*, Santa Fe de Bogotá, Fedesarrollo-Fondo Cultural Cafetero.

Kaplan, Marcos (1976), "Hacia un fascismo latinoamericano", *Nueva Política*, México, vol. I, núm. 1, enero-marzo, pp. 107-143.

Karapin, Roger (1998), "Radical Right and Neo-fascist Political Parties in Western Europe", *Comparative Politics*, vol. XXX, núm. 2, enero, pp. 213-234.

Karl, Terry Lynn (1997), *The Paradox of Plenty: Oil Booms and Petro-States*, Berkeley, University of California Press (Studies in International Political Economy, 26).

Karvonen, Lauri (1997), "The New Extreme Right Wingers in Western Europe: Attitudes, World Views and Social Characteristics", en Peter H. Merkl y Leonard Weinber (comps.), *The Revival of Right-Wing Extremism in the Nineties*, Londres, Frank Cass (Political Violence, 4), pp. 91-110.

Katz, Richard S. y Peter Mair (1995), "Changing Models of Party Organization and Party Democracy: The Emergence of the Cartel Party", *Party Politics*, vol. I, núm. 1, pp. 5-28.

Kay, Bruce H. (1996), "'Fujipopulism' and the Liberal State in Peru", *Journal of Inter-American Studies and World Affairs*, vol. XXXVIII, núm. 4, invierno, pp. 55-98.

Kazin, Michael (1995), *The Populist Persuasion: An American History*, Nueva York, Basic Books.

Kharkhordin, Oleg (1999), *The Collective and the Individual in Russia: A Study of Practices*, Berkeley, University of California Press (Studies on the History of Society and Culture, 32).

Khoros, Vladimir Georgievich (1980), *Populism: Its Past, Present and Future*, trad, del ruso por Nadezhda Burova, Moscú, Progress Publishers.

Kirchheimer, Otto (1966), "The Transformation of the Western European Party System", en Joseph G. LaPalombara y Myron Weiner (eds.), *Political Parties and Political Development*, Princeton, Princeton University Press (Studies in Political Development, 6), pp. 177-200.

Kitschelt, Herbert (1997), "European Party Systems: Continuity and Change", en Martin Rhodes, Paul Heywood y Vincent Wright (eds.), *Developments in West European Politics*, Basingstoke, Macmillan, pp. 131-150.

—— y Anthony J. McGann (1995), *The Radical Right in Western Europe: A Comparative Analysis*, Ann Arbor, University of Michigan Press.

Klaiber, Jeffrey (1988), *Religión y revolución en el Perú, 1824-1988*, Lima, Centro de Investigación-Universidad del Pacífico.

Knight, Alan S. (1998), "Populism and Neo-Populism in Latin America, Especially Mexico", *Journal of Latin American Studies*, vol. XXX, núm. 2, invierno, pp. 223-248.

Kobi, Silvia (1998), *Des citoyens suisses contre l'élite politique: le cas des votations fédérales, 1979-1995*, Lausana, University of Lausanne, tesis de doctorado.

—— y Ioannis Papadopoulos (1997), "Les ambigüités du populisme: négation ou prolongement de la démocratie?",

en René Gallissot (comp.), *Populismes du Tiers-Monde*, Paris, L'Harmattan, pp. 13-44.

Konopnicki, Guy (1996), *Les filières noires*, Paris, Denoël.

Koselleck, Reinhart (1990), *Le futur passé: contribution à la sémantique des temps historiques*, trad, del alemán por Jochen Hook y Marie-Claire Hook, París, École des Hautes Études en Sciences Sociales (Recherches d'histoire et de sciences sociales, 44).

—— (1993), *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*, trad, del alemán por Norberto Smilg, Barcelona, Paidós.

Krauze, Enrique (1989), *Personas e ideas*, México, Editorial Vuelta (La Reflexión).

—— (2000), "La ética católica y el espíritu de la democracia", *Letras Libres*, vol. II, núm. 14, febrero, pp. 12-19.

Kriesi, Hans Peter (1998), "The Transformation of Cleavage Politics", *European Journal of Political Research*, vol. XXXIII, núm. 2, pp. 165-185.

—— (1999), "Movements of the Left. Movements of the Right: Putting the Mobilization of Two New Types of Social Movements into Political Context", en Herbert Kitschelt (ed.), *Continuity and Change in Contemporary Capitalism*, Cambridge, Cambridge University Press (Cambridge Studies in Comparative Politics), pp. 398-423.

Kuethe, Allan J. (1993), *Reforma military sociedad en la Nueva Granada, 1773-1808*, Santa Fe de Bogotá, Banco de la República (Historia Colombiana).

Kuran, Timur (1995), *Private Truths, Public Lies: The Social Consequences of Preferences Falsification*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.

Kymlicka, Will (1996), *Multicultural Citizenship: A Liberal Theory of Minority Rights,* Oxford, Clarendon Press (Oxford Political Theory).

Laclau, Ernesto (1977), *Politics and Ideology in Marxist Theory,* Londres-Nueva York, Verso. Especialmente el artículo "Toward a Theory of Populism", pp. 143-198.

Lagos, Ricardo (1993), "L'autre transition chilienne", *Libération,* miércoles 15 de diciembre.

Lagroye, Jacques (1994), *Sociología política,* México, Fondo de Cultura Económica (Política y Derecho).

Lamounier, Bolívar (1980), *A democracia e o desafío social,* São Paulo, Afinal.

—— y Rachel Meneguello (1986), *Partidos políticos e consolidação democrática,* São Paulo, Brasiliense.

Lane, Robert (1996), "Losing Touch on a Democracy: Demands versus Needs", en Jack Ernest Shalom Hayward (ed.), *Elitism, Populism and European Politics,* Oxford, Clarendon Press, pp. 33-66.

Lander, Luis Edgardo y Margarita López Maya (1999), "Venezuela: la victoria de Chávez: el Polo Patriótico en las elecciones de 1980", *Revista Nueva Sociedad,* núm. 160, marzo-abril, pp. 4-19.

Laqueur, Walter (1993), *Black Hundred: The Rise of the Extreme Right in Russia,* Nueva York, Harper Collins Publishers.

Larsen, Stein Ugelvik, Bernt Hagtvetyjan Petter Myclebust (eds.) (1980), *Who Were the Fascists: Social Roots of European Fascism,* Bergen-Nueva York, Universitetsfoslaget-Columbia University Press.

Lavau, Georges (1969), “Le parti communiste dans le système politique français”, en Frederick Bon *et al., Le communisme en France et en Italie,* París, Armand Colin (Cahiers de la Fondation nationale des sciences politiques, 175), pp. 7-81.

—— (1981), *_ quoi sert le Parti comuniste français?,* París, Fayard (L’espace du politique).

Leal, Victor Nunes (1948), *Coronelismo, enxada e voto: o município e o regime representativo no Brasil,* Río de Janeiro, Ed. Forens.

Lebed, Aleksandr Ivanovitch (1995), *Za derzhavu, obidno* (¡Cómo ha caído la gran potencia!), Moscú, Moskovskaya Pravda. Version francesa: (1998), *Les mémoires d’un soldat,* trad. del ruso por Galia Ackerman y Pierre Lorrain, París, Rocher.

Leca, Jean (1996), “La démocratie à l’épreuve des pluralismes”, *Revue Française de Science Politique,* vol. XLVI, núm. 2, abril, pp. 225-279.

Lechner, Norbert (1993), “Las sombras del mañana”, *Colección de Estudios Cieplan (Corporación de Investigaciones Económicas para Latinoamérica),* núm. 37, pp. 69-75.

Leffort, Claude (1991), “Démocratie et représentation”, en Daniel Pécaut y Bernardo Soij (comps.), *Métamorphoses de la représentation politique au Brésil et en Europe,* París, Éditions du Centre national de la recherche scientifique.

Lehmbruch, Gerhard (1977), “Liberal Corporatism and Party Government”, *Comparative Political Studies,* vol. X, abril, pp. 91-126.

Lehoucq, Fabrice Edouard (1991), “Class Conflict, Political Crisis and the Breakdown of Democratic Practices in

Costa Rica: Reassesing the Origins of the 1948 Civil War", *Journal of Latin American Studies,* vol. XXIII, núm. 1, febrero, pp. 37-60.

Lemarchand, René (1972), "Political Clientelism and Ethnicity in Tropical Africa: Competing Solidarities in Nation-Building", *American Political Science Review,* vol. LXVI, núm. 1, pp.68-90.

Levine, Daniel H. y Brian F. Crisp (1999), "Venezuela: The Character, Crisis, and Possible Future of Democracy", *World Affairs,* vol. CLXI, núm. 3, pp. 123-165.

Lewy, Günter (1996), *Why America Needs Religion: Secular Modernity and Its Discontents,* Grand Rapids, Michigan, W.B. Eerdmans.

Lima Júnior, Olavo Brasil de (1990), "A experiencia brasileira com partidos e eleições", en Olavo Brasil de Lima Júnior (comp.), *O balanço do poder: formas de dominação e representação,* Río de Janeiro, Rio Fundo Editora.

Lindholm, Charles (1992), *Carisma: análisis del fenómeno carismático y su relación con la conducta humana y los cambios sociales,* trad. por Carlos Gardini, Barcelona, Gedisa (Hombre y Sociedad).

Linz, Juan José (1970), "Authoritarian Regime: The Case of Spain", en Erick Allardt y Stein Rokkan (eds.), *Mass Politics, Studies in Political Sociology,* Nueva York-Londres, Free Press-Collier-Macmillan.

Lipset, Seymour Martin y Stein Rokkan (1967), "Cleavage Structures, Party Systems, and Voter Alignments: An Introduction", en Seymour Lipset y Stein Rokkan (comps.), *Party Systems and Voter Alignments: Cross-Nations Perspectives*, Nueva York, The Free Press, pp. 1-64.

Loaeza, Soledad (1999a), *El Partido Acción Nacional La larga marcha, 1939-1994, oposición leal y partido de protesta*, México, Fondo de Cultura Económica (Política y Derecho).

—— (1999b), "La crisis electoral del 6 de julio de 1988", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. LXI, núm. 3, julio-septiembre, pp. 163-182.

López Maya, Margarita y Luis Edgardo Lander (1999), "A Military Populist Takes Venezuela", *Report on the Americas*, vol. XXXII, núm. 5, marzo-abril, pp. 11-15.

Luhmann, Niklas (1979), *Trust and Power: Two Works*, Chichester-Nueva York, John Wiley & Sons.

—— y Stephen Holmes (1982), *The Differentiation of Society*, trad. por Charles Larmore, Nueva York, Columbia University Press (European Perspectives).

Luther, Kurt Richard (1998),"From Accomodation to Competition. The 'Normalization' of the Second Republic's Party System", en Kurt Richard Luther y Peter G. J. Pulzer (eds.), *Austria, 1945-1995. Fifty Years of the Second Republic*, Aldershot-Brookfield, Ashgate, pp. 121-158.

Lyrintzis, Christos (1987), "The Power of Populism: The Greek Case", *European Journal of Political Research*, vol. XV, núm. 6, pp. 667-686.

Mackinnon, María Moira y Mario Alberto Petrone (comps.) (1998), *Populismo y neopopulismo en América Latina: el problema de la Cenicienta*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires (Manuales).

Madeley, John T. S. (1999), "The 1998 Riksdag Election: Hobson's Choice and Sweden's Voice", *West European Politics*, vol. XXI, núm. 2, pp. 187-194.

Mainwaring, Scott (1999), *Rethinking Party Systems in the Third Wave of Democratization. The Case of Brazil,* Stanford, Stanford University Press.

Mair, Peter (1993), "Myths of Electoral Change and the Survival of Traditional Parties: The 1992 Stein Rokkan Lecture", *European Journal of Political Research,* vol. XXIV, núm. 2, agosto, pp. 121-133.

Manin, Bernard, *Principes du gouvemment représentatif,* París, Calmann-Lévy (Liberté de l'esprit).

Mannheimer, Renato (1996), "Centro? si, ma sole se é 'radicale'", *Corriere della Sera,* 13 de mayo.

Maor, Moshe (1998), *Parties, Conflicts and Coalitions in Western Europe. Organisational Determinants of Coalition Bargaining,* Londres-Nueva York, Routledge.

Maravall, José María (1999), "Accountability and Manipulation", en Adam Przeworski, Susan Carol Stokes y Bernard Manin (eds.), *Democracy, Accountability and Representation,* Cambridge-Nueva York, Cambridge University Press (Cambridge Studies in the Theory of Democracy), pp. 154-196.

Marin, Bernard (ed.) (1990), *Generalized Political Exchange: Antagonistic Cooperation and Integrated Policy Circuits,* Francfurt-Boulder, Campus Verlag-Westview Press (Public Policy and Social Welfare, 4).

Marshall, Thomas Humphrey (1950), *Citizenship and Social Class, and Other Essays,* Londres, Cambridge University Press.

Matta, Roberto da (1991), "Do You Know Who You Are Talking To? The Distinction between Individual and Person in Brazil", en Roberto da Matta, *Carnivals, Rogues and*

Heroes: An Interpretation of the Brazilian Dilemma, Notre Dame, University of Notre Dame Press, pp. 137-197.

Mayer, Nonna (1997), "Du vote lepéniste au vote frontiste", *Revue Française de Science Politique*, vol. XLVII, núm. 4, julio-agosto, pp. 438-453.

—— (1999), *Ces français qui votent Front National*, París, Flammarion.

Mayorga, Fernando (1991), *La política del silencio*, La Paz, Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (Ildis)-Fac. Ciencias Económicas-Sociología-UMSS.

Mayorga, René Antonio (1995), *Antipolítica y neopopulismo*, La Paz, Cebem.

McClay, Wilfred M. (1994), *The Masterless: Self and Society in Modern America*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press.

McCoy, Jennifer L. (1999), "Latin America's Imperiled Progress. Chávez and the End of 'Partyarchy' in Venezuela", *Journal of Democracy*, vol. X, núm. 3, pp. 64-77.

McGuire, James W. (1999), *Peronism without Peron: Unions, Parties and Democracy in Argentina*, Stanford, Stanford University Press.

Mégret, Bruno (1997), *L'alternative nationale: les priorités du Front National*, Saint-Cloud, Éditions nationales.

Mendras, Marie (1997), "L'élection présidentielle de 1996 en Russie", *Revue Française de Science Politique*, vol. XLVII, núm. 2, abril, pp. 173-203.

—— (1998), "La faiblesse des institutions politiques en Russie", *Esprit*, pp. 91-96.

Mény, Yves e Yves Surel (2000), *Par le peuple, pour le peuple: le populisme et les démocraties*, París, Fayard (L'espace du

politique).

Meyer, Jean (1998), "¿Se puede hablar de una extrema derecha en Rusia?", *Estudios*, vol. LIII, verano, pp. 7-36.

Mijailov, Eduard (1999), "Pravoslavny/'patriot-profesional' (Ortodoxos/'patriotas profesionales')", *Russkaya Mysl*, núm. 4266, 22 de abril, p. 21.

Milza, Pierre (1985), *Les fascismes*, París, Imprimerie National (Notre siècle).

Miller, Arthur H. y Ola Listhaug (1990), "Political Parties and Confidence in Government: A Comparison of Norway, Sweden and The United States", *British Journal of Political Sciences*, vol. XX, núm. 3, julio, pp. 357-386.

Mommer, Bernard (1989), "¿Es posible una política petrolera no rentista?", *Revista del Banco Central de Venezuela*, Caracas, vol. IV, núm. 87, pp. 56-107.

Montenegro, Armando y Miguel Kiguel (coords.) (1994), *Cusiana, un reto de política económica: documentos presentados en el Seminario "Cusiana y la economía colombiana en los años noventa", julio 7-8 de 1993*, Santa Fe de Bogotá, Departamento Nacional de Planeación-Banco Mundial.

Moreau, Patrick (1998), "Le Freiheitliche Partei Oesterreichs, parti national-libéral ou pulsion austro-fasciste?". *Pouvoirs*, núm. 87 (volumen temático sobre la extrema derecha europea), pp. 61-82.

Morse, Richard McGee (1982), *El espejo de Próspero: un estudio de la dialéctica del Nuevo Mundo*, México, Siglo XXI Editores (Historia).

Mosca, Gaetano (1936), *Histoire des doctrines politiques depuis l'antiquité jusqu'à nos jours*, Paríis, Payot.

Mouzelis, Nicos P. (1986), *Politics in the Semi-Periphery: Early Parliamentarism and Late Industrialization in The Balkans and Latin America*, Basingstoke, Macmillan (New Studies in Sociology).

Mudde, Cas (1996), "The War of Words: Defining the Extreme Right Party Family", *West European Politics*, vol. XIX, núm. 2, pp. 225-248.

Müller, Wolfang (1988), "Patronage im österreichischen Parteiensystem. Theoretische Überlegungen und empirische Befunde", en Anton Pelinka y Fritz Plasser (eds.), *Das österreichische Parteiensystem*, Viena, Böhlau (Studien zu Politik und Verwaltung, 22), pp. 457-487.

—— (2000), "Evil or the 'Engine of Democracy'? Populism and Party Competition in Austria", contribución en el coloquio "Populism", Institut Universitaire Européen de Florence, 14-15 de enero.

Murrell, Geoff D.G. (1997), *Russia's Transition to Democracy: An Internal Political History, 1989-1996*, Brighton, Sussex Academic Press.

NACLA (1999), "A Military Populist Takes Venezuela", Report on the Americas, vol. XXXII, núm. 5, pp. 11-15.

O'Donnell, Guillermo A. (1977), "Corporatism and the Question of the State", en James Michael Malloy (ed.), *Authoritarianism and Corporatism in Latin America*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press (PITT Latin American Series), pp. 47-87.

—— (1991), "Democracia delegativa?", *Novos Estudos CEBRAP*, núm. 31, octubre, pp. 25-40.

—— (1994), "Delegative Democracy", *Journal of Democracy*, vol. V, núm. 1, enero, pp. 55-69.

—— (1996), “Illusions about Consolidation”, *Journal of Democracy*, vol. VII, núm. 2, pp. 34-51.

Offe, Claus (1981), “The Attribution of Public Status to Interest Groups”, en Suzanne Berger (ed.), *Organizing Interests in Western Europe: Pluralism, Corporatism, and the Transformation of Politics*, Cambridge-Nueva York, Cambridge University Press (Cambridge Studies in Modern Political Economies), pp. 123-158.

—— (1987), “Democracy against the Welfare State? Structural Foundations, Neoconservative Political Opportunities”, *Political Theory*, vol. XV, núm. 4, pp. 501-537.

—— (1997), “How Can We Trust Our Fellow Citizens?”, ponencia presentada en el XVII International Political Science Association World Congress, 17-21 de agosto, Seúl.

Öhman, M.B. (1998), “Suède”, en Guy Hermet, Julian Thomas Hottinger y Daniel Seiler (comps.), *Les partis politiques en Europe de l’Ouest*, París, Economica, pp. 421-449.

Ostrogorski, Moisei y Seymour Martin Lipset (1982), *Democracy and the Organization of Political Parties*, New Brunswick, N. J., Transaction Books (Social Science Classics Series).

Pachano, Simón, (1996), *Democracia sin sociedad*, Quito, Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (Ildis).

Palacios, Marco (1984), “La democracia en Colombia”, en Enrique Krauze (ed.), *América Latina: desventuras de la democracia*, México, Joaquín Mortiz (Horas de Latinoamérica).

—— (1999a), “Un ensayo sobre el fratricidio colectivo como fuente de nacionalidad”, en *Museo, memoria y nación;*

misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro. Memorias del Simposio Internacional y TV Cátedra Anual de Historia "Ernesto Restrepo Tirado", Santa Fe de Bogotá, Museo Nacional de Colombia 2000, pp. 419-453.

—— (1999b), *Parábola del liberalismo*, Santa Fe de Bogotá, Grupo Editorial Norma (Vitral).

Palermo, Vicente (1998), "Moderate Populism: A Political Approach to Argentina's 1991 Convertibility Plan", trad. por John Collins, *Latin American Perspectives*, vol. XV, núm. 4, julio, pp. 36-62.

Panebianco, Angelo (1990), *Modelos de partido: organización y poder en los partidos políticos*, trad. por Mario Trinidad, Madrid, Alianza Universidad (Alianza Universidad-Ciencias Sociales, 627).

Papadopoulos, Ioannis (1989), "Parties, the State and Society in Greece: Continuity within Change", *West European Politics*, vol. XII, núm. 2, pp. 55-71.

—— (1995), "Analysis of Functions and Dysfunctions of Direct Democracy: Top-Down and Bottom-Up Perspectives", *Politics and Society*, vol. XXIII, núm. 4, pp. 421-448.

—— (1997), *Les processus de decision fédéraux en Suisse*, Paris, L'Harmattan (Logiques politiques).

—— (1998), *Démocratie directe*, Paríis, Economica (Politique comparée).

—— (1999), *Gouvernance, coordination et légimité dans les politiques publiques*, San Domenico, Italia, European University Institute.

Pasquino, Gianfranco (1996), "Mediating between the Powerless and the Powerful", en Jack Ernest Shalom Ha-

yward (ed.), *Elitism, Populism and European Politics,* Oxford, Clarendon Press, pp. 190-202.

Payne, Stanley G. (1995), *Historia del fascismo,* Barcelona, Editorial Planeta (La Línea del Horizonte).

Pécaut, Daniel (1987), *Orden y violencia: Colombia, 1930-1954,* Bogotá, CEREC, 2 tomos.

—— (1996), entrevista en la revista *Estrategia,* núm. 247, 15 de noviembre, pp. 9-12, Santa Fe de Bogotá.

Pederman, M. (1989),"The Dynamics of the European Party System: Changing Patterns of Electoral Volatility", Steven B. Wolinetz (ed.), *Parties and Party Systems in Liberal Democracies,* Londres-Nueva York, Routledge, pp. 363-390.

Perrineau, Pascal (1997), *Le symptôme Le Pen: radiographie des électeurs du Front National,* París, Fayard (L'espace du Politique).

—— (1998a), "Les dilemmes de la droite face au Front National", *M (Mensuel, marxisme, mouvement),* núm. 94, mayo-junio, pp. 27-34.

—— (1998b), "L'exception française", *Pouvoirs,* núm. 87 (volumen temático sobre la extrema derecha europea), pp. 34-52.

Perry, Guillermo y Danny M. Leipziger (eds.) (1999), *Chile, Recent Policy Lessons and Emerging Challenges,* Washington, D.C., World Bank (World Bank Development Studies).

Pierre, Jon y Anders Widfeldt (1992), "Sweden", en Richard Katz y Peter Mair (eds.), *Party Organizations. A Data Handbook on Party Organizations in Western Democracies, 1960-1990,* Londres-Newbury Park, Sage Publications, pp. 781-836.

Pike, Frederick B. (1992), *The United States and Latin America: Myths and Stereotypes of Civilization and Nature*, Austin, The University of Texas Press.

Pitkin, Hannah Fenichel (1967), *The Concept of Political Representation*, Berkeley, University of California Press.

Poguntke, Thomas (1996), "Anti-Party Sentiment. Conceptual Thoughts and Empirical Evidence: Explorations into a Minefield", *European foumal of Political Research*, vol. XXIX, núm. 3, pp. 319-644.

Pombeni, Paolo (1997), "Typologie des populismes en Europe (19e-20e siècle)", *Vingtième Siècle*, vol. LVI, octubre-diciembre, pp. 48-76.

Popper, Karl Raimund (1991), *La connaissance objective*, Paris, Aubier (Bibliothèque philosophique).

Portantiero, Juan Carlos (1993), "Revisando el camino: las apuestas de la democracia en Sudamérica", *Revista Sociedad*, núm. 2, mayo, Facultad de Ciencias Sociales (UBA), Buenos Aires.

Posada-Carbó, Eduardo (1999), "Reflexiones sobre la cultura política colombiana", conferencia presentada ante la Cátedra Corona de la Facultad de Administración de Empresas de la Universidad de los Andes, 5-10 de septiembre.

Przeworski, Adam (1984), "Ama a incerteza e serás democrático", *Novos Estudos CEBRAP*, núm. 9, julio, pp. 36-46.

—— (1989), "Como e onde se bloqueiam as transições para a democracia", en José Álvaro Moisés y José Augusto Guilhon Albuquerque, *Dilemas da consolidação da democracia*, São Paulo, Paz e Terra.

—— (1995), *Democracy and the Market. Political and Economic Reforms in Eastern Europe and Latin America*, Cambri-

dge-Nueva York, Cambridge University Press (Studies in Rationality and Social Change).

——, (1996), "A reforma do Estado: responsabilidade política e intervenção econômica", *Revista Brasileira de Ciências Socials*, vol. XI, núm. 32, octubre, pp. 18-40.

—— Susan Stokes y Bernard Manin (eds.) (1999), *Democracy, Accountability and Representation*, Cambridge, Mass.-Nueva York, Cambridge University Press (Cambridge Studies in the Theory of Democracy).

Puryear, Jeffrey M. (1994), *Thinking Politics: Intellectuals and Democracy in Chile, 1973-1988*, Baltimore-Londres, Johns Hopkins University Press.

Puyana, Alicia y Rosemary Thorp (1998), *Colombia, economía política de las expectativas petroleras: globalización, políticas sectoriales y empleo*, Santa Fe de Bogotá, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-Ediciones Tercer Mundo.

—— y Joyce Dargay (1996), *Competitividad del petróleo colombiano: una revisión de factores externos*, Santa Fe de Bogotá, Centro Regional de Estudios del Tercer Mundo-Colciencias.

Rabello de Castro, Paulo y Marcio Ronci (1992), "Sesenta años de populismo en Brasil", en Rudiger Dombusch y Sebastian Edwards (comps.), *Macroeconomía del populismo en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica.

Rangel, Carlos (1982), *Del Buen Salvaje al Buen Revolucionario*, Caracas, Monte Ávila Editores (Letra Viva).

Reis Pereira, Elisa María (1982), "Elites agrárias: 'state buiding' e autoritarismo", *Dados*, vol. XXV, núm. 3, pp. 331-348.

Rey, Juan Carlos (1989), *El futuro de la democracia en Venezuela*, Caracas, Instituto Internacional de Estudios Avanzados (Colección Idea).

Richardson, Jeremy (1996), "Organized Interests as Intermediaries", en Jack Ernest Shalom Hayward (ed.), *Elitism, Populism, and European Politics*, Oxford, Clarendon Press, pp. 164-189.

Riedlspergern, Max (1998), "The Freedom Party of Austria: From Protest to Radical Right Populism", en Hans-Georg Betz y Stefan Immerfal (comps.), *The New Politics of the Right. Neo-populist Parties and Movements in Established Democracies*, Nueva York, St. Martin's Press, pp. 27-43.

Riesman, David (1950), *The Lonely Crowd: A Study of the Changing America Character*, New Haven, Yale University Press (Studies in National Policy, 3).

Rihoux, Benoît y Stefaan Walgrave (1997), *L'année blanche: un million de citoyens blancs: qui sont-ils? que veulent-ils?*, Bruselas, EVO (Petite bibliothèque de la citoyenneté).

Roberts, Kenneth M. (1995), "Neoliberalism and the Transformation of Populism in Latin America: The Peruvian Case", *World Politics*, vol. XLVIII, núm. 1, pp. 82-116.

—— (1998), "El neoliberalismo y la transformación del populismo en América Latina: el caso peruano", en María Maira Mackinnon y Mario Alberto Petrone (comps.), *Populismo y neopopulismo en América Latina: el problema de la Cenicienta*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires (Manuales).

—— (1999), *Deepening Democracy? The Modem Left and Social Movements in Chile and Peru*, Stanford, Stanford University Press.

Rokkan, Stein (1967), "Geography, Religion and Social Class: Cross-Cutting Cleavages in Norwegian Politics", en Seymour Martin Lipset y Stein Rokkan (comps.), *Party Systems and Voter Alignments: Cross-Nations Perspectives*, Nueva York, The Free Press, pp. 367-446.

Romero, Aníbal (1986), *La miseria del populismo: mitos y realidades de la democracia en Venezuela*, Caracas, Ediciones Centauro.

—— (1997), "Rearranging the Deck Chairs on The Titanic: The Agony of Democracy in Venezuela", *Latin American Research Review*, vol. XXXII, núm. 1, pp. 7-36.

Romero, José Luis (1976), *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, México, Siglo XXI Editores (Sociología y Política).

Rousselet, Kathy (1996), "Les modes d'adaptation de la société russe", *Politique Étrangère*, vol. LXI, núm. 4, pp. 823-834.

Rousso, Henry (1990), *Le syndrome de Vichy: de 1944 à nos jours*, París, Éditions du Seuil, 2a. ed.

Rusk, J. y O. Borre (1976), "The Changing Party Space in Danish Voters Perception, 1971-1973", en Ian Budge, Ivor Crewe y Dennis Farlie (eds.), *Party Identification and Beyond. Representation of Voting and Party Competition*, Londres, Wiley & Sons, pp. 137-162.

Saes, Décio (1975), *Clase média e política na Primeira República brasileira, 1889-1930*, Petrópolis, Vozes (Coleção Sociologia Brasileira, 3).

Salamanca, Luis (1998), "Venezuela: la crise des partis politiques", *Problèmes d'Amérique latine*, vol. XXIX, abril-junio, pp. 3-28.

San Martín Arzabe, Hugo (1991), *El palenquismo: movimiento social, populismo, informalidad política,* La Paz, Los Amigos del Libro.

Santiso, Javier (1997), "Los relojes y las nubes: tiempo y democratización en América Latina y en Europa del Este", *Política y Gobierno,* vol. IV, núm. 1, primer semestre, pp. 43-80.

—— (1998), "The Fall into the Present: The Emergence of Limited Political Temporalities in Latin America", *Time & Society,* vol. VII,núm. 1, pp. 25-54.

—— (2000), "La mirada de Hirschman sobre el desarrollo o el arte de los traspasos y las autosubversiones", *Revista de la CEPAL*, vol. LXX, pp. 91-106.

Santos, Theotonio dos (1977), "Socialismo y fascismo en América Latina hoy", *Revista Mexicana de Sociología,* vol. XXXIX, núm. 1, enero-marzo, pp. 173-190.

Santos Wanderley, Guilherme dos (1979), *Cidadania e justiça: a política social na ordem brasileira,* Río de Janeiro, Editora Campus (Contribuições em Ciências Sociais, 1).

—— (1987), *Crise e castigo: partidos e generáis na política brasileira,* São Paulo, Vértice (Grande Brasil, Veredas, 5).

Sapir, Jacques (1992), *Feu le système soviétique?: permanences politiques, mirages économiques, enjeux stratégiques,* París, La Découverte (Essais).

—— (1996), *Le chaos russe: désordres économiques, conflits politiques, décomposition militaire,* París, La Découverte.

Saravia C., Joaquín y Godofredo Sandoval Z. (1991) *Jach'a Uru, ¿la esperanza de un pueblo?: Carlos Palenque, RTP y los sectores populares urbanos en La Paz,* La Paz, Instituto Lati-

noamericano de Investigaciones Sociales (Ildis)-Centro de Estudios y Proyectos.

Sartori, Giovanni (1973), *Democratic Theory*, Westport, Conn., Greenwood Press.

—— (1976), *Parties and Party Systems: A Framework for Analysis*, Cambridge, Cambridge University Press.

—— (1988), *Teoría de la democracia*, trad. por Santiago Sánchez González, Madrid, Alianza Editorial, 2 tomos.

Scharpf, Fritz Wilhelm (1999), *Governing in Europe: Effective and Democratic?*, Oxford-Nueva York, Oxford University Press.

Schedler, Andreas (1995), *Under- and Overinstitutionalization: Some Ideal Typical Propositions Concerning New and Old Party Systems*, Working Paper, 213, Notre Dame, Ind., The Hellen Kellog Institute for International Studies.

—— (1996), "Anti-Political Establishment Parties", *Party Politics*, vol. II, núm. 3, pp. 291-312.

Schloeth, Daniel (1998), *Vor die Wahl Gestellt*, Berna, Paul Haupt.

Schmitter, Philippe C. (1988), "Corporative Democracy: Oxymoronic? Just Plain Moronic? Or a Promising Way Out of the Present Impasse?" (mimeo).

—— (1994), "Dangers and Dilemmas of Democracy", *Journal of Democracy*, vol. V, núm. 2, abril, pp. 57-74.

Schwartzman, Simon (1975), *São Paulo e o Estado Nacional*, São Paulo, Difel (Corpo e Alma do Brasil, 42).

Schweisguth, Etienne (1997), "Le postmatérialisme revisité: Ingelhart persiste et signe", *Revue Française de Science Politique*, vol. XLVII, núm. 5, pp. 653-659.

Sedov, Leonid (1993), *El ciudadano soviético de a pie* (en ruso), Moscú.

—— (1999), "De Lenin a Pedro I", *El País,* 8 de agosto, p. 8.

Shils, Edward A. (1956), *The Torment of Secrecy: The Background and Consequences of American Security Policies,* Melbourne, Heinemann (Sociology).

Silva Michelena, José Agustín y Hans Blumenthal (coords.) (1987), *Venezuela hacia el 2000: desafíos y opciones,* Caracas, Editorial Nueva Sociedad-Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (El Futuro de las Naciones).

Soares, Gláucio Ary Dillon (1973), *Sociedade e política no Brasil: desenvolvimento, classe e política durante a Segunda República,* São Paulo, Difusão Européia do Livro (Corpo e Alma do Brasil, 38).

Solovyov, Vladimir y Elena Klepikova (1995), *Zhirinovsky, the Paradoxes of Russian Fascism,* trad. por Catherine A. Fitzpatrick, Londres, Viking.

Solzhenitsyn, Aleksandr Isaevich (1998), *La Russie sous l'avalanche,* trad. del ruso por Georges Philippenko et Nikita Struve, París, Fayard.

—— (1994), *Russikii vopros k kontsu* XX *vieka* (La cuestión rusa a fines del siglo XX), Moscú, Novi Nir.

Soto, Hernando de, Enrique Ghersi y Mario Ghibellini (1994), *L'autre sentier: la révolution informelle dans le Tiers Monde*, París, La Découverte (Économie).

Souza, Maria do Carmo Campello de (1976), *Estado e partidos políticos no Brasil,* São Paulo, Alfa-Omega.

—— (1985), "A democracia populista", en Alain Rouquié, Bolívar Lamounier y Jorge Schvarzer (comps.), *Como renas-*

cem as democracias, São Paulo, Brasiliense.

—— (1988), "A república brasileira: sob a espada de Dâmocles", en Alfred C. Stepan (comp.), *Democratizando o Brasil*, Río de Janeiro, Paz e Terra.

Stallings, Barbara y Robert R. Kaufman (eds.) (1989), *Debt and Democracy in Latin America*, Boulder, Westview Press.

Steele, Jonathan (1995), *Eternal Russia, Yeltsin, Gorbachev and the Mirage of Democracy*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.

Stein, Steve (1980), *Populism in Peru: The Emergence of the Masses and the Politics of Social Control*, Madison, University of Wisconsin Press.

Sternhell, Zeev, Mario Sznajder y Maia Ashéri (1989), *Naissance de l'idéologie fasciste*, París, Fayard (L'espace du politique).

Stokes, Susan (2000), "Rethinking Clientelism", ponencia presentada en el XXII International Congress of the Latin American Studies Association, 16-18 de marzo, Miami.

——, Adam Przeworski y Jorge Buendia Loredo (1997), "Opinion pública y reformas de mercado: las limitaciones de la interpretación del voto", *Desarrollo Económico*, vol. XXXVII, núm. 145, pp. 31-56.

Strom, Kaare y Jorn Y. Leipart (1989), "Ideology, Strategy and Party Competition in Postwar Norway", *European Journal of Political Research*, vol. XVII, núm. 3, mayo, pp. 263-288.

Suter, Jan (1993), "Genesis and Dynamics of Populist Regimes in Latin America, 1900-1990: A Comparative Analysis", ponencia presentada en la XXXIV Convención Anual

de la International Studies Association, 23-27 de marzo, Acapulco.

Svasand, Lars (1992), "Norway", en Richard S. Katz y Peter Mair (eds.), *Party Organizations. A Data Handbook on Party Organizations in Western Democracies, 1960-1990,* Londres-Newbury Park, Sage Publications, pp. 732-780.

Swyngedow, Marc (1998), "Les rapports des forces politiques en Belgique", en Marco Martiniello y Marc Swyngedow (comps.), *Où va la Belgique? Les soubresauts d'une petite démocratie européenne,* Paris, L'Harmattan, pp. 45-58.

Taggart, Paul A. (1995), "New Populist Parties in Western Europe", *West European Politics,* vol. XVIII, núm. 1, enero, pp. 34-51.

—— (1996), *The New Populism and the New Politics: New Protest Parties in Sweden in a Comparative Perspective,* Basingstoke, Macmillan.

Taguieff, Pierre-André (1995), "Political Science Confronts Populism: From a Conceptual Mirage to a Real Problem", *Telos,* núm. 103, pp. 9-44.

—— (1996), "Un programme révolutionnaire?", en Nonna Mayer y Pascal Perrineau (eds.), *Le Front National a découvert,* París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques (Références academiques), 2a. ed., pp. 195-227.

—— (1997a), "Le populisme et la science politique: du mirage conceptuel aux vrais problèmes", *Vingtième Siècle,* vol. LVI, octubre-diciembre, pp. 4-33.

Tavares, Maria Conceição (1973), *Da substituição de importações ao capitalismo financiero,* Ríio de Janeiro, Zahar (Biblioteca de Ciências Sociais), 2a. ed.

Taylor, Julie M. (1979), *Eva Perón: The Myths of a Woman*, Chicago, University of Chicago Press.

Telia, Torcuato S. di (1965), "Populism and Reform in Latin America", en Claudio Véliz (ed.), *Obstacles to Change in Latin America*, Londres-Nueva York, Oxford University Press, pp. 47-74.

—— (1973), "Populismo y reforma en América Latina", *Desarrollo Económico*, vol. XIII, núm. 51, pp. 391-425.

Thompson, Edward P. (1971), "The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century", *Past & Present*, núm. 50, febrero, pp. 76-136.

Tocqueville, Alexis de (1957), *La democracia en América*, México, Fondo de Cultura Económica (Obras de Política de Derecho).

Torre, Juan Carlos de la (1992), "The Ambiguous Meanings of Latin American Populisms", *Social Research*, vol. LIX, núm. 2, verano, pp. 385-412.

—— (1996), "La política de liberalización económica de la administración de Menem", *Desarrollo Económico*, vol. XXXVI, núm. 143, pp. 733-767.

Touraine, Alain (1988), *La parole et le sang: politique et société en Amérique latine*, Paris, Éditions Odile Jacob.

Trindade, Hélgio (1981), "Eleições e partidos no Rio Grande do Sul: do sistema multipartidario à crise do bipartidismo (1950-1976)", en David V. Fleischer (comp.), *Os partidos no Brasil*, Brasilia, Editora Universidade de Brasilia (Cuadernos).

—— (1983), "La question du fascisme en Amérique latine", *Revue Française de Science Politique*, vol. XXXIII, núm. 2, pp. 281-312.

—— (1991), “Election présidentielle et transition politique en Amérique latine”, Revue Internationale des Sciences Sociales, núm. 128, mayo, Paris, Unesco.

Tucker, Robert (1976), “La teoría del liderismo carismático”, en Dankwart A. Rustow (comp.), *Filósofos y estadistas. Estudios sobre el liderismo,* trad. por Ernestina de Ghampourcín, México, Fondo de Cultura Económica (Biblioteca de Psicología y Psicoanálisis), pp. 95-126.

Valdés, Juan Gabriel (1995), *Pinochet's Economists: The Chicago School in Chile,* Cambridge-Nueva York, Cambridge University Press (Historical Perspectives on Modem Economies).

Vallenilla Lanz, Laureano (1929), *Cesarismo democrático: estudios sobre las bases sociológicas de la Constitución efectiva de Venezuela,* Caracas, Tipografía Universal, 2a. ed.

Vargas Llosa, Mario (1992), “Le poisson hors de l'eau, III”, *La Règle du Jeu,* núm. 8, septiembre.

—— (1995), *Le poisson dans l'eau: mémoires,* trad. por Albert Bensoussan, París, Gallimard (Du monde entier).

Véliz, Claudio (1994), *The New World of the Gothic Fox: Culture and Economy in English and Spanish America,* Berkeley, University of California Press.

Venturi, Franco (1972), *Les intellectuels, le peuple et la révolution: histoire du populisme russe au* XIXe *siècle,* trad, del italiano por Viviana Pâques, París, Gallimard.

Veijovskii, Alexander (1999), “La iglesia y los nacionalradicales”, en ruso, *Russkaya Mysl,* 4281, agosto, pp. 20-21.

Viard, Jean (1998), “Dire l'extrême droite aux affaires. Toulon, Orange, Marignane e Vitrolles-France”, en Pascal Delwit, Jean-Michel de Waele y Andrea Rea (comps.), *L'ex-*

trême droite en France et en Belgique, Bruselas, Éditions Complexe.

Vilas, Carlos María (1992), "Latin American Populism: A Structural Approach", *Science & Society*, vol. LVI, núm. 4, invierno, pp. 389-420.

Villena Fiengo, Sergio (1998), "La mirada colonial", *Decursos*, vol. III, núm. 5, enero, pp. 91-102, Cochabamba.

Vite, O. T. y R. S. Ganelin (eds.) (1992), *Natsional'naia pravaia prezhde i teper': istoriko-sotsiologicheskie ocherki* (La derecha nacional ayer y hoy), San Petesburgo, Insitut Sotsiologii Rossiiskoi Akademii Nauk - Sankt-Peterburgskii Filial.

Volkoff, Vladimir (1999), Désinformation, flagrant délit, Monaco, Rocher.

Walicki, Andrzej (1969), "Rusia", en Ghita Ionescu y Ernest Gellner (comps.), *Populismo: sus significados y características nacionales*, Buenos Aires, Amorrortu (Biblioteca de Sociología), pp. 81-120.

Wallace, William (1996), "Has Government by Committee Lost the Public's Confidence?", en Jack Ernest Shalom Hayward (ed.), *Elitism, Populism and European Politics*, Oxford, Clarendon Press, pp. 238-251.

Walzer, Michael (ed.) (1995), *Toward a Global Civil Society*, Providence, Berghahn Books.

Weber, Max (1959), *Le savant et le politique*, París, Plon (Recherches en sciences humanines, 12).

—— (1971), *Economie et société*, trad. del alemán por Julien Freund, Pierre Kamnitzer y Pierre Bertrand, París, Plon (Recherches et sciences humaines, 27).

—— (1982), "Parlamento y gobierno en el nuevo ordenamiento alemán", en *Escritos políticos,* tomo I, México, Folios (El Tiempo de la Política, 2), pp. 139-160.

Weffort Correa, Francisco (1967), "Le populisme dans la politique brésilienne", *Les Temps Modernes,* vol. XXIII, núm. 257, octubre, pp. 624-649.

—— (1978), *O populismo na política brasileira,* Río de Janeiro, Paz e Terra (Coleção Estudos Brasileiros, 25).

—— (1989), "Incertezas de transição na América Latina", en José Álvaro Moisés y José Augusto Guilhon Albuquerque, *Dilemas da consolidação da democracia,* São Paulo, Paz e Terra.

Weigel, George (1991), *Freedom and its Discontents: Catholicism Confronts Modernity*, Washington, D C., Ethics and Public Policy Center.

Weyland, Kurt (1999), "Neoliberal Populism in Latin America and Eastern Europe", *Comparative Politics,* vol. XXI, núm. 4, julio, pp. 379-401.

Whitehead, Laurence (1992), "The Alternatives to Liberal Democracy: A Latin American Perspective", *Political Studies,* vol. XL, edición especial, pp. 146-159.

Wieviorka, Michel (1993), *La démocratie à l'épreuve: nationalisme, populisme, ethnicité,* París, La Découverte (Essais).

Wiles, Peter (1969), "A Syndrome, not a Doctrine: Some Elementary Theses on Populism", Ghita Ionescu y Ernest Gellner (eds.), *Populism: Its Meanings and National Characteristics,* Londres, Weidenfeld and Nicolson, pp. 166-179.

Windisch, Uli (1985), *Le raisonnement et le parler quotidiens,* Lausana, L'âge d'Homme (Cheminements).

Winkler, Jürgen R. y Siegfried Schumann (1998), "Radical Right Wing Parties in Contemporary Germany", en Hans-Georg Betz y Stefan Immerfall (comps.), *The New Politics of the Right Neo-Populist Parties and Movements in Established Democracies*, Nueva York, St. Martin's Press, pp. 95-110.

Winock, Michel (comp.) (1993), *Histoire de l'extrême droite en France*, París, Éditions du Seuil (XXe. siècle).

Witte, Hans de y Peer Scheepers (1998), "En Flandre: origines, évolution et avenir du Vlaams Block et de ses électeurs", *Pouvoirs*, núm. 87 (volumen temático sobre la extrema derecha europea), pp. 95-113.

—— y Georgi Verbeeck (1998), "Un radicalisme de droite à deux vitesses. Comparaison entre Flandre et Belgique francophone: comment expliquer la différence de succès des partis d'extrême droite?", en Anne Morelli *et al., Le racisme, élément du conflit flamands-francophones?* Bruselas, Éditions Labor, pp. 68-88.

Wolf, Eric *et al*. (1963), *Antropología social de las sociedades complejas*, trad. por Joaquina Aguilar, Madrid, Alianza.

Worsley, Peter (1969), "The Concept of Populism", en Ghita Ionescu y Ernest Gellner (eds.), *Populism: Its Meanings and National Characteristics*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, pp. 212-250.

Yanov, Aleksandr (1995), *Posle El'tsina: "Veimarskaia" Rossiia (Después de Yeltsin: la Rusia de 'Wiemar')*, Moscú, Pushkina (Labirint, 1).

Yergin, Daniel y Thane Gustafson (1993), *Russia 2010 and What it Means for the World: The* CERA *Report*, Nueva York, Random House.

Zea, Leopoldo (1976), "Fascismo dependiente en Latinoamérica", *Nueva Política*, vol. I, núm. 1, enero-marzo, pp. 147-152.

Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos
se terminó de imprimir en noviembre de 2001
en los talleres de Corporación Industrial Gráfica, S.A. de C.V.
Francisco Landino 44, Col. Miguel Hidalgo, Tláhuac, México, D.F.
Composición tipográfica: Literal, S. de R.L. Mi.
Se imprimieron 1000 ejemplares más sobrantes para reposición.
La edición estuvo al cuidado de la Dirección de Publicaciones de
El Colegio de México.

ÍNDICE

CENTRO DE ESTUDIOS INTERNACIONALES

Este libro es el producto de un seminario que fue organizado como iniciativa común de El Colegio de México y el Institut d'Études Politiques de Paris. Reúne una serie de estudios que reflexionan acerca de un fenómeno que ha marcado la historia de la vida política democrática en Europa y América Latina: el populismo. En América Latina, ese fenómeno remite a un periodo histórico que abarca *grosso modo* las décadas de los años treinta y cuarenta, así como una parte de los cincuenta del siglo XX. Alcanzó su expresión más acabada en los gobiernos de Vargas en Brasil y Perón en Argentina. En Europa, el populismo tiene raíces históricas todavía más antiguas. Basta con recordar la importancia de ese movimiento político en la Rusia de la segunda mitad del siglo XIX y de los primeros años del XX o el vigor de la crítica *boulangiste* a la democracia parlamentaria de la III República francesa. Hoy, encontramos, de nuevo, muchos rasgos populistas en el ejercicio del gobierno en América Latina y también en formaciones políticas minoritarias de varios países europeos. Ese resurgimiento lleva a interrogarse acerca del peso relativo de la continuidad y el cambio en las expresiones actuales del populismo: ¿ qué tan nuevas son esas expresiones y a qué condiciones responden?, y ¿cuáles son sus características? La búsqueda de respuestas a esas preguntas está enmarcada en una reflexión general acerca de la relación entre populismo y vida política institucional: ¿ cómo pensar la relación entre populismo e instituciones de la democracia representativa?





EL COLEGIO DE MÉXICO